

*Selecta*

EBONY CLARK

A woman with her hair styled in an updo stands in a room, looking out a window. She is wearing a long, blue, Victorian-style dress with multiple layers of ruffles and a high collar. The room has dark wood paneling and heavy, dark red curtains. Light from the window creates a warm, golden glow on the scene.

*Cuando  
amanezca*

Cuando amanezca  
Secretos y confesiones 2

*Ebony Clark*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

## Prólogo

*Londres, diciembre de 1888*

—¿Así es como honras la memoria de Charity?

Seamus apenas despegó los párpados al escuchar la pregunta. Irguió levemente la cabeza para contemplar la imagen borrosa del hombre que acababa de propinarle un ligero puntapié en el costado. Su cuerpo yacía mitad en la cama y mitad en el suelo, y viendo que no tenía intención de cambiar de postura, el recién llegado le tiró del pelo con fuerza para obligarlo a incorporarse.

—Te lo repito, maldito irlandés borracho. ¿Es así como piensas honrar la memoria de tu esposa y tu hijo muertos?

La voz que le interpelaba estaba cargada de rabia y sorpresa. Pero a Seamus no le importó que así fuera. Hacía ya bastante tiempo que había aprendido a sobrevivir siendo objeto de toda clase de prejuicios sobre el modo en que decidía terminar sus días. Administrarse alguna clase de narcótico y beber hasta caer de bruces solía funcionar la mayoría de las veces. Aunque en esa ocasión, y a juzgar por la insistente mirada de su visita, existía una probabilidad muy alta de que necesitara un par de botellas extra.

Gruñó entre dientes, indicando al caballero que no estaba de humor para sermones. Como esperaba, lejos de retirarse y dejarle disfrutar de su miseria en paz, el otro reaccionó con brusquedad, vaciándole el contenido de su botella de whisky en la cara.

Se restregó la cara con expresión de franco aburrimiento, valorando seriamente responder con sus puños a aquella agresión gratuita a su natural estado de abandono.

—Déjame en paz, Durrell —gruñó de nuevo, acostándose boca abajo para ignorar cualquier reproche que pudiera dirigirle.

—Antes prefiero matarte ahora mismo —respondió el otro, descorriendo las cortinas para que la luz del día invadiera por completo aquella habitación en penumbra—. Y aún sigo esperando que respondas a mi pregunta, irlandés. ¿Crees que Charity se sentiría orgullosa de ver en qué te has convertido?

Seamus lanzó una maldición que pareció surgir de lo más profundo de su alma. Con sorprendente agilidad se irguió de un salto y se enfrentó a la inquisidora mirada del que antaño había sido un buen amigo.

—Escucha... Tú... no tienes la menor idea... —le apuntó con su dedo índice tembloroso, apretando el puño contrario como si contuviera a duras penas el deseo de estrellarlo contra la

cara del hombre. Finalmente, dejó caer el puño a un lado de su cuerpo y lo miró con rencor—. No sabes... No puedes... hacerte una idea, ¿comprendes? Así que... Si en algo valoras la amistad que un día tuvimos, no vuelvas a pronunciar su nombre, ¿me oyes?

—Sé cómo te sientes, amigo.

Ahora, el tono de Durrell se había suavizado y le ofrecía su propio pañuelo para que secara el alcohol que le empapaba el rostro.

—No, no lo sabes... ¿cómo puedes saberlo? —Sus ojos lanzaban destellos de furia—. Tienes a tu hermosa mujer y a tu preciosa hija... No estoy borracho todas las horas del día, Durrell. Incluso en los antros que frecuenta un miserable como yo, se escuchan historias sobre ti. Sobre tus logros y hazañas y sobre cómo lograste limpiar Londres de algunas alimañas indeseables. Sobre tu matrimonio con esa joven y tu reciente paternidad... Créeme, estoy al tanto. Y juro por Dios que celebro que la vida te sonría, amigo. Eres un buen hombre y mereces ser feliz, sin duda. Pero no vuelvas a decir que sabes cómo me siento... No te lo consentiré. Porque... ¿cómo puede, un hombre que lo tiene todo, saber cómo se siente un hombre que lo ha perdido todo?

El otro pareció dudar un momento, como si buscara las palabras adecuadas para rebatir su argumento.

—Amigo... —Lo miró directamente a los ojos, buscando en el fondo de los del irlandés al hombre que había conocido y respetado—. Tienes razón. No puedo saberlo. Pero sé una cosa. Han pasado casi tres años y tu espiral de destrucción parece no conocer límites. Sé que si sigues por este camino, todo aquello en lo que creíste y por lo que un día luchaste se desvanecerá. Y sé que Charity no habría deseado jamás un final así para ti. Por el amor que un día le juraste y por honrar su memoria, debes poner fin a esto.

Seamus apretó los labios y miró por la ventana. En un arranque de furia, lanzó la botella vacía, estrellándola contra la pared.

—No estoy seguro de que haya algo en mí que aún merezca salvarse, Morgan. He estado muerto mucho tiempo... Y no es una forma de hablar, créeme. He conocido el maldito Infierno, y lo que sea que ha vuelto de allí... te juro que no es el hombre que conociste. —Sus ojos azules se oscurecían de un modo salvaje.

Morgan midió sus palabras antes de insistir.

—Seamus... Necesito tu ayuda. —Se lo dijo sin más preámbulos, pues intuía que no habría otro modo de convencerlo más que reclamando la deuda que aquel irlandés cabezota aún tenía con él.

—No me necesitas, te lo aseguro. —Rió el otro con amargura—. Cualquier virtud que creas encontrar en mí no es más que un puro espejismo. Te engañas a ti mismo si piensas que alguien como yo puede aportar algo bueno a tu propia existencia. Abandona este intento inútil por resucitar a un muerto, amigo. No soy tu hombre.

—Deja de repetir la misma cantinela. He dicho que necesito tu ayuda —repitió Morgan con tono autoritario—. Y por Dios que vas a ayudarme, aunque tenga que sacarte a rastras de este cuchitril infecto.

—Adiós, amigo. Buena suerte con lo que sea que te traes entre manos... —Seamus se disponía a vestirse. Quería largarse de allí antes de que la mirada llena de reproche de su amigo lograra convencerlo de lo contrario.

Morgan se interpuso en su camino. Le arrebató los pantalones y se los lanzó a la cara.

—Te lo repito, Seamus. Vas a ayudarme. Me lo debes —añadió, a sabiendas de que su amigo no se negaría a pagar aquella deuda.

Seamus apretó los labios.

—¿Pretendes que te corresponda porque una vez salvaste mi vida? ¿Ahora que mi vida no vale un maldito penique? —inquirió con rabia—. Debiste reclamar el pago cuando aún tenía en cierta consideración mi honor, Morgan.

—¿Acaso ya no tienes honor? Recuerdo muy bien lo que dijiste entonces. Dijiste que si te necesitaba, no importaba cuándo ni para qué menesteres, podría contar contigo. Dijiste, «un irlandés siempre paga sus deudas»... Eso dijiste, Seamus —le recordó, impasible—. Así que es exactamente lo que pretendo. Reclamo el pago. Te quiero en mi despacho, aseado y sobrio, mañana a las nueve en punto.

—Estás soñando si crees que acudiré a la cita, Durrell —replicó Seamus con voz ronca—. Mañana estaré igual de borracho que hoy. Con suerte, puede que muerto. No cuentes con verme.

—Cuento con ello, Seamus. Cuando volvamos a vernos te informaré de todo, y con la cabeza despejada, podremos discutir con calma los detalles de mi oferta.

—¿Oferta? —Rio el otro con desdén—. No se trata de una oferta, Morgan. Es una imposición en toda regla.

—Llámalo como quieras, pero sé puntual mañana.

Morgan Durrell no se quedó para escuchar la retahíla de juramentos y maldiciones que le dirigía su viejo amigo. Pero los hubo, y muchos. Seamus se despachó a gusto a costa de aquel tirano que pretendía erigirse en su redentor. Lo hizo con la ayuda de una última botella de brandy que ocultaba bajo la cama. Después de todo, pensó mientras la vaciaba, Durrell tenía razón. Se pondría nuevamente a su servicio, y cuando dieran por finalizada la misión que le encomendase, Durrell y todas sus buenas intenciones podían irse al Diablo.

## Capítulo 1

—No salen las cuentas, mi querida amiga. Ojalá trajera mejores noticias. Pero, lamentablemente, ese gusano despreciable de mi hijastro apenas me dejó unas libras para subsistir durante la vejez.

Isabel presionó con suavidad los dedos de lady Wilbourngh.

—¿Tan grave es? —preguntó, consternada por la expresión sombría de la buena mujer.

—Peor, querida. Ese asno casi vació nuestra cuenta antes de partir a París y eludir sus responsabilidades por sus viles fechorías. Aún he tenido que negociar algunos pagarés con el banco por las deudas de juego que dejó en Londres. —Sus ojos brillaron un instante con profunda rabia—. Conservo la esperanza de que el buen Dios lo llame pronto a rendir culpas y reciba su justo merecido. Y deseo que arda en el Infierno por sus muchos pecados.

—Descuide, lady Wilbourngh. Confío plenamente en una justicia ajena a los hombres que, tarde o temprano, coloca a cada uno en su sitio.

—Eso espero, hija. Pero por desgracia, eso no resolverá nuestros problemas.

Isabel encogió los hombros, restando importancia al asunto.

—No se aflija, de veras. Podremos superar cualquier contratiempo con voluntad y constancia.

—Y con diez mil libras con las que no contamos, no lo olvide. Sospecho que su padre no va a proporcionarnos semejante cantidad.

—Ni me atrevo a proponérselo siquiera. Desde que Hermione ingresó en Broadmoor parece sumido en el más absoluto ostracismo. Si antes se mostraba huraño y distante conmigo, ahora se diría que soy del todo invisible para él. Es como si hubiera olvidado que tiene otra hija. Es cierto que jamás fue cariñoso y ni una sola vez se interesó por mis inquietudes. Pero desde lo de Hermione... Se pasa horas encerrado en su despacho, y cuando por fin sale, ordena que preparen su carruaje y desaparece durante días, a veces durante semanas.

—Es terrible, querida. Por Dios que nunca conocí a un hombre que mostrase tan poco sus emociones.

—Lo sé. En ocasiones, pienso que me detesta por no estar en el lugar de Hermione. Creo que habría preferido cien veces que fuera yo quien ardiera en aquel fuego y languidciera muerta en vida en ese horrible sanatorio. Y puede que, después de todo, habría sido lo mejor. No puedo dejar de pensar en Hermione. No dejo de preguntarme si podría haber hecho algo para evitar que

se convirtiera en alguien tan retorcido, para evitar...

—No piense más en ello —atajó la mujer—. No debe torturarse más. Usted no es responsable de los actos de su hermana. Ella y solo ella provocó su triste final.

—No lo sé... Tal vez no supe verlo a tiempo. Todas las veces que Hermione me ofendía o me hería con sus actos me decía a mí misma que eran simples travesuras y que su corazón no me deseaba en el fondo ningún mal. Confiaba en que, con el tiempo, su carácter implacable y belicoso se tornaría noble y vendría a mí como la hermana que siempre deseé que fuera. Pero en el camino, parece que el Diablo acechaba en cada rincón y, finalmente, se apoderó de su alma de un modo que jamás imaginé.

—El Diablo es el maestro de los disfraces, querida. Esa lección no debemos olvidarla jamás.

Isabel reprimió un estremecimiento. Bien sabía que las palabras de lady Wilbourn eran ciertas. Los acontecimientos del pasado la habían hecho comprender la fragilidad del alma y lo fácil que era retorcerla y emponzoñarla hasta que no quedara rastro alguno de bondad. Sin embargo, en el fondo de su corazón mantenía aún la esperanza de que el ser malvado que habitaba en Hermione la liberase algún día y permitiera que ambas hermanas se reconciliaran.

—¿Y qué hay de la señora Durrell? Estoy segura de que aceptaría encantada participar en nuestra empresa —sugirió lady Wilbourn.

—Por descontado, sí. Celestia y Morgan pusieron a mi disposición cinco mil libras en el mismo instante en que les puse al corriente de nuestras intenciones. Sin embargo, no puedo aceptar sin más tal cantidad. Sería una inversión a fondo perdido y solo resolvería una parte del problema. Y, además, me sentiría doblemente egoísta por la pequeña Josephine. Celestia es la persona más caritativa que he conocido, pero desde que nació mi ahijada, esa bribona le ocupa la mayor parte del tiempo, por lo que no podríamos esperar más que una colaboración económica. Y esas cinco mil libras saldrían directamente del fondo de ahorros para el futuro de Josephine —dijo todo lo anterior sin rencor y con una expresión absoluta de adoración hacia la pequeña.

—El señor Durrell siempre me pareció un caballero generoso y honesto —observó lady Wilbourn.

—Lo es. Se mostró especialmente sensible a nuestra empresa, sobre todo después de que sus investigaciones en la calle Cleveland pusieran de relieve las podridas entrañas de esta ciudad.

—No tan de relieve, querida. Mucho me temo que las vilezas que el buen inspector sacó a la luz no eran más que la punta del iceberg. En el fondo, me alegra que el señor Durrell aceptara finalmente su nuevo cargo. Estoy segura de que la visión de tanta maldad podría llegar a retorcer hasta las mejores intenciones.

—Es cierto. Celestia me comentaba que encontraba a Morgan especialmente atractivo con ese mechón plateado nuevo en su cabello. Pero, en el fondo, sabe muy bien que el noble corazón de su esposo se vio profundamente tocado con ese asunto de Cleveland.

—Y por cierto, señorita Tisdale, ¿qué sabemos del nuevo inspector, ese misterioso caballero que ha relevado en el cargo al señor Durrell?



Isabel encogió los hombros.

—Poco en realidad. Parece que son viejos amigos y que cuenta con la total confianza de Morgan.

—¿Le conoce personalmente? —quiso saber lady Wilbourgh.

—Aún no. Pero tendré oportunidad de hacerlo esta noche. Celestia ha insistido en que les acompañe durante la cena —anunció con expresión de fastidio.

—Querida mía... Percibo un enorme descontento. Parece que la invitación no fuera de su agrado. Sin embargo, una joven de su edad debería mostrarse entusiasmada ante la perspectiva de relacionarse con amigos y pasar una agradable velada.

—Sé que sonará fatal y que me considerará una desagradecida por ello, señora. Pero las veladas en sociedad nunca despertaron el menor interés en mí. Y, últimamente, ardo aún menos en deseos de participar en alguna, ni siquiera en las que organiza mi mejor amiga con el propósito de animarme —confesó con total honestidad.

—Es cierto, suena fatal —convino lady Wilbourgh, añadiendo con determinación—: Pero irá a esa velada y tendrá la oportunidad de visitar a su ahijada. Los Durrell han sido muy buenos con usted, no puede ofenderles faltando a su amable invitación.

Isabel suspiró largamente.

—Supongo que tiene razón.

—La tengo, querida. Soy más vieja y más sabia. Y presiento que, aunque su obstinación no le permite ahora ver más allá de las sombras que se ciernen sobre usted, su buen corazón la guiará por la senda adecuada. —La mujer presionó su mano con ternura.

—De acuerdo, confiemos en mi destino entonces. Debo irme si quiero llegar a tiempo para la cena —asintió Isabel, tomando un último sorbo de té. Anudó el lazo de su bonete bajo la barbilla y se colocó los guantes de color azul oscuro a juego con su vestido.

\*\*\*

Seamus recorrió con la mirada a los comensales que se sentaban a ambos lados de la mesa. Morgan parecía hipnotizado con la conversación que mantenía con su esposa, Celestia. Pese a que llevaban ya algún tiempo casados y tenían una hija en común, la expresión de la pareja no denotaba en absoluto aburrimiento. Resultaba evidente que el suyo había sido un matrimonio por amor y este se derramaba a raudales en cada palabra que se dirigían y en cada roce de sus manos sobre el blanco mantel de hilo.

Seamus se fijó en el anciano de aspecto cansado y un tanto triste que ocupaba el asiento junto a Celestia. El padre parecía sentir adoración por aquella joven y por la nieta que ahora dormía plácidamente en su habitación.

La señora Viola irrumpió de nuevo en el comedor, cargando una bandeja con el aromático asado que había preparado para la ocasión. La llegada de la cena solo distrajo la atención de

Seamus un segundo, pues al siguiente ya se centraba en la joven que se sentaba a su lado. Había sido la última en llegar y Seamus tuvo ocasión de reparar en su cojera mientras avanzaba hasta sus anfitriones y el resto de los invitados. Habían sido presentados antes de tomar asiento y ella lo había saludado con una fugaz inclinación de cabeza. La señorita Isabel Tisdale, la mejor amiga de Celestia Durrell y madrina de la pequeña Josephine. En una primera impresión, la señorita Tisdale le pareció un pajarillo frágil a quien la mala fortuna había golpeado rompiendo una de sus alas.

Seamus espió a hurtadillas sus dedos largos, la nívea piel de sus manos que apenas se distinguían de la tela que cubría la mesa. Analizó su espalda erguida y su busto discretamente aprisionado bajo aquel sencillo vestido azul, su perfil de tensas facciones, la delicada línea de la garganta, los labios finos y los ojos color avellana. La joven recogía el cabello rubio y muy lacio en un moño sobre la nuca que permitía contemplar ampliamente su cuello rígido. Todo en ella y en su postura indicaba que no se sentía cómoda en aquella reunión y a Seamus le intrigaban inexplicablemente los motivos.

—Señor Quinn —dijo Celestia, interrumpiendo sus pensamientos—. Mi marido me ha contado que es usted irlandés. ¿De qué parte, exactamente?

—Cork, señora.

—¿Su familia también es de allí?

—Lo eran, en efecto —respondió Seamus escuetamente.

—¿Católico o protestante? —siguió ella con el interrogatorio.

—Celestia, querida, lograrás que Seamus rechace nuestra próxima invitación si continúas acosándolo con tus preguntas —la regañó Morgan con cariño.

—No importa. —Seamus masticó con lentitud su pedazo de carne antes de contestar—. Ninguna de las dos, señora. Me temo que no soy un hombre de convicciones religiosas.

—Entonces, ¿carece usted de fe, señor Quinn?

—¡Celestia! ¿Qué clase de pregunta es esa a alguien a quien acabas de conocer? —Morgan fingió que la curiosidad de su mujer lo escandalizaba.

Pero Seamus lo conocía lo bastante para saber que a su amigo le divertía que su esposa lo pusiera en un aprieto.

—Pero, Morgan, querido. Me interesa mucho ese tema, ya lo sabes —se disculpó ella con naturalidad—. Y también a Isabel, ¿no es cierto?

La aludida se atragantó y tosió ruidosamente al escuchar a su amiga. Seamus se apresuró a rellenar la copa de vino de la joven y ella se lo agradeció con la mirada. Tomó un pequeño sorbo y se limpió las comisuras de los labios con su servilleta.

—¿Es verdad eso, señorita Tisdale? ¿Le inquietan los asuntos relacionados con el alma? —inquirió Seamus, y había en su tono un toque de sarcasmo.

—Solo si se trata de la mía, señor Quinn —respondió ella—. Pero en lo que respecta a la ajena, pienso que cada ser humano es libre de gestionar su salvación o su ruina como mejor le

parezca. La religión y sus muchos y variados rituales son a menudo objeto de discusión y, desgraciadamente, la experiencia me ha enseñado que la práctica de la fe no convierte al devoto en mejor persona.

—Vaya, habla como si fuera una experta en la materia —se burló Seamus.

—Y lo es, señor Quinn. —Celestia eludió la mirada furibunda de su amiga—. En los últimos años, Isabel se ha visto obligada a poner a prueba su fe en más ocasiones de las que nadie desearía. De hecho, es un milagro si aún conserva alguna. Pero sigo manteniendo la esperanza de que así sea, señor. Porque es una joven excepcional y me atormenta pensar que los sueños de nuestra niñez de alcanzar la felicidad solo se cumplan en mi caso.

—Querida, ¿puedes dejar de hablar como si la señorita Tisdale no estuviera presente? —la regañó nuevamente Morgan, esta vez con seriedad.

—Iba a decir lo mismo, Morgan. Te agradezco la consideración. —Isabel miró a Celestia con las mejillas encendidas por el rubor. ¿Qué demonios le pasaba a su amiga aquel día? Se comportaba de un modo tan extraño que no la reconocía.

—En cualquier caso, señorita Tisdale, —Seamus giró el rostro hacia ella para mirarla directamente a los ojos—, estará de acuerdo conmigo en que el concepto de alma es un tanto subjetivo. Porque, supongamos que existe realmente, ¿acaso alguien ha podido verla alguna vez?

—Ahí es donde interviene la fe, señor Quinn —puntualizó ella—. Es decisión de cada uno darle la forma y contenido que mejor convenga a sus inquietudes.

—¿Y en su caso, señorita Tisdale? ¿Cuál es la forma y contenido que otorga a su propia alma?

Ella le devolvió una mirada que expresaba absoluto desconcierto.

—Señor, debe disculpar si mi respuesta le parece grosera o inapropiada. Pero comprenderá que no nos conocemos tanto como para que comparta con usted tal información —replicó con tono hosco.

—Acepto sus disculpas, ya que mi pregunta ha sido también del todo inadecuada. Pero le confieso que ardía en deseos de conocer su opinión.

—Seamus, Celestia... ¿Podemos centrar la conversación en otro asunto menos trascendental como por ejemplo, tal vez... este delicioso asado de Viola? —Morgan asintió cuando Isabel le dirigió una tímida mirada de agradecimiento.

—Estoy de acuerdo —dijo Seamus, rozando accidentalmente los dedos de Isabel sobre el mantel. Ella los apartó de inmediato, no sin que antes el hombre percibiera su temblor. Seamus pinchó el último pedazo de carne de su plato—. El asado está delicioso.

—Y el pudín de manzana lo ha preparado Celestia personalmente. En tu honor, amigo mío. Pero que me aspen si sé por qué mereces tantas atenciones —bromeó Morgan en un vano intento por romper la tensión que se había creado en el ambiente.

—Sin duda, has estado hablando de mí a mis espaldas, Durrell. —Seamus interpretó el silencio de la señora Durrell como la confirmación de sus sospechas—. Debes haberlas puesto al corriente de mi existencia solitaria y vacía, seguro. Has convencido a estas dos hermosas damas para que

me agasajen durante la cena y esperas tenerme a tu merced tan pronto haya satisfecho mi apetito.

Miró de soslayo a la señorita Tisdale y ella enseguida captó que no se refería únicamente a su ansia por devorar el postre que anunciaba su anfitrión. Le rehuyó la mirada, con las mejillas arboladas por su velada insinuación.

—¿Por quién me tomas, amigo? —Morgan sonrió con expresión inocente cuando su esposa le golpeó suavemente, como castigo, el dorso de la mano con los dedos—. Tan solo le he contado a Celestia que salvé tu pellejo irlandés en una ocasión y que ese incidente fue el comienzo de nuestra gran amistad.

—Dirás que fue el comienzo de tu maniobra de extorsión —puntualizó con naturalidad—. Supongo que no has mencionado que he aceptado ese puesto en Scotland Yard después de que me chantajearas vilmente.

—¿Has hecho algo tan horrible, Morgan, querido? —Celestia fingió escandalizarse por la afirmación de su invitado.

—Honestamente, querida, es justo lo que hice —se jactó él, saboreando una porción del pudín que Viola acababa de depositar en la mesa—. Y la razón es que este irlandés cabezota es una de las pocas personas a quien confiaría la seguridad de esta ciudad.

—Me parece entonces muy razonable que mi yerno utilizara los medios necesarios para convencerlo, señor Quinn. —El señor Townsend intervino de pronto, como si no se hubiera percatado hasta ese instante de la reunión que allí tenía lugar. El pobre anciano parecía abstraído en sus cavilaciones y tan solo las abandonaba para sonreír con ternura a su hija cuando esta servía algo en su plato. El hombre añadió—: Londres es una ciudad enferma, señor. Debe comprender que Morgan hará lo imposible para encontrar la cura al mal que la está destruyendo.

—¿Y cuál cree que es la enfermedad, señor Townsend? Tengo entendido que es usted médico. No puede existir mejor experto para aconsejarme. —Seamus bebió otro trago de vino e iba a rellenar su copa cuando la mirada reprobadora de su amigo le detuvo. Dejó la copa vacía en la mesa y echó la espalda hacia atrás, apoyándola en el respaldo de su asiento y cruzando los brazos sobre el pecho.

Townsend se tomó un tiempo para meditar la respuesta. Al cabo de unos segundos, miró al nuevo inspector con expresión funesta.

—Pobreza, codicia, libertinaje, perversión... la maldad en todas sus dimensiones, señor Quinn. Es una tarea hercúlea la que acepta usted... Le admiro y le compadezco al mismo tiempo.

Celestia presionó el hombro del anciano, inclinándose hacia él para besarlo en la sien plateada.

—En ese caso, solo un loco o un visionario querría aceptar tamaña responsabilidad, ¿no le parece? —sugirió Seamus, intrigado por el dolor que adivinaba en el fondo de aquella mirada abatida.

—¿Y qué es usted, señor Quinn? —Isabel no pudo evitar que la pregunta surgiera de sus labios, aunque se arrepintió enseguida al ver cómo el hombre la miraba nuevamente con sus ojos de un azul intenso.

—Yo puedo responder a eso, señorita Tisdale —intervino Morgan—. Me temo que este irlandés sea ambas cosas. Pero, de todos modos, confío plenamente en su buen juicio.

—Y yo confío en que has perdido completamente el tuyo, Durrell. Pero sea como dices. Saldaré mi deuda, seré tu hombre y luego no digas que no te lo advertí —aceptó Seamus, exhalando un profundo suspiro y lanzando con brusquedad su servilleta sobre la mesa—. Señoritas, ha sido un placer disfrutar de esta exquisita cena en su adorable compañía. Pero si he de convertirme en guardián de esta ciudad agonizante, debo retirarme ya.

—Es una pena, señor Quinn. La señorita Tisdale y yo pensábamos obsequiarle con unos sonetos de Percy Shelley. —Celestia ignoró deliberadamente la expresión horrorizada de su amiga.

—Tendrá que ser en otra ocasión, señora Durrell. Pero le prometo que sufriré cien tormentos por privarme de ese momento sublime —se disculpó Seamus con sarcasmo.

—Por favor, déjese de tanta ceremonia. Si mi esposo le ha confiado esta ciudad, estoy segura de que podemos prescindir de las formalidades. Llámeme Celestia, se lo ruego. Pero, no se escabulla tan astutamente... Dígame, ¿acaso no es usted romántico, señor? —insistió Celestia para tormento de Isabel.

—Ha dado en el clavo, Celestia —afirmó Seamus, sin apartar sus ojos de la señorita Tisdale y añadiendo—: Y para ser del todo sincero, ese Shelley siempre me ha merecido una opinión deplorable. Por lo que sé, fue un borracho emocionalmente inestable, hedonista y promiscuo, cuya mayor virtud fue toparse con una extraordinaria mujer llamada Mary Godwin e intentar apropiarse del talento y la obra de ella. Hasta que su conciencia le obligó a reconocer públicamente que su compañera poseía un don excepcional.

Isabel escuchaba sus palabras con atención, luchando contra sus emociones para impedir que el hombre adivinara en el leve temblor de sus labios cuánto apreciaba aquellas afirmaciones.

—¿Ha leído la obra de Mary Shelley, señor Quinn? —preguntó con la voz casi quebrada por la admiración que había despertado en ella su vehemente defensa de la escritora.

—«*Y lo que siento ahora ya no lo sentiré; pronto estos pensamientos... estas dolorosas heridas... ya no existirán. Levantaré triunfal mi pira funeraria, y las llamas que consuman mi cuerpo concederán la alegría y la paz a mi espíritu.*»

Seamus acababa de recitar las últimas palabras del monstruo de Mary Shelley antes de que, en la obra de ficción, este se lanzara del barco en el que viajaba después de confesar sus crímenes.

Isabel sintió un estremecimiento que agitó su interior de un modo irracional.

—*Frankenstein o el moderno Prometeo...* —Él parecía hablar consigo mismo, pues ya no miraba a ninguno de los presentes, sino a algún punto invisible a través del amplio ventanal del comedor—. Una vez... conocí a alguien que admiraba profundamente la obra de la señora Shelley.

Durante un instante, se hizo un silencio casi sepulcral mientras se despedía de las mujeres.

—Pero... animen esas caras, señoritas, se lo ruego —bromeó, y continuó para mortificación de ambas—. ¿De veras he logrado engañarlas con mi hipócrita y pésima interpretación? Son un par de damas incautas y fácilmente impresionables por lo que veo... Mis respetos, señoritas. Señor

Towsend. Morgan... gracias por la cena.

Isabel apartó su silla con brusquedad y se irguió, dispuesta a abandonar también la velada. Por desgracia, su pierna tullida la hizo tambalearse ligeramente y el señor Quinn tuvo la destreza de sujetarla por el codo antes de que perdiera el equilibrio. Isabel sacudió el brazo al instante, incapaz de soportar el contacto de aquellos dedos a través de la manga de su vestido.

—Usted no sabe nada de nosotras, señor Quinn... —replicó Isabel, roja de rabia—. Especialmente, le aseguro que no sabe nada de mí o de aquello capaz de impresionarme. Y me atrevería a decir que no sabe nada en realidad de las mujeres. No tiene ningún derecho a infravalorar nuestra inteligencia y prejuzgarnos solo porque no hemos tenido la fortuna de nacer hombres.

—Isabel, por favor... Estoy convencida de que el señor Quinn no pretendía decir lo que ha dicho, ¿no es así, Seamus? —Celestia intervino rápidamente, consciente de que las palabras de Quinn habían herido de veras el orgullo de su amiga. Tomó de la mano a Isabel para acompañarla a buscar su capa y su sombrero.

—Lamento contradecirla, señora. Me reafirmo en cada palabra. —Retó a Isabel con la mirada, mientras ambos recogían sus respectivos abrigos—. Pero presento mis más sinceras disculpas si con ellas las he ofendido.

—Oh, no sea farsante —le acusó Isabel quien, a causa del enojo, no reparaba en la expresión divertida que se dibujaba en el rostro de sus anfitriones—. No lo siente en absoluto y lo sabe.

—Qué despropósito. —Seamus seguía burlándose y hasta se atrevió a colocarle la capa sobre los hombros—. ¿Ahora quién pretende conocer a quién, señorita Tisdale? No me guarde rencor, ¿quiere? Para demostrarle lo arrepentido que estoy, permita que la acompañe hasta su casa.

Isabel miró a Celestia, después a Morgan y por último a aquel irlandés arrogante que no mostraba el más mínimo respeto hacia ella, pues continuaba con su bufonada.

—Antes preferiría que me acompañara ese horrible Frankenstein —sentenció, huraña.

—Vamos, señorita Tisdale. Ahora se comporta de un modo infantil.

—Isabel... —pidió Celestia, conciliadora—. Deja al menos que te preste mi carruaje.

—Amiga... Tu nuevo hogar no dista mucho del anterior. Hemos atravesado a pie la distancia que separa nuestras casas desde hace años. ¿Qué te hace suponer que hoy deseo hacerlo en compañía de este hombre, cuando ambos hemos manifestado abiertamente nuestra mutua animadversión?

—Nada de eso, señorita Tisdale —replicó él, lo que le valió un casi imperceptible puntapié de Morgan. Sin embargo, no fue suficiente para que se mordiera la lengua, tal era la diversión que le proporcionaba asaetear a la joven dama—. Es usted la que me tiene manía, confíeselo. Ha resuelto detestarme desde el momento en que nos presentaron.

Isabel apretó los labios con irritación.

—Usted es... Insufrible —dijo finalmente, besando a Celestia en la mejilla y dirigiendo una mirada de reproche a su marido. Se volvió hacia el señor Quinn y le apuntó con su dedo índice—.

Y no se atreva a seguirme, señor, se lo advierto. Incluso las jóvenes incautas e impresionables tenemos nuestros propios métodos para deshacernos de la compañía de caballeros como usted.

Seamus no se movió de la puerta. La vio recorrer la calle adoquinada con su paso oscilante aunque firme.

—No pongas esa cara, Seamus. Vive a un par de manzanas y las calles aún están suficientemente transitadas e iluminadas —lo tranquilizó Durrell.

—Y si conozco bien a Isabel, es capaz de arrancarle los ojos si descubre que la ha seguido —advirtió Celestia, deseando que la velada terminase para dar rienda suelta a su diversión. Cierto que Morgan la regañaría por haber colocado a Seamus e Isabel en aquella comprometida situación. Pero estaba segura de que su marido ya había adivinado sus intenciones al convocar a sus invitados a aquella cena.

Seamus asintió sin demasiada convicción y emprendió su camino de regreso en la dirección opuesta a la que había tomado la señorita Tisdale. Por su parte, el doctor Townsend aceptó alojarse allí, como aconsejaba su hija, y no regresar a su casa. Últimamente, su salud requería mayor atención por parte de Celestia y ella ansiaba procurarle los mejores cuidados.

Solos, Celestia y Morgan se miraron a los ojos.

—Sabes muy bien que tus artimañas de casamentera traerán consecuencias. —Morgan apresó la cintura femenina y besó a su esposa con adoración—. ¿Cómo sabes que es el hombre adecuado para Isabel?

—No lo sé —dijo ella cuando liberó su boca—. Pero dijiste que era un buen hombre. Y que lo había perdido todo... Ella también lo ha perdido todo. Pero no conozco a nadie que encierre más amor en su corazón... Ella no lo sabe, Morgan, pero todo ese amor está deseando salir al mundo y encontrar alguien digno de merecerlo.

—Señora Durrell, nunca me canso de descubrir nuevas virtudes en ti... ¿quién te ha enseñado a conspirar de ese modo?

Ella no contestó. Se rio bajo sus labios y se dejó abrazar.

## Capítulo 2

—Y a *l'edicho*, señorita, que no puede quedarse sola con ella. Es lo mismo que le dije la última vez y lo mismo que le diré cada vez que venga hasta *que 'sta* pobre infeliz se vaya *p'al* otro barrio. —La harapienta mujer cruzó los brazos sobre el pecho y clavó los ojos en la visita con actitud desafiante.

Isabel se cubrió los labios con su pañuelo para ahogar la náusea. Aquella celda olía a humedad y orines, a dolor y desesperación... Observó a la mujer que se había convertido en una especie de enfermera-carcelera de su hermana. El pelo negro y espeso recogido en un sucio pañuelo que anudaba a la nuca, el entrecejo poblado y tan oscuro como el cabello, la desagradable verruga que coronaba su gruesa nariz e invitaba a apartar la mirada enseguida. Se fijó en sus dientes ennegrecidos y en su robusta complexión capaz de neutralizar cualquier amenaza.

Después, Isabel desvió la mirada hacia la desvalida criatura que permanecía de pie frente a la minúscula ventana con barrotes. La hermosa Hermione... Ella era la amenaza. La preciosa Hermione de ojos cautivadores y piel de alabastro. La joven dama que un día había sido la luz que brillaba en las veladas. La misma que ahora apenas abría uno de sus párpados arrugados para clavar un ojo rojizo en el rostro de la recién llegada. Sintió una gran congoja cuando Hermione, como si le avergonzase su reciente aspecto, levantó los dedos de uñas astilladas para peinar su cabellera sedosa y brillante... invisible, que ya no existía más que en su imaginación. En su lugar, ahora solo había un cráneo rasurado donde aquel rubio cabello del pasado había dejado un rastro bilioso de mechones cortados con torpeza. Por desgracia para Hermione, pensó Isabel con tristeza, en Broadmoor no ponían demasiado esmero en cuidar las lustrosas cabelleras de sus inquilinas o en que sus vestidos lucieran limpios y sin descosidos.

—¿Al menos... podría permanecer en la puerta mientras hablo con ella? —preguntó Isabel, dominando su enfado.

—Allá *usté*. —La mujer encogió los hombros y se retiró unos pasos, no sin antes añadir—: Pero si ese demonio intenta sacarle los ojos, luego no vaya por ahí diciendo que Tamy no se *l'advirtió*.

Isabel no contestó. Se acercó a Hermione, dejando una distancia prudencial de dos pasos por si la hosca mujer no se equivocaba con respecto a su hermana. Así había sido la última vez. Aunque había intentado calmarla por todos los medios, Hermione se volvía completamente irracional



cuando sufría sus brotes de locura. Bajo su apariencia vulnerable, vivía alguien o algo... que se comportaba como un animal feroz enjaulado cuando salía a la superficie. Tan pronto guardaba silencio durante todo lo que se prolongaba su visita, como rompía en aullidos histéricos y trataba de arañarla o golpearla con extremada violencia.

Pese a lo grotesco de la situación, Isabel estaba dispuesta a cumplir con la promesa que había hecho. Sabía que tras abandonar el sanatorio, se sentiría nuevamente rota por dentro, devastada por aquellos encuentros que repetía cada mes y que minaban poco a poco su fe en la recuperación de Hermione. Pero algo en su interior le decía que si dejaba de acudir, si faltaba a su compromiso... No podía explicarlo, pero sentía que algo mucho más terrible podía suceder, y el único modo de impedirlo o postergarlo era no faltar a aquellos espantosos encuentros con Hermione.

—Nunca dejarás de venir, ¿verdad?

La voz de Hermione, grave y distorsionada de rabia, la sobresaltó. Isabel se quitó uno de los guantes y acortó con prudencia la distancia que las separaba. Un paso más cerca del consuelo que también podría ser un paso más cerca de sus ataques. Se llenó de aire los pulmones, resignada, aunque deseando en el fondo que Hermione fuera capaz de apreciar su gesto.

En ese instante, Hermione ya no la miraba. Su vista parecía querer atravesar los barrotes para internarse en la arboleda que rodeaba aquel tétrico edificio. Pero no podía engañarla del todo. Sus labios agrietados... aquellos labios que habían sido hechos para besar... ahora los mordía con tanta fuerza que un tenue hilillo de sangre comenzó a correrle por la comisura.

Isabel sacó su pañuelo y se lo ofreció con prudencia, pero Hermione lo rechazó con brusquedad. Las manos le temblaban e Isabel comprendió cuánto se estaba esforzando por dominar sus atroces instintos. Sabía que lo único que evitaba que Hermione la emprendiera a golpes contra ella era la presencia de la vigilante carcelera que le había sido asignada por su padre. Pero, fuera por los motivos que fuera, Isabel agradeció la tregua.

—¡Deja de mirarme! —ordenó Hermione con un gruñido.

Isabel obedeció y se compadeció en silencio cuando su pequeña muestra de sumisión dibujó en los labios de Hermione una sonrisa diabólica.

—Te dije que no volvieras por aquí si no me traías un par de mis viejos vestidos —le recordó Hermione, bajando un poco la voz para que la otra mujer no pudiera oírlos—. Y necesito que padre le aumente la asignación a Tamy. Esa zorra se vuelve muy complaciente con unos chelines más en el bolsillo. Creo que si logro sobornarla, pronto me ganará su favor...

Isabel no la contradujo. Le pareció cruel decirle que no creía que pudiera necesitar ninguna de las cosas que exigía, que no habría fiestas a las que asistir ni pretendientes a quienes seducir... Si trataba de explicarle que nada de lo que hiciera podría ayudarla a salir de allí, Hermione montaría en cólera.

—Y quiero otro par de zapatos y mi frasco de perfume... Y tal vez alguna de las joyas de mamá, ¿qué tal aquella diadema de rubíes que llevaba el día de su muerte? Estoy segura de que no

le hará falta donde está. —Hermione pareció añadir lo último solo para provocarla.

—Sabes muy bien que te apropiaste de todas sus joyas el mismo día que nos dejó —le recriminó Isabel sin poder contenerse.

—No de todas. —Hermione la miró con aquel ojo en el que tono rojizo había invadido casi por completo el azul de antaño—. ¿Me tomas por una idiota? Mi querida hermanita... Padre y yo jamás logramos encontrar aquel pequeño medallón, ¿lo has olvidado?

Isabel no lo había olvidado. Aquel día había llegado a casa después de pasear durante horas para evitar la presencia de aquellas dos personas que tanto desprecio le mostraban. Y había descubierto que ambos se hallaban en su habitación. Los dos parecían haber perdido el juicio, esparcían todas sus prendas y objetos sobre la cama y el suelo y ninguna de las sirvientas se había atrevido a inmiscuirse en su búsqueda.

Era cierto. Nunca hallaron lo que buscaba. Isabel lo guardaba celosamente en el interior del único lugar donde sabía que Hermione no buscaría. Su valioso ejemplar de *Persuasión* que la propia señorita Jane Austen, muy generosamente, había firmado a su madre durante una velada en la que ambas coincidieron en Bath. Allí oculto, en la cara interna de la tapa dura forrada en piel de su novela, seguía a buen recaudo el codiciado medallón cuyo único valor era que había pertenecido a su madre y guardaba su hermosa imagen en el interior. Y aquel era en realidad su mayor valor, pues era un hecho muy cierto que nada resultaba tan placentero para Hermione como arrebatarle todo aquello que pudiera hacerla feliz.

—Sin duda, Hermione, la pieza debió perderse en algún momento —mintió Isabel, sintiendo una ligera y secreta punzada de satisfacción—. De cualquier modo, sabes que no puedo acceder a ninguna de tus peticiones. De hecho, ya estoy corriendo un grave riesgo al acudir cada mes a verte.

—¡Lo prometiste! —rugió ella.

—Sé que lo hice. —Recordó la primera ocasión en la que, por pura compasión, había acudido para cerciorarse de que Hermione no había perdido del todo el juicio.

Entonces, Hermione le había hecho jurar que repetiría su visita puntualmente. A cambio, había dado su palabra de que algún día recobraría un resquicio de lucidez entre sus episodios de locura, y le contaría la verdad. Isabel seguía sin saber a qué verdad se refería y si esta sería tan espeluznante que tal vez fuera mejor no conocerla. Pero la esperanza de encontrar repuestas a las preguntas que aún la atormentaban conducía sus pasos hasta allí cada primer lunes de mes. Nadie lo sabía, ni siquiera Celestia, a quien consideraba su mejor amiga y casi una hermana. Su secreto estaba a salvo mientras aquella mujer horrible llamada Tamy recibiera sus cinco chelines.

Miró a Hermione, descorazonada porque no apreciaba en ella nada que sugiriese una mejoría.

—Pero si padre nos descubre, todos tus pequeños caprichos se terminarán —dijo, tomándose la libertad de contemplar abiertamente el rostro de Hermione, donde el fuego había dejado sus cicatrices también. Pese a las suyas propias, las que había sufrido de niña durante el incendio y la habían marcado de por vida, deseó sinceramente que Hermione jamás hubiera padecido los tormentos que la habían llevado finalmente a Broadmoor.

—No puedes decirle una palabra.

—No se lo diré, lo prometí. Pero él es astuto, Hermione... Algún día, verá u oirá algo que le hará sospechar... Le conoces bien. —Isabel sonrió con tristeza, añadiendo un pensamiento que no podía apartar de su mente—. Lo que no logro comprender... No puedo entender que padre te haya recluido en este lugar, que prohíba que te visite, que no te procure los mejores cuidados... ¿Acaso no fuiste siempre su querida niña?

Hermione soltó una carcajada desagradable y de nuevo, su ojo que parecía conectarla directamente con el Infierno se clavó en los ojos de Isabel.

—No sabes nada... Pobres ignorantes, estúpidas... tú y madre... Dos pusilánimes con el corazón henchido de bondad —se burlaba con aquel tono hiriente habitual que el fétido ambiente de Broadmoor no había logrado dominar. Al instante siguiente, la expresión de Hermione se volvió aterradora.

—Sé que no eres tú quien habla, Hermione —la disculpó Isabel, no demasiado convencida de sus palabras.

—¿Eso crees?

El odio en su mirada era tal que Isabel resolvió que era el momento de dar por finalizada la visita.

—Tengo que irme —anunció, separándose de Hermione y caminando con paso raudo hasta la puerta de la celda.

—¡Isabel!

Isabel giró sobre los talones antes de que Tamy abriera la puerta para dejarla salir.

—Te conviene no faltar a nuestra cita —gruñó Hermione, y la mueca de sus labios heló la sangre de Isabel—. Esto no ha terminado... Para ninguna de las dos. El Infierno no es tan malo cuando te acostumbras a la compañía...

Isabel no quiso escuchar más, pero mientras se alejaba de allí, escuchó la risa frenética de Hermione a sus espaldas.

\*\*\*

Aún intentaba sobreponerse a la visita que había hecho aquella tarde a Broadmoor. Confiaba en que una buena taza de té y alguna de sus lecturas la reconfortaría, pero al llegar a casa y descubrir el baúl al pie de las escaleras, la inquietud la invadió nuevamente. Aquel baúl solo podía significar una cosa. Su padre se disponía a emprender otro de sus viajes. Aunque la presencia de su padre en casa no le aportaba nada positivo, sus frecuentes viajes la atormentaban, ya que regresaba en cada ocasión más distante y taciturno. Los sirvientes le temían, atendían sus peticiones rehuendo la mirada, con manos temblorosas... Una vez, Fanny, quien cuidaba de las niñas desde que nacieran, le había confesado a Isabel que jamás habría aceptado el empleo de no ser porque la difunta señora Tisdale la había convencido con sus amables palabras. *Ese hombre...*

*Debes cuidarte de él, mi niña... Debes mostrarte obediente y guardar silencio, que no note tu presencia y todo irá bien...*, le había dicho entonces Fanny. Isabel había seguido su consejo y durante todo el tiempo que Hermione llenaba Westwall Place con sus risas y conspiraciones, había funcionado. Sin embargo, los últimos meses, Isabel tenía la sensación de que no importaba lo que hiciera, era como si su mera existencia ya fuera insoportable para él. Si tropezaba con su padre accidentalmente en alguna de las estancias, él se limitaba a mirarla con aquella expresión extraña que pretendía ocultar cualquier emoción y, al mismo tiempo, las revelaba todas. Su padre ya no podía ocultar el desprecio que sentía por ella.

—Mi niña... Apresúrese, su padre está en la biblioteca y pregunta por usted... ¡ahora!

Isabel se quitó el sombrero para entregárselo a Fanny. Se disponía a darle también sus guantes, cuando reparó en que solo llevaba uno puesto.

—¿Mi padre quiere verme? —preguntó Isabel, sorprendida. Era la primera vez que la reclamaba para despedirse. La señal de alarma se disparó en su cerebro, ¿y si él había descubierto de dónde venía?

—¿Ha dicho para qué? —insistió con cautela, pues no quería preocupar a la vieja Fanny.

—Por supuesto que no. Solo ha ordenado que vaya a verle enseguida. No le haga esperar, por Dios... Hoy está más sombrío que nunca. —La mujer se mostraba verdaderamente intranquila.

—Tranquila, Fanny. Estoy segura de que puedo superar unos minutos en su compañía.

—No le contradiga, no le haga enfadar... Permita que se vaya y la deje en paz... Como cuando era usted niña —le recordó Fanny.

—Vamos, vamos... No te pongas tan dramática. —Isabel besó a Fanny en la mejilla y se dirigió a la biblioteca.

Su padre la aguardaba, ocupando el regio sillón tras la mesa de roble. Repasaba unos documentos con aparente interés y ni siquiera alzó la vista cuando ella irrumpió en la estancia.

—Llegas tarde —observó con acritud sin levantar la mirada—. ¿De dónde vienes a estas horas?

—He visitado a Celestia y la pequeña Josephine, padre. —Isabel no añadió nada más, pues nada en su actitud le hacía sospechar que su interés por sus amistades hubiera cambiado.

—Ya veo. Esa joven nunca me pareció una buena influencia, como finalmente demostraron los acontecimientos.

Isabel no contestó. Hubiera querido responderle que los acontecimientos de los que hablaba también habían conducido a Hermione al lugar donde se marchitaba lo que pudiera quedar de su alma. Pero decidió que no serviría de nada y que sus palabras solo conseguirían enfurecerlo.

—¿Querías verme, padre? —inquirió, permaneciendo erguida y de pie frente a la mesa, como él le había indicado que debía ser desde que era niña.

—Así es —cruzó los dedos sobre sus papeles y, por primera vez, la miró abiertamente. Su expresión denotaba curiosidad, mas no había en ella el más mínimo rastro de afecto.

Isabel ya estaba acostumbrada. Sin embargo, no podía evitar que la tristeza la invadiera al

comprobar que, ni siquiera el internamiento de Hermione, lograba ablandar el duro corazón de aquel hombre.

—Tienes veintiocho años y sigues soltera —apreció él, provocando que Isabel contuviera el aliento por la sorpresa—. Honestamente, hasta hace poco me traía sin cuidado tal situación, ya que confiaba en que un matrimonio ventajoso de tu hermana podría suplir con creces tu ausencia de pretendientes. No obstante, he pensado mucho en ello durante los últimos meses. Y sería conveniente que tú también considerases los beneficios de contraer matrimonio. Por desgracia, una mujer soltera es una presa fácil para embaucadores y *don nadies*, así que he dispuesto todo para resolver ese problema a mi regreso. Soy consciente de que tus escasas virtudes y esa desagradable cojera no te convierten en una heredera apetecible, pero, aun así, espero solucionarlo haciendo buen uso de mis influencias.

Isabel no daba crédito... ¿casarse... con quién? El corazón le latía desbocado en el pecho e intentó dominarlo cuando reunió el valor necesario para hablar.

—Pero, padre, yo... El matrimonio no ha entrado nunca en mis planes, como bien sabe. Creía que no se oponía a mi decisión de permanecer soltera...

—¿*Tu decisión?* —él pronunció las palabras con tono áspero—. Tú no tienes autoridad ni raciocinio para decidir nada. Si has disfrutado de tanta libertad estos años es porque, al contrario que tú, Hermione prometía un brillante futuro en sociedad. A ella le debes tus años de libre albedrío, no te confundas. Pero estando tu hermana fuera de circulación, todo cambia. ¿Has pensado por un momento que iba a morirme, dejándote todo mi dinero para que lo dilapides en obras de caridad o en subvencionar a algún poeta mediocre de los que tanto gustas leer? De ningún modo permitiré que eso suceda. Estoy seguro de que puedo encontrar algún caballero que se ajuste a mis intenciones y encomendar mi patrimonio a los fines adecuados. He de hallar uno a quien no le resulte del todo inaceptable tu compañía, dispuesto a aceptar tus innumerables defectos a cambio de una buena dote.

—No pienso aceptar tal imposición —se atrevió a decir Isabel, temblando de rabia.

—Lo harás —dijo él, impasible—. Acatarás mis deseos o de lo contrario harás compañía a tu hermana en esa lamentable institución para lunáticos.

Isabel se estremeció al escuchar la contundente amenaza.

—Pero yo... Le juro que no seré una carga para usted y no tocaré un penique de su dinero... —replicó Isabel, en un vano intento por hacerle recapacitar—. Lady Wilbourgh estaría dispuesta a aceptarme como dama de compañía y podría ganar algún dinero por mí misma... Tal vez podría dar clases... Padre, usted consintió en que recibiera una buena formación en el University College. Yo podría sacar provecho de mis estudios y nunca le pediría nada, lo juro...

—¡Qué ilusa! —Él soltó una risa cruel—. Si accedí a que fueras allí fue solo para librarme de tu presencia durante el mayor tiempo posible, ya que parecía que los entretenimientos de tu hermana no despertaban tu interés. ¿De veras creías que sentía algún respeto por esa *escoria impía* de la calle Gower?

El modo en que se refería al lugar donde tantas ocasiones se había refugiado entre libros, utilizando aquella expresión desdeñosa acuñada por los eternos rivales del King's College, la hirió profundamente.

—Padre, le ruego que me escuche...

—No hay más que hablar —zanjó la conversación con hosquedad—. Estaré fuera algún tiempo. Cuando regrese, te haré saber mi decisión en cuanto al candidato escogido para que sea tu esposo. Mientras tanto, procura no malgastar mi asignación y dile a Fanny que te ayude a preparar un ajuar adecuado.

—No puede hacerme esto, padre —susurró Isabel, apretando con fuerza los puños.

—Puedo hacer lo que me plazca —dijo, cortante, y añadió con inusitada brutalidad—: Toda tu vida has sido un verdadero estorbo. Desde que naciste. Tu estúpida madre se cuidó muy bien de convertirme en otra arpía traicionera. Te moldeó a su imagen y semejanza con tal hábil empeño que nada pude hacer yo para apartarte de su fatal influencia... Pero eso se acabó. Desde ahora, vas a devolverme cada chelín invertido. Mostrarás tu gratitud y harás lo que te diga... aunque tenga que molerte a palos para obtener lo que quiero.

Isabel sentía que los ojos le escocían ante la magnitud de aquella confesión. Nunca hasta entonces su padre le había mostrado tan abiertamente sus sentimientos. Nunca había sido tan claro con respecto a la opinión que su madre o ella le merecían. A juzgar por sus resentidas palabras, las aborrecía a ambas... Pese a que no sentía ningún afecto por aquel hombre despiadado, ella habría dado la vida por tener el valor de preguntarle en aquel instante qué pecados habían cometido para merecer tales agravios.

—Al menos —dijo Isabel, levantando la barbilla con el resquicio de orgullo que su padre no había pisoteado aún—, ¿puedo saber en qué *afortunado caballero* ha pensado para que se convierta en mi dueño y carcelero?

—Ya te lo he dicho. Lo sabrás a su debido tiempo. —La miró entre los párpados—. No será fácil, desde luego... Mírate bien. Careces de atractivo alguno, silenciosa, gris, tullida... Dios me libre si no logro engatusar a algún pobre incauto con algún talento tuyo oculto. Puede que, después de todo, mi dinero haya logrado comprar en ese colegio un poco de sentido común. Un cierto dominio del álgebra sería útil para llevar la economía doméstica, eso sería una ventaja, desde luego. Y quizá el caballero en cuestión pueda disculpar tu fealdad si te conviertes en la perfecta anfitriona. Creo recordar que tocabas de un modo aceptable el piano y de niña llegaste a interpretar alguna pieza acompañada de la deliciosa voz de tu hermana... Por supuesto, no aspiro a que, ni por asomo, estés a su altura. Pero de algo han tenido que servir los chelines que invertía cada semana en aquel joven profesor de música que nos visitaba puntualmente.

Por supuesto, pensó Isabel descorazonada, ella nunca estaría a la altura de Hermione. Y su padre tampoco podía adivinar porqué Hermione aguardaba con excitación cada visita del atractivo profesor ni los verdaderos motivos por los que había sido tan aplicada en sus clases.

—Pero ya he tenido suficiente de ti por hoy —gruñó él, devolviendo la mirada a los asuntos

que le ocupaban en el escritorio—. Vuelve a aquello en lo que sueles perder el tiempo habitualmente. Y dile a Fanny que avise a nuestro cochero. Que cargue mi baúl enseguida. Quiero el carruaje listo para salir en una hora.

Isabel no se atrevió a contradecirle. Por supuesto, no tenía la menor intención de someterse a sus deseos. Pero debía ser cauta si quería solucionarlo del modo más racional. Dio media vuelta y abandonó la biblioteca, reuniéndose enseguida con Fanny. La mujer la abrazó, comprendiendo que aquella humedad en los ojos de la joven no auguraba nada bueno.

—Me odia, Fanny. Si antes podía albergar alguna duda, ahora tengo la absoluta certeza de que es así —confesó Isabel, apenada, bajando la voz por si su padre las sorprendía.

—Pero, niña... Está muy pálida, ¿qué ha sucedido ahí dentro?

—Es mejor que te lo diga, puesto que mi padre espera que seas su cómplice en esta vileza.

Fanny la apartó de sus brazos para observar mejor su expresión.

—Pero ¿de qué me habla, señorita Isabel? Por Dios, está logrando asustarme con tanto misterio. —Fanny balbuceaba presa del nerviosismo.

—Mi padre desea entregarme a alguno de sus horribles amigos. Y desea que me ayudes a preparar lo necesario para la ocasión —lo soltó sin preámbulos, apretando los labios. Pese a su enfado, presionó el hombro de Fanny para tranquilizarla—. Pero no sufras, Fanny. No estoy enfadada contigo. Ni siquiera lo estoy con él... Tan solo estoy furiosa conmigo misma, por mi propia debilidad. No tuve el valor suficiente para enfrentarme enérgicamente hace un momento. Sin embargo, espero reunirlo para cuando mi padre regrese de su viaje. De ninguna manera aceptaré sus imposiciones... Nunca.

—Mi pobre señorita... Ya sabía yo que ese hombre sin corazón la tomaría con usted. Tarde o temprano, tenía que pasar... Él nunca se lo perdonó —murmuró Fanny, horrorizada por la noticia.

—¿A qué te refieres, Fanny? —inquirió Isabel, sintiendo una extraña desazón.

—No es nada, señorita... No debe hacer caso a las divagaciones de una pobre ignorante —se disculpó ella, como si de pronto quisiera borrar sus últimas palabras.

—Fanny, no me trates como si ambas fuéramos un par de desconocidas—recriminó Isabel con dulzura—. He visto algo en tu mirada... Y no eran divagaciones. Por favor, te ruego que seas franca conmigo.

Fanny echó una ojeada alrededor, asegurándose de que la puerta de la biblioteca permanecía cerrada y de que nadie podía escucharlas. Tomó las manos de Isabel entre las suyas.

—Mi niña... Hay cosas... Cosas horribles que sucedieron hace demasiado tiempo... Yo he rezado cada noche por que el pasado quedara enterrado para siempre. —Sus manos estaban heladas mientras hablaba en un tono casi imperceptible—. Pero no siempre podemos huir del pasado... No sabe cómo le he pedido al Señor que la protegiera... Con gran pesar, comprendo que todas mis plegarias han sido en vano.

—Fanny, ahora eres tú quien me asusta —la interrumpió Isabel.

—No es mi intención, señorita, lo juro.

—Entonces, habla de una buena vez.

—Mi querida Isabel... —Fanny le acarició la mejilla, como solía hacer cuando no era más que una niña huérfana de madre, solitaria y triste. Una criatura asustada a quien su malintencionada hermana mortificaba con las peores travesuras que, ya entonces, resultaban impropias en alguien de tan corta edad. Sentía una profunda compasión hacia aquella joven prisionera de su propia existencia, ajena a los pecados que la antecedían—. En cierta ocasión, estando ya muy enferma y viendo que su final se acercaba, la señora Margaret me pidió... me rogó que la cuidara cuando ella ya no estuviera... Mi pobre señora, la quería a usted más que a nada en el mundo... Ella conocía bien la naturaleza aviesa de su padre. Temía que él pudiera corromper lo que ella más amaba, como ya parecía haber logrado con la pequeña Hermione...

—Fanny... ¿por qué me cuentas esto ahora...?

—Porque he faltado a mi promesa, mi niña... —confesó la mujer, afligida—. Pero ¿qué más podía hacer una infeliz como yo? Le fallé a su madre entonces... ahora estoy segura. Y le he fallado a usted, señorita... Solo espero que su madre, Dios la tenga en su Gloria, pueda perdonarme allá donde descansa su pobre alma.

—Fanny, tú nunca me has fallado. Por favor, perdóname si mi enfado te ha convencido erróneamente de lo contrario...

—Usted no sabe nada, señorita... Pero esta casa... Esta maldita casa, guarda secretos que ni se imagina. —Fanny balbuceaba y, en cualquier momento, las lágrimas que se agolpaban a sus ojos rodarían de forma incontrolable por sus arrugadas mejillas.

—¿Secretos... qué secretos, Fanny?

Pero en aquel instante, su padre irrumpió en el corredor, y aunque estaba de espaldas a él, Fanny pareció percibir su presencia. La mujer se apartó con brusquedad.

—¡Señorita Isabel! No puedo entretenerme ahora con sus tonterías. Ya le dije que no tenemos más fruta en la cocina para repartir a sus pobres. Si se empeña en seguir alimentando a todos los mendigos de Londres tendré que informar a su padre de esto. —Fanny le habló con dureza e Isabel comprendió el mensaje de ruego en sus ojos. Ella intentaba protegerla y desviar la atención de su padre—. Además, ese holgazán de Willy llega con retraso y su padre se pondrá hecho una furia...

Fanny se dio la vuelta y continuó interpretando el papel de su vida bajo la inquisitiva mirada del hombre.

—...¡Señor Tisdale! Le ruego me disculpe. Ahora mismo averiguo dónde se ha metido Willy.

—Diga a ese inútil de Willy que si no tiene el carruaje dispuesto en diez minutos, ya puede irse buscando otro empleo —amenazó su padre, dirigiéndose ahora a Isabel y escudriñando su rostro con desconfianza—. En cuanto a ti... Confío en que a mi vuelta, hayas recapacitado sobre tus obligaciones y tu deber como hija. No toleraré otro escándalo en la familia.

—Padre... —se atrevió a decir Isabel, pensando aún en las palabras de Fanny—. Con respecto a eso... Quisiera pedirle algo.

El hombre se detuvo frente a ella, la mandíbula tensa y los ojos brillantes de cólera.



—¿Aún tienes el atrevimiento de exponer más exigencias, después del descaro mostrado al desafiar mi autoridad?

—No es por mí, padre... Se trata de Hermione.

Él quedó paralizado al escuchar el nombre de la joven. Frunció el ceño y dio un paso más hacia Isabel, como si quisiera intimidarla con su proximidad.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó de forma abrupta.

—Ya sé que me prohibió que la visitara en ese horrible lugar... Y le juro que he obedecido su mandato —mintió Isabel a toda prisa—. Pero me pregunto... si usted tendría la bondad de consentir que le enviara algunos de sus objetos personales.

—¿Y para qué habría de necesitarlos allí? —quiso saber él.

—Esa mujer cuyos servicios contrató usted en Broadmoor... —Isabel se las ingeniaba como podía para no despertar sospechas en él—. Vino por aquí hace dos noches.

—¿Esa miserable... se atrevió a tocar a nuestra puerta? ¿Acaso pretendía que le diera más dinero? Maldita ingrata... —rugió—. Haré que la despidan, haré que la encierren en el agujero más hediondo de esta ciudad...

—No, padre, se lo ruego... No se enfade, no se trata de eso —lo interrumpió, fingiendo una lealtad que en absoluto sentía.

—Entonces, ¿qué Diablos quería de nosotros?

—Ella... Solo quería informarnos con la mejor intención. Según dijo, Hermione se ha mostrado especialmente inestable las últimas semanas —mintió de nuevo—. Al parecer, no deja de contemplar su vestido desgastado y gris, lloriquea todo el tiempo o se pasa largas horas sentada en un rincón de su cuarto. Esa mujer cree que podría sufrir una crisis irreversible si no hacemos algo para evitarlo.

—¿Ahora esa desgraciada también es experta en los trastornos de la mente? —preguntó él con sarcasmo.

—Por supuesto que no, padre... Pero Broadmoor es un lugar muy frío en invierno y pronto será Navidad. Tal vez unas pocas comodidades logren aliviar el sufrimiento de Hermione. Unas mantas y algo de abrigo le harán mucho bien —apeló con cautela a la predilección que él siempre había evidenciado hacia su hermana.

—No me preocupa aliviar su sufrimiento —replicó el hombre, haciendo una vez más alarde de su total carencia de sensibilidad. No obstante, algo parecía rondar su cabeza—. ¿Ella ha dicho algo? ¿Te dijo esa mujer si Hermione ha expresado otra cosa que no fueran los delirios de una lunática?

—No, padre. Ni una sola señal de mejoría, nada que indique que ha recobrado un resquicio de lucidez —respondió Isabel, analizando detenidamente los cambios que se producían en el rostro de su padre, el rigor de su mandíbula, el brillo en sus ojos...

—Eso suponía. —Y contra todo pronóstico, parecía que la idea le hiciera feliz. La apartó con su bastón y un gesto de impaciencia. Su coche le esperaba fuera—. Haz lo que consideres. Permite

que esa mujer le lleve un par de vestidos y algo de abrigo. Y dile que si me entero de que vuelve a presentarse en esta casa, haré que la azoten hasta que escupa las entrañas.

—Sí, padre...

Isabel sonrió para sus adentros. Su padre parecía no haberse percatado de lo que para ella suponía su pequeña concesión. Pero aquella ínfima victoria le abría literalmente la puerta al pasado que, con tanto celo, él siempre había querido mantener oculto.

## Capítulo 3

—¿Entonces el caso ha quedado cerrado? —Seamus lo preguntó con el ceño fruncido. Fingía que no le asaltaba la curiosidad por conocer los pormenores del caso del *Destripador*.

Sin embargo, Durrell lo conocía lo bastante para saber que, en otra época, su amigo habría empeñado la vida hasta dar con la identidad de aquel carnicero asesino de mujeres.

—Ni mucho menos es así —respondió—. Pero Aberline lleva la batuta en ese caso. No interferiremos en el asunto a menos que reclame nuestra ayuda. Existen, sin embargo, otros asuntos que sí requieren de nuestra atención inmediata...

Durrell lo puso al corriente de los casos que le ocupaban. Le relató con todo lujo de detalles sus averiguaciones y le entregó su cuaderno de notas. Después de charlar durante algo más de una hora sobre los asuntos oficiales, Durrell dio por terminada la reunión en sentido formal. Dado que la celebraban en la biblioteca de su propia residencia en lugar de en su despacho de Scotland Yard, Durrell se tomó la libertad de conversar sobre temas más personales. Le ofreció una copa de vino, se sirvió una a sí mismo y se estiró cómodamente en su sillón.

Seamus rechazó la bebida con un gesto.

—Veo que te tomas en serio lo de abandonar los viejos hábitos —observó Durrell, ocultando su satisfacción.

—Me reservo para ocasiones especiales —contestó con ironía.

—Mi esposa quiere que te invitemos a cenar nuevamente —informó su amigo con naturalidad, añadiendo—: Supongo que ya sabes lo que pretende.

—Me hago una idea —dijo Seamus.

—Sobra decirte que insistirá hasta la extenuación o hasta que accedas, lo que primero suceda.

—Conservo la esperanza de que una negativa reiterada hará que ocupe su tiempo en otros menesteres.

Durrell lo apuntó con su copa, divertido.

—No la conoces, amigo mío. Celestia ha resuelto que eres el candidato ideal para su amiga, la señorita Tisdale. No cejará en su empeño mientras albergue la más mínima expectativa de éxito.

—En ese caso, tendré que mostrarme absolutamente aborrecible siendo yo mismo. Si es tan inteligente como parece, y seguro que lo es o no sería tu esposa, comprenderá lo poco que le convengo a su amiga.

Durrell chascó la lengua.

—Yo no apostaría una libra por eso, Seamus —bromeó—. Celestia asegura haber visto en ti algo realmente digno de mención. Quiere redimirte o morir en el intento.

—Te divierte la situación, ¿no es cierto? —Seamus lo miró con fastidio, cruzando los brazos sobre el pecho y arqueando las pobladas cejas—. Supongamos que decido jugar a esto... ¿La señorita Tisdale está al tanto de las intrigas amorosas de su buena amiga?

—No lo creo. Más bien, creo que Isabel Tisdale es muy capaz de retirarle el saludo a mi esposa si descubre sus intenciones.

—Ya veo. Entonces, no veo por qué no habría yo de descubrir el juego de tu mujer y que ambas decidan el futuro de su amistad —amenazó, pero por su expresión de sorna resultaba evidente que solo bromeaba.

—No puedes hacer tal cosa —advirtió Durrell—. Celestia te mataría. Y después me mataría a mí. O puede que antes, no estoy seguro del todo.

—Veamos... ¿Cuál es la historia de esa joven? Su reputación debe estar en las cloacas si es que alguien me considera un candidato apto para ella.

—Muy gracioso, irlandés.

—Hablo en serio. Me conoces, Durrell. No soy un santo... Si fueras sensato, harías lo imposible para quitarle a tu esposa esa ridícula idea de la cabeza y...

—Precisamente. Te conozco.

Ignoró lo que parecía un cumplido.

—... le dirías que si en algo estima a esa joven, debería mantenerla bien lejos de mí... ¿Acaso no me oyes?

—Perfectamente. Pero Celestia no opina lo mismo, insisto. Y si no aceptas cenar con nosotros, nunca sabrás cuál es la historia.

—No estoy interesado —replicó Seamus.

—Seguro que sí... Puedo leerlo en tus ojos, irlandés. Te intriga esa joven, no lo niegues.

—Basta, Durrell. —Seamus empezaba a creer que su amigo y su esposa no le dejarían en paz a menos que se mostrase tajante al respecto. Decidió que era necesario hacerlo en favor de la joven en cuestión, quien seguro merecía algo mejor que él mismo—. Te repito que la señorita Tisdale no despierta en mí la menor curiosidad. Además, creo que esa pequeña bruja me odia, ya fuiste testigo de cómo se empleó a fondo la otra noche contra mi pobre pellejo irlandés. Preferiría que me ahorcasen cien veces antes que soportar otra velada en compañía de esa solterona amargada y tiesa como una estatua.

Tan absortos estaban ambos en la conversación que ninguno reparó en que la puerta se abrió repentinamente. Una exclamación ahogada, mezcla de incredulidad e indignación, hizo que los dos hombres girasen al unísono las cabezas en aquella dirección. Justo en el momento en que ella clavaba los ojos encendidos de furia en los caballeros.

—Me alegra que opine así, señor Quinn. Así no sentiré remordimientos la próxima vez que

decida no saludarle si tenemos la mala fortuna de tropezar en plena calle.

Isabel pasó frente a Seamus, caminando con paso firme e ignorando por completo su presencia. Sacó el libro que sujetaba bajo el brazo y se lo entregó a Durrell con idéntica brusquedad.

—Celestia me dijo que podía pasar a devolverle este libro en cualquier momento —informó, alzando la barbilla con dignidad—. Viola acaba de decirme que ella y mi ahijada dormían la siesta, así que no quise molestarlas. ¿Hará el favor, señor Durrell, de decirle cuando despierte, que su amiga, la *solterona amargada y tiesa como una estatua*, ha venido a visitarla?

—Isabel, por favor... —Durrell sostuvo entre los dedos el ejemplar de *Grandes Esperanzas*, de Charles Dickens. Se apresuró a detenerla, sin éxito, antes de que alcanzara la puerta o antes de que fulminara a su amigo con los rayos que emitían sus pupilas.

Seamus se le adelantó. Interceptó el paso a la joven, colocando su largo brazo en el arco de la puerta y evitando que Isabel huyera sin escuchar sus disculpas. Ella se detuvo, furiosa, observando de reojo el brazo del irlandés que permanecía suspendido en el aire sobre su cabeza.

—Señor, le ruego que me deje pasar —dijo ella, aunque no había nada de ruego en su tono de voz.

Más bien, ella se lo ordenaba, pensó Seamus. Solo por eso, creyó que merecía la pena ver cómo la señorita Tisdale salía del aprieto de su propio orgullo.

—No hasta que me permita explicarle. —Seamus inclinó la cabeza para situar sus labios muy cerca del oído femenino.

—No hay nada que explicar, señor. Resulta evidente que mi presencia le causa una profunda aversión, así que no demoremos un segundo nuestra despedida. No quisiera que pidiera usted a gritos una horca para huir de mi compañía —se burló ella, sin poder ocultar el despecho que le causaban las afirmaciones del hombre.

—Por favor, señorita Tisdale. Ha malinterpretado mis palabras —murmuró Seamus, un tanto embriagado por el suave perfume que emanaba de sus cabellos, ocultos bajo el sombrero.

—Seguro que no, señor. Soy una mujer lo suficientemente instruida para discernir cuándo alguien habla en serio o cuándo no lo hace. Y no tengo la menor duda de que usted quería decir exactamente lo que ha dicho —replicó ella, dando un paso hacia adelante y avanzando hasta que su frente quedó literalmente pegada al musculoso antebrazo del hombre—. Y a menos que desee que informe a mi amiga sobre su conducta irrespetuosa al tratar de impedir que regrese a mi casa, será mejor que se aparte.

—Seamus, creo que la señorita Tisdale no desea conversar en estos momentos.

—Gracias, Morgan. —Isabel desvió la mirada hacia el esposo de su amiga y sonrió un instante. Al siguiente, elevó los ojos hacia el irlandés y le clavó una mirada tan glacial que se diría pretendía congelarlo allí mismo—. Señor Quinn... ¿es tan amable de apartar su brazo o prefiere que lo atravesara con mi cabeza?

—Se lo ruego... Demos un paseo y charlemos. —Seamus quemó un último cartucho, apelando al buen corazón que adivinaba bajo aquella máscara de frialdad.

—Imposible, señor. He dejado mi escoba de bruja en la puerta y, como ya sabrá, solo admite el peso de un pasajero —ironizó ella.

Seamus miró a Durrell y asintió al ver cómo su amigo le hacía señas con disimulo.

—De acuerdo... Puede irse —convino, dejando franco el paso y observando cómo ella se alejaba en dirección a la salida, con sus pequeñas botas asomando bajo el dobladillo del vestido azul y aquel taconeo vehemente que evidenciaba su cojera.

—Ahora sí estamos metidos en un buen lío —observó Durrell, colocando el ejemplar que Isabel había devuelto en su lugar de la estantería de libros.

Seamus no le escuchaba. Continuaba embelesado en el recuerdo de la figura de la joven y en el olor que ella había dejado impregnado en su chaqueta.

\*\*\*

La localizó a unos pasos del número ciento veinte de Picadilly, en la puerta de una modesta librería cuyo letrero con el nombre de la misma colgaba de una raída cuerda. No le había costado reconocer su peculiar forma de caminar entre las personas que transitaban aquella calle. Y por otro lado, había sido fácil suponer que alguien como ella no perdería el tiempo en la corsetería o en la tienda de perfumes situada al otro lado de la calle. Intuía que la señorita Tisdale era el tipo de mujer que desdeñaba la clase de inquietudes superficiales que entretenían a las jóvenes de su edad.

Esperó un instante a que ella entrase en la librería y empujó la puerta, escuchando el suave tintineo de la campanilla que anunciaba la entrada de cada cliente. Un anciano permanecía semi oculto tras una enorme montaña de libros apilados sobre el mostrador. Asomó la cabeza y lo saludó con la mano brevemente.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —preguntó el hombre, ajustándose los lentes sobre el puente de la nariz.

—Solo curioseaba —respondió Seamus, echando una rápida ojeada al espacio que se dividía en varias filas de gigantescas estanterías repletas de libros. ¿Dónde se había metido?

—Muy bien, señor. Si necesita ayuda, solo tiene que decirlo.

Seamus asintió y recorrió con sigilo el primer pasillo. Fue apartando lentamente algunos ejemplares y escudriñando por la rendija que quedaba descubierta al otro lado. Después de un breve recorrido, la vio. Ella ojeaba con interés un ejemplar de cubierta oscura con unas letras doradas grabadas.

Aprovechó la ocasión para recrearse en su elegante perfil, en su nariz puntiaguda y en la forma sugerente en que humedecía con la punta de la lengua su labio inferior, concentrada en alguna lectura que debía resultarle sumamente interesante. De pronto, ella elevó la mirada y Seamus cubrió el hueco con rapidez para evitar que le descubriera. Contó mentalmente unos segundos y volvió a retirar el grueso libro que tan buena labor le hacía en su misión de espionaje.

Le invadió una sensación muy extraña al comprobar que ella ya no estaba. Como de pérdida... Una ligera punzada de decepción que enseguida fue sustituida por otra de sobresalto cuando ella asomó, repentinamente, la nariz por el delgado hueco de la estantería.

—¿Está siguiéndome, inspector?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Mientras meditaba la respuesta, ella desapareció de nuevo, dejando bien claro que no estaba interesada en la misma.

Seamus recorrió el largo pasillo, tomó la curva que conducía al siguiente y la buscó desesperadamente con la mirada.

—¿Señor Quinn?

Seamus se giró y sus ojos tropezaron con los de la joven, quien permanecía con los brazos cruzados en la curva del otro extremo del pasillo.

—¿Acaso juega al gato y al ratón conmigo, señorita Tisdale?

Ella frunció el ceño, contrariada.

—Creía que era usted quien lo hacía, señor. Aunque supongo que existe una explicación razonable al hecho de que me haya seguido hasta aquí.

—¿Por qué presupone que la he seguido? Tal vez esté interesado en alguna lectura para mis noches de insomnio —dijo, esgrimiendo en alto el libro que había tomado de la estantería sin prestar atención al título.

Ella esbozó algo que podía haber sido interpretado como una sonrisa, de no ser porque sus ojos color ámbar lanzaban destellos de rabia.

—Le creería si no tuviera usted en sus manos ese ejemplar de la Biblia, señor —señaló ella.

Seamus desvió la mirada hacia el libro y comprobó que ella tenía razón. No había olvidado la velada en que ambos discutían sobre la cuestión de la fe o la ausencia de ella.

—Puede que haya cambiado de idea. Quizá sus palabras lograron producir desasosiego en mi pobre alma condenada —comentó con sarcasmo.

—Lo dudo, señor. Más bien parece que me espiaba usted e intenta disimular, sin éxito alguno por cierto —observó la joven.

—Está bien, soy culpable, lo confieso. La he seguido todo el tiempo después de nuestro desafortunado encuentro en casa de mi buen amigo el señor Durrell.

—¿Algún motivo en especial, señor? ¿O quizá le apasiona estudiar los hábitos y costumbres de las *solteronas amargadas* de Londres?

—Ya veo que no me perdonará nunca por mis torpes palabras. —Seamus vio cómo ella arrastraba con dificultad una gigantesca escalera con ruedas en la base. Se interpuso en su camino y ella lo miró, enfadada—. Por favor, permita que la ayude.

—No es necesario, señor. Un hombre de mundo como usted debería saber que las solteras como yo nos apañamos perfectamente sin la ayuda de ningún caballero andante —replicó, tirando de un extremo de la escalera mientras él aferraba con firmeza el extremo opuesto.

—Insisto, señorita Tisdale.

—Y yo insisto en que aparte sus manos y no vuelva a dirigirme la palabra, señor.

—¿De verdad es usted tan rencorosa, señorita Tisdale? Me sorprende que una joven a quien mis amigos han descrito con tantas virtudes sea incapaz de albergar un resquicio de indulgencia hacia mi persona.

Ella apretó los labios.

—Le perdonaría, señor, si estuviera realmente convencida de su arrepentimiento. Pero mucho me temo que no se arrepiente en absoluto de los apelativos con los que me describió. Más bien, diría que le divierte la situación.

Ignorando sus protestas, Seamus tiró con fuerza de la escalera y la situó en el lugar que intuía era idóneo para los fines de la mujer.

—¿Está bien aquí, señorita Tisdale?

Ella no contestó. Se alzó el vuelo de su vestido hasta los tobillos con una mano y con la otra aferró el borde de la escalera y comenzó a escalar los peldaños con sorprendente habilidad.

—Preferiría que señalara usted el ejemplar que desea y ser yo quien arriesgara la vida —dijo Seamus, temiendo que le fallara el equilibrio y se precipitara al vacío en cualquier momento. Pese a la aparente seguridad de ella, se mantuvo alerta.

—Descuide, señor Quinn. Llevo años utilizando esta escalera y le aseguro que jamás ha fallado. Incluso una tullida como yo puede subir unos cuantos peldaños sin temer por su seguridad —objetó ella con mucha dignidad.

—No pretendía ofenderla, señorita Tisdale. Le habría ofrecido mi ayuda de cualquier manera —se defendió Seamus, consciente de que ella pensaba que la consideraba inferior a causa de su cojera.

—No le creo, señor. —Ella le mostró con expresión victoriosa un libro que acababa de rescatar del último estante de la librería. Lo agitó en el aire y aquel leve movimiento hizo que una de sus botas resbalara del peldaño.

En cuestión de segundos, la señorita Tisdale caía desde su altura y se precipitaba en los brazos de Seamus, quien ya se preparaba para recibirla y evitar la fatídica caída.

Seamus la sostuvo sin prisas, dejando que su cuerpo se deslizara con suavidad sobre su pecho y permaneciera allí un buen rato.

—Ya puede... soltarme, señor —musitó ella, apoyando sin embargo su frente en el hueco del hombro de Seamus.

Seamus contuvo el aliento. Aquella cercanía le producía una rara sensación reconfortante, una opresión en la boca del estómago... No quería pensar en ello, pero no podía evitarlo... No recordaba la última vez que había sentido algo así. Mentía... Lo recordaba muy bien, pero le horrorizaba reconocerlo, porque suponía una traición imperdonable a la memoria de su querida Charity.

—No deseo hacerlo, señorita Tisdale —murmuró con la boca pegada a la sien de la joven.

—Debe hacerlo, señor —insistió ella.



—Lo lamento... En estos momentos, confieso que carezco de sentido del deber, señorita.

—Nos miran... El señor McPearson no tardará en salir de debajo de su pila de libros para imponer el decoro...

—Le mataré si se atreve —dijo Seamus con la voz enronquecida por el deseo.

—No puede hacerlo, señor. Usted representa la ley... Debe soltarme ahora mismo.

—¿Pero lo desea de corazón?

Ella no contestó.

Seamus inclinó un poco más la cabeza y buscó con los labios el suave hueco de la garganta donde el pulso latía con fuerza. Dejó que su boca permaneciera allí y que su olor fresco inundara sus sentidos, despertando en él los recuerdos que había intentado ahogar con alcohol. La señorita Tisdale olía a pureza y a honestidad, dos raras virtudes que él había apreciado en el pasado. También olía a deseo, aunque ella lo negaría así la torturasen con los peores tormentos. Ella podía repetir un millón de veces aquella cantinela sobre el antagonismo entre ambos. Pero el modo en que se estremecía al roce de sus labios en la piel, la forma en que entreabría los labios húmedos...

—Por favor... Si en algo me respeta... Le ruego que no siga —susurró ella con voz débil.

Seamus esbozó una sonrisa sin despegar los labios del delicado cuello.

—La respeto, le doy mi palabra... Pero no puedo mentir y afirmar que no la deseo —confesó, deslizándose su boca por la línea del mentón y apropiándose de aquella otra boca que se abría para emitir una protesta. Bebió de ella hasta que el aire abandonó por completo sus pulmones y tuvo la necesidad vital de recobrar el aliento.

Al separarse, la apartó para contemplar el rostro arrebolado y los ojos chispeantes, desafiantes... Los ojos de una mujer que le retaba a continuar pese a lo que la sensatez dictaba.

Seamus no podía pensar con claridad. Ella lo turbaba como ninguna mujer lo había hecho desde la pérdida de Charity. Aquella certeza le retorció el alma. Se sintió miserable y supo que su deslealtad no tenía excusa. Y pese a que era el único culpable de su traición, no pudo evitar mostrarse brusco en sus siguientes palabras. La soltó de pronto.

—Y este es el momento en que finge estar ofendida y le ofrezco mis disculpas —dijo, arrepintiéndose de inmediato al ver cómo ella enrojecía.

—Puede guardárselas, señor Quinn. —Ella le empujó con idéntica brusquedad—. Ya veo que está empeñado en que le deteste. Lo que no entiendo es por qué insiste en buscarme pese a lo mucho que le disgusta.

Era cierto. Isabel no alcanzaba a entender los motivos que inducían al señor Quinn a atormentarla con su compañía. No obstante, la idea de que tal propensión podría resultar conveniente para sus intereses comenzaba a instalarse en su cerebro como algo recurrente y no del todo descabellado.

—Usted no me disgusta, señorita Tisdale. Pero me temo que su inexperiencia con los hombres impide que sepa apreciar el verdadero efecto que causa en mí. —Seamus se agachó para recoger

el ejemplar que había caído junto a la joven. Se lo entregó con expresión burlona—. Lo cual no es de extrañar, por otra parte, si malgasta su tiempo con lecturas tan ingenuas.

—Mis lecturas no son de su incumbencia. —Ella apretó contra el pecho aquel codiciado ejemplar que alguien había sustraído de su lugar hacía unos meses, causando un profundo pesar en el pobre señor McPearson.

—¿*Romeo y Julieta*? —Seamus arqueó las cejas solo para incordiarla. Ni por asomo la consideraba una joven sin inteligencia o incapaz de distinguir la ficción de la realidad, pero le provocaba cierto placer mortificarla insinuando lo contrario.

Isabel contuvo los deseos de abofetearlo.

—Si no le importa, debo marcharme.

—Qué fortuna la mía. Acabo de recordar que también yo he de atender mis asuntos. —Seamus la sostuvo del codo mientras caminaba junto a ella hasta el mostrador del bibliotecario.

—¿Señorita Tisdale! —McPearson sonrió abiertamente al ver a la joven y abrió los ojos desmesuradamente cuando ella le mostró el ejemplar recuperado de aquella estantería monumental—. Pero ¿cómo es posible? ¿Ha encontrado mi vieja y querida edición?

—Así es, mi buen amigo. Parece que su anterior cliente lo tomó prestado sin anotarse en su libro de empréstitos. Pero, como ve, finalmente decidió devolverlo a su legítimo dueño. Y aunque nunca sabremos si su buena acción responde al arrepentimiento o al descaro, lo importante es que ha vuelto con nosotros, ¿no le parece? —dijo ella con tono dichoso, entregándole la obra.

—Estoy completamente de acuerdo, señorita Tisdale. —McPearson acarició con auténtica adoración el lomo del ejemplar, lo acunó como si de un bebé se tratara y después miró a la joven con expresión bondadosa. Extendió las manos y volvió a colocar el libro en las de Isabel—. Mi querida y ávida lectora... No soy más que un viejo bobo nostálgico. Usted lleva meses subiendo y bajando de esa condenada escalera, con la única intención de recuperar mi ejemplar perdido de esta edición del señor Thomas Creede. Creo que lo más justo sería que se convirtiera en su digna nueva propietaria.

—¿De ningún modo aceptaría tal honor, señor McPearson! —replicó ella, escandalizada por el ofrecimiento—. Después de lo mucho que hemos investigado su desaparición, no puede desprenderse de él sin más.

—Pero lo hago con mucho gusto, señorita Tisdale —insistió el librero—. De veras, me haría inmensamente feliz que aceptara mi obsequio. Después de todo, soy un pobre viudo sin herederos. Mucho me temo que cuando me muera, esos buitres de *Hatchards* intentarán hacerse con todos mis tesoros literarios, por un chelín, en cualquier subasta. Por favor, acéptelo. Me haría inmensamente feliz saber que usted cuidará bien de él cuando yo no esté.

Isabel lo meditó, ignorando la expresión burlona del hombre que observaba la escena.

—De acuerdo... Pero solo con una condición. —Ella buscó algo en el interior del pequeño bolso que pendía de su muñeca derecha. Con mucha dignidad, depositó dos chelines sobre el mostrador y los arrastró hacia adelante con la punta de sus dedos enguantados—. Debe aceptar un

pago simbólico o no hay trato, señor Pearson. Así siempre sabremos que incluso en esa hipotética subasta, el ejemplar sería mío.

El viejo sonrió con alegría.

—En ese caso, señorita Tisdale, y siendo usted la pujadora, debo replantear el precio de salida —dijo McPearson, guiñándole el ojo con picardía al caballero que aguardaba, gratamente sorprendido por la afable conducta de la joven—. Dos chelines y un beso suyo saldarán nuestra deuda.

Isabel le devolvió la sonrisa. Seamus sintió una punzada de celos irracionales ante el derroche de simpatía que no iba dirigida a su persona.

—Sea pues. —Ella se puso de puntillas y estiró el cuello sobre el mostrador hasta que sus labios depositaron un casto beso en la áspera mejilla del anciano.

McPearson atesoró aquel beso contra la palma de su mano. Después, la despidió para regresar a la compleja tarea de clasificar el centenar de libros esparcidos en el suelo junto al mostrador.

Seamus la siguió hasta la calle, ignorando las protestas de la joven.

—Ha sido usted muy hábil, señorita Tisdale. Qué modo tan encantador de embaucar a ese pobre anciano —se burló de nuevo, en el fondo conmovido por la especial relación que parecía unir a aquellos dos.

—¡Oh, es usted un verdadero incordio! Señor, ¿es que no podré librarme nunca de su cargante compañía? —Isabel aceleró el paso con la esperanza de que él se rindiera. Pero aquel hombre parecía realmente dispuesto a ganarse su antipatía, ya que persistía en pasear junto a ella.

—No sea embustera. Reconozca que mi compañía aporta un toque de diversión a su aburrida existencia.

—¡Esto es inaudito! —exclamó ella—. ¿Puedo saber por qué está tan convencido de que necesito la tortura de su presencia como pasatiempo?

—Lo he deducido, señorita Tisdale, ya que a mí, su deseo de huir me resulta francamente estimulante —admitió con atrevimiento.

Isabel se detuvo en seco y lo miró, sorprendida y enfadada.

—Pues para que le quede bien claro, señor Quinn, no huyo. Usted no produce en mí la menor inquietud. Pero igualmente, estoy siendo muy honesta al confesarle que no veo el momento de librarme de su presencia —lo aguijoneó.

Seamus estuvo tentado de revelar el plan urdido por su buena amiga. Ardía en deseos de ver cómo se tragaba sus soberbias palabras cuando descubriera que la señora Durrell no confiaba en sus virtudes para atrapar a un hombre.

—Me rompe el corazón —dijo, tocándose con la palma de la mano el lugar que, supuestamente, ella arrasaba con sus desprecios.

Isabel chascó la lengua. ¡Qué gran farsante estaba hecho! Con gusto le habría plantado allí mismo si no fuera por aquel inoportuno carruaje que se interponía en su camino y le impedía cruzar al otro lado de la calle.

—Lo dudo, señor. No se puede romper algo que uno no tiene —le pinchó.

—¿Habla en serio? ¿Insinúa que no tengo corazón, después de haberla rescatado junto a ese ejemplar de *Romeo y Julieta* tanpreciado? Es usted realmente cruel conmigo.

—No sea hipócrita, señor Quinn... Oh, ya basta. ¡Gracias a Dios que nuestros caminos se separan aquí! —exclamó, dispuesta a cruzar la calle.

Antes de que Isabel diera otro paso, el brazo del hombre aferró el de la joven y tiró de él con todas sus fuerzas, evitando que fuera arrollada por un carruaje.

—¡Por Dios! Acabaré asistiendo a su funeral si persiste en comportarse como una inconsciente —observó Seamus, riendo cuando ella se soltó apresuradamente, clavando en él su mirada enfurecida—. No sea arisca, señorita Tisdale. Hoy he salvado su vida en dos ocasiones. Merezco un poco de gentileza aunque solo sea por eso.

—Si no me atosigara con su compañía, no estaría tan ansiosa por arrojarme a la vía a toda prisa —se defendió Isabel—. Adiós, señor Quinn. Le ruego que no me siga o valoraré seriamente la conveniencia de ser atropellada por algún vehículo.

Seamus iba a añadir algún comentario jocoso, pero antes de que pudiera reaccionar, ella cruzó finalmente la calle y se alejó. Pensó en seguirla hasta casa por el puro placer de disgustarla. Sin embargo, le pareció que había sido suficiente para un mismo día. Resultaba evidente que la señorita Tisdale no era su ferviente admiradora. No obstante, ella había respondido bien a su breve caricia... Aún sentía el sabor de su piel en los labios, una pequeña muestra de lo que podría ser si decidiera aceptar el reto de Durrell. La cuestión era, ¿quería hacerlo?

## Capítulo 4

—**R**esulta increíble la debilidad que son capaces de mostrar algunos por cuestiones de parentesco —observó el caballero, dando una calada a su cigarrillo y expulsando el humo en pequeños círculos que se elevaron al aire—. Ahora que ese traidor de Guillermo se encuentra al frente del Imperio alemán, veremos cuanto tarda en obstaculizar nuestros negocios.

—No es extraño que sea así —convino otro de los caballeros que asistían a la velada—. De tal palo... Me preguntó cuánto tiempo más podremos soportar tanta injerencia extranjera en nuestros negocios. Hicimos demasiadas concesiones en Berlín y ahora que nuestros enemigos han visto cuán pusilánimes podemos mostrarnos, la burocracia y la diplomacia harán el resto. Los franceses y los belgas siguen apropiándose de tierras en África que deberían ser nuestras por derecho. Este Gobierno débil nos hace perder mucho dinero, maldita sea. Los burócratas convertirán nuestro Imperio en una sombra escuálida de lo que fue, y esa será la maldita herencia que dejaremos a nuestros herederos.

—Tal cosa no sucederá —replicó el primero—. Nuestra misión es evitarlo, señores. Contamos con el potencial y los medios adecuados para asegurarnos el éxito. Es cuestión de tiempo que todo salga conforme a nuestros planes.

—¿De veras? ¿Y cómo es que hasta ahora nuestros intentos han sido un completo fracaso? —preguntó un aristócrata pomposo que rellenaba su copa de vino por cuarta vez—. Permita que discrepe de su entusiasmo, señor. Pero le recuerdo que ese asunto de la calle Cleveland sigue aún arrojando mierda sobre algunos de nosotros. Y más recientemente, ese monstruo que aterroriza a las rameritas de Whitechapel y solo consigue crispar la opinión pública... ¿De veras se atreve a mencionar la palabra éxito?

El caballero de bastón con elegante empuñadura exhaló otra bocanada de humo y la lanzó directamente a la cara de quien había hablado. Lo miró con profundo desdén.

—El asunto de la calle Cleveland está cerrado por completo. Algo que, por cierto, ha resultado una tarea altamente costosa dado el elevado número de implicados en el mismo. Nadie mejor que usted para saberlo, milord, ya que su nombre estaba en la lista requisada por Scotland Yard. No olvide que todavía nos debe cinco mil libras por hacer que su nombre desapareciera, milagrosamente, de la condenada lista.

—Sin duda se trató de un nefasto error, señor. —Pero por el modo en que le temblaban las

manos, el resto comprendió que no era así—. En cualquier caso, agradezco la intervención en mi favor.

—No en su favor, milord —puntualizó el caballero que parecía llevar la batuta en aquella reunión—. En favor de nuestra *Hermandad*, no lo olvide. Si uno de nosotros cae, podría arrastrar al resto. De ahí la importancia de proteger con ahínco nuestros nombres e intereses comunes. Por fortuna, los elementos discordantes que ponían en peligro nuestro objetivo han sido convenientemente suprimidos.

Varios caballeros asintieron al unísono.

—Completamente de acuerdo... Ese cerdo de Douglas se había convertido en un estorbo —observó el más anciano.

—El muy avaricioso pretendía hacer negocio escudándose en nuestra misión... ¡Ojalá esté ardiendo en el Infierno por ello! —increpó otro de prominente papada, y su ímpetu le provocó un fuerte acceso de tos.

—Calma, señores. Douglas ya no se encuentra entre nosotros. Dejemos que se pudra allá donde esté su alma y centrémonos en nuestro objetivo.

—¿Y qué hay de ella? —se atrevió a preguntar un hombre de mediana edad, ataviado con sus mejores galas de uniforme— Lamento importunarle, señor... Pero sigue inquietándonos que ella pueda hablar en cualquier momento.

—Ella no sabe nada —rugió el aludido, apretando la empuñadura de plata de su bastón hasta que sus nudillos se tornaron completamente blancos—. ¿Acaso alguien más pone en duda mi palabra? Fui muy claro al respecto en nuestra última reunión, en la que informé de las actuaciones a seguir si tal cosa sucedía.

—Lo entendemos, señor... Sin embargo... Nunca sabremos hasta qué punto ella estaba al tanto de las actividades del señor Shelley.

—No lo estaba. Ese malnacido jamás debió acercarse a mi hija y recibió su justo merecido por su atrevimiento. Insisto, si alguien tiene alguna otra objeción sobre ese tema en concreto, será mejor que lo anuncie aquí y ahora y lo resolveremos al amanecer con nuestros padrinos.

Se oyó un murmullo atribulado de voces al que siguió un sepulcral silencio.

—Bien. En ese caso, daré por zanjada la cuestión. ¿Alguna otra incertidumbre que merezca mi atención?

—Señor, ninguna objeción por mi parte. Pero es cierto lo de ese carnicero de Whitechapel —apuntó un joven atractivo de aspecto impecable—. Los esfuerzos por incriminar a nuestro objetivo han resultado del todo inútiles. Nuestro infiltrado en Scotland Yard me corregirá si no estoy en lo cierto. Pero todo apunta a que los esbirros de nuestro *Eddy* han dispuesto lo necesario para disipar cualquier duda sobre su posible implicación.

—Así es —estuvo de acuerdo el mencionado—. El joven ha sido confinado a Ascot bajo la secreta supervisión de sir William Gull y es completamente inaccesible para cualquiera que no cuente con la expresa autorización de su médico. Esa aberración vive ajena al mundo exterior,

aquejada como está por la sífilis y la demencia.

—¿Y qué hay de nuestro hombre en la sombra? —inquirió el caballero que orquestaba la reunión.

—Ese maldito lunático ha logrado fugarse de Broadmoor —respondió, con expresión grave, su contacto en Scotland Yard. Sin embargo, la noticia no parecía sorprenderle.

—¿Sabemos algo de su paradero?

—No será difícil dar con él. Hemos puesto precio a su cabeza y confiamos en que, más tarde o más temprano, su cadáver aparecerá flotando en el Támesis.

—Quiero sus labios sellados para siempre —ordenó el caballero—. Cueste lo que cueste. No podemos permitirnos que ese demente hable con quien no deba.

—Confíe en mí, señor. ¿Algún otro candidato para sustituirle?

—¿Acaso tengo aspecto de frecuentar ese tipo de compañías? —Se mostró ofendido.

—No, claro que no, señor... —se disculpó el hombre de Scotland Yard, balbuceando.

—Perfecto. Ocúpese de ese asunto y manténgame informado de cualquier novedad —ordenó—. Señores, aún queda un par de asuntos a tratar y me temo que algunos de ustedes tendrán que acudir a sus prestamistas habituales para atender el primero de ellos. Tengan la amabilidad de mostrar sus bolsas. Les recuerdo que el juego de la conspiración no resulta en absoluto económico. Anuncien sus aportaciones y veamos el estado de las cuentas de la Hermandad.

\*\*\*

Podía resultar extraño, pero guardaba un recuerdo tan vívido del rostro de su madre que era como si se hubiera ido hacía solo unos días en lugar de unos años. A veces, al mirarse al espejo le parecía verla en su propio reflejo desdibujado en el cristal. De pequeña, las personas que las conocían solían afirmar que, en una primera impresión, Hermione era su vivo retrato. Sin embargo, a poco que contrastaban el carácter de madre e hija, enseguida convenían que, pese al mismo color de ojos y las facciones tan parecidas, ambas eran tan afines como podían serlo la noche y el día. El rostro de Hermione irradiaba una enorme vitalidad, una expresión feliz, rabiosa y malévola, todo a la vez. Por el contrario, el rostro de Margaret era la viva imagen de la melancolía, como si una pena atenazara a cada momento su débil corazón y no pudiera hacer nada para evitar sucumbir a ella.

Por lo anterior, aunque era Hermione quien había heredado los rasgos más bellos de la madre, Isabel había sido agraciada con las virtudes del alma, o eso es lo que Fanny decía a menudo. Y con el tiempo, ambas hermanas fueron escogiendo su propio modelo a seguir. Hermione se colaba en cualquier reunión social que tuviera lugar en Westwall Place, irrumpía como un torbellino entre los invitados y todos la adoraban. Con sus bucles dorados y sus ojos intensamente azules y sus piruetas de bailarina impresionando a las damas. Su padre solía enfadarse cuando lo hacía, pero en el fondo de su mirada podía leerse el orgullo que le producía ver cómo su favorita se movía

perfectamente en sociedad.

Por su parte, Isabel pasaba largas horas en la alfombra del pequeño salón donde Margaret prefería recluirse para huir de las frívolas compañías que tanto fascinaban a Hermione. Descalza, a los pies de su madre, escuchaba las historias que le relataba sobre viajes en barco, princesas del lejano Oriente y caballeros de honor inquebrantable. Muchas veces, Margaret acariciaba su cabeza mientras leía aquellos libros e Isabel cerraba los ojos e imaginaba que un galeón de enormes velas desplegadas la conducía hasta aquellos lugares de ensueño. Otras veces, Margaret la sentaba sobre sus rodillas en aquel diván donde languidecía día tras día, le susurraba al oído cuánto la quería y la invitaba a leer con ella alguna de las obras de Shakespeare. *Otelo* era su preferida. Margaret le decía: «mi niña, cuando seas mayor, entenderás el verdadero mensaje... cuando seas mayor, cuídate de aquellos que pretendan envenenar tu espíritu...» Isabel había tardado años en comprender lo que significaba aquello. Y, demasiado tarde, había entendido cuánto bien le habrían hecho a Hermione aquellos consejos.

Ahora no había tiempo para lamentaciones. Era el momento de aprovechar la ocasión y adentrarse en el extravagante mundo que era la habitación de Hermione. Con la excusa de recoger algunas de sus pertenencias y llevarlas a Broadmoor, su padre había entregado a Fanny la llave que celosamente llevaba siempre consigo. Lo había hecho, decía Fanny, con expresión recelosa, y con el mismo recelo ella se la entregaba a su actual portadora, con la promesa de no escarbar demasiado en el pasado. Sin embargo, la tentación era demasiado poderosa para que pudiera ignorarla.

—Poderosas razones guardaban esa llave, niña. Le suplico que haga buen uso de ella y no intente encontrar allí rescoldos de otra lumbre... Eso solo le causará tristeza. —Fanny se la entregó, reticente.

Isabel no había vuelto a pisar aquel cuarto desde que su madre falleciera. Durante la niñez, las dos hermanas lo habían compartido, ella generosamente y Hermione con sus acostumbradas rabietas porque quería ser dueña de todos y cada uno de los objetos que allí había. La enorme habitación de las niñas estaba conectada con la de la madre por una puerta, y de pequeña ella se sentía segura sabiendo que, con solo atravesar aquella puerta, recibiría el consuelo de los besos de Margaret si alguna pesadilla la asaltaba durante la noche. A los pocos días de morir Margaret, su padre había ordenado vender el mobiliario y las pertenencias que habían sido de su esposa, y tan solo un mes después, Hermione y ella habían presenciado, atónitas, cómo unos hombres a quienes no habían visto jamás tapiaban aquella puerta, condenando el acceso.

Así, los pocos recuerdos de Margaret habían quedado sepultados para siempre al otro lado del armario que Hermione llenaba cada año con nuevos y llamativos vestidos. En el fondo, Isabel podía leer en los ojos de Hermione que ella disfrutaba enormemente, sabiendo que atesoraba a pocos metros los últimos alientos y movimientos de la mujer que nunca había honrado con su afecto de hija. Hermione la castigaba intencionadamente por el cariño sincero que, sin embargo, Isabel sí había profesado a su madre. La culpaba porque ella misma no había sabido establecer



una conexión emocional con Margaret y la responsabilizaba de su propia incapacidad para amarla.

Atendiendo a los deseos de Hermione, Isabel había sido trasladada al dormitorio de invitados justo al otro extremo del pasillo de aquella misma planta. Y bajo la maliciosa mirada de Hermione, Isabel había trasladado sus pocas cosas con la inestimable ayuda de una Fanny quejumbrosa. La pobre mujer trataba de animarla sin éxito alguno, pues ella misma se encontraba profundamente afligida por cómo se desarrollaban los acontecimientos y por la pérdida misma de su querida señora. Entonces, Isabel no se lo había dicho, ya que temía que Hermione las espiera y al descubrirlo se empeñara en arrebatárselo. Pero entre aquellos pocos objetos, se encontraba el medallón de Margaret. Y nadie, ni siquiera Hermione, podía encontrarlo en el lugar en el que lo había ocultado.

Isabel suspiró largamente, tratando de centrarse en el presente. Introdujo la llave en la cerradura, haciéndola girar suavemente. Empujó la puerta y se adentró en la habitación en penumbra. El intenso aroma afrutado del perfume de Hermione invadió de inmediato sus fosas nasales. Fanny, quien la seguía con el alma en vilo, se apresuró a descorrer las cortinas de terciopelo y abrir los ventanales. La luz del día y el aire fresco de la mañana reemplazaron al cabo de unos segundos aquel olor inequívoco que la anterior inquilina había dejado impregnado en cada rincón de la alcoba.

Isabel echó una breve ojeada a su alrededor, comprobando que Fanny había seguido al pie de la letra las instrucciones dadas por su padre. La habitación estaba impecable y se conservaba en perfecto estado de limpieza y orden. Tal vez, él conservaba la secreta esperanza de que, algún día, Hermione recobrase la cordura y ocupara de nuevo su antigua habitación. O quizá pretendía aferrarse al recuerdo del único miembro de su familia a quien había tenido la bondad de mostrar, aunque fuera a su manera, un poco de afecto.

—Puedes seguir con tus quehaceres, Fanny. Estaré bien. —Isabel la invitó a dejarla a solas.

—De ningún modo, señorita. Me quedaré aquí todo el tiempo que haga falta —replicó la mujer, visiblemente espantada por su petición—. Este cuarto me hiela la sangre. Parece que el aire estuviera viciado de malas vibraciones... Ni hablar, no la dejaré aquí sola, no señor.

—Fanny... Agradezco tu preocupación. Pero prefiero estar a solas. Si necesito tu ayuda, te lo haré saber —insistió Isabel, esa vez tajante. Le dolía utilizar aquel tono con la buena mujer, pero comprendía que era la única manera de convencerla de que no necesitaba una niñera para enfrentarse a los recuerdos de su hermana. ¿Qué mal podían hacerle ya después de tantos años de ofensas?

—Pero, señorita...

—Por favor... Gracias, Fanny.

La mujer salió a regañadientes, entre murmuraciones y juramentos, abriendo antes de par en par las puertas del armario donde Hermione guardaba sus vestidos de fiesta, los de montar, los de paseo matutino, los de atormentar a las esposas cuando trataban de impedir que sus maridos

cayeran en el hechizo de su escote... Sobre el tocador, un cepillo de marfil, una polvera y un frasco de perfume. Junto a estos, un ejemplar del único libro que Hermione había leído completo en su vida: *Secretos de Belleza*, el manual de la condesa de Landsfeld sobre el arte de fascinar y seducir a los caballeros. Isabel cerró los ojos. Con un mínimo esfuerzo, casi podía ver a Hermione preparándose para alguna velada, correteando de un lado a otro, indecisa, rabiosa, escogiendo y desechando un vestido tras otro... Si se esforzaba aún más, casi podía incluso escuchar su voz... «Ninguno es lo bastante atrevido, ninguno es lo suficiente llamativo, ¡date prisa, Isabel, perderé el carruaje por tu culpa!, estás hecha un desastre, pero da igual, nadie se fijará en ti...»

Isabel abrió los ojos. Sonrió con expresión triste, volvió a tomar aire y se sentó un momento en el borde de la inmensa cama coronada por un vaporoso dosel de seda y encaje. Desde allí, contempló el paisaje que se extendía a través del ventanal. El cielo seguía tan gris como la mañana anterior y todas las anteriores... El cielo plomizo de Londres. En aquel instante, se sintió más unida que nunca a aquella panorámica. Gris. Triste. Lluviosa por dentro... también por fuera. Así se sentía ella misma. Retiró con los dedos una lágrima que ya se deslizaba por su mejilla, ordenando al resto que no siguieran el mismo camino. Nada de llantos. No era el momento.

Se empleó a fondo en escoger seis vestidos que fueran adecuados para la estancia de Hermione en Broadmoor, cosa que no resultó fácil, dado que el recato no era precisamente una característica en el vestuario de su hermana. Sabía que unas prendas demasiado llamativas podían situar a Hermione en una situación incómoda frente al resto de las internas de origen más humilde. Sospechaba que sus belicosas compañeras de patio no dudarían en emprenderla a golpes contra ella para arrebatarle un encaje o un pedazo de tela. Pero Hermione era demasiado obstinada para hacerle entender el peligro de sus peticiones, así que no tenía más remedio que concederle lo que pedía, haciendo uso de su buen juicio y criterio.

Decidió que los tonos azules y grises pasarían desapercibidos y evitarían conflictos a Hermione. Estuvo tentada de tomar la polvera, pero pensó que sería suficiente con llevarle aquel perfume que tanto apreciaba Hermione. Si lograba ocultarlo bien, puede que con el tiempo lograra arrancar de su celda aquel pestilente olor rancio a humedad y orines.

Con paso decidido, abandonó la cómoda cama y se aproximó al armario, recuperando los modelos menos coloridos y lanzándolos a un lado. Repitió la operación de selección unas cuantas veces y pronto, el hueco que antes ocupaban los vestidos quedó al descubierto en el fondo del mueble. Isabel se inclinó con curiosidad, metiendo la cabeza entre los faldones restantes, atraída por aquella tenue línea que atravesaba el fondo de parte a parte y que si acariciaba con la yema del dedo, revelaba una rugosidad que destacaba sobre el resto de la superficie. La acarició, siguiendo su recorrido, suavemente, mientras se mordía el labio inferior con distracción...

—¡Señorita Isabel! ¿Ha terminado ya?

La voz estridente de Fanny la asustó. Isabel se apartó de un salto, perdiendo el equilibrio y cayendo sobre su propio trasero.

Fanny corrió hasta ella y le ofreció su mano, tirando de ella con fuerza.

—¿Está bien, señorita? ¡Ay, no quiera Dios que por mi culpa se haya roto algo! —exclamó, preocupada.

—Estoy bien, tranquila, mujer... —rió Isabel, de buen humor, pese al susto inicial—. No ha sido nada. Es solo que me has sobresaltado...

—Lo siento mucho, señorita Isabel —se disculpó Fanny, ayudándola a recoger los vestidos y colocándolos sobre su antebrazo mientras torcía el gesto, contrariada—. No logro entender ese empeño por satisfacer las exigencias de su hermana. Dudo mucho que la señorita Hermione se mostrase tan considerada si fuera usted la que estuviera recluida en ese lugar horrible.

—Vamos, Fanny... No seas tan rencorosa. Siempre me has recordado que la indulgencia era una de las virtudes que mi madre apreciaba especialmente.

—Y lo mantengo, señorita. Pero también digo que hay que mostrarse misericordioso con aquellos que la merecen... Y no recuerdo una sola ocasión en la que la señorita Hermione se hiciera merecedora de tantas atenciones —gruñó, añadiendo—: Debería ceñirse a las instrucciones de su padre y no alentar disparatadas ilusiones en la atormentada mente de su hermana. Hágame caso, señorita. Por más que usted la agasaje y se muestre amable, ella nunca la querrá del modo que usted desea.

Isabel la regañó con la mirada, consciente, pese a todo, de que Fanny estaba en lo cierto.

—No espero ganarme su afecto, Fanny. Puede que Hermione pase el resto de su vida allí o puede que un buen día recapacite sobre sus actos y vuelva redimida y dispuesta a recuperar el tiempo perdido. Ninguna de nosotras puede adivinar lo que sucederá en el futuro. Pero sería perverso por mi parte alegrarme de su desgracia y no poner cuantos medios estén a mi alcance para hacer que su estancia en Broadmoor sea lo más llevadera posible.

Fanny gruñó de nuevo, aunque esa vez sus ojos brillaban al escuchar las palabras de la joven.

—Es una ingenua, mi niña... Pero su madre se sentiría muy orgullosa de usted si viviera.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Ayúdame a meter todo esto en aquel baúl y preparemos lo necesario para mi próxima visita a Broadmoor.

## Capítulo 5

—Lárgate de una vez, borracho.

El hombre elevó lentamente la mirada de su jarra vacía. Clavó los ojos en la mujer que le apremiaba, contemplando con expresión obscena los pechos que asomaban por el vestido entreabierto en la parte superior. Se detuvo en los cachetes grotescamente teñidos de rosa y en la boca pintada de un rojo intenso, en los párpados ahumados de negro donde resaltaban unos taimados ojos verdosos.

—Digo que te largues, ¿me oyes? —La mujer le asestó un puntapié en la canilla—. Págame lo que *t'as beb'ío* y busca algún callejón donde dormir la mona.

—No tengo adónde ir —manifestó con tranquilidad, arrebatándole la enorme jarra que ella intentaba mantener lejos de él.

Bebió directamente de la vasija hasta casi vaciarla, ignorando las protestas de la mujer y apartándola con una sola mano cuando esta intentaba alcanzarle con sus torpes manotazos.

—Maldito cerdo... —protestó ella, buscando a su alrededor por si alguno de los otros borrachos que frecuentaban su taberna se ofrecía a ayudarla.

Por desgracia para la mujer, sus posibles paladines estaban demasiado ocupados en manosear a las chicas o en recobrar el equilibrio para regresar a sus casas, donde seguro les esperaba alguna esposa furiosa y unos cuantos mocosos hambrientos.

—Está bien, chiflado... Si *quie's* quedarte, *pue's* hacerlo —aceptó ella de mala gana—. Pero busca a alguna de las chicas y paga tu cuarto. Me da igual si fornicas o no con ella, pero paga tu cuenta como los demás.

El hombre asintió con un gruñido, lanzando unas cuantas monedas en el suelo y viendo cómo la alcahueta se arrodillaba para recogerlas con entusiasmo. Conocía bien aquel barrio. Stepney había sido su hogar desde que era un crío desnutrido que, milagrosamente, había sobrevivido a la miseria del East End y a la crueldad de los orfanatos. Todos los niños que conocía de aquella época habían muerto a causa de alguna enfermedad o de hambre, antes de cumplir los cinco años.

Sin embargo, allí estaba él. Fuerte y sano. Vivo. Y libre... Sonrió con expresión ausente, acariciando con la sucia yema de sus dedos el pequeño objeto metálico que guardaba en el forro interior de su raída chaqueta. Su pasaporte a la libertad. Su llave mágica y secreta que abría y cerraba las puertas del lugar infecto donde aquel estúpido médico había decidido encerrarle en

lugar de enviarle a la horca.

Al cabo de unos segundos, tres muchachas que no debían pasar de los trece años comenzaron a rondarlo con insistencia. La alcahueta las enviaba a ofrecer sus servicios y las desgraciadas competían por ver quién se ganaba los favores de aquel hombre harapiento que, no obstante, parecía traer la bolsa llena de monedas.

Se fijó en una de ellas. Bajo la gruesa capa de mugre, podía adivinarse un rostro bonito y una dentadura aún completa. Le hizo una señal y esta se apresuró a empujar a las otras para apartarlas de quien suponía le proporcionaría una hogaza de pan y un trago de vino caliente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre con voz grave, mientras levantaba una mano para indicar a la vieja ladina que trajera algo de sustento para aquella chica que era puro hueso y pellejo.

—Sarah —respondió ella.

El hombre sintió una fugaz punzada en el corazón. Un leve pinchazo que le recordó quién era y porqué estaba allí. Sabía lo que tenía que hacer.

Los ojos de Sarah se abrieron desmesuradamente al ver el plato que se acercaba. Miró un momento a su benefactor y, sin decir una palabra más, se abalanzó hambrienta sobre la mísera loncha de cerdo ahumado. Bebió el vino caliente y eructó ruidosamente, limpiándose los restos de comida de las comisuras de los labios y recostándose después en la silla con expresión saciada.

—Ya sé que *to* esto no ha *sío* gratis —dijo con desparpajo—. Ya estoy *acostumbrá*, ¿sabes? Pero me *criao* con seis hermanos y *tos* ellos me molieron a palos cuando era una cría. Haré lo que me pidas, pero si me pegas, pienso devolvértelo.

El hombre sonrió entre dientes, divertido por la bravuconada de la muchacha.

—Así que te molieron a palos de cría —repitió, un tanto conmovido por sus palabras. La niña le recordaba a él mismo cuando tenía su edad. Sola ante un mundo hostil, buscando la manera de sobrevivir del modo menos gravoso...— ¿Y ahora qué eres? ¿Una mujer? —preguntó con un deje irónico, suponiendo que ella creía que se ganaba su confianza para poder utilizarla después a su antojo.

—Tengo quince —manifestó con orgullo, llenando de aire sus pulmones sin lograr que su escuálido pecho se elevara un centímetro.

—Pues parece una mocosa todavía —observó el hombre.

—Eso es porque paso mucha hambre —se defendió, molesta—. ¿Vamos a charlar toda la noche o qué? Tengo sueño. Si *quie's* que te pague la cena, *tie's* que espabilar.

El hombre la miró, pensativo. Ella mentía. No era más que una niña de unos doce años, asustada y hambrienta, dispuesta a lo que fuera para ganarle un día más a su miserable existencia. Sintió pena por ella. No era justo. No lo era... Aun así, le dijo a la niña que no quería dormir en aquel lugar plagado de ratas donde compartirían cuarto con veinte desgraciados más queapestaban a sexo y alcohol.

—Conozco un lugar. Es pequeño, pero está limpio. Puedes venir conmigo si quieres —sugirió,

observando de reojo cómo ella lo consideraba con nerviosismo—. No vengas si tienes miedo. Quédate con esas putas amigas tuyas. Y felices sueños.

El hombre caminó hacia la puerta de la taberna, seguro de que había logrado despertar su interés.

—¡No, espera! Voy contigo —gritó Sarah, corriendo tras él.

Dejó que la niña le siguiera por el oscuro callejón, ambos caminaban en un incómodo silencio.

—No soy una puta, ¿sabes? —dijo ella de pronto, como si la idea la rondase hacía un buen rato.

—¿Ah, no? ¿Qué eres entonces?

La niña tiró de la manga del abrigo del hombre para obligarle a aminorar el paso.

—Soy una buena chica con mala suerte... Al menos, eso es lo que decía mi madre, antes de que mi padre le sacara un ojo durante una pelea.

El hombre se detuvo en seco. Estaban justo delante de la puerta que buscaba, la de su escondrijo en una calle maloliente en los límites de Stepney y Limehouse. Miró a la niña con una mezcla de irritación y compasión. Empujó la puerta bruscamente y arrastró a la niña al interior. Buscó lumbre y se puso en cuclillas, encendiendo la lámpara situada en el suelo, junto al jergón cubierto con una tela mohosa.

Se preguntaba qué clase de vida había llevado aquella pequeña extraña y la clase de infortunios que habría corrido antes de conocerle. Se preguntaba si sus horrores la habrían despojado de su humanidad del mismo modo que a él le habían despojado los suyos.

Para entonces, Sarah ya había descubierto al espectro de la capa púrpura... Y también el objeto que brillaba oculto bajo el camastro. La niña retrocedía con expresión de espanto hacia la puerta a la que él, convenientemente, había echado el cerrojo.

El hombre apoyó una rodilla en el suelo y metió la mano bajo el catre, sujetando entre los dedos el objeto y haciéndolo girar lentamente frente a sus ojos. Examinó los restos pegajosos de color rojizo que no había logrado limpiar con las prisas de la última ocasión.

Sarah golpeaba la puerta con sus pequeños puños, desesperada. Había gritado con todas sus fuerzas, pero él sabía que era inútil que lo hiciera. En aquel barrio de almas perdidas, cada uno tenía que arreglárselas solo y la pequeña Sarah no era una excepción. Avanzó despacio hacia ella sin molestarse en ocultar el objeto de la aterrorizada vista de la muchacha.

—Por favor... por favor... no lo hagas...

El hombre no escuchaba su voz. En lugar de eso, escuchaba la voz de una mujer que juraba haberle sido fiel y suplicaba por su vida. Una mujer que también había fingido ser buena y casi le había engañado por completo. Por suerte, la voz de la niña se diluía como agua en el barro y en unos segundos ya no podía distinguirla de aquella otra voz que imploraba perdón.

—*No te dejes embaucar, idiota... ya sabes lo que tienes que hacer...*

El hombre abrió los ojos un momento y miró por encima de su cabeza. Allí estaba otra vez. El espectro de la capa púrpura. Se alegraba y al mismo tiempo se estremecía... Eran extrañas aquellas visitas... aquella voz en el interior de su cabeza lo confundía. No estaba seguro de que

estuviera bien...

Sacudió la cabeza y se concentró de nuevo en las manchas púrpuras de la hoja de su cuchillo de carnicero.

La niña Sarah se había ido. Tal vez habría regresado con aquellas fulanas, tal vez a aquel antro de perdición donde su cuerpo menudo se cotizaba a buen precio... Ya no era asunto suyo.

\*\*\*

Isabel asomó la cabeza por la ventana del carruaje, confirmando sus sospechas. La noche había caído por completo y la había sorprendido mientras repartía la última cesta de frutas en aquel orfanato de Limehouse. Por fortuna, su cochero había obedecido al pie de la letra las instrucciones de Fanny y no se había movido de aquella temible calle hasta asegurarse de que la joven se encontraba a salvo y de regreso a casa. Igualmente, Isabel sabía que le esperaba una buena reprimenda en cuanto atravesara los muros de Westwall Place.

De pronto, el coche se detuvo abruptamente, provocando que se golpeará la frente contra la ventana. Se la frotó, dolorida, tratando de distinguir en la penumbra la causa de aquella interrupción.

—¿Willy? —Isabel llamó al cochero, rezando porque aquella parada no fuera una argucia de algún maleante que pretendía cometer su fechoría.

—Tranquila, señorita. Todo está bien... Es solo que me ha parecido ver algo en ese callejón —gritó el hombre desde lo alto del carruaje—. Por todos los... parece una niña, señorita.

Sin pensarlo, Isabel abrió la portezuela del vehículo y se apeó, sin esperar a que el cochero bajara el peldaño auxiliar. Estuvo a punto de perder el equilibrio y se sostuvo con dificultad sobre la pierna sana. Recogió ligeramente el faldón del vestido para correr en la dirección que señalaba el cochero.

A escasos metros, pudo distinguir la figura en la orilla del camino. Permanecía agazapada y se abrazaba las rodillas contra el pecho, temblorosa. En efecto, se trataba de una niña, al menos, era lo que parecía bajo aquella gruesa capa de suciedad y ropa pestilente.

Isabel se inclinó, se despojó de su abrigo y cubrió a la pequeña con él, frotándole los hombros con vigor.

—Pero ¿qué haces en mitad del camino, criatura? —preguntó con ternura—. Podríamos haberte arrollado de no ser porque Willy tiene excelentes reflejos.

La niña no respondió.

—Vamos, no seas tímida —insistió Isabel, conmovida por el brillo de los ojos de la chiquilla, que evidenciaba su llanto—. ¿Te has escapado de casa? Es muy tarde, ¿quieres que te llevemos con tus padres?

La niña negó repetidamente con la cabeza.

Isabel se mordió los labios, pensativa. Después, sin mediar más conversación, ofreció a la niña

su mano y la niña se aferró a ella, titubeante.

—No puedes quedarte aquí sola. Es muy tarde. Dios sabe qué clase de sujetos merodean cerca —dijo, tirando de sus dedos y arrastrándola hacia el carruaje. La ayudó a subir, ignorando las protestas de Willy.

—Fanny se pondrá hecha una fiera cuando se entere, señorita. ¡Esta cría en un saco de piojosapestoso! No puede salvar a todos los niños mugrientos de Londres y llevárselos a su casa —observó el hombre, malhumorado, aunque parecía que le divertía pensar en el recibimiento de Fanny cuando llegaran a casa.

—No digas tonterías, Willy. No podemos dejarla aquí sola... Mírala bien, está tan asustada que ha perdido el habla. —Isabel acarició los grasientos cabellos de la niña, tranquilizándola.

—No se deje engañar, señorita. Conozco bien a las de su clase. Seguro que ha cometido alguna fechoría e intentaba huir cuando casi la atropello —dijo Willy.

—No lo creo... ¿No quieres contarnos qué ha sucedido?

La niña negó con la barbilla.

—Ya le contaré yo lo que *ca'pasao*, señorita.

Isabel se giró sobre los talones al escuchar la voz a su espalda. Cerró a toda prisa la puerta del carruaje, con la clara intención de protegerla de los dos hombres de aspecto horrible que se aproximaban por el callejón.

Los individuos tenían el rostro sudoroso surcado de cicatrices y avanzaban hacia ella con sendos palos de madera en las manos. Entre los dos no sumaban media dentadura, que mostraban abiertamente mientras reían con aquella alcantarilla que les hacía las funciones de boca.

—Denos a la chica y podrá largarse por donde ha *venío* —informó el otro hombre, sonriendo de un modo que heló la sangre de Isabel.

—No pienso hacer tal cosa, señores —respondió Isabel con firmeza, interponiéndose en el camino de los hombres y soportando con estoicismo el hedor que provenía de su aliento—. ¿Acaso ella es algo suyo?

—Es propiedad de Betsy Adams. Y nosotros cuidamos de las cosas de Betsy —anunciaron, dándose golpecitos en la palma de la mano con el enorme palo que portaban.

Isabel dedujo que la tal Betsy Adams debía ser alguna de aquellas mujeres que reclutaban niños en la calle para convertirlos en ladronzuelos o en algo mucho peor.

—En ese caso, pueden decirle a la señora Adams que estaré encantada de entregarle a la niña cuando guste. Pero solo si viene a buscarla personalmente y trae consigo los documentos que acrediten su tutoría legal —puntualizó Isabel, consciente de que no había modo alguno de que la señora Adams hiciera tal cosa.

Los dos hombres se miraron y estallaron en sonoras carcajadas. Repentinamente, uno de ellos golpeó en la cabeza con su porra al pobre Willy, en un movimiento tan rápido como inesperado que dejó al cochero tendido en el suelo como un fardo.

Al mismo tiempo, el otro se abalanzaba sobre ella, aplastándola con su peso contra la puerta



del carruaje. Isabel intentó defenderse del ataque, lanzando la punta de su bota contra la tibia de su agresor y arañándole la cara. Pero lo único que consiguió fue que el muy cobarde soltara una imprecación y, poseído por la rabia que le producía la osada respuesta de la joven, le asestara un fuerte puñetazo en el estómago. Isabel sintió que se quedaba sin aire, y se dobló sobre su cintura de un modo instintivo en un vano intento de recuperar el aliento.

Cuando ya se preparaba para lo peor, convencida de que aquel cobarde iba a aplastarla como a un insecto, escuchó un fuerte golpe seco que no le dolió lo más mínimo. Comprendió que el golpe no había sido dirigido contra ella cuando vio caer a sus pies al matón que la atacaba.

Isabel se encontraba confundida. Pensó que tal vez había sucedido un milagro.

Pero no se trataba de ningún milagro. O puede que tal vez sí. Lo cierto era que a ella le parecía que una sombra gigantesca había dejado al rufián que la atacaba hecho un guiñapo en el suelo. Isabel levantó la mirada y vio cómo el otro matón intentaba defenderse, sin éxito alguno, de la inesperada lluvia de golpes que caía sobre él.

La sombra golpeaba con furia, sorteando con sus puños hábilmente la defensa de su contrincante. El delincuente se veía desbordado por el ímpetu del ataque y era incapaz de responder con una mínima eficacia a la tormenta de golpes que le caía. El cerebro del malhechor decidió anticiparse al esperado y aciago final y, al objeto de evitarle al cuerpo una tunda aún mayor de la que ya encajaba, le envió la orden de desplomarse en el suelo inconsciente.

La sombra se dio la vuelta y observó cómo el otro comenzaba a incorporarse. Avanzó.

—¿Se encuentra bien, señorita Tisdale?

Isabel se irguió, frotándose la cintura con las manos para comprobar que seguía de una pieza. Estaba a punto de emitir toda una retahíla de agradecimientos cuando por fin logró serenarse y acertó a reconocer aquel timbre de voz familiar.

—¡Usted! ¡Señor Quinn! —exclamó con sorpresa, aceptando el pañuelo que él le ofrecía para que limpiase el pequeño corte de su frente—. Qué oportuno que estuviera siguiéndome otra vez, ¿no le parece?

Quinn la miró, consternado por la visión del leve rasguño y molesto por la insinuación de ella.

—No la seguía, señorita Tisdale —replicó—. Pero me alegra haber estado cerca. Parece que tiene usted una habilidad especial para atraer los peligros. Si me disculpa un momento...

Quinn, viendo que el otro matón trataba de recobrar la compostura, le colocó tal puntapié en las costillas que lo dejó sin aliento, haciéndolo caer de nuevo. Seguidamente, lo sujetó de las solapas y lo arrastró hacia arriba, zarandeándolo y confundiéndolo aún más, pues no tenía claro el infeliz si quedarse en el suelo o mantenerse erguido para que siguieran vapuleándole.

—¿Quién te manda, escoria? ¿Qué pretendías? —preguntó Quinn, iracundo.

Isabel se sintió apabullada ante la furia que leía en los ojos del inspector. La vena de su cuello latía de un modo que evidenciaba que, si el otro le proporcionaba la más leve excusa, estaría más que encantado de enviarlo directamente al Infierno.

—Yo solo quería devolverle a Betsy lo que es suyo... —lloriqueó el rufián, escupiendo alguno

de los pocos dientes que le quedaban.

—Lo único que vas a llevarte es a ese saco de mierda que te acompaña —dijo Quinn, lanzándolo y señalando al bulto que estaba en el suelo—. Recoge tus dientes y los de tu compinche y dile a Betsy que la niña ya no es de su propiedad. Como vuelva a ver vuestra fea cara o la de cualquiera que me haga sospechar que tu jefa lo envía, apareceréis flotando en el Támesis con la cara comida por los peces. ¿He sido lo bastante claro?

—¿Y qué le llevo a Betsy? Ella quiere su mercancía... —balbuceó el hombre.

—De momento, puedes llevarle esto. —Quinn descargó un brutal puñetazo en la mejilla que aún le quedaba sana al matón—. Y adviértele de que si no es suficiente para ella, le llevaré el resto personalmente.

Quinn lo arrojó lejos de un empujón, despidiéndolo con una patada en el trasero. Los dos matones aprovecharon su pequeña muestra de magnanimidad para huir despavoridos, perdiéndose en cuestión de segundos por la boca del callejón.

Mientras los veía alejarse, Quinn se giró hacia Isabel, quien permanecía agazapada junto al cochero.

—¿Puedo saber qué demonios hacía a estas horas en un barrio como este?

—Yo podría preguntarle lo mismo, señor Quinn —se defendió ella, devolviéndole su pañuelo, mientras palmeaba los cachetes de su empleado intentando que recobrase la consciencia.

Willy parecía volver en sí, lo cual tranquilizó a Isabel.

—Resulta que yo trabajo para Scotland Yard y uno de mis cometidos es velar por la seguridad en las calles. Tan solo daba un paseo tratando de encontrar alguna... —Quinn se interrumpió, comprendiendo que no podía compartir con ella los motivos de su paseo—. Muy hábil, señorita Tisdale. Casi consigue desviar mi atención, Vamos, responda, ¿qué diablos hacía en Limehouse? ¿No sabe que las señoras que transitan esta zona de noche lo hacen con un único propósito?

—Ahora está siendo descortés, señor Quinn. Le agradezco de veras su intervención. Pero dado que esto no es un interrogatorio y yo no soy sospechosa de nada... Buenas noches. —Isabel se dispuso a abrir la puerta del carruaje, decidida a plantarle allí mismo.

Quinn colocó la palma de su mano sobre la puerta, evitando que ella cumpliera su propósito.

—De ningún modo va a esfumarse antes de explicarme todo.

Isabel exhaló un hondo suspiro y lo miró con expresión de fastidio. Señaló el interior del carruaje, invitándole a asomar la cabeza y echar una ojeada. Al otro lado, la niña temblaba de miedo, a punto de romper a llorar. Isabel se puso el dedo índice sobre los labios, indicándole con ello que nada debía temer a su lado. La niña parpadeó y asintió, elevando las piernas y encogiéndolas contra el pecho. Se abrazó las extremidades y apoyó la cabeza sobre las rodillas, expectante.

—¿Qué ha hecho, señorita Tisdale? —quiso saber Quinn—. ¿Acaso ha secuestrado a esa niña?

—No sea estúpido, señor Quinn. Por supuesto que no la he secuestrado. Esos hombres pretendían llevársela a rastras a esa tal Betsy... Adams, creo —explicó Isabel, bajando la voz

para que la niña no los escuchara, y añadió—: sospecho que para nada decente.

Quinn miró de nuevo a la criatura desvalida que aguardaba en el interior. Después clavó sus ojos azules en el rostro de Isabel.

—Sospecha bien —murmuró sin poder evitar que la rabia lo embargase—. Esa mujer que ha mencionado corrompe todo lo que toca. Parece que ha organizado un floreciente negocio en el que los robos perpetrados por niños y la prostitución son habituales. La chica debe estar bajo su protección y habrá escatimado sus ganancias a Betsy.

—¿Bajo su protección? —se escandalizó Isabel—. ¿Cómo puede alguien llamar protección a eso? ¿Ha visto lo delgada que está, lo aterrorizada que parecía?

—Señorita Tisdale... Lamento desilusionarla. Pero esta es la realidad que las jóvenes acomodadas como usted tienen la fortuna de eludir. Por desgracia, los niños del East End no cuentan con los medios para rechazar la protección de todas las *Betsy Adams* de Inglaterra —informó, recordando que él mismo podía haber sido uno de aquellos niños y que solo la providencia hizo que una buena familia le adoptase para criarle como a un hijo más.

—Ya veo que sigue considerándome una frívola cabeza hueca —le espetó, irritada—. Tan pronto me siento agradecida por su aparición como deseo perderle de vista, señor Quinn. Tiene usted la extraña facultad de exasperarme y agotar mi paciencia con suma facilidad.

—Y usted sigue evitando explicarme qué hacía en este lugar —le recordó él, más relajado, pues llevaba un buen rato vigilando con disimulo por si aquellos maleantes decidían regresar con refuerzos. Parecía que por aquella noche renunciaban a su propósito de llevarse a la chica.

—Oh, de acuerdo, se lo diré. Pero como haga una sola broma sobre lo buena cristiana que soy, no volveré a dirigirle la palabra —advirtió ella—. Todos los lunes reparto fruta en los hogares para niños de los barrios más marginados. Hoy, esos diablillos no me dejaban marchar y me he entretenido más de la cuenta. Y de regreso a casa, Willy, nuestro cochero, ha estado a punto de arrollar a esa pequeña... Y el resto, ya lo sabe.

—Muy propio de usted. —Quinn habló para sí mismo, sin apartar los ojos de aquella boca que le relataba los pormenores de su aventura.

—¿Cree que la niña estará a salvo? No sé qué puedo hacer con ella. Ojalá pudiera llevarla conmigo, pero mi padre se pondría furioso en cuanto lo supiera... Pero tampoco puedo devolverla a la calle, señor Quinn. He de pensar algo con rapidez. Aunque una cosa es segura: no puedo exponerla de nuevo a esa mujer de la que habla...

—Pues no dude que enviará de nuevo a sus matones. Betsy no descansará hasta que esa niña le devuelva el último penique que haya robado.

Isabel volvió a suspirar, depositando con distracción sus dedos en el antebrazo del hombre.

—Es horrible... ¿No puede hacer nada para evitarlo, inspector?

Quinn recorrió las facciones amables de la joven, quien le observaba como si esperase de él un milagro.

—Podría hacerle una visita a Betsy. —Quinn se arrepintió enseguida de sus palabras, pues el

rostro de Isabel se había iluminado como si acabara de prometerle que redimiría a todos los huérfanos ladronzuelos de Londres—. Pero no espere gran cosa, señorita Tisdale. Si la chica ha robado, ella querrá que le devuelva su dinero.

—¿Y si no es así? ¿Y si ella únicamente pretendía huir de esa... protección?

—En ese caso, podría sugerir a Betsy que si la deja en paz, yo podría hacer la vista gorda sobre sus negocios durante... digamos, un par de días. Lo suficiente para que considere compensados los chelines que le habría hecho ganar esa niña.

Isabel le abrazó impulsivamente, aunque se apartó enseguida, avergonzada por su arrebato espontáneo.

—¿De verdad... de verdad haría algo así por mí? —preguntó Isabel, ruborizada por el modo en que él la miraba con intensidad.

«Haría cualquier cosa por usted», pensó Quinn, aturdido por aquel abrazo y por aquellos ojos que brillaban de emoción y agradecimiento.

—Lo haré por esa pobre niña, señorita Tisdale —contestó sin embargo, consciente de lo cerca que había estado de sucumbir a aquella joven desconcertante y valiente.

—Por supuesto —aceptó ella, ocultando su decepción.

—Y además, ha de prometerme que no volverá por aquí a estas horas. Y mucho menos, sola —reclamó él con seriedad.

—No viajaba sola, señor Quinn... ¿Se olvida de nuestro querido Willy? —replicó ella.

Al escuchar su nombre, el cochero se frotó la coronilla, un tanto aturdido aún por el golpe.

—No dudo que como cochero su hombre sea muy competente —observó Quinn con un deje de burla—. Pero me temo que como guardaespaldas resulta un completo fracaso.

El viejo cochero pareció un poco ofendido por las palabras del inspector y se apresuró a mostrar su coraje.

—Señorita... ¿se encuentra bien? ¿Adónde fueron esos canallas...? Ahora mismo bajo a darles su merecido...

Isabel sonrió.

—Descuida, Willy. Sigo de una pieza.

—Su promesa, señorita Tisdale —insistió Quinn.

—Por todos los Cielos... Lo prometo, señor Quinn.

—En ese caso, cerremos nuestro trato estrechándonos la mano.

Y sin esperar, retuvo la de ella entre las suyas, deleitándose en su exquisita calidez. La soltó al ver cómo ella volvía a ruborizarse. Abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subir, complacido porque ella parecía más interesada en comprobar que la niña permanecía a salvo que en analizar la breve caricia.

—Como agradecimiento a su intervención, permita que le llevemos, señor Quinn. Si da su palabra de no incordiar me durante el trayecto, yo responderé con el mayor mutismo.

—No sé por qué, tengo la sensación de que no puedo fiarme de eso, señorita Tisdale. Pero

acepto.

Quinn se acomodó al otro lado de los asientos que ocupaban la señorita Tisdale y su reciente pupila. Y estirando las piernas en el espacio libre entre ambos, recostó la espalda. Fingió que dormía, pero estuvo alerta todo el trayecto hasta que, en unos minutos, el cochero anunció que llegaban a su destino, las señas en las inmediaciones de Leicester donde se hospedaba.

—Buenas noches, señorita Tisdale. Procure no meterse en problemas en mi ausencia, ¿de acuerdo?

—Buenas noches, señor Quinn... —Isabel ignoró la provocación y, pese a todo, sonrió.

Isabel lo vio alejarse hacia el otro lado de la calle en dirección a su propia casa. Contempló a lo lejos su amplia espalda y su elevada estatura y lo bien que le sentaba aquel sencillo abrigo largo que, sin ser una prenda pretenciosa, le proporcionaba cierta elegancia. Contra su voluntad, debía admitir que el señor Quinn poseía cierto atractivo. Podía decirse que el inspector era una mezcla de canalla y caballero, rudo y al mismo tiempo considerado, con destello permanente de melancolía en los ojos que le convertía en un ejemplar masculino bastante... deseable. Suspiró preguntándose si el encuentro entre ambos despertaba en el señor Quinn la misma desazón.

Tan absorta estaba en sus cavilaciones acerca del inspector, que no fue consciente de que el carruaje recorría la distancia que conducía a Westwall Place. No se percató de que el corto paseo había llegado a su fin hasta que el vehículo se detuvo y la voz estridente de Fanny la sacó de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad. Parecía que en cuestión de segundos, el viejo Will ya había puesto al corriente a Fanny sobre los acontecimientos más recientes. Por supuesto, la reacción de ella no se hizo esperar. Tal y como imaginaba, la pobre mujer hacía aspavientos con las manos para mostrar su total desacuerdo con la nueva huésped.

—Ahora mismo va a explicarme ese disparate de que hemos adoptado a una criatura abandonada...

—Es una larga historia, Fanny. Y estoy agotada. Por favor, prepara una habitación para la niña y mañana te contaré todo.

Fanny iba a protestar, pero al ver cómo Isabel señalaba a la pequeña que seguía agazapada en el carruaje, asintió, enternecida por la imagen de aquella criatura vulnerable.

## Capítulo 6

Quinn no tenía la menor duda. La señora Eusapia Paladino era la mayor embustera que Londres tenía la desgracia de albergar en los últimos tiempos. No le sorprendía que damas sin una pizca de sentido común, como lady Barbara Fielding, sucumbieran a la tentación de acudir a la señora Paladino y a sus teatrales sesiones de espiritismo. Sin embargo, la aceptación de que las damas encontraran muy divertidas aquellas veladas de ocultismo no hacía que aprobase tal inclinación a ellas.

Había decidido visitar a la médium solo porque un influyente lord Fielding había insistido en que alguien debía ocuparse de, en sus propias palabras, *aquella estafadora italiana* que había logrado hurtar, según él, quinientas libras a su confiada y estúpida esposa. Según parecía, lady Barbara deseaba contactar con su hermana difunta al poco tiempo de contraer matrimonio con lord Fielding. Ansiaba conocer el paradero de unas joyas que habían pertenecido a la madre de ambas, desaparecidas cuando las jóvenes habían contraído matrimonio con sendos caballeros de rancio abolengo. Y estaba convencida de que únicamente su querida hermana podía ayudarla a encontrar sus joyas, pues durante años las había buscado sin éxito alguno.

El resultado había sido una sesión celebrada dos noches atrás en la nueva residencia de la señora Paladino en Bedford Square. Allí, en la penumbra, entre velas y otros ornamentos para la ocasión, y en presencia de varias damas que asistían al encuentro con gran expectación, la hermana difunta, la señorita Diana Muldoon, había hecho acto de *cuasi* presencia, pues esta había sido un tanto incorpórea, directamente traída del *Más Allá*.

Según había podido averiguar más tarde por el relato de las damas asistentes a la pantomima, el espíritu de la señorita Muldoon se había manifestado después de varios golpes secos contra la mesa, a través de la propia boca de la señora Paladino. Eusapia, relató una de las asistentes al ser interrogada sobre lo sucedido, «sufrió violentas convulsiones antes de comenzar a hablar con un perfecto acento inglés y con un timbre de voz que una impresionada lady Fielding reconoció enseguida y sin el menor atisbo de duda como el de su hermana, la señorita Muldoon, fallecida en la primavera de mil ochocientos cuarenta y cinco durante un desafortunado accidente». Así, el espíritu de la difunta señorita Muldoon había revelado a lady Fielding cómo su esposo, apenas unos días después de su boda, había sido descubierto por ella misma rebuscando entre los objetos de su joyero. Y que al ser preguntado sobre la naturaleza e intención de su búsqueda en lo ajeno,

este había reaccionado de un modo irracional y violento, apartando a la señorita Muldoon de su camino, no sin antes amenazarla con inventar una aventura entre ambos si no guardaba silencio sobre lo que había visto. Y no contento con despejar cualquier duda sobre el calibre moral del aludido lord Fielding, el supuesto espíritu de la señorita Muldoon había añadido que «sentía enormemente no haber confiado jamás a su querida hermana aquello que había descubierto». Por desgracia, unos días después perdería la vida cuando, durante una cacería de zorros en la hacienda del conde de Harewood en York, un disparo de escopeta, cuyo origen jamás fue descubierto, la había alcanzado accidentalmente en un pulmón.

Por supuesto, pensó Quinn, aquellas revelaciones no habrían inquietado lo más mínimo a lord Fielding de no ser por la exhaustiva descripción que el espíritu había ofrecido del misterioso caballero que, por accidente, había disparado su escopeta en la misma dirección donde se hallaba la entonces muy viva señorita Muldoon. Porque, casualmente, aquella descripción coincidía en un porcentaje asombroso con las facciones de un lord Fielding cuarenta y tres años más joven.

Fuera como fuera, lord Fielding estaba furioso. Lady Fielding no había vuelto a dirigirle la palabra desde entonces, lo cual el caballero había calificado de *regalo providencial*. No obstante, pese a la alegría inicial por el mutismo de la dama que era su esposa, lord Fielding confesaba que el rumor lanzado por el espíritu de la señorita Muldoon se extendía como la pólvora por Pall Mall, y que, recientemente, había sido insultado durante una partida de whist en el Club Carlton. La situación era, según él, insostenible. Alguien debía «sellar de una vez por todas, los labios de aquella extranjera manipuladora y propensa al fraude», había dicho con tono enérgico.

Y en esa tesitura se encontraba, participando en aquella variopinta reunión de señoras ansiosas por contactar con sus familiares difuntos. Había solicitado entrevistarse con la señora Paladino en privado. El objeto de la entrevista era trasladar a la misma la exigencia de lord Fielding de que reintegrase las quinientas libras abonadas por los servicios prestados, así como que se retractase públicamente de las declaraciones vertidas por el presunto espíritu de la señorita Muldoon.

Empero, la sirvienta de la señora Paladino le había comunicado, tras consultar con su patrona, que la apretada agenda de la susodicha impedía que le recibiera hasta el mes próximo. No obstante, la señora Paladino le invitaba a participar en aquella velada, si así lo deseaba y sus obligaciones se lo permitían.

Quinn permanecía en silencio, observando a las damas allí reunidas. La señorita Eugenia Marchant, una acaudalada heredera francesa, tan delicada como un pétalo de flor y cuya conversación reflejaba que la inteligencia resultaba en su caso inversamente proporcional a su exquisita belleza. Asistían también a la velada, un joven médico apasionado del ocultismo, dos gemelas idénticas que reían todo el tiempo al menor comentario necio del galeno y un viejo librero a quien Quinn enseguida reconoció como el señor McPearson.

—Señores, señoras... Permitan que anuncie dos nuevas visitas que nos acompañarán durante la velada de hoy. Lady Hortensia Wilbourn y la señorita Isabel Tisdale —anunció la escuálida sirvienta de cabellos grises, con el mismo tono lóbrego que utilizaría un vicario oficiando un

funeral. Hizo pasar a las recién llegadas al salón y añadió en el mismo tono—: La señora Paladino se reunirá con sus invitados en unos minutos. Les ruego tomen asiento alrededor de la mesa.

La sirvienta hizo las presentaciones formales y distribuyó a los invitados alrededor de la mesa ovalada de roble. La fortuna quiso que las gemelas, las señoritas Virginia y Violeta Henderson, tomaran asiento a cada lado del señor Quinn. El joven médico, Lester Harrington, ocupó su sitio junto a la señorita Violeta y el señor McPearson recibió con alegría la noticia de que su asiento se hallaba justo al otro lado, precisamente junto a la señorita Tisdale.

Quinn obedeció, observando de reojo la reacción de la señorita Tisdale. La rígida línea de sus labios y la forma en que le rehuía la mirada evidenciaba que su presencia allí no le era del todo indiferente. Sin embargo, él se sentía extrañamente aliviado por su llegada. Contra su voluntad, echaba de menos sus reprimendas y no había tenido ocasión de disfrutar de las mismas desde el día del accidentado episodio en Limehouse. La saludó desde el otro extremo de la mesa y ella se limitó a inclinar ligeramente la cabeza, girando de inmediato el rostro hacia la anciana que se sentaba a su lado izquierdo.

—Señor Quinn. Por fin tengo el placer de conocerle. Nuestra amiga común, la señora Durrell, solo tiene cumplidos para usted —dijo lady Wilbourgh, agitando con suavidad su abanico de plumas antes de cerrarlo y colocarlo junto a su mejilla. Lo miraba con suspicacia.

—El placer es mutuo, lady Wilbourgh. Aunque he de ser sincero, desconozco el origen de tal fervorosa admiración —comentó Quinn, arqueando una ceja divertido.

—Oh, vamos, no sea tan modesto, señor Quinn. Sabe muy bien que si el señor Durrell no le tuviera en tan alta estima, no le habría recomendado para el puesto que ocupa.

—¡Qué emocionante! —exclamó la señorita Violeta, aplaudiendo con frenesí y colocando su pequeña mano enguantada en el antebrazo de Quinn—. Debe contarnos con todo lujo de detalles el asunto más escabroso que le ocupe estos días, señor Quinn. ¿Es cierto que Aberline ha dado por concluida la investigación de los crímenes de Whitechapel? Esas pobres mujeres... No puedo ni imaginar qué clase de monstruo puede cometer actos tan atroces. Aunque no es menos cierto que esas ramera harían mejor en buscar un empleo decente en lugar de merodear por las calles ofreciendo sus servicios.

—Permita que la corrija, señorita Henderson. Emocionante no es la palabra que yo emplearía en este caso —se dirigió a ella con expresión reprobadora, mientras que cubría su mano el tiempo indispensable para retirarla de su antebrazo con forzada cortesía—. No encuentro nada fascinante en que una mujer sea asesinada, sea cual sea la condición moral de la víctima. No olvide, señorita, que esas mujeres ofrecen sus servicios a los padres, hermanos, hijos y esposos de muchas damas respetables como usted. Y no dudo que si tuvieran la oportunidad de dedicarse a otra cosa, lo harían gustosas, ya que poner el propio pellejo en peligro no resulta nada agradable... incluso para una ramera del East End.

—¡Por Dios, que grosería! —murmuró la señorita Virginia, escandalizada por sus palabras—.



Querida Violeta, será mejor que ignores a partir de ahora al caballero que se sienta entre ambas. Resulta obvio que pretende asustarnos con su cruda visión de la realidad.

—Nada más lejos de mi intención. Les pido disculpas por mi torpeza —se disculpó Quinn, con tono sarcástico.

No lo sentía en absoluto. De hecho, le parecía que aquellas dos hermanas eran dos seres inútiles y frívolos, que desconocían por completo la vida de quienes habían tenido la desgracia de nacer en hogares humildes. Aquellas dos *floreccillas* insulsas fingían interesarse por la seguridad de las mujeres que ejercían el oficio de la prostitución. Pero todo cuanto les interesaba se ponía de manifiesto en aquella velada fútil. Aguardaban ansiosas la llegada de la señora Paladino y admiraban su habilidad de contactar con los muertos. La población miserable de Londres, que moría en vida a causa del hambre y las enfermedades, constituían lo que aquellas señoritas denominaban *su cruda visión de la realidad*.

—Por favor, señoritas... No atosiguemos al señor Quinn con esa malsana curiosidad —intervino lady Wilbourgh—. Estoy segura de que Scotland Yard hace cuanto puede para que los ciudadanos de Londres gocen de la debida protección sin importar el estrato social al que pertenecen.

—¿Usted qué opina, señorita Tisdale? —Quinn clavó la mirada en ella, analizando los cambios que se producían en sus serenas facciones.

—Opino que los asuntos de Scotland Yard deben permanecer en Scotland Yard —respondió ella, lacónica.

—Muy sensato por su parte —se burló Quinn, anhelando que ella le prestara toda su atención, aunque no sabía muy bien porqué.

—No he venido a obtener su aprobación, señor Quinn —replicó Isabel sin mirarle.

—Eso es un hecho. Sin embargo, aquí está, buscando... —Encontró por fin su mirada y se perdió en sus ojos brillantes que lo atrapaban en la distancia—. ¿Buscando qué, señorita Tisdale?

—Pues en realidad, nada, señor Quinn —interrumpió lady Wilbourgh—. Me temo que soy la única culpable de que la señorita Tisdale nos acompañe hoy. Ella no confía en que la señora Paladino sea una buena influencia para mis nervios. Y ha aceptado acompañarme, arrancándome antes la promesa de que no volveré jamás si logra demostrarme que está en lo cierto.

—Entiendo. Entonces, señorita Tisdale, tenemos mucho más en común de lo que pensaba —la provocó, esbozando una sonrisa que hizo que las dos hermanas suspirasen de amor por él.

Isabel apretó los dientes, contrariada. El señor Quinn era un descarado, y las hermanas Henderson, un par de cabezas de chorlito.

—No lo creo, señor Quinn. Pero, dado que lady Wilbourgh ha expuesto ya mis motivos, ahora debería usted exponer los suyos.

—Eso es, señor Quinn, ansiamos conocer los motivos que le traen hoy aquí —repitieron al unísono las gemelas, riendo tontamente al escucharse pronunciar la misma frase a la vez.

Quinn sonrió de nuevo, para deleite de las hermanas. Y estaba a punto de inventar cualquier

excusa, cuando la señora Eusapia Paladino irrumpió en el salón, llenando la estancia con su sombría presencia.

\*\*\*

Eusapia Paladino miró a los asistentes, inclino la cabeza como saludo y ocupó su asiento en el lugar de la mesa reservado a los anfitriones. Ordenó a su sirvienta correr las cortinas y encender las velas que se hallaban colocadas de un modo, tal vez estratégico, frente a cada uno de los invitados.

El efecto era sin duda fantasmagórico. La propia médium presentaba un aspecto aterrador, con sus prominentes pómulos, sus ojos saltones y su tez pálida que contrastaba con el cabello negro en que brillaban algunos mechones plateados. Vestía un traje gris oscuro con las mangas abombadas y encajes en los puños y el cuello. En conjunto, parecía sacada de algún cuento macabro del señor Poe. Fiel a la estética de su personaje, Eusapia saludó con una ligera inclinación de cabeza y ocupó su asiento de respaldo muy alto que recordaba a los tronos reales.

—Veo alguna cara nueva entre ustedes —dijo con voz grave, dirigiéndose al joven médico—. Usted debe ser el señor Lester Harrington. He oído hablar mucho de usted, joven. Sus análisis sobre los trabajos del señor Galvani son realmente asombrosos. Aunque también he sabido que sus colegas del Colegio de Médicos no reciben con tanto entusiasmo los avances de sus estudios.

—Por desgracia, no soy más que un aficionado —replicó, visiblemente azorado y con un deje de resquemor—. Y mis colegas, unos individuos de mente demasiado estrecha. Mi investigación del galvanismo responde a un interés puramente científico, por cuanto está relacionado con el estudio del sistema nervioso. La teatralidad de ciertos experimentos realizados en el pasado no despierta mi interés más allá de lo que en ellos pueda demostrarse a través del conocimiento.

—Una lástima que exista tanta ignorancia y tanta hipocresía al respecto, ¿no le parece, doctor?

—Así es. Recientemente, mis *queridos colegas*, no contentos con lanzar embustes en mi contra, han elevado al Consejo una petición para retirarme la licencia —comentó, apretando los labios con visible rabia.

—Si me permite la observación, doctor Harrington, he sabido que algunos miembros respetables de su gremio le han denunciado por prácticas irregulares —dijo una de las gemelas, observando con malicia la reacción del joven médico.

—Una conspiración urdida en mi contra, no le quepa la menor duda, señorita Henderson —se defendió el aludido con vehemencia.

—Pero, mi querido doctor... ¿Acaso negará que la viuda de lord Hawthorne le sorprendió en la morgue, aplicando descargas al cadáver de su difunto esposo recién hallado el día antes en la cama de una conocida actriz? —La otra gemela Henderson le dedicó una sonrisa falsamente angelical y, acto seguido, las dos jóvenes rieron como si hubieran cometido la travesura del siglo.

—No sé de dónde han sacado esa información, señoritas —las interrumpió Quinn.

No deseaba desvelar detalles sobre el asunto que referían, pero debía romper una lanza en favor del galeno. Por lo que Scotland Yard había averiguado, la muerte del viejo lord Hawthorne se había producido por causas naturales mientras yacía con la muy enérgica y encantadora señorita Arabella Brown. El doctor Harrington había examinado con absoluta profesionalidad el cadáver y se había limitado a certificar su defunción. Cualquier otra historia que circulase sobre el asunto era una pura invención que pretendía perjudicar el buen nombre del médico y le parecía deleznable que las señoritas allí presentes se prestasen a tal confabulación.

—No sea aguafiestas, inspector —se quejó la señorita Marchant, frunciendo sus labios en un sugerente mohín—. Estoy segura de que tales especulaciones aportan un valor añadido a la hasta ahora aburrida existencia de la viuda Hawthorne. Imagínelo, será la protagonista indiscutible de todas las veladas de esta temporada.

—Solo digo, señoritas, que convendría ajustar las afirmaciones que vertemos a la veracidad de los hechos. De lo contrario, la reputación de un hombre podría verse seriamente afectada —las regañó, un poco hastiado de la conversación.

—Estoy de acuerdo, señor Quinn —dijo la señora Paladino, evidenciando que, aunque no habían sido presentados, estaba bien informada acerca de cada uno de sus invitados—. Personalmente, detesto las habladurías.

Quinn supuso que decía la verdad, pues ella misma era objeto de toda clase de rumores sobre las actividades que llevaba a cabo.

—Agradezco a ambos su confianza —murmuró el médico con sinceridad—. No resulta fácil dedicarse a la investigación científica en los tiempos que corren. A menudo, mis viejos colegas olvidan que, de no ser por célebres precursores de mente abierta como el maestro Hipócrates, seguiríamos aún sanando enfermos con las artes de la teúrgia.

—Caballeros, señoras... Por favor, les ruego centremos la atención en el motivo de nuestra reunión —solicitó la señora Paladino—. El tiempo vuela y, como saben, el mío se cotiza a muy buen precio la hora. Lo que me hace recordar, amigos míos... ¿han abonado mis honorarios a su llegada?

Los asistentes asintieron uno tras otro. La mirada de la señora Paladino recorrió todas las caras y se detuvo en Quinn.

—¿Señor Quinn?

—No he venido a requerir sus servicios, señora. Me temo que tendrá que disculpar que haya venido a verla sin una libra en el bolsillo —se burló Quinn, observando la reacción de la médium.

—¿De veras cree que no necesita mis servicios? —Ella lo taladró con sus ojos negros como la noche.

—Eso creo, señora. Por desgracia, he perdido toda esperanza de contactar con mis seres queridos en el Más Allá. Estén donde estén, estoy seguro de que no los encontraré en los posos del café ni en las palabras alentadoras de una espiritista... con todos mis respetos —añadió al final, suavizando la dureza de su tono.

—Así que un escéptico. —Ella torció la boca hacia un lado, aunque no parecía del todo disgustada—. Veremos qué opina al final de nuestra velada. ¿Y qué me dice de usted, señorita Tisdale? ¿Encontró su amiga lo que buscaba en las alas de las mariposas?

Isabel no contestó. Por supuesto, solo unas pocas personas conocían la verdad sobre aquello que mencionaba. Isabel era una de ellas, pero jamás repetiría una palabra de lo que su amiga le había revelado, pues su lealtad inquebrantable mantendría sus labios sellados para siempre. Pese a todo, al mirar a la señora Paladino, Isabel tuvo casi la certeza de que ella no esperaba una respuesta. Parecía conocer los secretos ocultos en lo más recóndito de las almas de sus invitados. Tal vez, aguardaba el momento oportuno para desvelarlos al resto del mundo o enterrarlos en el olvido a cambio de unas monedas.

—Tampoco siento especial inclinación hacia las cuestiones sobrenaturales, lo confieso. Lo más cercana que he estado del Inframundo, ha sido cuando el señor McPearson me comunicó, provocándome un serio desmayo, que alguien había sustraído su ejemplar preferido de *Romeo y Julieta* —frivolizó Isabel, solo por el placer de ver cómo Quinn analizaba sus palabras y trataba de discernir cuanta sinceridad había en ellas.

Después de unos segundos, Quinn le clavó su intensa mirada azul, arqueando una de sus pobladas cejas color cobrizo, y sonriendo de un modo seductor y pecaminoso. No la había creído. Y no solo eso. Recordaba a la perfección su encuentro en la librería de McPearson.

—Está bien, debo sincerarme... Yo he acudido a la reunión por culpa de mi malsana curiosidad. Pero me alegra estar aquí y sostener la mano de la señorita Tisdale si es necesario —admitió a su vez el viejo librero, palmeando el dorso de la mano de su joven amiga.

Isabel no lo contradijo, pero conocía otra secreta y poderosa razón por la que aquel anciano adorable había insistido en acompañarlas aquella tarde. Y no era precisamente su mano la que ansiaba sujetar. Claro que bajo ningún concepto pensaba descubrirlo. Conocía bien a McPearson y sabía que eso le ocasionaría una gran vergüenza. Pero le pareció encantador que Mathew McPearson estuviera allí sentado, superando sus propios temores en pos de una causa romántica abocada al fracaso en una probabilidad muy alta. Según le había manifestado en cierta ocasión, nada le provocaba mayores desvelos que las historias de espíritus atormentados que clamaban desde la tumba. Y por lo que Isabel había escuchado acerca de su anfitriona, ella era lo que la miel a las moscas en lo que a espíritus afligidos se trataba.

—Ruego silencio, señores. Un poco de respeto para estas almas en tránsito. —La voz de Eusapia llenó cada rincón de la estancia en penumbra—. Tomen cada uno las manos de sus acompañantes y cierren los ojos unos segundos.

Quinn aceptó las manos de las gemelas Henderson, quienes parecían deseosas de establecer contacto, no tanto con las almas a las que aludía la médium, como con él mismo. Se diría que aquellas dos jóvenes irreflexivas competían por acaparar su atención. Cualquier otro caballero se habría sentido halagado por sus atenciones. Sin embargo, a Quinn le incomodaba que las gemelas le convirtieran en el objeto de su codicia y estuvieran dispuestas a sacrificarle, cual niño

sometido al juicio salomónico, exigiendo cada una su mitad.

—Abran sus mentes y sus corazones... —ordenó Eusapia—. Sientan la presencia de aquellos cuyas almas han hecho un largo viaje para reunirse con nosotros. Abandonen sus prejuicios y denles la bienvenida...

Quinn buscó la mirada de Isabel en la distancia y sus ojos se detuvieron en los labios de la joven, que ahora formaban una silenciosa frase, despegando apenas los labios. El mensaje iba dirigido a él en exclusiva y Quinn asintió, un tanto conmovido por la preocupación de la joven. Ella había murmurado *tenga cuidado...*

Puede que aún hubiera esperanza para ambos, pensó Quinn con sarcasmo. Se diría que la señorita Tisdale temía que su escepticismo fuera derrotado en aquel salón y diera paso a un hombre renovado y fervoroso admirador de las *artes oscuras*. No obstante, la amable y seguramente involuntaria, inclinación de la señorita Tisdale a protegerle de toda sugestión, lo afectó aún más que si una docena de fantasmas horribles y aulladores hicieran acto de presencia sobre la mesa.

—Pueden abrir los ojos. Lady Wilbourgh... Wesley está aquí —anunció la médium.

Los ojos de Hortensia buscaron en derredor, mas la pobre mujer no lograba identificar ninguna señal que confirmara las palabras de Paladino.

—Mi querido hijo... —balbuceó, sofocada—. ¿Es posible que esté en esta misma habitación y no pueda yo sentir su presencia? ¿Qué clase de madre he sido si soy incapaz de reconocer a mi propio hijo?

—No se aflija, amiga mía —la consoló Eusapia, cuya mano sostenía directamente la de la anciana—. Él está aquí, le doy mi palabra. Mas no puede mostrarse como le recuerda en vida... Permita que me use como vehículo para cruzar el abismo que le separa de su querida madre.

Lady Wilbourgh clavó la mirada en la mujer y aguardó, expectante.

—Wesley Wilbourgh... Nada has de temer de quienes hoy invocan tu presencia. Ningún mal te deseamos. Confía en mí, Wesley Wilbourgh. Soy tu sierva, soy tus ojos y tu boca... Si tienes algo que decir, ¡manifiéstate!

De pronto se hizo un enorme silencio. Quinn observó de reojo a los asistentes. Todos mostraban un serio semblante y contenían el aliento a la espera de la llegada del espíritu invocado. Con un rápido e inesperado movimiento, la cabeza de Eusapia giró hacia ambos lados y después cayó un instante hacia delante. La prominente barbilla se incrustó en su pecho y al instante siguiente, la médium elevó de nuevo la cabeza. Ahora, su expresión se había suavizado, sus facciones parecían haber rejuvenecido de un modo asombroso y sus labios se torcían en una sonrisa que podría calificarse de amable. Sus ojos abultados se dirigieron a lady Wilbourgh y aquella sonrisa adquirió una dulzura insólita.

—Madre.

Varias exclamaciones ahogadas se oyeron al escuchar aquella única palabra pronunciada por la médium. Paladino había hablado. Eran sus labios y el sonido era el resultado lógico de la

vibración del aire en sus cuerdas vocales, eso era un hecho. Y Quinn estaba convencido de que había una explicación razonable que más tarde daría sentido a lo que allí estaba sucediendo. Pero debía ser sincero y aceptar que la voz que había escuchado no era la de Eusapia Paladino. Y a juzgar por la expresión de inmensa felicidad de lady Hortensia, se aventuraba a afirmar sin ningún género de dudas, que aquella voz era la del joven Wesley Wilbourgh.

—Hijo mío... mi pequeño Wes... —balbuceó lady Hortensia, presa de la emoción—. No sabes cómo te echo de menos, mi príncipe...

—También yo, madre.

—Hijo, hay tantas cosas que quiero contarte..., tantas cosas que deseo preguntarte...

—Solo puedo quedarme un momento, madre...

—Pero debo saber... que estás bien, hijo mío..., que no te sientes solo en ese lugar donde tu reposa tu alma.

—Estoy bien, madre. Estoy en paz.

—Pero ¿sufres hijo? ¿Es doloroso estar ahí?

—No hay dolor en ese lugar, madre... Solo vacío. Pero es un vacío reconfortante... sin rencor, sin rabia, sin tiempo...

—Pero te fuiste demasiado pronto de mi lado...

—Nos vamos cuando llega el momento, madre. No lo decidimos nosotros. Debes sobreponerte a mi pérdida y encontrar un motivo para seguir adelante.

—Sin embargo, siento que no puedo dejarte ir... Si lo hago, ya no me quedará nada por lo que vivir... —sollozó lady Hortensia.

En ese momento, Eusapia emitió un sonido indescifrable y lady Hortensia contuvo el aliento.

—¿Sigues ahí, hijo mío?

Una de las velas, la que estaba situada frente al señor McPearson, intensificó su llama de un modo asombroso.

—Sigo aquí, madre.

—¿Qué intentas decirme...?

—Tu motivo... Tu razón de vivir... Ya sabes cuál es... Y él desea acompañarte en ese viaje... Ofrécele tu amistad. La merece. La suya es sincera, no debes temer nada.

La llama que ardía frente al rostro del señor McPearson creció aún más e iluminó sus facciones amables.

Los ojos de lady Hortensia volaban a toda velocidad del rostro de la médium hacia el viejo librero.

—Wesley, mi amado hijo... ¿qué pretendes de mí?

—Debo irme, madre...

—No, no, te lo ruego... Aún no, por favor... —suplicó lady Hortensia.

Pero sus súplicas no obtuvieron resultado. Eusapia exhaló un profundo suspiro. Su boca se abrió y de ella surgió una densa nube de humo que no tenía forma ni olor, pero que todos

identificaron enseguida como el espíritu del joven Wesley que emprendía su viaje de regreso al Más Allá.

—¡Wesley, Wesley!

Lady Hortensia se derrumbó en su asiento, rota de dolor, sollozante. El señor McPearson le palmeó la mano afectuosamente y la buena mujer entrelazó, puede que de un modo distraído, sus dedos con los del librero.

Quinn había permanecido en silencio todo el tiempo. Tenía gran interés en descubrir los beneficios que reportaba aquel descubrimiento en el patrimonio de la médium. Ciertamente lady Hortensia ya había abonado los servicios de Paladino por adelantado. Pero se resistía a creer que la revelación hecha por el difunto Wesley o por la propia Paladino fingiendo ser el joven, no escondiera un interés oculto. Sin embargo, no podía negar que las palabras de la médium parecían haber reconfortado a lady Hortensia. Una vez calmados los sollozos, su expresión era ahora templada y serena.

—Agua. Y luz, por favor —ordenó Eusapia, y su sirvienta se apresuró a satisfacer ambas peticiones.

Las gemelas Henderson parecían haber quedado petrificadas en su asiento y se abanicaban la una a la otra en un vano intento por devolver el color a sus mejillas. Por su parte, la señorita Marchant lucía radiante como antes de la sesión, evidenciando lo mucho que había disfrutado de aquella breve incursión en el mundo de los espíritus y lo poco que eso la había afectado.

Quinn desvió la mirada hacia la señorita Tisdale, cuya expresión neutra impedía dilucidar el efecto que la visita del joven Wesley había tenido en ella.

—¿De verdad no desea recibir mensaje alguno de sus seres queridos, señor Quinn?

La pregunta de la médium lo tomó por sorpresa. Apartó los ojos de la señorita Tisdale y curvó los labios en una sonrisa cínica. No obstante, un extraño hormigueo le recorrió el espinazo al sentir cómo la profunda mirada de Eusapia le atravesaba el corazón.

—La puerta aún sigue abierta, señor Quinn. Solo ha de pedirlo y seré su instrumento —insistió la médium sin pestañear.

—Le agradezco el ofrecimiento, señora. Pero deseo conservar su recuerdo como hasta ahora —respondió, tratando de no parecer descortés, pese a que la porfía de la mujer lo soliviantaba en extremo.

—¿Por qué cree que cambiaría algo si pudiera volver a hablar con ellos?

Quinn chascó la lengua con fastidio.

—Porque me demostraría que están en un lugar donde yo no estoy, señora. Y entonces, ya no tendría excusa para no reunirme con ellos enseguida —Quinn arrastró las palabras, preguntándose si tal vez había sido demasiado sincero.

—Señor Quinn, usted no puede decidir su destino... Como no pudieron ellos —rebatía la médium, enigmática.

—Lamento contradecirla, señora. Pero no fue el destino quien se llevó a mi mujer y mi hijo,

sino... —Se interrumpió de pronto, cayendo en la cuenta de que estaba a punto de desvelar detalles de su pasado que no deseaba compartir con nadie en realidad.

Isabel se mordió los labios, conmovida por el dolor que leía en los ojos del hombre. Por supuesto, no tenía intención de alimentar la curiosidad de aquellas personas. Pero conocía la triste historia de Quinn por las confidencias que Celestia le había hecho. Él tenía razón. No había sido el destino quien se los había arrebatado. Había sido un médico miserable quien había acudido completamente ebrio para atender un parto difícil y había dejado que la esposa de Quinn se desangrase durante horas. Aquella horrible historia había logrado desterrar la antipatía inicial que sentía por él y, de algún modo, se sentía inclinada a mostrarle su comprensión aunque él no se la había pedido.

—En cualquier caso, señora. Por mi parte, puede echar el cerrojo a esa puerta de la que habla. Y en cuanto lo haya hecho, le agradecería que se reuniera conmigo en privado. —El tono de Quinn era firme. Se levantó con brusquedad y abandonó el salón sin despedirse de ninguno de los asistentes.

—¡Qué hombre tan huraño! —exclamaron las gemelas al unísono. Era evidente que las reconcomía la curiosidad mientras el objeto de su deseo, el señor Quinn, abandonaba la reunión.

Sin embargo, ninguno de los allí presentes tuvo ocasión de conocer el objeto de la entrevista del inspector con la médium. Y poco más tarde, la reunión fue disuelta dando por zanjada la velada.



## Capítulo 7

Isabel abordó al inspector en la calle. Le había esperado durante algo más de media hora, mientras se preguntaba si la célebre médium habría logrado convencerle de sus facultades para reunirle nuevamente con sus seres queridos. Sospechaba que los esfuerzos de Paladino habían sido en vano, tratándose del señor Quinn. Por otro lado, no podía negar que le intrigaba la petición de reunirse con la médium en privado. Pero la verdadera razón por la que le esperaba, recorriendo una y otra vez el mismo tramo de adoquines de la calle Bedford, era que deseaba confortarlo por los recuerdos amargos que había leído en su mirada al final de la velada.

—¡Señor Quinn! —Llamó su atención cuando el hombre pasó junto a ella distraído.

Quinn se detuvo en seco y la miró con cierta sorpresa. La aferró del codo y la conminó a pasear a su lado, apartándose de la zona más transitada de la calle. Señaló un banco del parque cercano y tomó asiento, invitándola con la mirada a que ocupara el espacio que quedaba libre.

—Espero que no le moleste mi compañía. Me tomé el atrevimiento de esperarle para... —Isabel interrumpió su frase al ver cómo Quinn arqueaba una ceja con curiosidad. Se arrepintió enseguida de su error y estaba dispuesta a marcharse, pero él colocó una mano sobre la suya, presionándola con suavidad.

—Reconozco que me intriga su insistencia de entrevistarse a solas con la señora Paladino —se defendió Isabel, un tanto avergonzada, añadiendo con rapidez—: Pero no es esa la razón por la que deseaba verle.

—Lo sé —respondió él. Apoyó la espalda en el banco, cruzó los brazos sobre el amplio pecho, estiró las piernas y, finalmente, desvió la mirada hacia sus pies.

Todo en su postura parecía indicar que el inspector estuviera a punto de echar un sueño. Pero Isabel sabía que su pose irreverente no era más que un arma defensiva que pretendía ocultar su desasosiego. Pese a todo, no dijo nada, pues él parecía pensativo y relajado y lo último que deseaba era perturbarle con sus preguntas.

—Su naturaleza gentil la empuja a ofrecerme su consuelo, ¿no es cierto, señorita Tisdale?

Isabel clavó también sus ojos en los botines que asomaban bajo su vestido. Cruzó y descruzó las puntas de los zapatos un par de veces, fingiendo que no había captado el tono burlón con el que pretendía disimular su tristeza.

—Ahora mismo, se pregunta cuánto hay de cierto en la funesta historia que le contó su amiga

sobre mí —observó él, sin elevar la mirada—. Se pregunta si fui un buen esposo y si habría sido un buen padre si la muerte no me los hubiera arrebatado aquel aciago día.

—Por favor, le ruego que disculpe mi torpeza —murmuró Isabel—. No pretendía incomodarle.

—Estoy seguro de que no. —Quinn esbozó una sonrisa y alargó su mano con aparente distracción, tomando la de ella nuevamente y recreándose en la calidez del contacto—. Le confieso, señorita Tisdale, que habría enviado al Diablo a cualquiera que se atreviera a importunarme sobre ese asunto concreto. Pero hay algo en usted... Es como si la conociera de toda la vida. Como si pudiera confiarle cualquier secreto, cualquier emoción... Algo me dice que usted será comprensiva y amable, que no me juzgará ni pretenderá salvarme, sea lo que sea lo que le cuente.

Isabel le devolvió la sonrisa, observando de reojo aquellos dedos fuertes que seguían acariciando el dorso de su mano. Su corazón latía a gran velocidad, mientras su mente, siempre racional, trataba de identificar aquel extraño y novedoso sentimiento que la embargaba al recibir el obsequio de sus palabras.

—En eso tiene razón, señor Quinn. De todas las personas que habitan este mundo, puedo afirmar sin error, que soy la menos indicada para emitir juicios de valor sobre nadie.

—Sin embargo, señorita Tisdale, es usted una de las pocas personas de quien lo aceptaría —puntualizó él, para sorpresa de la joven.

—Me siento... halagada, señor. Pues no recuerdo haber hecho nada que mereciera tal distinción. Al contrario, y me avergüenza reconocerlo, me he mostrado arisca y puntillosa todas las veces que hemos coincidido.

—Y yo he sido descortés el mismo número de veces —confesó él, ladeando un poco el rostro para mirarla—. Pero su mal genio y mi rudeza no cambian el hecho de que su compañía me resulta muy grata. La considero una mujer a quien un hombre podría confiarle la vida... Y vaya por delante, que tal afirmación me produce terror.

—Ahora se burla de mí otra vez —le regañó Isabel, aunque sabía que no era así.

—De ningún modo, señorita Tisdale.

—Señor Quinn... Cualquiera diría que está usted declarándose —bromeó Isabel, dominando con gran esfuerzo el loco latido de su corazón—. Afortunadamente, ambos somos personas adultas y sensatas. Estamos a salvo de malinterpretar este arrebatado suyo de sinceridad.

—Completamente a salvo —convino Quinn, reparando en el movimiento sutil de la mano femenina que se apartaba de la suya sobre el banco de madera.

—No obstante, me alegra que hayamos dejado a un lado nuestras diferencias —añadió Isabel, deseando que él no entendiera su gesto como un rechazo a la amistad que parecía ofrecerle.

—También a mí, señorita Tisdale. Debo admitir que su compañía resulta un aliciente en cualquier evento social al que tenga la desdicha de ser invitado. Doy gracias por que queden jóvenes con quien conversar sin sentir deseos de correr en dirección contraria. Ya ha visto a esas muchachas que nos acompañaban en casa de la señora Paladino... Por Dios que no he conocido

jamás a damas más insoportables y cínicas.

Isabel le lanzó una mirada de reprobación, mas no podía coincidir más con él.

—Las gemelas Henderson no tienen tiempo que perder, señor Quinn. —Las excusó con benevolencia—. Fueron presentadas en sociedad la temporada pasada y aún no han sido pretendidas formalmente por caballero alguno. Usted no tiene ni idea de la presión que se ejerce sobre las jóvenes a esa edad. La línea que separa a una joven casadera de una solterona es tan frágil que, en ocasiones, convierte a una muchacha adorable y gentil en un lobo hambriento buscando su presa.

—Debo entender por sus palabras que yo era la presa de esas jóvenes. —Quinn no podía evitar que la idea le resultara francamente divertida.

—Absolutamente —asintió Isabel, apretando los labios para contener otra sonrisa—. Usted ha sido un pobre corderito desvalido a merced de esas gemelas.

—¡Válgame el Cielo! La oferta de caballeros ha de ser realmente desastrosa si es que una sola dama de Londres me considera una alternativa a la soltería.

Isabel asintió, pues no podía estar más de acuerdo.

—Señor Quinn, la caza de marido resulta todo un acontecimiento para esas jóvenes. No olvide que han sido instruidas durante toda su vida con el único objetivo de lograr un buen matrimonio.

—Habla como si la cuestión fuera del todo ajena para usted —observó él, deseando en el fondo que fuera de aquel modo.

—Porque lo es, señor. En mi caso, las posibilidades se reducen considerablemente, si tenemos en cuenta mis escasas virtudes —respondió Isabel con indiferencia.

—¿Sus escasas virtudes? Jamás pensé que alguien como usted tuviera en tan baja estima su valía.

—No nos engañemos, señor Quinn. No soy un bocado apetecible para esos caballeros pomposos con cerebro de mosquito.

—¿No lo es? —La idea le producía verdadero estupor, toda vez que él la encontraba deliciosa y sumamente atrayente.

—Sabe muy bien que no. Míreme con los mismos ojos críticos con los que examinaría uno de sus expedientes criminales —lo invitó con actitud desenfadada.

—Eso no me resulta fácil, señorita Tisdale —replicó Quinn, aunque la miró abiertamente tal y como ella solicitaba.

—Señor, seamos sinceros. Físicamente no puede decirse que me encuentre en la categoría de belleza arrebatadora. Al parecer, la naturaleza decidió que fuera mi hermana quien heredase los rasgos delicados y hermosos de mi madre, su voz angelical y su increíble habilidad para tocar el piano. Pero no deseo que suene a reproche, de ningún modo. Por el contrario, parece que logré para mí el buen juicio, el interés por la lectura, la geografía y las ciencias, y el inestimable hábito de la tolerancia. Supongo que salí ganando, después de todo.

Quinn entrecerró los párpados. Estaba de acuerdo en la segunda parte de su alegato. Sin

embargo, no coincidía en aquella descripción que hacía de ella misma cuando se refería a los dones de los que, supuestamente, carecía porque habían sido atribuidos a su hermana.

—Ya veo. Así que una joven sin encantos con el cerebro bien entrenado —concluyó, divertido—. La combinación perfecta para ahuyentar a cualquier pretendiente de Londres.

—Eso es —se jactó Isabel con orgullo—. Y si, además, añadimos a la combinación el ingrediente de mi impedimento físico... Piénselo bien, señor Quinn, ¿qué caballero que se precie querría que fuera su compañera de baile durante los próximos treinta o cuarenta años?

—Tal vez uno a quien le disguste bailar y, no obstante, aprecie el valor de un diálogo interesante a la luz de una lumbre —arguyó Quinn, preguntándose de inmediato por qué lo había dicho y recordando las noches en las que, él mismo, había compartido aquella reconfortante intimidad con Charity.

—Ay, señor Quinn... Se nota que no frecuenta usted muchas veladas. No existen tales especímenes masculinos. —El tono de Isabel era jocoso. Reía y, al hacerlo, se dibujaban pequeños hoyuelos en sus mejillas que atrapaban la mirada del hombre hacia ellos.

—Eso es cierto, gracias a Dios —murmuró, hipnotizado por aquella sonrisa franca y sin subterfugios que indicaba que la señorita Tisdale realmente le brindaba su amistad.

—Por cierto, señor Quinn... Le alegrará saber que, finalmente, logré encontrar un lugar perfecto para la muchacha que ambos rescatamos de esos rufianes —anunció ella con alegría.

—No he dudado un instante que emplearía todos sus esfuerzos en tal noble misión —se burló, admirando en el fondo el tesón de aquella joven.

—Hum... No sé si tomarme sus palabras como un cumplido —desconfió ella—. De todos modos, se lo contaré.

—Estaba seguro de que lo haría, señorita Tisdale.

—Pues ha de saber que la niña se encuentra sana y salva bajo los cuidados de lady Hortensia Wilbough. Mi buena amiga aceptó tomarla bajo su protección, ya que, como bien sabe, se encuentra sola desde que su querido hijo nos dejó.

Quinn asintió, complacido por la información.

—Es una gran noticia, señorita Tisdale.

—Le interesará saber que recuperó el habla milagrosamente en cuanto el bizcocho de limón de lady Hortensia conquistó su estómago hambriento. —Isabel aún valoraba si debía contarle lo que la niña le había relatado. La extraña historia sobre el hombre siniestro y misterioso que la había dejado marchar en el último instante sin procurarle mal alguno.

Quinn frunció el ceño, adivinando por la expresión dubitativa de Isabel que ella le ocultaba alguna información.

—¿Todo va bien, señorita Tisdale?

—Sí, muy bien.

—Hum... —Quinn elevó una ceja, indicando con ello que no la creía—. Vamos, señorita Tisdale, puede confiar en mí.

—Es solo... De acuerdo, se lo contaré. Pero ha de prometerme que será prudente y no utilizará mis palabras para importunar a la pequeña —convino Isabel, segura de que podía esperar del inspector la mayor discreción.

—Adelante, se lo ruego —Quinn la invitó a continuar.

—Tal vez no tenga mayor importancia... —insistió Isabel, pero al ver la mirada severa de Quinn, se decidió—. Verá, se trata de la noche en que ella huyó. ¿Recuerda que esos hombres pretendían devolverla con esa mujer miserable? Usted dijo entonces que la niña seguramente le debía dinero y que ella intentaría recuperarlo. Tenía razón. Según la niña, esa mujer cobra a sus clientes una especie de comisión o pago por los servicios de las jovencitas que hospeda. La niña ha jurado que era la primera vez que acompañaba a un cliente. Parece que hasta aquella noche, sus fechorías se reducían a pequeños hurtos sin importancia. Pero en aquella ocasión... Esa mujer la obligó a colocarse junto a las otras chicas para... en sus propias palabras, mostrar la mercancía nueva.

—Sé que es repugnante, señorita Tisdale. Pero, por desgracia, así es como funciona. ¿Qué sucedió después? —la instó a proseguir.

—Pues que uno de los clientes, un hombre siniestro a quien la niña ya había visto merodear por allí, la invitó a acompañarle. Le prometió ciertas comodidades que una infeliz como ella no podía despreciar. Y la pobre niña, hambrienta y muerta de frío, pensó que esa mujer no la echaría en falta si se escabullía en compañía de aquel hombre tan raro.

—Sin duda, se equivocó. Su patrona nunca dejaría pasar la oportunidad de cobrar unos peniques por ella.

—Así es. Pero, en realidad, creo que esa pequeña no temblaba de miedo aquella noche por temor a las represalias de esa mujer.

—Es posible. ¿Dice que huyó en compañía de un hombre? ¿Acaso trató de abusar de ella y se asustó? —quiso saber Quinn, intrigado y un poco sorprendido, pues, que supiera, las niñas precoces de los bajos fondos de Londres no resultaban fácilmente impresionables. Puede que la cría fuera una novata en el sórdido negocio de la prostitución, pero hasta la chica más inocente era capaz de comprender que una invitación así no albergaba ningún propósito decente.

—No exactamente... Más bien... En fin, señor Quinn, parece que ella está convencida de que aquel hombre era una especie de demonio que pretendía hacer con ella algo más que violentarla. Dijo que el hombre ocultaba algo bajo la cama... un cuchillo enorme. Que ella gritó con todas sus fuerzas y que intentó huir del cuarto pestilente donde la retenía. Pero que, finalmente, él mismo la dejó marchar sin tocar un solo pelo de su cabeza. Está convencida de que, por una vez en su vida, Dios acudió al rescate y permitió que siguiera con vida.

—¿Y usted qué cree, señorita Tisdale?

—Creo que, por los motivos que fueran, ese hombre que ella menciona se apiadó en el último instante. Pero me asusta que alguien así exista y siga suelto por ahí... tal vez acechando, buscando otra víctima indefensa con quien terminar lo que no pudo acabar con ella.

Quinn no contestó. Le pareció inoportuno trasladar a la señorita Tisdale la inquietud que le producía aquella revelación.

—De cualquier modo, me alegra que la niña esté a salvo —dijo con tono neutro—. Y me gustaría charlar con ella sobre lo que me ha contado.

—Eso no es posible, señor Quinn. Ha jurado una docena de veces que no hablará con usted bajo ningún concepto. Teme que, si lo hace, sus viejos amigos de Limehouse la buscarán para silenciarla con una paliza. Ni siquiera he sido capaz de arrancarle su nombre, pese a que le recordé que usted insistiría y que su cargo le obliga a buscar a su verdadera familia. Debe comprenderlo, inspector...

—Lo comprendo. Lo que sucede en la charca, se queda en la charca, ¿no es así? —Quinn pronunció la frase que a menudo escuchaba cuanto interrogaba a algún rufián de los muchos que pululaban por la zona mencionada—. Esa gente también tiene su propio código de honor.

—Así es. Aunque resulta espeluznante que su cumplimiento sea exigible a una criatura inocente —replicó Isabel descorazonada.

—No se deje engañar por las apariencias, señorita Tisdale. No hay nadie inocente en esa parte de la ciudad. Y si la hubiera, la propia vida allí sería suficiente para corromperla en unos niveles que usted jamás imaginaría.

—¿Eso cree? Menosprecia mi imaginación, señor Quinn —objetó Isabel sin entrar en detalles.

Por supuesto, no esperaba que el señor Quinn estuviera al tanto de los acontecimientos pasados mientras él se emborrachaba para ahogar sus penas. De haber conocido sus circunstancias personales al detalle, seguramente no habría realizado tal observación sobre su ausencia de conocimiento en lo concerniente a la corrupción del alma. Isabel conocía muy bien lo que era, lo que les hacía a las personas que atrapaba y cómo podía retorcer sus corazones hasta exprimir la última gota de humanidad.

—Ha enmudecido de repente, señorita Tisdale. —Quinn llamó su atención, conmovido por la sombra de tristeza que teñía ahora las facciones de la mujer.

—Aún hay algo más, señor Quinn... —Isabel decidió cambiar de tercio y centrarse en el asunto que atañía a la niña—. Dijo que hablaría con esa mujer... esa Betsy... ¿lo hizo realmente?

—¿Acaso duda de mi palabra? —Quinn fingió estar ofendido.

Ella esbozó una sonrisa.

—Sé que lo hizo, señor. Puede que sea usted un tanto insoportable, pero algo me dice que puedo fiarme de su palabra.

—Eso ha sonado a cumplido, señorita Tisdale. Tenga cuidado o me tomaré muy en serio eso que ha dicho sobre cortejarla —advirtió y la sola idea, aunque no era más que una broma para incomodarla, lo perturbó.

—¿Cortejarme? —repitió ella, escandalizada, sofocando con esfuerzo el violento latido de su corazón—. No he dicho nada parecido, señor. Usted lo ha soñado, seguramente mientras esa médium trataba de enredarle hace un momento.

—Tan solo pretendía ruborizarla, señorita Tisdale —rectificó Quinn, sintiéndose confuso por aquella agradable camaradería que hacía que no tuviera deseos de abandonar aquel parque durante las próximas horas.

—Ya veo que ha recuperado su buen humor... Tengo que irme, señor Quinn. Me ha encantado charlar con usted, lo confieso. Espero que no le haya molestado que me tomara el atrevimiento de abordarle en plena calle... Pero me pareció que estaba usted demasiado triste y precisaba con urgencia que alguien le animara. Usted hizo algo noble por mí y debía corresponderle. Y dado que he cumplido mi objetivo, debo regresar a casa. —Isabel no ocultó la emoción que la embargaba al comprender que ella era la causa de su mejoría.

—Permita que la acompañe —se ofreció Quinn, viendo cómo ella abandonaba el banco del parque y se sacudía el arrugado faldón del vestido.

Isabel asintió con la barbilla y juntos recorrieron el jardín hasta la salida más próxima al lugar donde los carruajes transitaban en ambas direcciones.

Quinn alzó la mano para detener uno de aquellos carruajes.

Isabel se detuvo frente a él y extendió su mano enguantada. Quinn contempló aquella mano pequeña y la estrechó, deleitándose con su calidez, controlando el impulso de tirar de sus dedos para abrazarla. Deseaba prolongar el contacto, el paseo y el placer de su compañía... Deseaba besarla, allí mismo, en plena calle y a la vista de todos. Deseaba decirle que la encontraba adorable, hermosa y muy muy apetecible, y que esos caballeros de quienes hablaba podían irse al Infierno si es que no podían ver lo mismo que él veía cuando la miraba.

—¿Señor Quinn? El cochero aguarda —apremió Isabel, ignorando la hambrienta mirada del hombre que ahora permanecía anclada a su boca entreabierta.

Quinn suspiró y la ayudó a subir el pescante que el cochero ya había hecho descender.

—¿Cuándo volveré a verla, señorita Tisdale? —se aventuró a preguntar, esperando que su voz grave no delatara el anhelo que le producía su respuesta.

—Puede que pronto, señor —respondió Isabel, acomodándose en el interior del carruaje y asomando la cabeza por la ventana.

—Aguardaré con impaciencia la ocasión... —dijo con sinceridad, pero ella ya agitaba la mano desnuda en el aire como despedida y Quinn comprendió que no había escuchado sus últimas palabras.

Quinn sonrió, llevándose a los labios el guante, suavemente perfumado, que Isabel había dejado que retuviera entre los dedos mientras la ayudaba a subir al coche.

\*\*\*

Hermione se paseó ansiosa por la celda, repitiendo mentalmente las frases que tanto tiempo había practicado por si llegaba la ocasión. No quería cometer la torpeza de que sus palabras sonaran como si fueran pronunciadas por una lunática. Deseaba que transmitieran exactamente el mensaje

que durante meses había redactado en su cabeza. Deseaba parecer serena y cuerda. Por eso se había puesto su mejor vestido y había cepillado su rubio cabello, en el que los mechones volvían a crecer con cierta normalidad. Quería estar radiante, todo lo radiante que podía estar alguien mientras se pudría en aquella prisión inmunda... trató de calmarse y no dejarse llevar por la furia. Sabía que su única esperanza de sobrevivir en aquel lugar era seguir recibiendo aquella mísera asignación que le permitía sobornar a Tammy y comprar un poco de dignidad.

Sin embargo, en cuanto la puerta de la celda se abrió y el hombre atravesó la distancia que los separaba, sintió que la embargaba una incesante inquietud. Era imposible no sentirse intimidada por aquella mirada cargada de reproches y repugnancia.

—Veo que has mejorado desde la última vez que te vi —dijo el hombre, evidenciando con la expresión de asco de su rostro que pensaba exactamente lo contrario.

—No es fácil mejorar en un lugar como este, padre —replicó Hermione, incapaz de reconocer aquella voz que era la suya, pero que sonaba rota, tan rota como lo estaba ella misma.

—Eso debiste pensarlo antes de prestarte a los juegos aberrantes de ese hombre con quien fuiste sorprendida —le recriminó él, cubriéndose la boca con un pañuelo, como si la sola presencia de su hija le provocase náuseas.

—No te parecía tan horrible cuando le utilizabas para tus fines —le recordó con acidez.

—¿De qué fines hablas? ¿Acaso crees que estaba al tanto de sus perversiones?

Hermione sonrió con malicia.

—Ya sabes de qué hablo, padre.

—Habla claro, Hermione. Exigiste verme y aquí estoy. Pero no perderé un minuto más para darte placer escuchando el relato de tu locura. —Parecía impacientarse a medida que la expresión de Hermione recuperaba la lucidez de antaño.

—Tus negocios han sido exitosos durante años, padre... Todos esos viajes y tus reuniones con esos caballeros con quienes conspiras... Él me lo contó todo... ¡todo! Estoy segura de que a Scotland Yard le resultará fascinante la historia de esa Hermandad... Se mostrarán generosos conmigo cuando les facilite algunos nombres... La propia reina me ofrecerá su protección cuando sepa hasta qué punto habéis jugado a ser dioses...

—¡Calla, necia! No tienes la menor idea...

—¿De veras? ¿Estás seguro de que no? ¿Completamente seguro?

—Has sido una enorme decepción, Hermione. —El hombre le clavó la mirada, furioso—. Durante años confíe en que hubieras heredado de mí las virtudes de las que carecía tu hermana. Confiaba en que, algún día, podría marcharme de este mundo con la tranquilidad de dejar mis bienes a alguien que supiera darles el uso debido. Pero ya veo que estaba en un error. Fuiste una niña consentida y, con el tiempo, tus excesos te convirtieron en una joven con un ansia desmedida por los más retorcidos pasatiempos. De nada sirvió que te dedicase toda mi atención...

—¿Tu atención? Jamás me diste nada que no fuera dinero —le reprochó, comprendiendo que por primera vez concedía importancia al hecho de que aquel hombre nunca la había amado como



un padre debía amar a un hijo.

—Y lo malgastaste, cada penique por lo que veo.

—Todo este tiempo... Creí sinceramente que acudirías a mí... Creí que a pesar de todo, perdonarías mis errores y comprenderías que todo cuanto he hecho... ha sido gracias a ti, padre. Tú eres el responsable de que me pudra hoy en este sitio —escupió Hermione, controlando la ira que crecía en su interior.

—Deliras, sin duda.

—No lo hago, padre. Te hago responsable de todo mi sufrimiento... Sabes que cuanto digo es cierto.

—Tomaste tus propias decisiones. Uniste tu camino a ese hombre abominable que pretendía arrastrarte a las entrañas del Infierno. Mírate bien, Hermione... Desquiciada y grotesca... Una sombra patética de ti misma.

—¿Y de quién es la culpa?

El hombre encogió los hombros con fría indiferencia.

—Tuya y solo tuya... Querías moldearme y convertirme en la prolongación de ti mismo... Para vengarte de mi madre... Para hacerla pagar por su traición... —Hermione rio bajito al ver cómo la espalda del hombre se tensaba—. ¿Creías que no lo sabía? Siempre lo supe... ¡siempre! Y ahora, ella también lo sabrá...

—¡Cállate! —La abofeteó con fuerza, obligándola a retroceder hasta la pared—. Ten cuidado, Hermione. Ten mucho cuidado... No oses amenazarme o me veré obligado a cerrar esa maldita boca para siempre.

—¿Qué harás, padre? ¿Ordenarás que me trasladen a algún sanatorio mental lejano, que me administren el tratamiento más severo y doloroso? ¿O tal vez enviarás a alguna de tus marionetas para que terminen lo que el fuego empezó, para que me destruya completamente?

—¿De qué hablas? —repitió él, entrecerrando los párpados para cerciorarse de que las palabras de la joven no respondían a la enajenación.

—Ese hombre... Ese pobre infeliz... —Hermione volvió a pasearse por la celda, caminando en círculos alrededor de la figura inerte del caballero que la contemplaba con una mezcla de aversión y sorpresa—. Nos hemos hecho buenos amigos, padre. Compartimos algunas confidencias en los ratos en los que nuestros carceleros renuncian a torturarnos con sus crueles métodos... Y debes saber que él desea poner fin a vuestras exigencias... No está tan loco como creías, ¿sabes? Tampoco yo...

El hombro golpeó la puerta de la celda con la empuñadura de su bastón, insistente.

—¡Abra la puerta! —gritó, dando la espalda a la joven.

—Puedes marcharte ahora, padre... Pero no puedes huir de lo que yo soy, tu magnífica obra...

El giró sobre los talones y descargó su bastón con violencia sobre el cuerpo de la joven, hasta que ella retrocedió, jadeante y extenuada por los golpes.

—Óyeme bien, Hermione... Jamás vuelvas a dirigirte a mí en esos términos. —La miraba con

aversión—. Y olvida esos delirios que solo existen en tu mente perturbada. Por tu propio bien.

Unos pasos se oyeron al otro lado de la puerta y esta se abrió de pronto. El caballero empujó con rudeza a la mujer que aguardaba con su manajo de llaves colgado en la cintura y abandonó la celda a toda prisa.

—Veo cuánto la echaba de menos su padre —se burló la mujer.

—¡Cierra el pico! —Hermione se abalanzó sobre ella, rabiosa, dispuesta a sacarle los ojos.

Pero la mujer era ágil y su robustez le proporcionaba ventaja sobre aquella joven delgada y enloquecida. La abofeteó varias veces y la muchacha se dio por vencida.

Hermione se sentó en una esquina de la celda y distrajo su atención clavándose las uñas en su propia cara con movimientos enérgicos. Lo hizo hasta que el dulce sabor de la sangre la hizo reaccionar. Ella no merecía aquel ritual de destrucción, pensó. Tal vez su alma estaba herida de un modo irrecuperable. Pero su mente aún tenía salvación...

## Capítulo 8

Quinn acarició con los dedos el mechón de cabello cobrizo, pensativo. Después, lo guardó nuevamente en el interior del camafeo con el retrato de Charity y metió este en el bolsillo interior de su chaqueta. Suspiró, echando otra ojeada al baúl abierto donde guardaba los objetos personales de ella.

Una docena de veces había intentado enfrentarse a los recuerdos y deshacerse de sus pertenencias. Durrell le había sugerido que las entregase a la beneficencia, donde aquellos vestidos harían buena labor a quien pudiera necesitarlos. Sin embargo, cada vez que se proponía llevar a cabo la empresa, fracasaba. Temía que cuando se decidiera a dar aquel paso, no le quedaría nada de ella.

Contempló la suave tela del vestido de novia de Charity, tan delicado, tan sencillo... Ella estaba radiante aquel día. Hermosa, virginal... Recordó su timidez mientras se despojaba del vestido y mostraba su desnudez, mientras la hacía suya en la intimidad después de que ambos hubieran bebido algo más de la cuenta durante la celebración posterior a la ceremonia nupcial. Casi podía sentir su aliento entrecortado contra su cuello, susurrándole dulces palabras de amor, prometiéndole un futuro...

Pero ya no habría futuro. Ella se había ido para siempre. Y ninguna de aquellas cosas iba a devolvérsela. Sabía que retenerlas era un loco intento de retener a un fantasma. Debía dejarla marchar... Aunque no ahora. No ese día... Iba a cerrar el baúl con brusquedad, cuando algo llamó de pronto su atención. Era un viejo ejemplar de *La pequeña Dorrit*, con ilustraciones de Phiz. Una de las lecturas que tanto entusiasmaban a Charity y en las que ella se empleaba con vehemencia, criticando duramente cuanto de verdad había en la obra de ficción del señor Dickens.

En un impulso, lo rescató del baúl y lo mantuvo durante un buen rato entre las manos. No podía evitar pensar en el buen uso que alguien a quien conocía podía darle a aquella lectura. Dejó la novela sobre la mesa y se dispuso a examinar los asuntos del día. Sin embargo, no podía concentrarse en nada que no fuera aquella obra de Dickens que yacía sobre la mesa y atraía su mirada poderosamente una y otra vez. La tomó con determinación y abandonó el asiento.

Salió apresuradamente de la habitación de alquiler que ocupaba en el inmueble propiedad de la señora Doolittle y la saludó fugazmente al tropezar con ella en la escalera que conducía al piso inferior. Alcanzó la salida en un par de zancadas y, guiado por el deseo ferviente de contemplar la

expresión de la destinataria de su obsequio, recorrió las calles que le conducían hasta Westwall Place.

\*\*\*

—Le diré a la señorita que tiene una visita. Acompañeme, por favor.

Quinn fue consciente de que la arisca mujer que le recibía analizaba con expresión crítica cada uno de sus movimientos mientras le hacía pasar a la salita. Tuvo la sensación de que la mujer actuaba como el perfecto perro guardián de su ama. Sin embargo, su intuición le permitió comprender que aquella actitud defensiva no se debía a ningún detalle de su propia persona que provocase aversión en la señora, sino más bien al propósito desmedido de proteger a la señorita Tisdale de cualquier contratiempo.

La mujer anunció al instante que su señora acudiría enseguida y, para demostrarle una vez más su descontento, se abstuvo de ofrecerle el más mínimo detalle de bienvenida.

—Me vendría bien una taza de té —sugirió Quinn de buen humor, pese a la actitud hostil de la mujer.

—Qué lástima, señor. Precisamente hoy se nos ha terminado —informó la mujer, sonriendo de un modo malicioso que evidenciaba su embuste.

—¿Un poco de café, agua tal vez? —insistió Quinn sin darse por vencido y solo por incordiarla.

Ella asintió, refunfuñando.

—Iré a la cocina y veré que puedo hacer. Pero no espere que le agasaje con viandas y licores, señor —advirtió ella, desapareciendo al tiempo que murmuraba un sinfín de imprecaciones.

Quinn sonrió. Aprovechó la ocasión para echar un vistazo alrededor. La sala era una estancia elegante, decorada sin demasiadas pretensiones, aunque contaba con los elementos imprescindibles. Un canapé de pies torneados, una pequeña mesa y dos sofás a ambos lados de la misma. Junto a la chimenea, una butaca de terciopelo y una manta de lana gruesa doblada en el asiento. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado con elementos florales en tonos suaves y no había un solo retrato en ningún lugar. Una estancia completamente anodina e impersonal. Se preguntó por qué alguien de la sensibilidad y el carácter de quien allí habitaba, viviría en una casa sin alma y sin recuerdos.

No tuvo tiempo de responderse a sí mismo. Los pasos en el corredor anunciaron que su anfitriona acababa de llegar. Quinn giró sobre los talones y, durante un momento, se sintió cohibido por aquellos ojos curiosos al otro lado de la habitación.

—Señor Quinn... qué sorpresa. —La voz de Isabel temblaba ligeramente. Se diría que se encontraba tan desconcertada como él mismo por aquella visita—. No esperaba verle tan pronto. Supongo... que ha venido por ese asunto relacionado con la pequeña que ambos rescatamos. Me temo que no puedo ayudarle. Como le dije, ella disfruta de la amable hospitalidad de lady

Wilbourgh y sigue negándose a colaborar con usted.

—Así que se niega... Tendremos que recordarle a esa jovencita que puedo reclamarla como testigo si me place. Y tendría que despedirse entonces de todos esos nuevos placeres de los que disfruta con su nueva benefactora... —Quinn se interrumpió al ver cómo ella apretaba los labios, contrariada por su tono autoritario. Recordó el motivo de su visita y, al hacerlo, sus ojos volvieron a quedar cautivos de los labios femeninos que se abrían para protestar por su grosería. Se apresuró a reconducir la conversación antes de que ella decidiera darla por zanjada—. Le ruego que me disculpe, señorita Tisdale... No he venido aquí a hablar de eso.

Isabel agradeció con un movimiento de cabeza cuando la mujer del servicio reapareció, portando una bandeja plateada con una humeante jarra y dos delicadas tazas de porcelana.

—Gracias, Fanny. Yo misma lo serviré, puedes dejarnos a solas —dijo Isabel, ignorando las protestas de la mujer. Señaló los asientos junto a la mesa y cerró la puerta con suavidad, dejando al otro lado a la curiosa mujer.

Quinn ocupó uno de los asientos mientras observaba a la señorita Tisdale servir la aromática infusión en las tazas.

—¿Un terrón o dos, señor Quinn?

—Lo tomo solo, señorita Tisdale, muy amable. Creía que su sirvienta había resuelto que muriera de sed durante mi visita —observó, divertido.

—Para su información, señor Quinn, Fanny no es mi sirvienta, es parte de la familia —refutó un tanto molesta por su comentario—. Y si le ha parecido que su actitud era hostil, le ruego que no se lo tenga en cuenta.

—¿Un tanto hostil, dice? —se burló Quinn—. No dudo que me habría dado de comer a los perros de haberle proporcionado la menor excusa.

—Eso no es posible, señor. —Isabel contuvo la risa—. No hay perros en Westwall Place... Al menos, ya no.

La expresión de Isabel se ensombreció al decir lo último.

—¿Ya no? —inquirió, intrigado.

—No desde que dejamos la niñez atrás —respondió ella, fingiendo que no le afectaba—. Pero no quiero aburrirle. Por favor, dígame en qué puedo ayudarle.

—No me aburre —dijo Quinn rápidamente. En su mente, había añadido «usted nunca me aburre», pero no tuvo valor para confesárselo—. ¿Qué sucedió? ¿Alguna mala experiencia tal vez con una mascota muy querida?

—En efecto. Una mala experiencia —respondió ella lacónica.

—Ya veo cuánto sigue afectándola, pues no desea compartirlo conmigo.

—Se equivoca. Es algo que superé hace muchos años a fuerza de entrenar mi resistencia al hostigamiento —puntualizó Isabel—. Insisto en que no pretendo aburrirle, señor Quinn...

—Por favor.

—Está bien. Le diré que mi hermana parecía disfrutar enormemente arrebatándome todo aquello

cuanto yo amaba. Y cuando hablo de arrebatarse, no se trata de una mera expresión, señor Quinn. — Isabel ocultó la mirada para que no pudiera ver la tristeza que aquella afirmación le producía—. Hasta hace poco, aún albergaba la esperanza de que mis sospechas no fueran más que eso, sospechas infundadas. Deseaba que hubiera alguna explicación razonable al hecho de que mis mascotas más queridas siempre hallaran un final trágico en el que, casualmente, mi hermana se encontraba implicada de un modo u otro. Pero con el tiempo, comprendí que no era una cuestión de azar. Y aunque tal descubrimiento no me haya hecho feliz, he aprendido a vivir con ello.

Quinn dejó la taza de té sobre la bandeja sin apartar la mirada de ella. Le fascinaba su entereza y la dignidad con la que afrontaba las mortificaciones a las que había sido sometida en la infancia.

—Aquel accidente... El día que usted sufrió las quemaduras en un incendio, ¿cree realmente que su hermana tuvo algo que ver? —inquirió Quinn, pues desde que la conociera, sucumbía cada día un poco a la tentación de descubrir más detalles sobre Isabel.

Morgan le había exigido discreción, pero le intrigaba, y de qué manera, que Isabel Tisdale siguiera visitando a su hermana en Broadmoor después de sus viles acciones. Tenía que saberlo. Tenía que entender cómo funcionaba la mente de Isabel, ya que de su alma noble tenía pruebas suficientes. Ella lo atraía poderosamente, la consideraba una criatura atípica y extraordinaria... Una mujer por la que un hombre podría cruzar cualquier abismo para alcanzarla al otro lado. Para rescatarla... Quizá para ser rescatado por ella... La miró largamente. El silencio de Isabel era lo bastante elocuente y no necesitó que expresara sus pensamientos en voz alta.

—Señor Quinn... Le ruego que no me mire así —murmuró Isabel, dejando su taza vacía sobre la bandeja.

—¿Así... cómo, señorita Tisdale?

—Como si me compadeciera. Detesto que lo hagan. —Se levantó y Quinn la imitó, quedando ambos de pie, uno frente al otro.

—Entonces, tenemos mucho en común, señorita Tisdale. También yo detesto que lo hagan. Y le aseguro que he tenido bastante de eso desde que...

Enmudeció. Había estado a punto de desnudar su corazón nuevamente. Era extraño. Con nadie más habría compartido aquella clase de confidencias. Sin embargo, resultaba tan fácil con ella... Isabel Tisdale le infundía confianza, tal vez porque ella misma había sido mortalmente herida y su corazón roto seguía latiendo, pese a todo, con pasmosa vitalidad.

Recordó su energía y su beligerancia la noche en que la había encontrado a punto de ser golpeada por aquellos rufianes. Ella no había renunciado aún, podía atisbar en su mirada honesta aquel destello de esperanza, aquella fe que guiaba sus pasos cualquier noche, desafiando el peligro para llevar un cesto de frutas a los más necesitados. Aquella convicción en el ser humano y en todo lo que de este merecía ser salvado la convertía en una valiente e imprudente heroína dispuesta a jugarse el pellejo por una vagabunda. Pero la idea no le tranquilizaba.

—Desde que perdió a su esposa —concluyó Isabel por él, presionando las manos del hombre entre las suyas.

Quinn miró aquellas manos, pequeñas, delicadas, fuertes no obstante. Le sorprendió que pudieran transmitirle tanta serenidad.

—Yo no le compadezco, señor Quinn. Lamento su pérdida, no lo dude. Pero le considero afortunado por haber amado, por haber experimentado un sentimiento tan hermoso. Le envidio, señor.

—¿Afortunado? —Quinn se repetía a sí mismo la pregunta.

—Eso he dicho, señor... Ella... Su esposa, no quería que usted menospreciara lo que ambos compartieron, convirtiéndolo en un recuerdo amargo, ni en un instrumento de destrucción. Estoy segura. —Isabel mantenía las manos del hombre prisioneras. Las de Quinn temblaban.

—¿Está segura... cómo puede asegurar tal cosa?

—Porque si yo le amara a usted y tuviera la desdicha de abandonarle contra mi voluntad... Yo jamás permitiría que el recuerdo de mi amor le destruyera. Regresaría de la tumba para darle un par de buenos azotes si se atreviera usted a desear su fin... Eso haría —aseveró sin soltarle, dibujando una tímida sonrisa en los labios.

—Habla sin conocimiento, señorita Tisdale... —La voz de Quinn se había tornado ronca a causa de la emoción.

—Se equivoca, señor Quinn. El sufrimiento no es patrimonio exclusivo suyo, por más que lo enarbole como bandera y se envuelva en ella con la clara intención de fingir ser quien no es — advirtió, sonriendo abiertamente esa vez al ver cómo él tiraba de sus manos con nerviosismo.

—¿Y quién soy, señorita Tisdale? No sabe nada de mí —gruñó, olvidando sus buenas intenciones iniciales y valorando lo inapropiado de su visita.

Ella lo trastornaba inexplicablemente. Él tan solo quería obsequiarle aquel libro y ella... La señorita Tisdale se metía bajo su piel, en su mente, en su alma... pretendiendo escarbar en sus recuerdos, dándole lecciones sobre la vida y el sufrimiento como si fuera una experta en la materia... Pero, lo peor de todo, es que probablemente lo era. Probablemente había experimentado en sus propias carnes la soledad y el abandono. Y eso la convertía en alguien especialmente valiosa para él, un alma gemela.

Pero ¿qué demonios estaba diciendo? Quinn sacudió la cabeza, escandalizado por sus propias divagaciones.

—Tiene razón, no sé nada de usted —convino ella, complacida por la turbación del hombre.

—Yo solo... solo pretendía... darle esto. —Sin decir nada más, le devolvió el guante que ella había olvidado la noche del incidente en el callejón. Con un gesto brusco, extrajo también el ejemplar de La pequeña Dorrit del bolsillo interior de su chaqueta y lo alargó hasta ella, dejándolo caer con un rápido movimiento sobre la manta de lana plegada en la butaca cercana.

Isabel ignoró el guante y centró toda su atención en el libro. Lo elevó y lo hizo girar ante sus ojos, maravillada, se diría que extasiada por el descubrimiento.

—Señor Quinn... Es... —Entrecerró los párpados para leer las letras doradas grabadas en una de las tapas del libro—. Es... una edición especial... Por lo que sé, esta editorial solo imprimió

medio centenar de ejemplares de esta edición... ¡No puedo aceptarlo!

Quinn encogió los hombros, fingiendo que la expresión radiante de la joven no le alteraba lo más mínimo. Sin embargo, su corazón latía desbocado y el único modo de ocultarlo era salir cuanto antes de aquella estancia donde lo único digno de admirar era a la propia señorita Tisdale.

—Debo irme...

—Pero, señor Quinn... —Isabel intentó retenerlo, pero la puerta se abrió inoportunamente. Quinn la dejó plantada, mientras Isabel le dirigía una mirada reprobadora a Fanny y esta le devolvía otra idéntica.

—Ni una palabra, Fanny —la amenazó, alzando el libro que atesoraba en las manos y apuntándola con él.

—Ni pensaba, señorita —dijo la mujer, acompañando a Quinn hasta la salida. Quería cerciorarse de que su ama permanecía a salvo de aquel depredador, en cuyos ojos la anciana sirvienta ya había apreciado la admiración y el deseo que Isabel despertaba en él.

\*\*\*

Lady Wilbough hizo pasar a sus dos jóvenes amigas al salón y se apresuró a solicitar a su sirvienta el servicio de té previsto. Una vez estuvieron atendidas y sus tazas llenas con la humeante infusión, la anciana no perdió un instante en comenzar la reunión.

—¡No podía esperar un minuto más para contarles la feliz noticia! —Lady Wilbough dejó su taza para aplaudir con expresión radiante—. ¿Recuerdan a la señorita Cressida James, de Nueva York?

Las dos jóvenes asintieron al unísono.

—¡Estamos salvadas, señorita Tisdale, salvadas! Lean, lean esto por mí... Mi vista ya no es lo que era y no quisiera perderme un solo detalle de su carta...

Isabel aceptó el sobre que lady Wilbough extendía hacia ella y extrajo del interior la cuartilla suavemente perfumada. La desdobló y comenzó a leer en voz alta.

Mi querida señora,

Supuso para mí un verdadero placer ser tan bien recibida en su casa durante mi visita a Londres hace dos temporadas. Si bien no tenía pensado regresar en un futuro demasiado cercano, algunos acontecimientos recientes en mi vida han hecho que reconsidere tal decisión. Ha sido una sorpresa que mis actuales deseos y sus actuales necesidades confluyan de un modo tan acertado. Cuando me sugirió usted en el pasado la idea de participar en el noble proyecto que pretenden iniciar, nunca imaginé que todo se precipitaría de este modo. Pero sea bienvenido... ¡Una escuela de niñas! Resulta fascinante y no menos novedoso. ¡Hasta el nombre que han escogido me parece acertado! «Gentiles y felices»... Casi puedo ver ya materializada su empresa.

Es cierto que entonces otras obligaciones me retenían en Nueva York, pero espero resolver tales asuntos en el menor plazo posible. Por supuesto, no puedo estar más de acuerdo en que la joven indicada por usted, la señorita Isabel Tisdale, es la persona adecuada para acompañarla en su proyecto y liderar el



mismo. Durante el poco tiempo que ambas coincidimos, pude apreciar una gran determinación y nobleza en la señorita Tisdale, virtudes ambas de las que, por desgracia, carecía su hermana, la despiadada señorita Hermione.

En cualquier caso, es mi deseo comunicarle que me reuniré con usted en cuanto mis obligaciones aquí lo permitan, espero que a lo largo del semestre próximo. Mientras tanto, he dispuesto con mi banco lo necesario para que transfiera la suma de quince mil libras a la cuenta que he abierto a su nombre en la sucursal del banco Rothschild en Londres. Espero que dicha suma cubra los gastos de nuestra empresa común, pero si no fuera así, por favor, le ruego no tenga pudor alguno en informarme. También he ordenado a mis abogados en Londres que pongan a su disposición las escrituras del inmueble de mi propiedad en Belgravia. Lady Wilbourn, sé que dijo que no aceptaría nada de eso, pero mi intuición me dice que los recuerdos tristes de su casa no serían los cimientos más convenientes para erigir esta empresa. Le ofrezco mis disculpas por no reunirme de inmediato con ustedes para colaborar con los preparativos. Sepa que mi corazón estará con ustedes, señoras. Confío plenamente en su criterio y en el buen uso que harán de mi humilde aportación.

Su amiga,  
Cressida James

—¡Humilde aportación! —exclamó Isabel—. La señorita James es modesta y generosa a partes iguales. ¿Una residencia en Belgravia? Ni en nuestros mejores sueños podíamos imaginar algo así... ¿Se da cuenta de lo que eso significa, lady Wilbourn?

—Un momento... ¿Por qué ambas se comportan como si acabara de ocurrir un milagro? —quiso saber Celestia, mirando con cierto enfado a su amiga—. Isabel, no me dijiste que la situación fuera tan grave. Dijiste que aún recaudaban fondos para la empresa y que estaba todo bajo control. Pero por la forma en que hablan, más bien parece que la señorita James haya sido la respuesta a las plegarias de mis dos amigas tramposas.

—Por favor, debes perdonarnos, Celestia. —Isabel le cubrió la mano con la suya—. Lady Wilbourn y yo no queríamos inquietarte con nuestros problemas económicos.

—Querida, estoy en la ruina —confesó lady Wilbourn, sonriente a pesar del descubrimiento—. Ese cerdo de mi hijastro dilapidó hasta el último chelín de la fortuna de mi esposo. Por ello, no puedo más que considerar un milagro divino la misiva de la señorita James, ¿no es así, Isabel?

—Lady Wilbourn tiene razón. Por favor, no te enfades por guardarte el secreto —pidió Isabel, clavando los ojos en su amiga.

—Sois un par de... ¡maravillosas embaucadoras! —soltó Celestia de pronto, abrazando a una y a otra—. ¿Cómo iba a enfadarme? Pero, Isabel, te dije en una ocasión que podías disponer de cinco mil libras con total libertad, ¿por qué no me lo dijiste?

—No podía aceptarlo, Celestia. Sé de sobra que Morgan y tú habríais aceptado encantados, pero no podía arriesgar una libra de mi ahijada. Jamás me lo perdonaría si algo saliera mal.

—Eres imposible... Siempre pensando en los demás. Por suerte, ese asunto ha quedado solventado con la providencial ayuda de la señorita James —concluyó Celestia—. Realmente, diría que esa mujer es un auténtico ángel de la guarda, ¿no opinan lo mismo, señoras?

—Eso parece. —Lady Wilbourn estuvo de acuerdo—. La señorita James se mostró

entusiasmada desde el primer momento en que compartimos nuestras inquietudes durante una fructífera velada. Y aunque al principio acariciábamos la idea de convertir mi casa en una respetable escuela para señoritas, en otra de sus cartas manifestó su opinión abiertamente y estuvo de acuerdo en que el giro que pretendíamos dar a la idea inicial le parecía de lo más oportuno.

—No es para menos. Isabel, ¿cómo se te pudo ocurrir algo así? Tú, que ni siquiera tienes hijos... —Celestia reparó enseguida en que tal vez sus palabras no habían sido acertadas—. Por favor, no me malinterpretes...

—Descuida, me lo tomaré como un cumplido —dijo Isabel de excelente humor—. ¿Recuerdas aquella ocasión, el verano pasado, cuando paseábamos con Josephine por Regent's Park?

—Lo recuerdo. Ese pequeño monstruo de lord y lady Bedford no dejó de lanzar su dichosa pelota hacia nosotras todo el tiempo. Golpeó el cochecito de Josephine y a punto estuvo de hacerlo volcar hasta en tres ocasiones. Y en otra ocasión, incluso te acertó en plena cabeza con su diabólico juguete —recordó, sonriente—. Dijiste que alguien debía enseñar modales a ese niño malcriado, y cuando sugeriste a su niñera que se mostrase firme y le hiciera comportarse, la pobre chica rompió a llorar desconsoladamente.

—En efecto. Esa niñera se confesó absolutamente subyugada por el niño Bedford. Reconoció cuánto detestaba a aquel pequeño tirano y lo mucho que habría deseado recibir alguna enseñanza sobre cómo educar a un niño consentido cuya mayor diversión era atormentarla cuando iban al parque —relató Isabel—. Y entonces, fue cuando la idea comenzó a tomar forma en mi mente. Empecé a preguntarme cuántas jóvenes se encontrarían en la misma situación que aquella desdichada y cuánto bien podría hacerles que alguien las pusiera al corriente sobre algunas técnicas útiles en el arte de adiestrar fieras ajenas.

—Y no olviden, señoritas, cuánto bien haría también a las sufridas damas de Londres. Por suerte, nunca fue mi caso, pues mi Wesley siempre fue un chiquillo adorable y jamás me provocó el más mínimo sobresalto. —Lady Wilbough entornó los párpados, evocando a su querido hijo—. Pero mi Wesley fue un niño excepcional... Habría sido un hombre excepcional.

—Lo era, lady Wilbough —afirmó Isabel, presionando su mano.

—Sin embargo, aquella misma singularidad solía poner de manifiesto las desviaciones de los otros niños cuando nos reuníamos en público con nuestros amigos. Doy fe de que más de una madre habría dado lo que fuera por contar con una niñera disciplinada y competente que fuera capaz de reconducir la conducta de un hijo consentido.

—Por desgracia, no abundan esa clase de niñeras en Londres —observó Celestia.

—No, no abundan —afirmó lady Wilbough, agregando—: Las jóvenes que escogen esa profesión presentan una clara inclinación al romanticismo y una manifiesta incompetencia en el cuidado de las criaturas. Lo habitual es que se sometan completamente a los caprichos de sus pequeños y déspotas amos, ansiosas como están por conservar el empleo.

—El resultado de su incapacidad para controlar a esos niños son jóvenes maleducados que pronto se convierten en caballeros groseros —concluyó Celestia, pues había conocido algunos

ejemplos en aquellas veladas de las que a menudo huía Isabel.

—Y niñeras atribuladas que se lanzan en los brazos del primer borracho lustrador de botas que las corteja, en un desesperado intento por escapar de su destino y de los berrinches de sus pequeños y horribles amos —añadió Isabel—. Por ello, considero que nuestro proyecto posee los elementos precisos para convertirse en todo un éxito. Hagámoslo... Demos a esas niñeras las herramientas adecuadas para lograr que sus opresores cesen en sus travesuras a un simple chasquido de dedos. Y demos a esos niños unos cuidados de calidad que no se limiten al paseo y a obligarles a engullir sus comidas. Demos una pauta a seguir, que incluya modales, disciplina y respeto, virtudes las cuales moldearán sus espíritus y les convertirán en buenas personas en el futuro.

—¡Es usted brillante, amiga mía! —exclamó lady Wilbourgh, contagiada por el entusiasmo—. Hoy mismo contrataría los servicios de cualquier joven entrenada en tales cualidades si fuera posible y tuviera hijos en edad de ser educados.

—Estoy de acuerdo, Isabel. Eres absolutamente brillante, mi querida amiga —Celestia asintió—. Ahora, solo queda esperar que lluevan las jóvenes dispuestas a recibir tal complejo entrenamiento.

—Y confiar en que, una vez entrenadas nuestras nuevas niñeras, sean del agrado de las damas londinenses —comentó Isabel, un tanto pensativa—. Y establecer unos honorarios por sus servicios que sufraguen ampliamente nuestra labor y los salarios de las jóvenes...

—Querida señorita Tisdale... Mi cabeza está a punto de explotar ante tanta información —dijo lady Wilbourgh, aunque por su expresión feliz, nadie habría dicho tal cosa—. Seamos cautas y pacientes por el momento... Hagamos pronto una visita a la propiedad de la señorita James en Belgravia y veamos en qué condiciones se encuentra. Con suerte, los trabajos de acomodo podrían llevarnos unos pocos días.

—Eso sería una bendición —admitió Isabel, de repente cabizbaja.

Celestia frunció el ceño al ver cómo la expresión de Isabel reflejaba de pronto una visible preocupación

—Pero aún hay algo que no nos has contado, ¿verdad? Lo veo en tu mirada. Algo te atormenta... ¿Es por Hermione? ¿Ha habido alguna mejoría, algún cambio en su estado? Por favor, Isabel, dinos qué sucede.

Isabel titubeó. Finalmente, decidió que era mejor compartirlo y la carga sería más llevadera.

—Es mi padre.

—Creía que se había ausentado nuevamente —dijo Celestia.

—Así es. Pero no por mucho tiempo... La cuestión es que ha amenazado con traer noticias poco halagüeñas para mí a su regreso.

—¿A qué te refieres? —la apremió Celestia.

—Por Dios, niña, no nos tenga en ascuas, diga de una buena vez qué la atormenta —estuvo de acuerdo lady Wilbourgh.

—Mi padre ha decidido que debo contraer matrimonio y ha resuelto buscar él mismo al *afortunado*. Dijo que me comunicaría el nombre de mi prometido en cuanto volviera de su viaje.

Lo soltó de una vez, observando la expresión de estupor en los rostros de las dos mujeres.

—¡No puede hacer algo así! —exclamó Celestia, angustiada—. Y tú no puedes aceptarlo.

—No pienso hacerlo —anunció Isabel con serenidad—. Pero no podía decírselo a la cara. Desde que Hermione fue internada en Broadmoor, he mantenido la esperanza de que mi padre recapacitara sobre sus emociones hacia mi persona. Pero nada en su manera de actuar indica que se haya producido cambio alguno. Por el contrario, se diría que cada día que pasa, mi presencia en Westwall Place es una tortura insoportable para él. Es como si ardiera en deseos de librarse de mí, como si mi compañía le incomodara de un modo tan atroz que haría cualquier cosa para evitarla. Y eso es lo que pretende al entregarme a alguno de sus odiosos amigos. Porque, estoy segura de que su elección será la peor imaginable. Le conozco... Escogerá al caballero más miserable y se alegrará en el fondo de su alma oscura de proporcionarme unos años de sufrimiento, todo ello como castigo por haberme atrevido a no ser Hermione.

—Pero ¿qué piensas hacer? No puedes permanecer en esa casa un minuto más —sentenció Celestia—. Tienes que venir conmigo. Morgan no pondrá objeción alguna, lo sabes. Te respeta y aprecia. Siempre serás bienvenida en nuestro hogar...

—Querida, también mi casa es la suya, no necesita invitación para instalarse aquí mañana mismo. Solo diga qué habitación prefiere y diré al servicio que la prepare... Al menos, hasta que el banco ejecute su embargo —gimoteó lady Wilbourngh.

Isabel y Celestia abrieron la boca para decir algo, conmovidas por la revelación de la anciana. En lugar de hablar, la abrazaron.

—Mi buena amiga... No imaginaba que la situación fuera crítica. Pero no perdamos la fe... Vea lo providencial que han sido las noticias de la señorita Cressida James —dijo Isabel, esperanzada.

Lady Wilbourngh la miró sin comprender, enjugándose las lágrimas.

—No entiendo, querida...

—¿No lo ve, lady Wilbourngh? Esa propiedad en Belgravia... Será nuestro nuevo hogar. No necesitamos mucho para instalarnos, más que los muebles que podamos salvar del banco. Ordene al servicio que trasladen cuanto sea posible y utilice la suma que considere para recuperar las cosas que sean de utilidad para nuestra empresa o aquellas a las que guarde especial afecto. Por mi parte, recogeré solo mis objetos personales y pediré a Fanny que me acompañe...

—¿Crees que estará dispuesta? —preguntó Celestia—. Ha servido a tu padre toda su vida.

—No tengo la menor duda. Fanny le detesta. Estoy firmemente convencida de que el único motivo por el que aún sigue en Westwall Place es porque temía dejarme a solas con Hermione y con él.

—¿Y qué hay de tu prometido? ¿Cómo esperas resolver esa situación? —se interesó Celestia.

—Ya lo he pensado. He pasado la noche en vela dándole vueltas en mi cabeza. —Miró a su

amiga, considerando lo apropiado de lo que iba a contarle y rezando porque no le pareciera un desvarío—. Y antes de que digas que he perdido el juicio, de que ambas lo hagan... por favor, mediten bien mis palabras. Mi padre pretende entregarme a uno de sus amigos, eso en un hecho. Y aunque sea un hombre retorcido y siniestro, hay algo que aprecia por encima de cualquier otra cosa: su honor. Recuerden con qué firmeza aceptó el internamiento de Hermione y rechazó utilizar sus influencias para salvarla de su destino, siendo ella su predilecta. Estoy segura de que no emplearía sus esfuerzos en la hija a quien tanto desprecia. Muy al contrario, creo que se alegrará de que le proporcione una excusa para eliminarme de su vida sin ser reprobado por sus amistades. Así que si hago algo completamente inadecuado que ponga en entredicho su reputación, me repudiará.

—¿Algo como qué? Sus palabras me inquietan, querida... —Lady Wilbourgh se abanicaba con la palma de la mano, expectante.

—Algo como perder la virtud y convertirme en una mujer disoluta a quien ningún caballero respetable querría tomar como esposa.

Lady Wilbourgh la miró con los muy abiertos, volvió a abanicarse, corrió al mueble donde escondía su mejor botella de licor, sirvió tres copas y apuró la suya de un solo trago. Después, se abanicó un par de veces más y llenó su copa por segunda vez.

Celestia sacudió la cabeza, imitó a la anciana, vaciando también su copa de un trago, y abrió la boca, pero la cerró sin decir nada. Cogió la botella y bebió directamente de la misma hasta que, supuso Isabel, el líquido quemó su garganta. Tosió ruidosamente para aclararse la voz y, por fin, clavó la mirada estupefacta en su amiga.

—¿Has perdido el juicio...? —preguntó con voz ronca.

—En absoluto —respondió Isabel, un tanto divertida por la reacción que había provocado en sus dos queridas amigas. Adivinando que sus intenciones podían inquietarlas en lo relativo al proyecto que pretendían iniciar, añadió—: He valorado mucho esto último, dado que es absolutamente imprescindible que el buen nombre de nuestra futura institución permanezca intacto.

—¿A qué se refiere, querida? —preguntó lady Wilbourgh.

—He de hallar el modo de que mi padre me conceda la libertad con la mayor discreción —explicó—. Le ofreceré un trato que no podrá rechazar. Le haré ver lo conveniente que sería para su respetabilidad que su única hija cuerda no mostrara en público su conducta inmoral. Si acepta, podrá librarse de mí, tal y como sospecho ha deseado desde el día que nací, y conservar incólume el apellido que en tan alta estima tiene.

—¿Y si no acepta? —inquirió Celestia, pues conocía de sobra el carácter intransigente del señor Tisdale.

—En ese caso, y con sumo pesar, abandonaré de inmediato el proyecto. No pondré en riesgo el éxito del mismo. Gentiles y felices debe ser un referente de confianza y decoro, una institución donde las damas de Londres podrán encontrar a las jóvenes mejor calificadas. Lady Wilbourgh es una de las damas más respetadas de esta ciudad, solo la mención de su nombre bastará para que

el resto de las damas acuda a ella en busca de la niñera ideal. Conmigo o sin mí, y honestamente, deseo de corazón que sea conmigo, confío en que mis buenas amigas logren llevar esta idea a buen término, incluso sin mi intervención.

—Eres muy generosa, Isabel —observó Celestia, comprendiendo las buenas intenciones de su amiga—. Pero, como dices, también deseo que podamos contar contigo. Y aunque sigo pensando que has perdido el juicio, te exijo que resuelvas ese asunto de tu *no matrimonio* cuanto antes.

—Es mi prioridad en este momento —dijo Isabel—. De hecho, incluso me he tomado la libertad de pensar en el candidato más adecuado a mi propósito.

Lady Wilbourgh y Celestia mantuvieron la boca abierta al mismo tiempo, sus copas vacías alzadas en el aire mientras Isabel las rellenaba con pasmosa naturalidad.

—Dadas las circunstancias, he pensado en alguien que no me resultara especialmente repulsivo y, al mismo tiempo, con quien no estuviera tentada de entablar cualquier tipo de relación futura más seria —informó ella, riendo cuando las dos mujeres casi cayeron sobre la alfombra al inclinar sus cabezas, como si con ello pudieran adelantar el sonido de las palabras de Isabel hasta sus oídos y así desvelar antes el misterio.

—¡Por Dios, habla ya! Antes de que acabemos con esta botella y deba explicar a mi esposo por qué regreso ebria de una inocente reunión de amigas —la increpó Celestia.

—Está bien, si tanto interés... —comenzó Isabel, de buen humor.

—¡Señorita Tisdale, hable ya! Estoy a punto de rendirme al sopor de este licor y no quisiera perdérmelo —la urgió lady Wilbourgh.

—Es el señor Quinn —anunció, riendo en esa ocasión abiertamente al ver cómo las dos mujeres dibujaban con los labios un inmenso círculo del que no salía una sílaba, tal era su sorpresa.

—¡El señor Quinn!

—¿Ese... ese señor Quinn? —Celestia parpadeó—. Pero... ¡dijiste que le odiabas! Hace apenas unos días, después de aquel desafortunado incidente durante la cena, mientras visitabas a Josephine... Me miraste y muy alterada, dijiste: «Celestia, no entiendo las razones que condujeron a tu esposo a trabar amistad con ese hombre tan insoportable... es arrogante e insufrible... Antes tomaría los votos que permitir que ese irlandés pusiera sus manos sobre mí...» Un momento, ¿por qué esquivas ahora la mirada...? ¡Todavía nos ocultas algo!

—Nunca dije que le odiaba... Pero todo lo demás es cierto, excepto la parte sobre que pusiera sus manos sobre mí —confesó Isabel, ruborizada, sin confesar que, en secreto, su corazón ya albergaba otro tipo de sentimiento hacia el señor Quinn, uno tan insólito que aún la trastornaba. Mintió—: Pero nada ha cambiado. Debo actuar con urgencia y, por desgracia, mi ausencia de vida social me convierte en una joven sin demasiados pretendientes. No puedo esperar a que mi padre regrese. Y el señor Quinn... recientemente pareció mostrar cierto interés... Es posible que acceda a mi petición, aunque solo sea para satisfacer su ego o por la amistad que ahora nos une. Ese irlandés petulante está convencido de que sus virtudes me harán caer rendida a sus pies.

—¿Y es así, señorita Tisdale? —preguntó lady Wilbourgh, ya repuesta de la impresión inicial.

—¡Pues claro que no! —negó Isabel. Sin embargo, sus manos temblaban al sostener la copa.

—¿Estás segura, Isabel? Y además, ¿cómo sabes que el señor Quinn estaría dispuesto a tener una aventura contigo? Puede que le importe su propia reputación, ahora que ocupa ese puesto de inspector en Scotland Yard —apuntó Celestia, en el fondo encantada porque, sin proponérselo, parecía que su plan podía salir tal y como lo había concebido.

—Está dispuesto, te lo aseguro. Ese hombre es como una molesta verruga, un verdadero incordio... —Pero no era eso lo que transmitía la expresión soñadora de su rostro mientras le dedicaba aquellos apelativos.

—Vaya, por cómo te refieres a él, cualquier diría que estás perdidamente enamorada —se burló Celestia.

—Sabía que debía guardar silencio sobre este asunto... Ni una palabra a tu esposo, ¿lo prometes? Todo a su debido tiempo. No deseo alargar mi agonía más de lo necesario y que ese Quinn convierta mi conquista en un tormento eterno. Supongo que será suficiente con una vez y...

—Oh, mi querida e inocente amiga... ¡una vez nunca es suficiente! —rio Celestia, añadiendo con franco interés—: ¿Y has informado ya al señor Quinn de tus intenciones?

—Aún no, por supuesto. He de ser muy cauta con respecto a ese hombre. Podría malinterpretar mi oferta.

—Por supuesto —dijo Celestia de excelente humor, haciendo chocar su copa con la de las mujeres—. Pero brindemos por que el señor Quinn sea perfecto para ti.

—Querrás decir para mis planes —la corrigió Isabel, arqueando una ceja.

—Es lo que he dicho, ¿no? ¡Por el señor Quinn!

Isabel la miró con recelo. Por alguna razón, su amiga, lejos de mostrarse espantada con su disparatado plan, parecía estar entusiasmada. Era muy extraño... Pero brindó con ella de todos modos.

## Capítulo 9

Dado que el tiempo apremiaba y desconocía la fecha de regreso de su padre, Isabel decidió no demorar más el momento. Era del todo imposible llevarlo a cabo en Westwall Place, donde Fanny no perdería ocasión de espiarles cada minuto para evitar cualquier desliz. A ella no podía confesarle sus intenciones. Se desmayaría si lo hiciera. Así que, tras comunicar sus planes a lady Wilbourn y pese a que la dama mostraba su total desacuerdo por considerarlos un tremendo disparate, finalmente había accedido a propiciar un encuentro entre ambos en su propia residencia. Con la excusa de solicitar la ayuda del inspector para solventar el misterioso robo de una de sus alhajas, lady Wilbourn había enviado una nota al señor Quinn, citándole para aquella misma tarde en su casa.

Mientras Isabel aguardaba su llegada con mal disimulada excitación, lady Wilbourn había tenido la bondad de ausentarse para asistir a una velada con sesión de ocultismo en casa de su vieja amiga, la señora Paladino. La pobre lady Wilbourn seguía conservando la esperanza de contactar en el Más Allá con su querido hijo fallecido hacía años. Isabel no aprobaba aquellas reuniones, pero comprendía que no podía imponer su criterio cuando todo cuanto importaba a aquella anciana de gran corazón le había sido arrebatado.

Con reticencia, lady Wilbourn había dado el día libre a su sirvienta de confianza, la única que no había sido despedida cuando los últimos ingresos de lady Wilbourn habían volado a París junto a su abominable hijastro. La anciana aún conservaba unos pocos ahorros de las joyas que aquel patán sin escrúpulos no había logrado vender. Gracias a ello, podía confiar en que fueran suficientes para proporcionarle ciertas comodidades hasta que le llegara la hora de reunirse con el Creador, como solía decir ella misma.

Por descontado, y también para alivio de sus jóvenes amigas, las veladas donde servían sopa de tortuga pertenecían ahora al pasado y lady Wilbourn se conformaba con seguir aparentando una posición económica que nada tenía que ver con la realidad de sus escasos fondos. Era cuanto tenía ahora. Su reputación y sus dos jóvenes amigas que la acompañarían en la honorable misión que se disponía a emprender con la ayuda inestimable de la señorita Cressida James.

Así pues, Isabel esperaba a solas la llegada del señor Quinn. No podía evitar preguntarse cómo se tomaría él su extraño e inesperado ofrecimiento. Tal vez atribuiría su petición a la falta de juicio... Era muy probable que lo hiciera, dado los antecedentes familiares. Era del dominio



público que Hermione había sido recluida en Broadmoor y contaba con que él achacase su oferta a los mismos delirios que habían conducido a Hermione hasta el sanatorio mental. Pero aquello no la desanimó. Lejos de hacerlo, Isabel se tomó la libertad de servirse una copita del excelente licor de lady Wilbourgh, uno de los pocos lujos que aún se permitía, y que venía de maravilla para sus propósitos.

Se llevó la mano al corazón al escuchar el golpe seco del aldabón de bronce contra la puerta principal. Como no había servicio, Isabel corrió literalmente hasta allí y tiró del pesado portón. La expresión del señor Quinn fue de completa sorpresa al descubrir quién le recibía.

—Señorita Tisdale... No esperaba encontrarla aquí. —Sus ojos azules se clavaron en ella, apreciando con descaro el atuendo escogido por ella para la ocasión.

Isabel solo tenía un vestido para ocasiones formales, uno de seda de color azul pálido, con encajes blancos bordados en el discreto escote que apenas mostraba una pequeña porción de pecho y los hombros. En secreto, se negaba a utilizar el corsé y mentía a Fanny cuando ella le reclamaba que no lo había apretado lo suficiente bajo el vestido. Pero dado el objetivo que perseguía, había hecho un sacrificio y, en aquel instante, apenas podía respirar con los senos, el abdomen y la cintura embutidos en aquel endiablado corsé.

Para su desgracia, solo contaba con una enagua con polisón de verano confeccionado en lino, un modelo denominado *cola de cangrejo* que Hermione había descartado por considerarlo vulgar. Ella lo había heredado feliz, pero reconocía que resultaba más apropiado en las tardes de verano. Aunque había añadido al polisón otra enagua de encajes, temblaba, no tanto por la escasez de indumentaria como por la intensa mirada del señor Quinn.

—He sido citado por lady Hortensia Wilbourgh... Un asunto oficial, si me lo permite —informó él, siguiendo los pasos inseguros de Isabel.

Ella le conducía hasta la biblioteca donde, durante la adolescencia, Francis y Celestia Townsend, el joven Wesley Wilbourgh y ella misma, había pasado largas horas leyendo a los clásicos. Conocía bien aquella casa y comprendía que, exceptuando una alcoba, era el lugar ideal para tener un encuentro amoroso. Recordó con nostalgia los días al calor de la chimenea situada en el centro de la estancia, las paredes laterales que albergaban sendas librerías con los títulos más variados, el amplio ventanal acristalado adornado con largas cortinas de terciopelo carmesí y la cálida alfombra de Feraghan con medallones oscuros sobre el fondo rojo amaranto. Recordaba perfectamente el diván de caoba con mullidos cojines de plumas de pato, el mismo donde un joven Wesley había leído poemas con su melódica voz, mientras Celestia y ella, sus más ardientes admiradoras, suspiraban de amor y soñaban con ser las musas de aquel atractivo y dulce muchacho.

—No ha sido lady Wilbourgh quien escribió aquella nota, señor Quinn —confesó Isabel, invitándole a entrar en la estancia y cerrando la puerta después.

Quinn reparó en que ella echaba el cerrojo con dedos trémulos. De pronto, le asaltó un absurdo pensamiento... Uno absurdo y descabellado, seguramente debido a los estragos que el alcohol

ingerido durante su etapa de autodestrucción había hecho en su otrora muy juicioso cerebro. Fuera como fuera, lo cierto era que la conducta de la señorita Tisdale presentaba claros indicios de una tentativa de seducción. El modo sugerente e inapropiado en que iba vestida, el leve temblor de sus labios y el rubor de sus mejillas... Todo la delataba. Sin embargo, Quinn se negaba a creer que su suerte hubiera cambiado tanto en unos días... Ella le detestaba. Había dicho que prefería arrojarse bajo los caballos antes que... Sin embargo, en sus últimos encuentros ella se había mostrado sinceramente afectuosa. Un momento, algo raro estaba sucediendo allí y no pensaba marcharse sin averiguar qué era.

—¿Se encuentra bien, señorita Tisdale?

—Perfectamente, señor Quinn —respondió ella, pero el aplomo que mostraba era completamente fingido.

—¿Está segura? Parece que he llegado justo a tiempo de celebrar algo —comentó Seamus, aludiendo al atuendo festivo de la joven.

—¿Le apetece tomar una copa, señor Quinn? —Sin esperar respuesta, Isabel sirvió dos copas y entregó una al hombre.

Seamus estaba de pie frente a ella. La observó por encima del borde dorado de su copa, sin probar una gota del contenido. Aquella inesperada cortesía era un claro indicio de que la joven tramaba algo... Sus ojos se clavaron en los de ella durante un segundo y recorrieron después con descaro la pálida piel que el vestido dejaba al descubierto.

—¿Y bien, señorita Tisdale? ¿Puedo saber a qué se debe tanta amabilidad por su parte? —Quiso saber, añadiendo—: Si mi memoria no falla, hasta hace apenas unos días me tildaba usted de insoportable.

—¿Dije insoportable, señor? —Isabel se mordió los labios en un atisbo de incertidumbre. Tal vez había sido demasiado dura con él y puede que aquello jugara en su contra en ese momento. Celestia tenía razón todas las veces que le había aconsejado moderar su sinceridad.

—Eso dijo, señorita Tisdale —repitió Quinn, divertido y excitado al mismo tiempo con la situación. Aún no sabía bien adónde pretendía ella conducirlo, pero la mera sospecha de que fuera donde él deseaba estar, hacía que una parte de su cuerpo ya estuviera en guardia.

—Puede que no me expresara con propiedad. En cualquier caso, hemos limado asperezas recientemente y ha de saber que mi opinión sobre usted ha mejorado considerablemente. —Ella se aclaró la voz y señaló el diván forrado de terciopelo—. Le ruego que se ponga cómodo, señor Quinn. Es posible que lo que voy a decirle le cause cierta impresión y no quisiera que se desmayara en la alfombra de mi querida amiga.

Quinn obedeció, conteniendo una carcajada, y tomó asiento en aquel diván que era en sí mismo una declaración de intenciones. Se preguntó si la señorita Tisdale era consciente de lo inapropiado de aquel encuentro y de las desastrosas consecuencias que podría tener para ambos. Pese a todo, apoyó los codos sobre las rodillas y la contempló abiertamente.

Isabel había dejado su copa en la mesa auxiliar que había junto al diván y permanecía inmóvil

frente a él, los dedos entrelazados sobre la estrecha cintura y la expresión digna de quien estuviera a punto de pronunciar el discurso más importante de su vida.

—Comprendo que se sienta turbado e intrigado... —comenzó Isabel, vacilante.

—Oh, ya lo creo... Muy turbado y en la misma medida intrigado. —El tono de Quinn era jocoso.

—Soy consciente de que no empezamos con buen pie nuestra amistad...

—¿Definitivamente ahora somos amigos, señorita Tisdale? Creo que mi turbación aumenta por momentos.

—Por favor, no me interrumpa, señor Quinn. No me resulta fácil expresar lo que quiero decir y lamentaría cualquier confusión sobre mi ofrecimiento —le regañó con sequedad.

—Hum... Un ofrecimiento. Mi corazón está a punto de dejar de latir ante tanta expectación —se burló.

—Señor Quinn... Usted parece haber mostrado cierto interés en mi persona. Y no he podido evitar pensar que su interés y mi urgente necesidad podrían ser provechosos para ambos. Lo que quiero decir...

—Ahora sí estoy realmente intrigado, señorita Tisdale... Continúe, se lo ruego. —Quinn ya no disimulaba la diversión que le producía el modo en que ella dilataba su exposición.

—Lo que quiero decir, señor Quinn, es que le estaría enormemente agradecida si usted considerase la posibilidad de que tuviéramos una aventura.

\*\*\*

Por fin lo había dicho, rio Quinn para sus adentros. Tal y como sospechaba, la señorita Tisdale pretendía seducirle. Y por Dios que lo estaba logrando, pues nada deseaba más en aquel instante que aceptar sus disparatados argumentos y olvidarse de todo lo demás.

—Así que una aventura... Me halaga, señorita Tisdale —murmuró Quinn sin apartar la vista de ella—. ¿Y puedo conocer las razones apremiantes que la obligan a realizar tan descarada proposición a un hombre a quien apenas conoce?

—Señor Quinn... No finja que no está al tanto de las circunstancias que me rodean. Como bien dijo, soy una solterona poco cotizada. —Le recordó sus palabras con un atisbo de resentimiento—. Y aunque no es de su interés conocer tantos detalles, le diré que me encuentro en una situación, digamos... alarmante. Mi padre me ha informado recientemente sobre su intención de buscarme un marido y no tengo la más mínima intención de plegarme a sus deseos. Por ello, necesito con urgencia solventar el asunto de mi castidad, ya que es el único modo posible de que ningún caballero me acepte como esposa.

—Ya veo... Así que precisa de mis servicios... para solventar el asunto de su castidad. —Quinn habló con voz ronca por el deseo. Ni en sus sueños más descabellados habría imaginado que aquella joven se serviría en bandeja de plata para él—. Sin compromisos, sin promesas...

¿He entendido bien, señorita Tisdale?

—Desde luego, señor. Su libertad estaría a salvo, le doy mi palabra —se apresuró ella a contestar.

—Es un alivio, señorita Tisdale. Debe tener muy presente que no deseo repetir la experiencia del matrimonio... ni siquiera tratándose de usted. No es nada personal.

Isabel asintió sin ahondar en aquello que sabía causaba gran dolor al señor Quinn. En efecto, conocía su pasado, la pérdida de su esposa e hijo... Conocía la promesa que él había hecho de no volver a amar jamás. Eso le hacía doblemente valioso, pues tampoco ella estaba interesada en implicarse sentimentalmente... Al menos, eso era lo que creía, mientras urdía aquel loco plan de seducción.

—No estoy seguro de haberlo entendido. —A Quinn le parecía que ella no acertaba a entender a su vez el alcance de su ofrecimiento y quiso ayudarla—. ¿Usted desea, señorita Tisdale... tener una aventura conmigo? ¿Es eso lo que trata de decirme?

—Así es, señor.

Quinn se pasó la mano por el cabello, un tanto confuso y en mayor medida, excitado.

—¿Desea... que usted y yo... que los dos... hagamos el amor? —insistió, para estar seguro de que no se trataba de una broma pesada.

—Es exactamente lo que deseo, señor Quinn.

—Que me ahorquen si entiendo a las mujeres... —murmuró él para sí mismo, volviendo a mirarla como si la viera por primera vez y la visión le resultara del todo abrumadora—. Debe disculpar mi sorpresa, señorita Tisdale... Pero no todos los días, un caballero es citado por una anciana por un asunto de trabajo y encuentra... En fin, ya me entiende.

—Por supuesto, señor. Tómese unos minutos para digerir mis palabras, me hago cargo —invitó ella, provocando de nuevo una mirada de desconcierto del hombre.

—¿Que me tome unos minutos, señorita Tisdale? —inquirió él, valorando muy seriamente que la señorita Tisdale hubiera perdido el juicio—. Cualquiera diría que ha anotado usted mi nombre en su libreta de baile y aguarda ansiosa a que suene la música.

—Por desgracia, señor Quinn, no tenemos tiempo para esos preliminares. Y de veras que lamento apremiarle... Pero es de vital importancia para mí conocer su respuesta, pues si declina mi ofrecimiento, apenas tendré tiempo para pensar en otro candidato...

Quinn apretó los labios, contrariado. Definitivamente, aquella joven no estaba cuerda. Además, se atrevía a amenazarle con sustituirle en su lista... La idea le torturó contra su voluntad. Imaginar que ella se rendía a los brazos de cualquier mequetrefe le incomodaba aún más que su frívolo planteamiento de que tuvieran una aventura.

—Claro que entendería que no estuviera interesado... —Dudó ella y una sombra de tristeza cruzó su mirada—. Como bien sabe, sufrí un accidente cuando era niña... Ya ha visto la cojera que me afecta desde entonces... Y eso no es todo, señor Quinn. Ya que ha sido usted tan sincero, debo corresponderle. Mi pierna... hay algunas cicatrices... Pero si usted quisiera ignorar la parte

de mí que pudiera causarle rechazo, elevaría considerablemente la opinión que tengo sobre usted...

Quinn dejó también su copa sobre la mesa auxiliar. Apoyó la espalda en el respaldo del diván, cruzó los brazos sobre el pecho y estiró las piernas sobre la alfombra. *La parte de mí que pudiera causarle rechazo...* Las palabras de Isabel se clavaron en su corazón... Ella fingía entereza, pero en el fondo, no era más que una niña asustada que temía el rechazo. ¿Acaso no sabía que era una criatura deliciosa? ¿Acaso nadie le había dicho nunca que sus ojos color ámbar resultaban hipnóticos, que su cabello lacio invitaba a la caricia y que sus labios eran la promesa misma del paraíso? Quinn no entendía nada... Cada vez estaba más convencido de que los caballeros de Londres habían perdido el buen gusto si es que no había ni uno capaz de apreciar todas aquellas cualidades en la señorita Tisdale.

No había duda. Así debía ser. La señorita Tisdale estaba desesperada y precisaba su ayuda. Solo un miserable se la negaría... Y solo un canalla aceptaría aquella oferta. Parecía que él era ambas cosas, pues no lograba acallar aquella voz interior que le gritaba que aceptase lo que ella quisiera brindarle... a cambio de nada. La recorrió desde la cabeza a los pies, sintiendo cómo el pulso le latía desenfrenado y una poderosa erección crecía en el interior de sus pantalones. «Miserable y canalla... Sea», pensó.

—Soy su hombre, señorita Tisdale. No demoremos más la cuestión.

Isabel tragó saliva con dificultad. ¿Aceptaba? ¿El señor Quinn se prestaba a ser su cómplice para desbaratar los planes de su padre?

—Hay otra cosa, señor Quinn...

—¿Aún hay más? —inquirió él, arqueando las cejas en un gesto que acentuaba sus atractivas facciones—. Hable, señorita Tisdale.

—No pretendo embaucarle sin que antes conozca todos los pormenores de nuestra asociación.

*Asociación...* Quinn no salía de su asombro. La señorita Tisdale tenía una extraña manera de expresarse. Lo achacó a su inexperiencia, y aunque su verborrea le habría resultado cómica en otra ocasión, en esta solo lograba acrecentar su deseo por ella.

—Me parece justo que entienda que su reputación podría verse seriamente afectada...

—Muy seriamente, es cierto —aceptó él.

—¿Y está dispuesto de todos modos? —preguntó ella, esperanzada.

—Lo estoy, señorita Tisdale... Para serle franco, mi reputación me importa menos que un rábano. De no ser por la insistencia del señor Durrell, seguiría enterrando gustosamente mi nombre en el lodo en el cuchitril donde solía emborracharme hasta perder la consciencia, tal y como hacía antes de que se entrometiera nuestro común amigo. Así pues, eso no debe inquietarla.

—Es que no deseo engañarle, señor. Londres... es una ciudad llena de prejuicios, con una doble moral que puede llegar a resultar mortífera para quienes se atreven a desafiar las reglas —advirtió ella con solemnidad.

—Yo escupo sobre esas reglas, señorita Tisdale. —La miró, la mirada atrapada en la suave

hendidura de la unión de sus senos, que se elevaban con agitación en aquel escote diabólico—. ¿Le ha quedado clara mi postura al respecto?

—Vaya, señor... Me siento un tanto turbada, le pido disculpas... Confieso que no esperaba que aceptase tan rápidamente mi propuesta.

—En ese caso, abra esa puerta y vuelva a pedírmelo cuando esté lista. Tal vez mañana, cuando amanezca...

## Capítulo 10

Quinn hizo ademán de abandonar el diván, pero ella alzó una mano en el aire para detenerle.

—¡Espere! Por favor, no se vaya... Estoy... estoy lista —dijo Isabel, tomando una gran bocanada de aire para recobrar el aliento que la abandonaba presa de la excitación.

—Bien. No perdamos un minuto. Basta de conversación... Desnúdese —gruñó entre dientes, aguardando como un lobo hambriento la reacción de la joven. Le intrigaba comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar en aquel disparatado plan de seducción.

Isabel dio un ligero respingo al escuchar aquella orden tosca y un tanto desprovista de consideración.

—Creo que no me ha entendido, señor... Le dije que había algunas cicatrices que...

—La he entendido perfectamente, señorita Tisdale. Pero ¿no esperará que le haga el amor con todos esos obstáculos entre ambos, verdad? —Quinn señaló su vestido—. Me temo que resulta materialmente imposible que cumpla mi misión a menos que facilite la tarea. Así que... Por favor, desnúdese, querida.

Isabel se humedeció los labios... La realidad se imponía a la timidez. Avanzó despacio hacia el ventanal, con la clara intención de correr las pesadas cortinas. El sol comenzaba a ocultarse, pero no lo suficiente para evitar que aquella tenue luz iluminara la estancia.

—No lo haga. Quiero verla.

Los dedos de Isabel permanecieron colgados de la tela unos segundos. Finalmente, la determinación de Isabel se impuso a la petición de Quinn. Ella cerró las cortinas con un rápido movimiento y regresó junto al hombre.

—Le ruego que no se ofenda, señor Quinn. Pero no pretenda descubrir mis secretos más profundos cuando apenas hemos hablado de los suyos.

Él estuvo de acuerdo. No podía exigir más dadas las circunstancias. Su ofrecimiento era un regalo tan inesperado que, en su loco anhelo por aceptarlo, comprendió lo poco que le importaba hacerla suya con los ojos, con los dedos o con todos los sentidos a la vez.

—Todavía está a tiempo de reconsiderar su oferta, señorita Tisdale... ¿es su deseo hacerlo? —Quinn apeló al último resquicio de sensatez que pudiera albergar la joven, ya que él mismo se sentía incapaz de rechazar aquel repentino obsequio.

—No, señor, no lo es.

—Su respuesta me hace muy feliz. Y me aterra, al mismo tiempo.

—Qué afortunado, señor... Yo solo estoy aterrada.

Quinn sonrió al escuchar la sincera confesión de la joven y, con extrema sutileza, se inclinó y tomó uno de sus pies, descalzando el botín que lo ocultaba. Lo colocó sobre su rodilla y contempló el pequeño pie cubierto por la delicada media. Después, hizo lo mismo con el otro y lanzó los zapatos lejos del diván.

—Puedo yo misma, señor...

—Sé que puede, señorita Tisdale... Acérquese un poco más, dese la vuelta... Apenas acertará con esta oscuridad. Permita que la ayude con esos broches.

Ella obedeció, cerrando los ojos. Sentía los dedos expertos del hombre en su espalda, abriendo los cierres del corpiño de su vestido. Los dedos le quemaban la piel incluso a través de la tela de la camisa...

—Ahora puede volverse, señorita Tisdale... Prosiga, por favor.

Isabel dejó caer el corpiño a sus pies. A continuación, la falda... Con manos torpes, desató el nudo del corsé y liberó el abdomen, exhalando un prolongado suspiro que hizo que Quinn contuviera la risa. Al corsé siguieron la enagua y el polisón... todas las prendas fueron cayendo, una tras otra, sobre la alfombra... Se quedó tan solo con la camisola interior, el calzón y las medias que ascendían bajo este hasta la cara interna de sus muslos.

—¿Es suficiente, señor Quinn? —preguntó Isabel en un susurro, azorada por su propia desnudez.

—Me temo que no, señorita Tisdale. Pero aplaudo su valentía... Confieso que no esperaba que llegase tan lejos —dijo Quinn con la voz quebrada de deseo.

Tiró de las cintas del pantalón y observó mareado cómo la prenda caía a los tobillos. Hizo lo mismo con la cinta de raso que ajustaba la camisola sobre el pecho... Esa vez, la visión de aquellos senos turgentes que se elevaban presa de la excitación casi provocó que su miembro explotara bajo la tela. Era imposible que ella supiera el efecto que causaba su silueta recortándose a la débil luz que arrojaba el ventanal...

Y llegaba el momento que Isabel temía por encima de cualquier otro. Quinn lo intuía... Colocó las palmas de las manos a ambos lados de las caderas femeninas y, lentamente, arrastró hacia abajo la delicada seda de las medias, con la intención de descubrir sus piernas.

En un arranque de pudor, Isabel presionó con sus manos las del hombre, deteniendo el recorrido que pretendían.

—Por favor, no...

Quinn abandonó el diván y pegó su cuerpo al de la joven... Se quedó así, no la abrazó, no la besó... Dejó que las manos de ella siguieran sobre las suyas, presionando levemente la carne de las caderas. Le gustaba aquello... aquel contacto suave pero lleno de determinación... Le gustaba el modo en que ella marcaba los límites para no herir su sensibilidad. Le pareció encantador y muy generoso por su parte. Pero innecesario... Porque cada porción de ella era absolutamente



hermosa. Incluso aquellas cicatrices de las que hablaba y que ya había podido palpar con la yema de los dedos. Agachó la cabeza y apoyó su frente en la de ella. Permanecieron así unos segundos... Ella tenía los ojos cerrados, esperaba su siguiente movimiento, tal vez aterrorizada... Quinn acarició con sus labios la sien, la línea de la nariz... la boca... Fue un roce muy delicado que hizo que los labios de ella se abrieran bajo los suyos. Le habló sin despegar su boca.

—Señorita Tisdale... Es usted una mentirosa —dijo con voz rasgada, deslizando sus dedos por la piel ligeramente rugosa de uno de los muslos—. ¿Acaso intentaba convencerme de que es una especie de monstruo? ¿Tenía la esperanza de que huyera si me contaba todas esas tonterías acerca de usted?

—Por favor, no se burle, señor Quinn...

—¿Burlarme? Es usted quien lo hace, señorita Tisdale... Abra los ojos, se lo ruego —pidió con urgencia.

Isabel despegó lentamente los párpados y su mirada encontró la del hombre.

—¿Qué ve en los míos? —preguntó él, cerrando sus manos sobre la cintura carnosa.

—No sabría decirle, señor... está demasiado oscuro.

—Entonces, no está mirando bien, señorita Tisdale... —Quinn acarició con la punta de la lengua los labios de Isabel—. Le diré lo que hay en mis ojos... Es su reflejo, señorita... No puedo explicarlo con palabras... Pero que me ahorquen si usted no es la criatura más hermosa que he visto en mi vida... ¿me cree?

Quinn sabía que no. La señorita Tisdale seguramente atribuía sus ardientes palabras a la cortesía y el frenesí de la ocasión. Para demostrarle lo sincero que era, desató el cierre de sus pantalones y llevó la mano de ella hasta el interior, colocándola sobre su miembro a punto de estallar de deseo.

—¿Me cree ahora? —susurró en su oído—. No tenga miedo, por favor... Le pido que confíe en mí, señorita Tisdale... Llevo mucho tiempo sin complacer a una dama, pero le doy mi palabra de que intentaré ser delicado y paciente, aunque... ¡Dios, cómo la deseo!

—Señor Quinn... Si pudiera usted enseñarme... Quisiera corresponderle... Tal vez si me indicara aquello que le proporciona placer... —sugirió ella con el rostro teñido de rubor.

—De ningún modo, señorita Tisdale... Permita que sea yo quien le proporcione placer. Me sentiré honrado si logro que guarde un excelente recuerdo de nuestra... *asociación*.

Pronunció la última palabra sobre el pecho de Isabel y ella no tuvo tiempo de protestar. Los dientes de Quinn mordían suavemente un pezón mientras la palma de su otra mano frotaba en lentos círculos el otro montículo sonrosado, logrando que ambos se endurecieran al instante.

Isabel gimió y se mordió el labio inferior cuando la mano de Quinn abandonó uno de los senos para deslizarse lentamente por su abdomen, por su estómago, acercándose de un modo enloquecedor al lugar donde palpitaba su feminidad. Sus dedos buscaban refugio entre los pliegues de su sexo húmedo y ella entreabrió de manera involuntaria los muslos para facilitarle el acceso. Era una sensación tan insólita y maravillosa que enmudeció por completo... Aquel rítmico

movimiento de sus dedos sobre el diminuto y henchido botón la transportaba a un mundo desconocido... Se apretó contra su mano, mimosa, excitada...

—Señor Quinn... —jadeó Isabel, clavando los dientes en el cuello masculino. Sin darse cuenta, tiraba de la chaqueta del hombre.

—Señorita Tisdale... —Quinn aumentó el ritmo de su caricia, riendo contra su pecho al sentir las manos de ella desabrochando con urgencia los botones de su chaleco.

La dejó hacer y se detuvo un momento, ignorando las protestas de la joven, solo para despojarse de la ropa que se interponía entre ellos. Apresó la boca de Isabel y le hundió la lengua hasta el fondo, ahogando sus gemidos y excitándose aún más al ver cómo ella retorció la lengua contra la suya con avidez. Liberó su miembro y dejó que presionara el estómago de la joven, observando con ansia la reacción de ella ante su dureza. No quería asustarla... Pero iba a poseerla allí mismo y quería que fuera muy consciente de que lo que estaba a punto de suceder.

*Miserable y canalla...* De nuevo, la voz de su conciencia pretendía detenerle. Se arrodilló frente a Isabel y clavó los dedos en su trasero para acercarla aún más. Enterró la cara entre sus muslos, acallando de una vez por todas cualquier remordimiento... Al diablo con todo... Ella olía tan bien... Su sexo crecía, vibraba y se desbordaba en su boca y en su lengua. Isabel le acariciaba el cabello, enredaba sus dedos y tiraba de él con fuerza, obligándole a hundir aún más la boca entre sus ingles... Estaba lista para él. Lista para recibirle... «Al diablo», se repitió, acariciándole la línea de la espalda y sujetándola con gentileza mientras la hacía caer junto a él en la alfombra.

Quinn apoyó los codos a ambos lados del cuerpo de ella e interpuso la rodilla entre los muslos de la joven. Inclino la cabeza para beber de sus labios una vez más y, dentro de su boca, preguntó con voz ronca de deseo:

—¿Quiere que siga, señorita Tisdale? Diga que no y me detendré...

Isabel le mordió ligeramente el labio superior, justo en el lugar donde una mala noche alguien había dejado una pequeña cicatriz. La besó después, dibujando con la lengua el contorno de aquella boca increíblemente atractiva y turbadora.

—Me tomaré eso como un sí... —murmuró Quinn, penetrándola muy despacio. Sus movimientos eran tan meditados que creyó que iba a desmayarse por el ejercicio de auto control que estaba realizando.

Isabel dio un ligero respingo al percibir la invasión de su miembro rígido, pero se relajó cuando Quinn abandonó su boca para regresar a sus pezones. Los lamía, los succionaba... Su boca iba de uno a otro y sus dedos jugueteaban con el que quedaba libre mientras su cadera se movía lentamente, hundiéndose en ella de un modo delicioso y considerado.

Quinn entraba en ella con sumo cuidado y volvía a salir, dejando solo la punta de su miembro en aquel paraíso caliente y húmedo que casi estaba preparado para recibirle por completo. La penetró un poco más e inclinó el rostro un segundo hacia ella para escuchar lo que decía con voz trémula.

—Más... más adentro...

Quinn tomó aire, preguntándose si aquella joven podía siquiera imaginar lo que le hacía cuando le susurraba aquella plegaria al oído. Deseaba complacerla... Introdujo su miembro un poco más... un poco más... Ya estaba completamente dentro y quería permanecer allí un buen rato, inmóvil, tan solo disfrutando de su calidez... Pero ella le sorprendió, elevando las caderas para recibirle, moviéndose contra su cuerpo de un modo que solo un santo podría ignorar... Él no era ningún santo. De hecho, era lo menos parecido a eso...

«Diablos», pensó... Y fue el último pensamiento que pudo recordar antes de penetrarla repetidamente, antes de escuchar un gemido prolongado que escapaba de la garganta femenina y el suyo propio al derramarse en su cálido interior.

\*\*\*

Algún tiempo después, Quinn la contemplaba en silencio mientras ella se apresuraba a colocar nuevamente cada prenda sobre su cuerpo. Sin mirarle, la señorita Tisdale le arrojó con cierta brusquedad su ropa y él mismo procedió a vestirse, un tanto desconcertado por el cambio visible en el humor de la joven. Aguardó pacientemente a que terminase y entonces tiró sin contemplaciones de la mano de ella, haciéndola chocar con su pecho. Estudió su expresión lúgubre donde ya planeaba la sombra del arrepentimiento.

—¿Señorita Tisdale? ¿He hecho algo que la incomodara?

La pregunta en sí era del todo ridícula, dadas las circunstancias. Pero se sentía en la obligación de hacerla, pues el modo en que ella le rehuía la mirada lo atormentaba.

—De hecho no, señor Quinn. Ha sido... muy placentero —respondió ella, ocultando sus ojos.

Quinn puso un dedo bajo su barbilla y la elevó, recorriendo con su mirada las facciones de Isabel.

—También para mí, señorita Tisdale —murmuró, excitado con el recuerdo de su piel—. Pero temo que su opinión sobre mí no ha mejorado un ápice, ¿me equivoco?

—Oh, no, señor Quinn... Le estoy muy agradecida por los servicios prestados y yo...

La mandíbula de Quinn se tensó. ¿Los servicios prestados? Aquella mujer era realmente despiadada si continuaba hablando de lo que habían compartido con tanta frivolidad. Para castigarla por sus palabras, la besó. No lo hizo con fiereza, sino con tanta ternura que hizo que todas las barreras que la joven pretendía levantar entre ambos cayeran como un castillo de naipes. Cuando apartó su boca, los labios de ella temblaban, inflamados.

—No vuelva a hablar como si hubiéramos cerrado un negocio, señorita Tisdale —advirtió, enojado—. No soy su juguete, ni su sirviente. No finja que no ha sentido lo que ha sentido y nuestra amistad florecerá como una amapola.

—Qué... poético, señor Quinn —se burló Isabel, dominando a duras penas su excitación—. Sin embargo, debo advertirle que el siguiente acto de nuestra comedia está a punto de acontecer.

Quinn escuchó los golpes secos en la puerta y vio cómo ella corría hasta allí para retirar el cerrojo. Al otro lado, la expresión ruborizada de una joven sirvienta que se cubría los labios con la palma de la mano, ahogando un gritito, hizo que Quinn comprendiera a qué se refería.

—¡Señorita Tisdale! —La joven clavó la mirada acusadora en el caballero que permanecía de pie en mitad de la estancia—. Lady Hortensia dijo que la encontraría aquí... Me pidió que le dijera que la espera en el Teatro Savoy en media hora.

A Quinn no se le escapó la forma en que la criada analizaba con detalle el vestido arrugado de Isabel, así como el desorden de sus cabellos.

—Gracias, Mary. El señor Quinn y yo ya nos íbamos. No me perdería por nada del mundo esta obra, *Los Alabarderos de la Casa Real*, ¿la conoce, señor Quinn?

—No tengo el placer, señorita Tisdale.

Quinn frunció el ceño, mientras Isabel se colgaba de su antebrazo y pasaba ante la sirvienta con una expresión tan descarada que era imposible no adivinar sus intenciones.

—Disimule, señor Quinn... —le susurró ella al oído—. Si hay alguien capaz de hacer correr como la pólvora un rumor, es nuestra querida Mary Grady. Dentro de media hora, no habrá una sola criada en Londres que no sepa que usted y yo hemos intimado.

—Es usted perversa, señorita Tisdale...

—No sea arisco. Mostrémonos en público y veamos cuánto tarda mi padre en morder el anzuelo y anunciar que he dejado de ser bien recibida en su casa —dijo con determinación.

Quinn asintió. El plan ideado por ella tenía sentido. Tal y como decía, la joven sirvienta parecía deseosa de que desaparecieran y muy dispuesta a mantener informadas a sus colegas de gremio de lo que sospechaba allí había sucedido.

Se dejó llevar por la señorita Tisdale, embriagado por el aroma de sus cabellos y por el tacto de su piel que llevaba aún impregnado en la yema de los dedos.

## Capítulo 11

Hermione lanzó la escudilla contra la mujer que se había convertido en su carcelera desde hacía meses. La odiaba. Profundamente... Habría clavado su cuchara en su cuello grueso de no ser porque Tamy era demasiado astuta y se había adelantado a sus intenciones, arrebatándole el cubierto. Era como si pudiera leer sus pensamientos... Maldita fuera...

—No puedes obligarme a comer esa bazofia. —La retó con la mirada, riendo a carcajadas mientras la otra mujer se limpiaba los restos de avena de la cara—. Mi padre hará que te azoten cuando sepa lo que intentas... ¡Quieres envenenarme! ¡Intentas matarme, maldita bruja apestosa!

Tamy avanzó un par de pasos, manteniendo una distancia prudencial entre ambas y la apuntó con la cuchara.

—Está completamente loca, señorita... *Usté*... mírese bien... ¿cree *ca'su* padre *l'importa* una mierda? —la atormentó la mujer, respondiendo con otra sonora carcajada a las de Hermione.

Hermione apoyó la espalda contra la pared, desesperada. Su único ojo giró varias veces en todas las direcciones, examinando aquellas cuatro paredes que tan bien conocía ya. Se echó las manos a los mechones rubios que crecían dispares en su cabeza y tiró de ellos con fuerza, aullando como un animal herido.

—¡Te odio, te odio, te odio! ¡Ojalá pudiera matarte, ojalá pudiera! —chillaba a pleno pulmón.

Pero Tamy no se mostraba afectada por aquellas amenazas. Se limitó a recoger la escudilla del suelo, introdujo la llave que pendía de su cinturón en la cerradura y abrió la puerta de la celda, cerrándola tras sí.

Apenas dos minutos después, Hermione escuchó nuevamente el sonido chirriante de la llave y se dispuso a abalanzarse contra aquella mujer para arrancarle los ojos con las uñas si era necesario.

Se detuvo al comprobar que no se trataba de Tamy. Su ojo se abrió cuanto le permitía el párpado que lo cubría y sus labios mostraron una sonrisa en la que los dientes comenzaban a amarillear por la escasez de higiene y la calidad de los alimentos.

—Ah, eres tú... —Hermione reparó en cómo la mirada de su hermana se clavaba en sus dientes—. ¿Qué miras, estúpida? ¿Recibiste mi nota? ¿Esa asquerosa de Tamy te la hizo llegar? Le dije que trajeras brandy y alcanfor en tu próxima visita... ¿Lo tienes... has traído lo que ordené?

Isabel asintió, aunque dudó un poco antes de entregarle la bolsa que contenía sus peticiones.

Aunque era una práctica habitual entre algunas damas utilizar los líquidos mencionados para blanquear la dentadura, ella había leído lo suficiente para saber que un consumo elevado de alcanfor podía resultar letal. Sin embargo, era imposible dialogar con Hermione sobre cualquier cosa, así que había decidido contentarla para no despertar su ira.

—¿Y mis vestidos... mi perfume...? ¡Maldita embustera! Dijiste que los traerías...

—Y los he traído —la interrumpió Isabel, aproximándose lentamente—. Pero el baúl es demasiado pesado. No he podido arrastrarlo hasta aquí. Esa mujer... Tamy... Ha prometido buscar ayuda de alguno de los hombres.

—¡Miente! Se lo quedará todo para ella... Lo venderá a buen precio... ¡Esa puerca se quedará con todo! —Hermione comenzó a pasearse por la celda con expresión desencajada. Se golpeaba las mejillas con los puños, una y otra vez.

Incapaz de soportar un segundo más verla así, Isabel se arriesgó a acortar la distancia. Sujetó sus manos con fuerza, obligándola a detener los golpes.

—¡Basta!—ordenó con tono firme.

Por un momento, creyó que Hermione recapacitaba, incluso le pareció ver un ligero atisbo de tristeza en el fondo de aquella pupila donde ardía la llama perenne del odio... Pero duró un instante. Al siguiente, Hermione la empujó con rabia, propinándole una bofetada en pleno rostro.

—No vuelvas a darme órdenes... —la increpó, llena de cólera—. ¿Quién te has creído que eres? ¿Mi salvadora?

Otra lluvia de carcajadas retumbó en la celda. Isabel se frotó la mejilla dolorida.

Sin embargo, había algo distinto en la expresión serena de Isabel y la misma Hermione fue capaz de captarlo pese a su locura. La miró, entrecerrando aquel párpado horrible que caía sobre su ojo sano...

—Un momento... ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué me miras de ese modo, hermanita? —Hermione bailaba lentamente, de un modo grotesco, alrededor de Isabel, agitando sus manos de uñas astilladas sobre la cabeza de su hermana—. La pequeña y sumisa Isabel... ¿qué escondes tras esa nueva expresión desafiante?

—No es nada, Hermione. No sé de qué me hablas —mintió Isabel, luchando por recobrar la serenidad.

Recientemente había descubierto que no le hacía ningún bien a su espíritu aceptar los golpes de Hermione y que, con mayor frecuencia cada vez, deseaba devolvérselos. No era un pensamiento cristiano ni había nada piadoso en él, pero no podía evitarlo... Era como si una Isabel desconocida y rebelde que yacía dormida durante años hubiera despertado una mañana y quisiera cobrarse todas las ofensas sufridas.

—Sí que lo sabes... —Rio Hermione con malicia, chascando repetidamente la lengua—. Mira tus puños... Mira tus nudillos apretados... como si quisieras aplastarme con ellos... ¿Has sido una niña mala, hermanita? A mí puedes contármelo... Ya sabes que disfrutaré con cada detalle.

—Te repito que no es nada. —Isabel se apartó de Hermione.

—No es nada... no es nada... —repitió ella con aquel tono que helaba la sangre, plantándose frente a ella e interceptándole el paso. Acarició la mejilla que había abofeteado. Sin embargo, no había nada afectuoso en el modo en que sus dedos le presionaban la piel. Acercó sus labios al oído de Isabel—. ¿Sabes lo que hace el Demonio a las jóvenes que se atreven a tontear con Él? Te diré lo que hace... Se mete entre sus piernas y hunde la verga poderosa y llameante en su sexo... la hunde tan adentro que ya nunca más quieres que salga de allí... Derrama su semilla en el interior... Hum...

Hermione se pasó la lengua por los labios, lasciva.

—¿No sientes curiosidad, hermanita? ¿No quieres saber cómo es? Pobre Isabel... —se burló, riendo de nuevo estrepitosamente. De pronto, la risa se borró de sus labios y fue sustituida por una mueca de espanto, mientras clavaba la mirada en algo invisible que parecía estar en aquella celda pero que nadie más que ella podía ver—. ¿Cómo... cómo dices... qué...?

Isabel miró a su espalda, sintiendo inexplicablemente aquella presencia. Después, miró de nuevo a Hermione, quien parecía abducida por el ser que le hablaba solo a ella.

—¿Tu instrumento... tu instrumento ha huido...? ¿Libre... libre por fin...? ¿Y qué hay de mí... qué hay de mí...?

Isabel contuvo el aliento, horrorizada. La imagen de Hermione no podía resultar más devastadora para sus esperanzas. Su comportamiento no reflejaba mejoría alguna. Por el contrario, se diría que cada minuto que pasaba allí dentro, aniquilaba cualquier progreso.

—Hermione, te lo ruego... Regresa a mí... Debes hablar conmigo —la instó, en un último intento por recuperar a la joven que, aunque jamás le había mostrado afecto, seguía siendo su hermana.

—Vete... —le susurró ella, colocando su dedo índice sobre los labios ajados—. Él no quiere que estés aquí...

—Pero... ¿quién, Hermione, quién desea que me vaya? —Isabel temía más la respuesta que la incertidumbre. Sabía que aquella respuesta mostraría por fin el abismo en que se hallaba sumida la negra alma de Hermione.

—Él... —susurró de nuevo—. ¿No ves que eres demasiado buena? Le ofendes con tu presencia... Debes marcharte ahora mismo... ¡Deprisa!... Antes de que me obligue a hacerte daño... Y lo haré, Isabel, no dudes que lo haré...

Isabel no esperó a que insistiera. Golpeó con los puños la puerta de la celda y escuchó los gritos de Tamy al otro lado.

—¡Ya voy, ya voy!

Isabel apretó las manos contra el pecho mientras Hermione inclinaba la barbilla y la miraba desde su posición, con su boca torcida en aquella mueca diabólica. Su expresión era espeluznante.

—¡Por Dios, abra ya! —exclamó Isabel, respirando aliviada cuando la puerta se abrió providencialmente.

Recorrió el largo pasillo, ignorando los aullidos, los juramentos y obscenidades que provenían

de los pequeños orificios con barrotes a ambos lados del corredor. Le pareció que las voces llegaban de todas partes y de ninguna... Se tapó los oídos, apretando los dientes y obligando a sus pies a coordinar los movimientos para no tropezar y alcanzar la salida.

—Dios mío, ayúdame... —se decía a sí misma, sugestionada por las perversas palabras de Hermione.

—Por aquí, señorita.

Una voz que parecía salida de las entrañas de la tierra detuvo su carrera. Elevó la mirada hasta el hombre con medio rostro desfigurado que le indicaba el camino. Pese a su apariencia monstruosa, Isabel leyó en los ojos del hombre un atisbo de compasión. Se aferró a eso como a una tabla de salvación en mitad del océano.

—Gracias... —articuló con dificultad, tomando aire fresco en cuanto atravesó los setos que la conducían fuera de Broadmoor.

\*\*\*

—Pareces distraído, amigo mío —observó Durrell, viendo cómo su acompañante pasaba las cuartillas frente a sus ojos sin prestar demasiada atención a su contenido.

—Nada de eso —refutó Quinn, haciendo a un lado los papeles y estirándose en el sillón—. Es solo que no logro comprender a las mujeres, Morgan.

—¿A todas en general o hablamos de alguna en concreto, Quinn? —se interesó Durrell, aunque adivinaba la respuesta.

—En general, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Durrell, añadiendo—: He de suponer que tu reciente preocupación por el complicado universo de las damas no tiene nada que ver con los rumores que circulan sobre una supuesta relación entre la señorita Tisdale y cierto inspector.

—No sé de qué me hablas. —Quinn hizo ademán de retomar la lectura, pero Durrell se lo impidió, colocando la palma de la mano sobre las cuartillas.

—¿De veras? Me alegra oírlo, amigo. Porque sabes que mi mujer pedirá tu cabeza si osas despreciar las virtudes de la señorita Tisdale.

—¡Válgame el Cielo! —exclamó Quinn, con hastío—. Hace unos días, me advertías que ella misma pretendía lanzarla en mis brazos. Y ahora, me amenazas ante la mera sospecha de que haya ocurrido algo entre nosotros.

—No desvíes la atención, Quinn. La cuestión es, ¿ha ocurrido? ¿Has tenido algo con la señorita Tisdale?

Quinn encogió los hombros.

—¿Y si fuera así? Con todos mis respetos, amigo. No es de tu incumbencia. Como sabes, la señorita Tisdale es una mujer adulta, cabal y dueña de sus actos —comentó, tratando de ocultar en vano la sincera admiración que latía en su aseveración sobre ella.



—Ah, ya veo. Sin embargo, insisto en que resulta francamente extraño ese cambio de opinión sobre la señorita Tisdale, a quien tildabas de... déjame recordar... ¿solterona amargada?

Quinn no contestó. Ahora, sus dedos martilleaban con distracción sobre la superficie encerada de la mesa de caoba. Sus pensamientos eran algo dispersos y las palabras de Durrell, aunque pretendían despertar su interés, solo lograban que su mente regresara a la alfombra persa donde la señorita Tisdale y él había intimado hacía menos de una semana.

No había vuelto a verla desde entonces y la espera le reconcomía el alma... ¿Habría regresado ya su padre de aquel viaje? ¿Le habría comunicado por fin la identidad del prometido a quien ella había asegurado rechazar? ¿Se encontraría bien la señorita Tisdale, a salvo de la ira de su padre tal vez cuando este descubriera que su hija ya no era un trofeo que ofrecer a algún caballero a cambio de unas libras...?

Quinn se sentía un poco responsable del destino de aquella joven sorprendente. Sabía que ella podía cuidar de sí misma, pero aquello no lo tranquilizaba. Por lo poco que conocía su historia, la señorita Tisdale había sobrevivido a su prematura orfandad y a toda una vida de desaires por parte de su padre y su perversa hermana. Se había repuesto con valentía y dignidad a las cicatrices sufridas durante un incendio y seguía visitando a su hermana demente en aquel sanatorio donde nadie en su sano juicio desearía poner un pie por propia voluntad.

Sin embargo, todas aquellas muestras de audacia no la convertían en una heroína. Quinn la recordaba, trémula e insegura, corriendo a echar las cortinas para esconder sus cicatrices. La recordaba pura y virginal al principio, derritiéndose entre sus dedos; salvaje y apasionada después, frívola y calculadora finalmente... ¿Cuál de aquellas mujeres que se habían metido bajo su piel era ella realmente? Debía descubrirlo antes de que el recuerdo de su sabor en los labios lo volviera loco de remate. La señorita Tisdale comenzaba a convertirse en una obsesión.

Deseó que ella hubiera respondido a la nota que le había enviado al día siguiente de su encuentro en la residencia de lady Wilbough. Apenas había garabateado dos líneas en el interior de un ramillete de tulipanes rojos que había adquirido en Covent Garden. En el mismo instante en que lo entregaba a la mujer que lo recibía con cara de pocos amigos en Westwall Place, informándole que su señora no estaba en casa, se había arrepentido de su arrebato sentimental. Temía que ella lo malinterpretase, pues había sido muy clara con respecto a lo que ambos podían esperar del otro. Sin embargo, aquel estúpido gesto de galantería que no obtenía respuesta alguna seguía atormentándolo en silencio.

Durrell carraspeó.

—¿Has prestado atención a algo de lo que he dicho?

Quinn esbozó una sonrisa.

—¿Sobre la señorita Tisdale?

—Sobre ese sospechoso a quien Aberline encargó que siguieras la pista —replicó Durrell, molesto por la atención más que dispersa de su amigo.

Quinn ignoró el tono hosco de Durrell.

—Ese tipo es bastante escurridizo. Pero mis fuentes aseguran que lo han visto rondar a la tripulación del Cutty Sark en una de las dársenas de Millwall.

—¿Crees que pretende embarcarse a las Indias?

—Puede que sea su intención. Pero si es así, va a llevarse una buena sorpresa. He sabido que el capitán Woodget se ha comprometido con los comerciantes de lana a transportar su mercancía hasta Australia en una travesía de dos meses.

—¿Crees que Kelly podría ser nuestro hombre?

—¿El Destripador? —Quinn frunció el ceño—. Es posible. Nadie ha sabido nada de Kelly desde que encontraron el cadáver de la joven Mary Jane el mes pasado. Los hombres registraron su antiguo domicilio y preguntaron en cada casa de los alrededores y en los antros que solía frecuentar, pero nadie recuerda haberlo visto después de la noche del nueve de noviembre, la fecha que Aberline ha fijado para la prensa, como la de la última víctima hallada del Destripador. No obstante, Aberline no ha contado toda la verdad. Los dos sabemos que ha habido más muertes y mutilaciones. Me inclino a pensar que no estamos buscando realmente a un solo hombre, Durrell.

—También lo he pensado —convino el otro—. Aberline está obcecado con la idea de atribuir esas muertes a un mismo asesino múltiple. Parece que le entusiasma el hecho de poder contar a la opinión pública que se trata de la obra de un único depredador. Sin embargo, es cierto que se han producido otros incidentes a lo largo de los dos últimos años... demasiados. Muchos de ellos han sido ocultados a la prensa, mujeres del arroyo cuyas vidas no importan a nadie. Mutiladas de una docena de maneras distintas... Y aunque comparten cierta similitud en los detalles, hay algo que no encaja.

—Eso pienso. Es como si alguien quisiera convencernos de que todos los ataques han sido cometidos por el mismo hombre. Pero no lograrse nunca repetir ese patrón perfecto que disiparía toda duda —concluyó Quinn, cada vez más convencido de aquella conjetura, y añadiendo—: He echado una ojeada al historial de las víctimas, Morgan. Y salvo tal vez en cinco de ellas, el resto de los ataques evidencian claramente que estamos ante dos o más sospechosos. Según el forense, mientras que algunos de los cortes hallados en las víctimas denotan cierta habilidad en el manejo de instrumental quirúrgico, la gran mayoría parecen haber sido realizados por un aficionado al cuchillo que fingía ser lo contrario. De hecho, el forense ha confirmado mis sospechas esta misma mañana: al menos, ocho de las mujeres fueron atacadas con toda seguridad por un hombre diestro. Tres fueron víctimas de un asesino que utilizó su mano izquierda para asestar los cortes. Y otras tres, fueron apuñaladas por algún animal que se empleó a fondo usando ambas manos y también los dientes...

Durrell lo miró con admiración.

—Veo que has estado ocupado. Me has engañado con ese asunto de la señorita Tisdale. Por un momento, creí que todos tus pensamientos habían sido dominados por esa joven. Pero ya veo que no. —Esbozó una sonrisa afable—. Y entiendo lo que tratas de decir. He valorado la misma hipótesis. Pero ese cabezota de Aberline... No ve más allá de los laureles que sueña recibir si

cierra su investigación ahorcando al primer lunático infeliz que confiese.

Una señal de alarma se disparó en el cerebro de Quinn al escuchar el nombre de la señorita Tisdale seguido de la palabra *lunático*.

—Durrell... Ese hombre, James Kelly... —dijo pensativo, tratando de recordar algunos detalles sobre la señorita Tisdale a los que no había prestado la debida atención entonces—. Fue acusado de asesinar a su esposa, ¿no es cierto?

—Así es. Hace unos cinco años. Le condenaron a la horca por el homicidio de una joven...

—Sarah Bridger, lo recuerdo —lo interrumpió Quinn y una leve sombra oscureció sus ojos de pronto—. El caso conmovió especialmente a Charity... La semana antes, ella me había confesado que estaba encinta. Recuerdo el día que detuvieron a Kelly. Charity llegó a casa después de hacer sus compras en el mercado, horrorizada... Conocía a la víctima, una joven católica y muy trabajadora, decía... No podía creer que aquel hombre fuera capaz de hacer algo así. Sarah Bridger murió apenas tres días después. Algunos meses más tarde, encontré a Charity en la cocina, sollozando, furiosa... Lo achaqué al embarazo. Le pregunté qué le sucedía, aunque estaba casi seguro de que la culpa de todo la tenía su estado, que le impedía conciliar el sueño por las noches. Ella se encaró conmigo, fuera de sí... Me dijo que rezaba cada día por que dejara mi trabajo en las calles, que ya no confiaba en la Ley o la Justicia... Dijo que habían conmutado la pena de horca de Kelly y que había sido internado en un sanatorio mental...

Durrell asintió, comprendiendo ahora el verdadero motivo por el que las facciones de su amigo se habían tensado visiblemente.

—Broadmoor. El manicomio del que se fugó a principios de este año —Morgan terminó por él frase.

—Broadmoor —repitió Quinn con voz grave—. El hospital para dementes que nuestra señorita Tisdale frecuenta dos veces al mes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso has estado siguiendo a la señorita Tisdale, Quinn? Ella no se alegrará cuando lo descubra —advirtió Morgan muy serio.

—Solo la seguí ayer —se disculpó a regañadientes—. Y únicamente porque me inquietaba que ciertos rumores pudieran haberla situado en un grave aprieto. Intenté que me recibiera, enviándole una nota, pero esa mujer... Ese perro guardián de sonrisa engañosamente amable llamado Fanny, ni siquiera me dejó poner un pie en la casa.

—Así que la seguiste hasta allí... ¿Qué esperabas encontrar, amigo mío?

—No estoy seguro. Aguardé oculto tras los setos que rodean la entrada de ese lugar infecto y esperé pacientemente a que saliera. Y cuando lo hizo... te juro que parecía que el mismo demonio le siguiera los pasos. —Quinn se pasó los dedos por la frente, preocupado—. Sea como sea, ese lugar... Broadmoor, no parece un sitio demasiado seguro, ¿no te parece? Por lo que he podido saber, ese malnacido de Kelly se fabricó su propia llave y salió de allí con toda naturalidad, sin que nadie reparase en su ausencia hasta un par de días más tarde.

—En efecto, sucedió tal y como dices.

—Y si le resultó tan fácil huir... ¿no opinas que alguien como él podría sentirse tentado a entrar y salir cuantas veces quisiera para proporcionarse una coartada?

Morgan asintió, meditabundo.

—Creo que mañana mismo me entrevistaré de nuevo con la señorita Tisdale —resolvió Quimm, abandonando el asiento que ocupaba frente al de su amigo—. Debo advertirla sobre la inconveniencia de sus visitas a ese lugar. No es seguro.

—Dudo que puedas convencerla, Seamus. Por lo que sé, sigue empeñada en que su hermana recobre la lucidez algún día.

—Ya veremos —exclamó Quimm con determinación desde la puerta.

\*\*\*

Isabel recibió la nota que Fanny le entregaba con manos temblorosas. La miró un instante y rasgó el sobre a toda prisa, extrayendo la cuartilla del interior y leyendo con rapidez.

—Mi padre regresará en unos días —anunció con agitación—. No hay tiempo que perder, Fanny. Debes ayudarme cuanto antes a preparar mi equipaje.

—Pero, niña... Él no permitirá que huya sin más.

—Lo hará, descuida. Por el tono de su nota, parece que las noticias también han volado hasta Portsmouth y piensa adelantar su regreso —informó Isabel, tendiéndole la carta para que la propia Fanny conociera su contenido.

Isabel.

Han llegado hasta mí ciertos rumores malintencionados que me obligarán a acortar mi viaje. Es mi deseo atajar cuanto antes cualquier infame aventura que hayas osado iniciar con el caballero en cuestión. Nos guste o no a ambos, soy tu padre y me debes obediencia. No cuentas con mi consentimiento para lo que sea que te propones con ese hombre y de ningún modo permitiré que arrastres mi nombre por el fango. Antes, haré que te encierren en el mismo lugar donde tu hermana se marchita cada día. Te lo advierto, Isabel, si persistes en desobedecer mis órdenes, serás duramente castigada. Jamás, óyeme bien, jamás podrás librarte de mí ni del destino que yo decida para ti. Espera mi regreso y serás debidamente informada de la fecha de tus nupcias con el caballero a quien ya he comprometido tu mano.

Carlton E. Tisdale

—¡Es terrible, señorita Isabel! —se lamentó Fanny con expresión aterrada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Desobedecer, por supuesto —respondió Isabel con absoluta determinación, añadiendo—: No me quedaré aquí a esperar su regreso. No permitiré que me venda a uno de esos seres retorcidos con los que conspira en las sombras. Y tú, Fanny, tampoco vas a quedarte.

—Pero... ¿está segura, niña? —La miró y había un tenue brillo de esperanza en sus ojos—. Mire que no tengo dónde ir, soy demasiado mayor para encontrar otro empleo...

—No necesitas otro empleo, Fanny —replicó Isabel—. Ya tienes uno. Ven conmigo a Gentiles y

felices.

—¿Lo dice en serio, señorita? —Fanny se llevó las manos al pecho, emocionada.

—Absolutamente. Necesitamos un par de manos expertas que nos ayuden con la casa. No como sirvienta, desde luego, sino como gobernanta. No conozco a nadie más cualificado para organizar el servicio. Claro que, al principio, no podremos pagarte demasiado. Pero tendrás alojamiento y comida gratis y una pequeña suma para tus gastos. Y estoy segura de que, con el tiempo, compensaremos tu enorme valía... Te lo ruego, Fanny, acepta acompañarme... Sé que soy una egoísta y no deseo que suene a chantaje, pero... ni siquiera puedo imaginar otro hogar donde no estés conmigo.

—Es una locura, señorita Isabel... ¡pero, válgame el Cielo, acepto!

Isabel la abrazó, feliz.

—¡Bravo, Fanny! No tenemos un minuto que perder, recojamos nuestras cosas, y avisa a Willy, que tenga el carruaje listo al amanecer. No quiero que mi padre nos sorprenda huyendo e intuyo que tiene planeado presentarse antes de que acabe la semana. Dame la llave, Fanny. Aún hay algo que debo resolver antes de irme.

Fanny dudó un segundo antes de meter la mano en el bolsillo de su delantal y rebuscar en el fondo.

—No lo haga, señorita Isabel... Se lo ruego —pidió con voz trémula, ocultando la mirada.

—No temas, Fanny.

Ella le entregó la llave, reteniéndola un momento antes de apartar sus dedos.

—Por favor, perdóneme...

Isabel frunció el ceño. ¿Qué ocultaba aquella sombra que oscurecía la mirada de su querida Fanny? Fuera lo que fuera, confiaba en Fanny. Estaba segura de que cualquier acto cometido en el pasado, de la naturaleza que fuera, solo respondía a su deseo de protegerla. Y con aquella convicción, la besó en la mejilla y se adentró en los antiguos dominios de la perversa Hermione.

## Capítulo 12

—*Poderosas razones guardaban esa llave, niña. Le suplico que haga buen uso de ella y no intente encontrar allí rescoldos de otra lumbre... Eso solo le causará tristeza.*

Isabel recordaba las palabras de Fanny, advirtiéndola sobre los peligros de indagar en el pasado. Pese a sus bien intencionados consejos, no podía evitar que la invadiera una inquietante sensación, una agitación muy honda que nada bueno presagiaba.

Como la última vez, Isabel sintió como si una mano helada le acariciara el rostro en el mismo instante en que desplegaba las puertas del vestidor de Hermione. Separó con gran esfuerzo las sedas y muselinas de todos aquellos vestidos diseñados para la seducción y apoyó la palma de la mano en aquella línea en la superficie rugosa de la pared que ascendía hasta la misma moldura del techo. La rascó con las uñas, pero la pintura había quedado firmemente fijada y no lograba desprenderla. Pensó con rapidez y decidió probar con una de las horquillas que sujetaban su recogido en la nuca. Retiró del cabello una lo suficientemente gruesa y la utilizó como rascador con movimientos enérgicos durante un buen rato. Pasó los dedos nuevamente por la línea apenas perceptible que ahora revelaba sin lugar a dudas el marco de una puerta, la que antaño comunicaba con el otro lado de la estancia. Sin dudar, se introdujo por completo en el vestidor, apartando los encajes de su rostro. Empujó con el peso del cuerpo, pero la puerta no cedía. El paso de los años había hecho bien su trabajo, pero no se rindió. Apoyó las palmas de las manos y realizó otro esfuerzo sobrehumano, forzando a aquella superficie a aceptar su peso, tomando aire y repitiendo la misma operación unas cuantas veces. Por fin, un chasquido seco indicó que la superficie comenzaba a ceder. Con la frente perlada de sudor, empujó y empujó... hasta que, finalmente, la puerta se abrió por completo con brusquedad y le brindó la entrada al otro lado.

Isabel cayó de bruces por el impulso que había tomado en el último esfuerzo. Se levantó con dificultad, frotándose las manos y las rodillas doloridas. Se frotó los ojos como si aquel mero gesto pudiera arrojar algo de luz a la penumbra en que se hallaba sumida la estancia tantos años olvidada. Por fortuna, recordaba el lugar exacto donde una larga cortina de terciopelo burdeos cubría el ventanal. Atravesó el suelo de madera envejecida y descuidada que chirriaba a cada paso que daba y alcanzó la ventana. Tiró de la pesada cortina hacia un lado, tosiendo al sentir cómo el polvo acumulado volaba en el aire e inundaba sus vías respiratorias. Obrando el milagro, la luz del exterior inundó la estancia y todo cuanto había en ella hizo que los maravillosos

recuerdos de su niñez adquiriesen vida de pronto.

Isabel permaneció unos segundos inmóvil, girando lentamente la cabeza hacia uno y otro lado, reconociendo enseguida la cama de ébano coronada por el capitel tallado con hojas doradas de laurel. Junto a esta, el lavabo con sus patas en forma de garra sosteniendo los dos tableros de arce, uno inferior para la jarra de agua y otro sobre el primero para albergar la jofaina ahora vacía.

Un poco más alejado, el tocador con superficie de mármol sobre dos pies de lira y el espejo ovalado basculante sujeto a los montantes de bronce con forma de candelabro. Se aproximó hasta allí y acarició con los dedos el cepillo de nácar decorado con flores de loto. No se molestó en buscar el joyero, pues sabía muy bien que Hermione había dado buena cuenta del mismo así como de la mayoría de las joyas que albergaba. Suspiró con tristeza. Destapó el frasco de perfume de lavanda, lo elevó hasta la nariz y cerró los ojos, embriagada por aquel aroma que la transportaba a los días felices de la más tierna infancia.

Abrió los ojos y los clavó en la pared opuesta, reconociendo al instante el buró de caoba donde su madre rellenaba las líneas de su melancólico diario. Se acercó y ocupó el taburete donde ella solía sentarse, la espalda y los hombros erguidos mientras sus finos dedos garabatean sus pensamientos en una cuartilla.

El escritorio era un mueble robusto con tapa curva cilíndrica que ocultaba el tablero de escritura. Tiró de esta hacia arriba, descubriendo el tablero donde permanecían intactos el tintero y la pluma de ganso con la punta aún teñida de oscuro. Rebuscó en los cajones inferiores, pero estos habían sido convenientemente vaciados a la muerte de Margaret. Desanimada, apoyó los codos en el tablero y cerró nuevamente los ojos. Una suave ráfaga de aire que no procedía de ningún sitio concreto le acarició la mejilla... Lejos de asustarla, aquella leve caricia le arrancó una débil sonrisa. Entonces, otra brizna invisible le rozó la frente, cálida, amorosa...

Isabel se sentía reconfortada por aquella sensación de hogar que solo había conocido cuando su madre vivía. Se acarició el rostro de modo instintivo, como si quisiera retener en la piel los momentos que le venían a la memoria... Un abrazo afectuoso, un beso de buenas noches... Un sonido seco, como de algo que se rasgaba, la obligó a abrir los ojos. Extrañada, fijó la vista en la superficie del escritorio. En una de las esquinas al fondo, el recubrimiento de madera había comenzado a levantarse, seguramente por el paso inexorable del tiempo y la ausencia de cuidado en la madera. Alargó el brazo y tiró de la lámina de madera con precisión, llevándose un buen pedazo entre los dedos. Estirando el cuello y forzando la vista un poco más, divisó algo bajo la veta oscura... Lo apresó con dificultad y cuidado, pues no quería romper lo que fuera que tantos años había permanecido oculto en su extraño escondite.

Depositó el sobre amarillento sobre el tablero y lo extendió con calma, reprimiendo a duras penas el deseo de rasgarlo a toda prisa. Después de asegurarse de que el papel no quedaría deshecho a la más ínfima manipulación, abrió el sobre y extrajo la cuartilla que contenía y que se hallaba plegada en dos dobleces.

Reconoció enseguida la letra, la pulcritud y elegancia del trazo, la forma alargada de las consonantes altas y el suave redondeo de las vocales *a* y *o*... Pero por si albergaba alguna duda sobre la autoría de la carta, esta había sido firmada con las iniciales M.E.B.: Margaret Elizabeth Barry. Era el nombre de soltera de su madre.

Isabel tomó aire, acarició las iniciales y dedicó toda su atención a la lectura de aquella carta que, durante años, había permanecido providencialmente oculta, tal vez por algún motivo especial.

Mi querida Isabel...

Sí, no te sorprendas, es a ti a quien dirijo esta carta, consciente de que eres la única persona que algún día podría hallarla si la curiosidad y tu amor a mí te conducía hasta ella. Seguramente, te preguntarás por qué no la dejé en manos de tu padre para que te fuera entregada el día de mi muerte. O tal vez no. Con el paso del tiempo, la madurez te habrá hecho comprender los motivos de mi recelo. Si es así, supongo que mis peores sospechas se han confirmado y que, tal y como temía, el hombre a quien llamas padre ha sido un completo extraño para ti. Mi amada hija... No sabes cuánto anhelé ser más fuerte y luchar por que la muerte no me consumiera, cuánto recé por verte crecer y estar a tu lado y protegerte de la sombría presencia de quienes seguro han convertido tu vida en un camino cubierto de espinas. Pero Dios no quiso que fuera así. Ojalá algún día puedas perdonarme, Isabel...

Ahora, solo me queda el consuelo de que todas las incógnitas que atormentan tu mente sean desveladas por fin. Isabel, querida hija mía... Confío en que tengas la fortaleza de la que yo carecía entonces y sepas enfrentar la verdad con valentía, pues todo cuanto aconteció en el pasado y todo cuanto eres fue fruto del amor verdadero que un día deseo que tú misma llegues a experimentar.

Isabel... Antes de continuar tu lectura, debes jurar por mi memoria que obrarás con cautela y mantendrás en secreto cuanto hoy descubras, por tu propio bien y el de las personas que amas y te rodean.

Isabel miró en derredor, escuchando en el interior de su cerebro la suave voz de su madre, rogando que hiciera su juramento.

—Lo juro... —susurró como si ella pudiera escucharla, y volvió la mirada a la cuartilla, sintiendo que su pulso se aceleraba a medida que avanzaba en la lectura.

Mi pequeña... Hubo un hombre hace muchos años, antes de que tú nacieras. Era un buen hombre, un verdadero caballero, amable y dulce... Había llegado de tierras lejanas y su porte apuesto y las experiencias que contaba cautivaban a cuantas jóvenes lo conocían. Yo apenas era una cría y me sentí deslumbrada por su atractivo, por el modo en que pronunciaba mi nombre, por sus ojos que reflejaban su espíritu bondadoso. Me declaró su amor una mañana soleada de junio y supe enseguida que jamás podría entregar mi corazón a nadie que no fuera él. Le amé y fui suya hasta que el destino quiso que nos separásemos antes de que pudiéramos sellar nuestro amor ante Dios. Marchó un día con la promesa de regresar en cuanto sus obligaciones se lo permitieran... Pero nunca más volvió. Le dieron por muerto entre tantos otros que perdieron la vida en aquella horrible guerra que enfrentaba a hermanos y amigos y dividía América en dos mitades... Así fue como le perdí y como la pena consumió una parte de mi alma.

Pero el tiempo pasaba y en mi interior su semilla crecía poco a poco. Hasta que llegó el momento en que fue imposible ocultar que pronto vendrías a este mundo, Isabel. Mis padres no podían tolerar la vergüenza y se apresuraron a buscar la manera de arreglar el desastre que tu nacimiento provocaría en sus



vidas. Había un caballero... Un hombre cuya mera compañía me producía escalofríos. Acordaron nuestro compromiso y matrimonio con la mayor precipitación, aprovechando sus múltiples viajes y ausencias. Y así, sin que él supiera que yo estaba encinta, me convertí en su esposa. Jamás dijo que me amaba y demasiado tarde comprendí por qué. Fue cruel desde el primer día y a medida que se acercaba la fecha de tu llegada, pareció que comenzaba a sospechar. Y cuando por fin nos bendijiste con tu presencia, me rebelé que había sabido la verdad desde el principio. Me confesó su desprecio y exigió ser resarcido del engaño, proporcionándole un hijo que llevara su sangre... Me amenazó con repudiarme y arrebatarme tu custodia si me negaba. Así que acepté y me sometí a cuantas aberraciones puedas imaginar... Y al cabo de unos meses, la llegada de Hermione pareció calmar sus dañinos instintos.

Mis hijas llenaron entonces cada minuto de mi vida y olvidé aquel amor que tanta huella había dejado en mi corazón. Os dediqué cada aliento y cada mirada, convencida como estaba de que mi misión en esta vida era protegeros a ambas de la maliciosa influencia de ese monstruo.

Sin embargo, una tarde... Fanny regresaba del mercado con las mejillas arrojadas y la respiración agitada. Entró en mi cuarto y cerró la puerta tras de sí, mirándome como si portase alguna noticia maravillosa y al mismo tiempo terrible. Ella conocía mi secreto y sabía cuánto horror podía desencadenar la carta que ocultaba en su delantal. Aun así, me la entregó...

Y fue entonces cuando supe que mi amado, el dueño de mi alma, seguía con vida. Estaba vivo, Isabel. Tu padre vivía y seguía amándome como el primer día. Deseaba que cruzara el mar para reunirme con él y aguardaba mi respuesta para ordenar mi partida... Él no conocía tu existencia y yo ardía en deseos de contestar su carta y contarle lo maravillosa que eras...

Pero una vez más, el destino quiso que el monstruo con quien convivíamos descubriera mis planes... Enloqueció, gritó, me golpeó hasta casi matarme, dijo que os repudiaría públicamente si me atrevía a dejarle... Nada de eso me importaba... Pero cuando comprendió que yo jamás renunciaría a mi amor, hizo lo único que podía retenerme a su lado. Amenazó con darme muerte... a las dos... mis amadas hijas... Yo podía ver el fuego del Infierno ardiendo en su mirada, sabía que era muy capaz de llevar a cabo su amenaza... Hice lo que debía, con el corazón roto de dolor. Escribí mi respuesta, mi mano guiada por la del monstruo, fingiendo odio y resentimiento y pidiendo a mi amado que jamás volviera a solicitar mis atenciones. Y con mis duras palabras, sellé mi destino y el vuestro... Y que Dios me perdone, porque en mi lecho de muerte comprendí el tremendo error que había cometido al confiar en alguien que carecía de honor... Comprendí que él jamás perdonaría mi traición y que todo el odio que sentía hacia mí sería revertido en mis pequeños ángeles en forma de cien tormentos.

Perdóname, Isabel... Perdona a esta madre que no supo proteger lo que más amaba... Ahora sabes la verdad. Tu verdadero padre fue un hombre maravilloso y sé que heredaste su buen corazón, lo leía en tus ojos cada vez que te miraba. Si alguna vez deseas conocer su identidad, muestra a Fanny esta carta. Ella sabrá qué hacer y te proporcionará un nombre y las señas que hace años él anotó en aquel sobre que el monstruo no pudo destruir. Le hice jurar que lo guardaría por si era tu deseo buscarle.

Tu hermana... Mi pequeña Hermione, moldeando cada día su carácter con la arcilla que le proporcionaba su horrible padre... Ruego a Dios porque haya sabido vencer su malsana influencia. Ruego a Dios por que mis dos pequeñas sean felices pese a mis errores y mantengan unidos y dichosos sus jóvenes corazones...

Con todo mi amor,  
MAMÁ

Isabel leyó la última línea mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se apresuró a

retirar con la yema de los dedos una lágrima que había escurrido sobre el papel, temiendo que dañara la cuartilla y borrara la tinta.

De repente, comprendía muchas cosas. Comprendía el proceder del hombre que había llamado padre durante aquellos años. Sintió lástima por aquel ser abyecto que no había sabido ganarse el amor de una esposa y, en su carrera de odio, había logrado distanciar a las hijas que debió proteger. Apretó la cuartilla contra el pecho, atesorando las palabras de su madre en su corazón.

Debía salir de allí cuanto antes. Westwall Place era una prisión donde el aire enrarecido intoxicaba a cuantos allí residían. Primero Margaret, después Hermione... Ahora, ella misma comprendía que si permanecía un día más en aquella casa, corría el riesgo de desaparecer lentamente, consumida por el rencor y la rabia. Nadie estaba a salvo de la malsana influencia de Carlton Tisdale.

Abandonó la estancia y se dirigió a su propia habitación, arrastrando el pesado baúl que guardaba bajo la cama. Lo abrió y guardó en el interior unos cuantos vestidos y algunos objetos personales, entre ellos el ejemplar de lectura donde guardaba el medallón de Margaret.

Ya casi había terminado cuando una sombra se proyectó sobre el suelo, sobresaltándola. Isabel alzó la vista y, por primera vez, pudo mirar a aquel hombre sin que el desprecio que leía en sus ojos la hiciera sentir pequeña y frágil. Sin pensarlo, se aproximó a él y le mostró la carta, quitándola de su alcance cuando el hombre trató de arrebatarla con furia.

—Lo sé todo —anunció con voz firme, como si aquella verdad recién descubierta la armase de valor para enfrentarse a cualquier nueva ofensa.

—No sabes nada —replicó él, los ojos chispeantes de ira—. No eres más que una joven desvergonzada que ha metido sus narices donde no debía. Pero ya me ocuparé yo de que no vuelvas a husmear por ahí.

—Se equivoca. No va a ocuparse de nada en lo que respecta a mi persona —replicó—. Puesto que no soy nada suyo y usted no lo es mío, no permaneceré ni un día más en esta casa. Finalmente, *padre*, podrá librarse de mi molesta presencia, tal y como siempre deseó.

—¡Maldita descarada! Solo una ingrata se atrevería a hablarme de ese modo, después de todo cuanto he hecho por ti estos años...

—¿Lo que ha hecho por mí? —lo interrumpió Isabel, sonriendo con amargura—. ¿Se refiere a todas las veces que me humilló, a todas las veces que azuzó a mi propia hermana contra mí con la clara intención de enemistarnos?

—Al menos ella puede sentirse orgullosa de llevar mi sangre —dijo él, mirándola con profundo desprecio—. Mírate bien, Isabel... ¿Adónde irás? No tienes atractivo alguno, ni dinero, ni familia a quien acudir. No eres nada... Sin embargo, puedo mostrarme indulgente si aceptas entregarme esa carta y olvidar su contenido. Ese compromiso que concerté para ti podría solventar tu situación y compensarme al mismo tiempo los años malgastados en tu educación.

—¿Acaso no escucha nada de lo que digo? —Isabel agitó la carta en el aire—. Me iré, mañana mismo si es posible.

—No pienso tolerarlo, Isabel. No dejaré que me avergüences públicamente con las mentiras que esa arpía traicionera escribió mientras agonizaba en su lecho de muerte.

Isabel apretó los labios.

—Usted ya no tiene ninguna autoridad sobre mí —dijo con tono helado.

—Eso lo veremos. —Él la retó con la mirada a que le desafiara y continuara guardando prendas en su baúl.

Isabel le dio la espalda y regresó a su tarea, provocando que el hombre soltara una imprecación furiosa.

—¡Maldita seas!

Al escuchar aquellos juramentos coléricos, Isabel ladeó la cabeza, recibiendo por sorpresa el primer golpe de bastón en pleno rostro. Levantó el brazo para protegerse la cara y el segundo golpe impactó con fuerza en su brazo y la obligó a caer de rodillas junto al baúl.

Isabel cerró los ojos, conteniendo un gemido de dolor. Se arrastró como pudo hasta el otro extremo de la habitación y volvió a erguirse con gran dificultad, apoyando ambas manos en la superficie de la pared.

Él ya avanzaba nuevamente hacia su posición, dispuesto a continuar con sus viles acciones.

Pero algo en los ojos de Isabel hizo que se detuviera en seco, dejando suspendido en el aire su bastón de elegante empuñadura.

Ella no supo qué era aquello que lo detenía, pero deseó que lo hiciera el tiempo suficiente para huir de aquella habitación antes de que la matara a golpes.

—Maldita... maldita seas... Te pareces tanto a ella... La viva imagen de Margaret, esa ramera desleal... Debí matarte entonces... —murmuró el hombre, quien parecía hipnotizado por la imagen de la joven.

Unos segundos más tarde, alzaba de nuevo su bastón para descargarlo sobre Isabel con mayor ímpetu que antes.

—¡Basta, señor!

Isabel vio cómo la buena Fanny se interponía entre ambos, aferrando el bastón con ambas manos y apartándolo de la joven con determinación.

—Vieja entrometida... ¡Aparta o también a ti voy a molerte a palos! —gritó él, estupefacto por la inesperada intervención de la mujer.

—Adelante, hágalo si quiere, señor —lo conminó ella con tranquilidad—. Puede matarme si quiere... Pero no volverá a tocar a mi niña, no señor...

—¡Te digo que apartes, vieja alcahueta!

—No, señor, no pienso hacerlo. —Fanny se mantuvo inalterable—. Le prometí a la señora Margaret que cuidaría de ella... Y es lo que hago. Cuidar de esta joven que no ha hecho mal alguno a nadie... Y si usted tuviera corazón, señor, se arrepentiría ahora mismo de sus actos... de los presentes y los pasados.

Él le sostuvo la mirada. Y aunque Isabel no entendía bien lo que Fanny quería decir, supuso que

el hombre había captado a la perfección su mensaje, pues dejó caer el bastón lentamente.

—Ya puedes ir buscándote otro empleo, vieja loca. Veremos cuánto tardas en mendigar por las calles cuando nadie quiera contratar los servicios de una inútil como tú —amenazó.

—Fanny vendrá conmigo. —Isabel la apartó con suavidad, ignorando sus protestas y enfrentándose a él.

—¿Insistes en desafiarme?

—Insisto en que usted morirá solo en esta casa cuyos cimientos han sido la maldad y el engaño —afirmó Isabel, añadiendo con entereza—: Dejará que nos marchemos esta semana. Y nos proporcionará a ambas una pequeña suma de dinero para sobrevivir hasta que pueda encontrar un empleo.

—¿Has perdido el juicio? —rió a carcajadas, pero su risa se heló en un rictus desagradable al comprender, por la expresión de Isabel, que la joven hablaba completamente en serio—. ¿Es posible que lo propongas siquiera? ¿Con qué intención haría yo algo así?

—Con la intención de que ambas mantengamos la boca cerrada sobre ese secreto que usted y ahora yo conocemos. Con Hermione en ese sanatorio para lunáticos, ni siquiera puedo imaginar el descrédito que supondría para usted otro escándalo —concluyó Isabel, observando la reacción del hombre.

—No tienes agallas, Isabel. No harás nada parecido. Te conozco muy bien... Careces de valor para esa empresa tan indigna —se burló.

—Póngame a prueba. Antes de una semana, todo Londres conocerá la historia y será usted el hazmerreír de cualquier velada —lo amenazó con tono glacial.

El hombre lo meditó un instante. Ciertamente, parecía que aquella joven fuera una completa desconocida para él. Tal vez, alguien capaz de arrastrar su nombre por el fango, capaz de estropear la reputación que tantos años había construido...

—De acuerdo. Puedes marcharte —aceptó de mala gana—. Pero será cuando yo lo disponga.

—¿Pretende que siga aquí después de lo que ambos sabemos? —inquirió Isabel, confusa.

—Pretendo torturarte con mi compañía hasta que pagues el desatino de haberme desafiado —se jactó.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Isabel enseguida.

—Hasta que finalice la semana —informó el otro, pensando con rapidez. Sí, una semana sería suficiente para que alguien tuviera la oportunidad de cerrar la boca de Isabel para siempre. Debía ser algo casual... Los accidentes ocurrían a menudo... Isabel era propensa a sufrirlos, siempre había sido torpe y descuidada... Sonrió para sus adentros.

—Acepto —dijo Isabel, convencida de que aquel extraño ofrecimiento encerraba alguna trampa oculta. Sin embargo, deseaba zanjar aquella cuestión cuanto antes, y si quería rehacer su vida más allá de los muros de aquella prisión, debía aceptar sus condiciones, o al menos fingir que lo hacía. Por supuesto, no esperaba cumplir la palabra dada y huiría en cuanto tuviera oportunidad. El tiempo de acatar órdenes de aquel tirano había tocado a su fin—. Ahora, señor, salga de mi cuarto.

Y si se atreve a golpearme de nuevo... le juro que no ofreceré la otra mejilla.

Isabel escuchó la carcajada desagradable del hombre mientras este se alejaba por el pasillo. Lo oyó golpear con el bastón el suelo, como solía hacer en el pasado al imitar su cojera para humillarla. Pronto, todo aquello formaría parte del pasado, creyó esperanzada.

## Capítulo 13

—Insisto, señor, ahora no es buen momento para ser atendido. La señorita Isabel se encuentra indispuesta.

Quinn analizó con detalle la expresión de la mujer. El temblor de sus manos mientras sujetaba la pesada puerta de entrada, la palidez de su rostro y el modo huidizo en que sus ojos volaban del recién llegado plantado en el exterior al interior de la casa. Su experiencia le decía que algo no iba bien. La buena mujer trataba de despacharlo con cortesía, pero su pésima interpretación solo lograba convencerle de que pretendía ocultarle algo.

—¿La señorita Isabel está enferma? —inquirió con sincera preocupación.

—No es nada grave, señor. Ella... Ha sufrido una fuerte jaqueca durante la noche y necesita descansar —respondió Fanny en voz baja—. Pero le prometo que le diré que ha venido en cuanto se encuentre mejor.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted? ¿Acaso le hizo llegar mi nota anterior? —la interrogó, arqueando una ceja y clavando la mirada en la mujer.

—Por supuesto, señor.

—No obtuve respuesta alguna.

—Tal vez la señorita Isabel no deseaba responderle, señor —replicó ella, bajando aún más la voz.

—En ese caso, prefiero que sea ella misma quien afirme tal cosa —insistió Quinn, colocando su pie en la abertura de la puerta para evitar que Fanny le diera con ella en las narices.

—Se lo ruego, señor. Pondrá a la señorita en un aprieto si persiste en su actitud —susurró Fanny, alarmada.

—Dígame cómo puedo ayudarla y volveré cuando usted indique.

Fanny titubeó un instante, echó otra ojeada rápida a su espalda y lo empujó con brusquedad al exterior. Ella misma salió con él y entrecerró la puerta tras ella, asegurándose de que nadie más los escuchaba.

—Señor Quinn... Permita que le diga que su visita solo conseguirá empeorar la situación de la señorita Isabel —le recriminó ella—. Mi señora tiene un plan y está dispuesta a llevarlo a cabo. Pero si usted insiste en visitarla, lo estropeará todo. Su padre está en casa desde ayer y vigila sus movimientos cada segundo. La señorita Isabel aguarda un descuido del señor para atravesar esta

puerta y no regresar jamás. Pero, por su culpa, ese momento no podrá ser hoy a menos que deje usted de incordiar con su presencia.

—Por desgracia, señora, no puedo confiar en el buen criterio de la señorita Isabel cuando se trata de elaborar un plan. —Quinn se inclinó hacia la menuda mujer que ejecutaba las órdenes de su señora con tanta lealtad y tan poco raciocinio. La miró con expresión crítica—. Estará de acuerdo conmigo en que sus anteriores conspiraciones han resultado un absoluto despropósito. Por tal motivo, me siento en la obligación de intervenir y evitar que el asunto desemboque en un desastre de gran magnitud.

—Le repito...

—Y yo le repito que no me moveré de esta puerta a menos que la propia señorita Isabel me lo pida —la cortó con sequedad—. Se lo advierto, Fanny, si ella no me recibe antes de diez minutos, voy a entrar en la casa, con o sin su permiso.

La mujer exhaló un profundo suspiro.

—Está bien —aceptó ella al fin—. Debo anunciar su visita. El señor Tisdale querrá conocer el motivo de la misma.

—Estoy seguro de que sí. —Quinn casi hablaba para sus adentros—. Puede informarle de que se trata de un asunto oficial.

Fanny movió su cabeza hacia ambos lados, indicando con su gesto que no estaba de acuerdo en lo que le ordenaba.

—Gracias, Fanny. —Quinn le dedicó una sonrisa falsamente inocente, y en respuesta, Fanny gruñó, abrió la puerta y le dejó pasar.

—No se mueva de aquí, señor. —Fanny le indicó con un gesto que pasara al salón y desapareció rauda.

Regresó al par de minutos, seguida del caballero que Quinn enseguida identificó como el señor Tisdale.

—Inspector Quinn. —El caballero pronunció su nombre arrastrando las palabras, mientras le observaba con expresión de abierto desprecio.

—Señor Tisdale. —Quinn extendió su mano derecha hacia el hombre, sin esforzarse lo más mínimo por ocultar la animadversión que al parecer era recíproca entre ambos.

—Me informan de que desea entrevistarse con mi hija. ¿Puedo conocer los motivos de tal interés? —inquirió el otro sin tapujos.

—Como le he dicho antes a esta buena señora, se trata de un asunto oficial —respondió Quinn con aspereza—. Preferiría tratarlo en privado con la señorita Isabel.

—No me cabe duda de que lo prefiere, señor Quinn. Sin embargo, sepa que estoy al tanto de los rumores que le relacionan a usted con mi hija. Y debo advertirle que no toleraré ese tipo de conductas en mi propia casa —arguyó Tisdale con tono amenazante.

—Con todos mis respetos, señor Tisdale, soy yo quien le advierte que trataré este asunto oficial en privado con la señorita Isabel, aquí o en mi despacho de Scotland Yard —replicó Quinn,

arqueando una ceja. Su expresión arrogante evidenciaba que el caballero en cuestión no le merecía el menor respeto en realidad y Tisdale era lo bastante listo para entenderlo. Quinn añadió algo más por el placer de provocarle—: Le ruego haga venir a la señorita Isabel, y le garantizo que le importunaré con mi presencia el tiempo indispensable para mis averiguaciones.

—Usted no tiene idea de quién soy yo —advirtió Tisdale, apretando los puños y la mandíbula.

—Discrepo, señor. Es usted quien se confunde y parece no comprender cuál es mi posición.

—¿Su posición? —El otro rio con acidez—. Sé muy bien quién es usted, Quinn... Un advenedizo rescatado de las entrañas de algún burdel. No puede entrar en mi casa y darme órdenes.

—No pretendo tal cosa, señor. Pero insisto en ver a su hija de inmediato —Quinn pronunció cada palabra realizando un enorme ejercicio de autocontrol, ya que la actitud ofensiva del caballero pedía a voces que le diera su merecido. Tan solo se dominaba porque Tisdale era quien era y no tenía nada que ver con su apellido, sino con los lazos que lo unían a la joven a quien él tanto apreciaba.

—No si antes no me informa de la naturaleza de tales averiguaciones —se obcecó Tisdale, rojo de ira—. ¿Acaso me toma por estúpido? Sospecho que su interés no tiene nada que ver con ese puesto que, de un modo tan infame, le han obsequiado esos mequetrefes de Soctland Yard.

—No he venido a discutir con usted la conveniencia de mi nombramiento, señor Tisdale. —Quinn le mantuvo la mirada—. Haga venir a la señorita Isabel y evitaremos una situación embarazosa para ambos.

—No le permito que me hable en ese tono, *irlandés*...

Quinn frunció el ceño, sacudió la cabeza y respiró hondo, controlando nuevamente el impulso de golpear a aquel caballero presuntuoso que se interponía en su camino y comenzaba a impacientarle de una forma muy peligrosa.

—¡Padre! ¡Señor Quinn! Por favor... lamento el retraso.

Los dos hombres medían sus voluntades en silencio, pero al escuchar la voz de la joven que acababa de irrumpir en el salón, se apartaron prudencialmente y volvieron el rostro hacia ella.

Isabel avanzaba despacio hacia la ventana. Esquivó con paso firme el piano que permanecía mudo desde que Hermione había sido internada. Se detuvo junto al cristal, la espalda erguida y las manos cruzadas sobre la cintura.

—Le doy unos minutos, señor Quinn. Después, quiero que abandone mi casa y no vuelva a pisarla jamás, ¿lo oye? En cuanto a ti... —Tisdale se dirigió a su hija, pero en el último instante, lanzó un gruñido y decidió tragarse las palabras ofensivas que de seguro le reservaba.

Quinn ignoró al caballero cuando pasó a su lado, rozándole con brusquedad. Le habría producido enorme placer resolver aquello del modo en que merecía un tipo engreído como Tisdale. Pero en lugar de responder a su provocación, acertó la distancia que le separaba de la joven y se quedó allí, contemplando lo que quiera que ella estuviera viendo a través del cristal.

—¿Se encuentra bien, señorita Tisdale? Fanny dijo que estaba indispuesta. —Quinn le habló



con amabilidad, pese al malhumor que había despertado en él la actitud hostil del caballero.

—Perfectamente, señor Quinn. —El tono de ella era frío, pero el ligero temblor de sus labios la delataba—. Quería verme, ¿no es así? Aquí me tiene. Diga lo que tenga que decir y márchese, se lo ruego.

Quinn inclinó un poco la cabeza, tratando de distinguir alguna emoción en el perfil inmutable de la joven. Le intrigaba aquella reciente frialdad y sospechaba que había alguna razón para que la señorita Tisdale se mostrase en extremo reservada.

—Me hiere profundamente, señorita Tisdale. Creía que después de los últimos acontecimientos, nuestra anterior enemistad habría quedado desterrada para siempre —comentó con un deje de burla, anhelando en secreto que ella le mirase directamente a la cara.

—Déjese de monsergas, señor Quinn. Vaya al grano, antes de que mi padre decida cambiar de idea y dar por terminada nuestra reunión —pidió ella, y había un ruego urgente en sus palabras que de nuevo alertó a Quinn.

Esa vez, Quinn no se arriesgó a recibir otra evasiva. Deslizó los dedos bajo la barbilla de Isabel y, venciendo la resistencia de la joven, la obligó a girar el rostro hacia él. Por fin, pudo ver con claridad el motivo por el que ambas mujeres pretendían despacharlo con premura. La sangre se heló en sus venas al descubrir la mancha morada en el pómulo derecho y que ella, tan torpemente, había querido ocultar con un rastro de polvos de tenue maquillaje.

—Por favor... —susurró Isabel, apartándose de su lado.

Quinn le aferró el brazo, clavándole los dedos en la piel del antebrazo y arrancando de ella un gemido ahogado. Frunció el ceño y con suma delicadeza retiró la fina tela del vestido que lo cubría. De nuevo, la sangre se agolpó en sus sienes y una furia infinita se apoderó de él. Apretó los labios, colérico, sin apartar la mirada del amplio hematoma que se extendía desde el codo hasta la delgada muñeca.

—Válgame el Cielo... —articuló entre dientes, desviando los ojos hasta los de la joven—. Por lo que más quiera, señorita Tisdale... Dígame qué clase de canalla ha hecho esto... Le juro por Dios que le mataré.

Isabel se mordió los labios con fuerza, tomó aire y le devolvió una mirada suplicante.

—Le ruego... que no se entrometa, señor Quinn.

Quinn la contempló, atónito.

—¿Que no me entrometa? —casi gritó—. ¿Acaso cree que puedo quedarme de brazos cruzados mientras alguien... algún maldito miserable... se atreve a ponerle la mano encima?

—Usted no debe inmiscuirse, señor Quinn... Sé cuidar...

—¿Sabe cuidar de sí misma? Eso ya lo he oído antes, señorita Tisdale —farfulló Quinn, paseándose como un lobo enjaulado mientras se devanaba los sesos tratando de encontrar una explicación a aquella ignominia. De pronto se detuvo en seco frente a la joven, quien contenía el aliento a causa de la inquietud. Una idea iba adquiriendo gran consistencia en su mente y tan solo necesitaba una mirada para comprobar que estaba en lo cierto—. Se lo preguntaré una vez más...

Y le pido... le suplico, que sea sincera... ¿Ha sido su padre quien ha cometido esta vileza?

Isabel no respondió. Pero su silencio fue tan rotundo como lo habría sido su respuesta.

La mandíbula de Quinn se tensó de un modo que cualquiera que lo mirase diría que sus facciones habían sido esculpidas en piedra. Ignoró los ruegos de Isabel y en un par de zancadas alcanzó la puerta. Fanny le interceptó en el pasillo y trató de obstaculizar el paso hasta la biblioteca, donde el señor Tisdale despachaba al parecer sus asuntos.

Quinn colocó las manos sobre los hombros de la mujer y la apartó con firmeza.

—¿Señor Quinn!

—Se lo advierto, Fanny... Jamás he lastimado a una mujer. Pero por Dios que lo haré si se interpone en mi camino —la voz de Quinn era un rugido que provenía de su alma, herida por la visión de aquellos golpes infames.

Fanny retrocedió un paso, espantada por la rabia que leía en los ojos del inspector.

—Que Dios nos asista, señorita... —susurró, abrazando a Isabel y reteniéndola al objeto de evitar que lo siguiera.

En unos segundos, Quinn abrió de una patada la puerta que permanecía cerrada.

Al otro lado, el señor Tisdale le esperaba, cómodamente sentado en su sofá de terciopelo. Balanceaba una pierna cruzada sobre la otra, mientras acariciaba la empuñadura de su elegante bastón con una mano y con la otra apuraba sorbos de su copa de brandy. Tisdale observó al recién llegado con abierto desprecio.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Quinn? —preguntó.

Su tono burlón denotaba que el reciente descubrimiento del inspector producía en él una gran satisfacción.

—Sabe muy bien a qué he venido. —La expresión jocosa de Tisdale hizo que Quinn no albergase ya ninguna duda sobre la autoría de aquella vileza.

—¿De veras? ¿Ha solventado ya los asuntos que le apremiaban con mi pusilánime hija? —inquirió Tisdale en el mismo tono—. Confieso que esperaba realmente una disculpa por su parte. Es cierto que la ofensa lo merece. Pero aun así, soy un hombre razonable. Puedo entender que su escasa inteligencia y su torpeza le hayan conducido por caminos inadecuados.

—¿*Caminos inadecuados*? —Quinn apretó los puños, pues aunque no entendía adónde quería llegar el caballero con su locuacidad, intuía que finalmente, y fuera lo que fuera, desearía aplastarlo de todos modos.

—Desaciertos, señor Quinn. Tales como aspirar a que diera mi aprobación a esa nefasta relación que usted y mi desleal hija fraguaban a mis espaldas. Una torpeza sin precedentes que, sin embargo, estoy dispuesto a disculpar.

—¿Cree que he venido a pedir la mano de Isabel? —preguntó Quinn, arrastrando las palabras.

—Sospecho que alberga cierta esperanza con respecto a ella, así es. No obstante, haré cuanto esté en mi mano para desterrar ese absurdo pensamiento de su cabeza. —Tisdale torció los labios en una mueca grotesca—. Es una pena, inspector, que no conociera usted a mi otra hija, mi querida

Hermione, antes de que ese desafortunado incidente me obligara a recluirla en un sanatorio. De lo contrario, habría tenido la oportunidad de comprobar por sí mismo cuán distintas pueden ser dos plantas nacidas de una misma simiente... La una, exquisita y hermosa, dotada de una impresionante perfección, una obra magnífica, sublime e irrepetible... La otra... En fin, supongo que no es necesario que añada nada más... A la otra, la conoce perfectamente, por lo que he podido averiguar en mi ausencia. No obstante su atrevimiento, sepa que no le guardo rencor. Sé muy bien cómo funciona la mente perversa de algunas jóvenes que carecen de atractivo alguno. Son capaces de enredar a cualquier incauto con el único objetivo de satisfacer su dañina curiosidad... En el mejor de los casos, señor Quinn, teniendo en cuenta su modesta procedencia y su carencia de recursos económicos, puede sentirse afortunado. No seré yo quien le ate un lazo al cuello para arrastrarle al altar. Por mi parte, es libre de seguir su camino y buscar a una mujer de su clase con quien criar hijos fuertes y dóciles.

Quinn no daba crédito a cuanto escuchaba. Aquel miserable se jactaba en su presencia, mancillando el nombre y el honor de su propia hija, humillándola como si ella no valiera un penique. El deseo de matarlo era tan feroz que tuvo que ordenarse a sí mismo no avanzar un paso para llevarlo a cabo.

—Entiendo que se sienta apabullado por mi generosidad —añadió Tisdale con displicencia—. Reconozco que antes me dejé llevar por el orgullo y es posible que le recibiera con cierta acrimonia. Pero créame si le digo que he recapitado sobre nuestro encuentro. He decidido que no beneficia a ninguno de los dos que convirtamos este asunto en una disputa, toda vez que es del todo imposible que yo jamás acepte entregar a mi hija a un individuo de su... condición.

—Ya veo... Y, dígame, señor Tisdale... ¿está al tanto Isabel de la opinión que tiene usted al respecto? —preguntó Quinn con un gruñido.

—Es una mujer, señor Quinn. ¿Acaso importa lo que ella piense? —simplificó Tisdale con pasmosa soberbia.

—Debería importarle, si es que en algo aprecia su felicidad —puntualizó Quinn, preguntándose qué tipo de hombre era aquel, incapaz de amar a una criatura tan maravillosa, incapaz de emitir una sola valoración amable sobre ella.

—La felicidad de mi hija es asunto mío, señor Quinn. Y en cualquier caso, no es asunto suyo. —Sonrió nuevamente con aquella curvatura cínica que reflejaba su bajeza moral—. Pero si tanto le preocupa, debo decirle que el futuro de Isabel ha sido convenientemente resuelto. Por fortuna, su díscolo comportamiento aún no ha arruinado del todo nuestra reputación y me complace comunicarle que, en breve, anunciaré su compromiso con un caballero de su misma posición. Uno que, siguiendo mis consejos y utilizando los métodos apropiados, sabrá enderezar el talante sedicioso de mi hija.

—Los métodos apropiados... —repitió Quinn, asqueado, recordando las marcas que sus métodos habían dejado en la piel de Isabel.

—En efecto, señor. Es de todos sabido que, aplicando los correctivos oportunos, incluso una

joven de conducta rebelde puede convertirse en una dama aceptable. Doy gracias al Señor por que mi pulso sea aún firme y no tiemble al descargar la gracia de Dios sobre esa muchacha alborotadora...

—No meta a Dios en esto —lo interrumpió Quinn, dando por zanjada la conversación. Ya había tenido ocasión de escuchar suficientes barbaridades y si oía una sola palabra más no daba un centavo por la vida de aquel caballero—. Dios no ha golpeado a Isabel, ¿no es cierto?

—Solo he sido su instrumento, señor Quinn —replicó, añadiendo sin el menor atisbo de arrepentimiento—: Comprendo que alguien como usted no alcance a ver la grandeza de los actos de un padre. *El que escatima la vara, odia a su hijo; mas el que lo ama, lo disciplina con diligencia.*

Quinn lo escuchó recitar aquel pasaje bíblico. Sintió náuseas ante la irrefutable evidencia de que aquel malnacido repetiría gustoso el castigo si creía que ella lo merecía nuevamente.

—*Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor* —lo corrigió Quinn con voz tirante, recitando a su vez otro pasaje que Charity solía recordarle cuando el hastío y la sordidez de las calles de Londres lo embrutecía.

Quinn escuchó cómo el otro reía y fue como si aquel hombre dirigiera esa vez la ofensa contra su esposa muerta. La rabia creció en su interior. Quinn acortó la distancia, decidido a borrarle a puñetazos aquella expresión de complacencia.

—Cerdo arrogante... —masculló.

Tisdale se irguió con sorprendente agilidad y elevó su bastón con la clara intención de estrellarlo en el rostro del inspector. Sin embargo, Quinn estaba más que alerta y rechazó el ataque, elevando su mano y sujetando en el aire el arma con la que Tisdale pretendía reducirle. Se lo arrebató con violencia y lo miró, asqueado.

—¿Es esto lo que usó para hierla, hijo de perra cobarde? —escupió Quinn.

Sin esperar respuesta, asió los extremos del bastón, lo partió en dos contra su propio muslo y arrojó después ambas partes a los pies del caballero.

—Maldito irlandés... —masculló Tisdale, dirigiendo esta vez su puño contra la cara de Quinn.

Quinn esquivó de nuevo el golpe. Sujetó con rapidez las solapas de la bata púrpura de Tisdale y lo zarandó repetidamente, elevando su cuerpo casi en el aire. Mientras tanto, Tisdale agitaba pies y manos en un fútil intento por acertar con sus torpes movimientos en algún lugar de la anatomía de su adversario.

Cuando Tisdale dejó de manotear, Quinn lo soltó, enviándolo de un empujón contra la pared opuesta. El otro hervía de cólera y se limpiaba con la manga de su bata el reguero de sangre que le brotaba de la nariz.

—Esto va a costarle muy caro, irlandés... —exclamó, fuera de sí—. Haré que le destituyan... haré que le destierren y le encierren en la prisión más hedionda... Su pellejo miserable se pudrirá en...

—¡Cállese! Bastardo engreído... —Quinn aún dominaba su deseo de aniquilarle—. ¿Cree que

me impresionan sus amenazas? Por mí puede correr a lloriquear donde le plazca e implorar mil muertes para mi persona, hijo de puta.

—¿Se atreve a menospreciar mis influencias?

—Sus influencias me importan una mierda, señor. —Quinn lo empujó nuevamente contra la pared y cerró sus dedos sobre la garganta del hombre, presionando lo suficiente para que no pudiera escupir un insulto más y provocase entonces lo inevitable—. De hecho, la única razón por la que no le mato ahora mismo, es porque Isabel jamás me lo perdonaría.

—Isabel... me per...tenece... —logró articular Tisdale a duras penas.

Quinn aproximó su rostro al del hombre, apretando los labios con exasperación al tiempo que aumentaba la presión de sus dedos sobre el cuello de aquel gusano. Su cerebro le decía que debía detenerse, pero la imagen de las marcas en el rostro y el brazo de Isabel apenas le permitían pensar con claridad. Habría sido fácil acabar con él en ese mismo instante. Tan solo tenía que apretar un poco más... un poco más y aquel malnacido se reuniría con sus antepasados en el Infierno.

—Por favor, señor Quinn... Seamus...

La voz trémula de Isabel a sus espaldas le devolvió la cordura. Apartó un segundo la vista de aquel despojo humano y clavó los ojos en los de ella, perdiéndose irremediabilmente en su mar de serenidad pese a las circunstancias. Quinn suspiró y aflojó la presión, sin soltar a su presa. Inclínó los labios y los pegó al oído de Tisdale.

—Se equivoca, canalla... Ella no es suya... No le pertenece, ¿me oye? Y si vuelve a tocarla... Si la toca... una sola vez... Le juro por Dios que le mato —sentenció.

Soltó a Tisdale con rudeza, obligándolo a caer de rodillas y viendo cómo se agazapaba en un rincón de la estancia, maldiciendo.

Incapaz de contenerse por más tiempo, arrastró a Isabel con él y avanzó hacia el corredor donde Fanny rezaba enardecida.

Abrazó a Isabel sin importarle nada ni nadie más, estrechándola con ternura contra su pecho. Besó su cabello alborotado y sus párpados húmedos, le buscó la boca y la rozó suavemente con los labios. Ella abrió los ojos para mirarle con extraña calma.

—Lo lamento... Pero no vuelva a pedirme que permanezca impasible si alguien o algo en este mundo la hiere —dijo Quinn, atormentado porque seguía deseando matar a Tisdale y comprendía que ella no lo permitiría—. Pídame lo que quiera... Diga que quiere mi cuerpo, mi corazón... Reclame mi alma si quiere... Pero no me juzgue por querer arrancarle las entrañas a cualquiera que la ofenda.

Isabel no habló. En lugar de eso, elevó sus manos y rodeó el rostro de Quinn, acariciando la tensa mandíbula como si con ello pudiera aplacar la furia que encendían los ojos del hombre.

—Isabel...

Ella le cubrió los labios con la yema de los dedos. Se elevó de puntillas para depositar un suave beso en la boca de Quinn.

—Ahora debe marcharse, señor Quinn —susurró Isabel—. Pero ha de saber que nunca le juzgaré por sus actos... Y le prometo que siempre... siempre, siempre, seré su amiga...

Quinn entreabrió los labios y atrapó los de la joven, silenciando aquel alegato ingenuo y sin embargo, delicioso, que hacía vibrar cada fibra de su ser.

—Por favor, por favor... —La voz quejumbrosa de Fanny hizo que ambos rompieran el abrazo que sellaba su extraña unión.

—Prometa que abandonará esta casa enseguida —exigió Quinn, dirigiéndose de mala gana hacia la puerta e ignorando las protestas de la otra mujer. Se volvió hacia Isabel antes de atravesar la salida y retuvo sus manos entre las suyas—: Deme su palabra, Isabel.

Ella asintió.

Quinn le besó la palma de las manos antes de soltarla. Se despidió de ella, echando una última ojeada desconfiada hacia la entrada, con la firme convicción de que debía asegurarse de que ella cumplía su palabra.

## Capítulo 14

Quinn observó de reojo a la niña que acariciaba el gato blanco de lady Hortensia. Sin duda, había ganado peso en los últimos días gracias a las atenciones de la buena señora. Y con un buen baño, la mugre que le cubría el rostro había dejado al descubierto a una bonita y pelirroja criatura de unos trece años, pecosa y de vivarachos ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, lanzando la diminuta pelota que atrapaba la mirada ansiosa del gato y también de la niña.

Ella no contestó. Lo miró con sus enormes ojos que reflejaban curiosidad y recelo.

—No tienes nombre, ya veo. En ese caso, creo que te llamaré Alicia.

Quinn lo dijo con aparente distracción, espiando la reacción de la niña. Estaba casi seguro de que ella no captaría el significado de sus palabras ni el porqué de aquel nombre. La idea le entristeció sobremanera, por cuanto indicaba que aquella criatura no había tenido infancia, como no la tenían la mayoría de los niños que vivían en la pobreza de los barrios marginales de Londres.

—¿Quién es esa Alicia?—preguntó de pronto la niña, con aquel tono hostil tan bien aprendido en las cloacas de la ciudad.

—«Por fin se ha hecho el silencio e impera la fantasía, arrastrándonos a un cuento que es país de maravillas, donde hablan los conejos y bailan las pescadillas» —Quinn recitó aquel pequeño fragmento, el único que recordaba a fuerza de escucharlo en labios de Charity.

Ella solía leerle unas páginas de aquel cuento, cuando intuía que la jornada había sido tan dura que amenazaba con despojarle de toda sensibilidad. Era gran admiradora de Lewis Carroll y su universo fantástico. Tenía un don especial para adormecerle mientras acariciaba su pelo, enredando la yema de los dedos entre los mechones, mientras leía en voz baja las aventuras de la pequeña Alicia y el Sombrerero Loco...

La echaba de menos aún. Sin embargo, había descubierto que en los últimos meses le costaba recordar el color exacto de sus ojos o el olor de su piel. Un fuerte dolor le atenazó el pecho al comprender que cada día que pasaba el rostro de su esposa se desdibujaba en su mente y era sustituido por el de otra mujer... La joven que se había metido bajo su piel y que ahora sostenía sobre su regazo la cabeza de la niña y, del mismo modo que Charity había hecho con él en el pasado, calmaba la inquietud de la chiquilla con suaves caricias en el cabello.

Sus ojos se encontraron con los de Isabel. Le pareció ver un destello de enojo en los de ella. Isabel era demasiado avispada. Sabía lo que él pretendía, ganándose la confianza de aquella pequeña rescatada de la miseria. Por su expresión censoradora, resultaba evidente que no aprobaba sus métodos.

—¿Esa Alicia... era su hija? —preguntó la chica, irguiéndose levemente sin soltar a la gata blanca que yacía junto a ella en el suelo.

El animal ronroneó como protesta por el cambio de postura y, finalmente, estiró su largo rabo aterciopelado y el resto de su cuerpo peludo, y desapareció con su andar felino bajo las patas del sofá que ocupaba Quinn.

—No, no lo era —respondió Quinn, añadiendo—: Me alegra que hayas recuperado por fin el habla.

—¿Su novia tal vez? —insistió la niña y el brillo de sus ojos delataba la curiosidad que sentía—. No lo creo... Usted es *demasiado* viejo *pa* eso. Seguro que tiene por lo menos... cuarenta años. ¿A que he *acertao*, señor?

—Niña, haces demasiadas preguntas, ¿no te parece? —la regañó, inclinándose hacia ella y apoyando los codos sobre las rodillas—. A lo mejor, te gustaría trabajar conmigo en Scotland Yard. Serías una buena investigadora.

La niña arrugó su nariz puntiaguda salpicada de pecas y sacudió la cabeza hacia los lados.

—¿Está de broma? Antes dejaría que ese cerdo de Micky Blythe me hurgara bajo las faldas... —Se rascó la barbilla, pensativa. De pronto, lo miró entre los párpados como si acabara de reparar en algo que le hacía replantearse su futuro como agente de la ley—. Bueno, un momento... ¿Cuánto pagan?

Quinn sonrió y le pareció que, durante unos fugaces segundos, Isabel también sonreía por la ocurrencia de la niña.

—Supongo que podríamos llegar a un acuerdo sobre eso —convino él de buen humor—. Pero si realmente estás interesada en el trabajo, debes demostrar que posees las cualidades necesarias.

—¿Y qué cualidades son esas? —inquirió con descaro, estirándose por completo en su lado del sofá para dedicarle toda su infantil atención.

—Honestidad. Paciencia. Buena memoria, fotográfica, diría yo —dijo lo último con la mayor intención, observando cómo la espalda de Isabel se tensaba al escucharle.

No obstante, pese a lo mucho que le agradaba la compañía, no se encontraba allí para deleitarse en la contemplación de la señorita Tisdale. Y era un verdadero deleite mirarla, lo reconocía. Isabel mostraba aquella mañana una extraña belleza, serena y rabiosa al mismo tiempo... Parecía querer fulminarle con la mirada cada vez que él instigaba a la niña con el ánimo de obtener la información que precisaba. Sin duda, Isabel deseaba aislar a aquella pequeña buscavidas de cualquier recuerdo desapacible. Pero para él, era crucial conocer cada detalle que la niña pudiera recordar.

—Yo soy la persona más honesta del mundo —aseguró la niña rehuendo la mirada.



Quinn estaba seguro de que, en su corta trayectoria como delincuente, la muy granuja había sido exactamente lo contrario a lo que afirmaba ser. Pero no se lo tuvo en cuenta. Ya era un milagro que hubiera sobrevivido a las condiciones miserables de un lugar como Stepney.

—Y muy paciente... —añadió, orgullosa—. Una vez, Lily Thomas, su hermano Adam el Jorobado y yo, rondábamos los puentes en busca de nuestros tesoros flotantes. Ya sabe... la gente tira muchas cosas al Támesis y siempre hay algo que aprovechar. Aquella noche, vimos algo más... una sombra que resultó ser una dama bien ataviada... La seguimos hasta Blackfriars con la intención de birlarle el bolso al menor descuido, ocultándonos de cuando en cuando... Adam nos ordenó que distrayéramos su atención mientras él *s'asía* con el bolso.

»Pero justo cuando estábamos a punto de abordarla, vimos cómo ella se levantaba el faldón y se subía a lo alto del puente... Una mujer muy hermosa y joven que parecía desesperada y triste... Nos había mirado un segundo antes de arrojar, pero no dijimos nada, no hicimos nada... Al rato, vimos que no salía de nuevo y pensamos que el río se la había *tragao*. «*Calla's* como tumbas», nos ordenó Adam, y ni Lily ni yo nos atrevimos a llevarle la contraria... Era imposible que nadie más la hubiera visto, y hacía tanto frío que estábamos seguros de que, ni en un millón de años, aquella infeliz se libraría de largarse al *otro barrio*... ya me entiende... La cuestión es que Lily, Adam y yo, nos quedamos los tres, allí escondidos al pie de las escaleras, durante horas... Esperando, esperando...

Quinn imaginaba el resto de la historia y por más que la niña despertaba su compasión, no pudo evitar que su relato le repugnara. Por su parte, los ojos de Isabel reflejaban el espanto que le producía aquella anécdota que la niña ofrecía en toda su cruda naturalidad.

—Esperamos casi hasta el amanecer —prosiguió la niña, la mirada perdida ahora en algún punto invisible del paisaje al otro lado del amplio ventanal del salón—. Entonces, Adam el Jorobado, dijo que se le habían *congelao las pelotas* de tanto esperar, y empezó a toser tan fuerte que tuvimos que sujetarlo para que no se cayera también al río... Y de repente, nos dimos cuenta de que algo flotaba en la superficie y venía en nuestra misma dirección... Adam cogió una soga que había robado unos días antes a unos marineros borrachos y la lanzó... Consiguió engancharla a aquella cosa flotante y traerla hasta nuestra escalera...

Llegados a aquel punto de su historia, la niña se detuvo. Una única lágrima se deslizaba por su mejilla pecosa. Quinn vio cómo Isabel la retiraba con ternura y rodeaba los hombros de la cría para estrechar levemente contra su pecho, aquel cuerpo delgado y rígido.

—Y entonces... entonces... Adam le quitó a la dama sus joyas... dijo: «esta zorra ya no va a necesitarlas...», dijo... él dijo... «Betsy nos dará un buen pellizco por este botín...», y siguió quitándose todo... la capa que la envolvía como un regalo de Navidad, el vestido, las enaguas... Ella estaba hinchada como un globo gigantesco de feria... y Adam quería... él quería... quería cortarle los dedos para sacarle un enorme anillo que no salía por más que tiraba y tiraba...

—Ya basta, por Dios... —Isabel miró a Quinn, horrorizada, furiosa con él porque no ponía fin a

aquello.

—... y yo nunca había rezado nada, porque creía que Dios se había olvidado de mí al nacer y me había dejado en la casa equivocada... —continuó la niña con voz quebrada, ignorando la petición de la señorita Tisdale—. Pero en aquella escalera, cerré los ojos y recé las pocas oraciones que recordaba... y le pedí a Dios que Adam el Jorobado pudiera sacar el maldito anillo y no tuviera que cortarle los dedos a aquella señora... y me preguntaba todo el rato por qué ella no había querido vivir a pesar de todas las cosas bonitas y caras que tenía...

Quinn apretó la mandíbula, consternado por sus palabras, asqueado por cuanto significaban. Por aquellos tres chicos abandonados a su suerte que nunca serían los de la barca del cuento de Alicia, los niños felices que reclamaban otro cuento lleno de magia y fantasía. Aquellos chicos, los del puente, eran el resultado de una ciudad infame que agonizaba un poco más cada minuto. Una ciudad donde la paradoja más cruel convertía a las Betsy Adams dueñas de un burdel en las hadas madrinas de los cuentos que jamás tenían un final feliz.

—Aguarda aquí, criatura. —Isabel abrazó nuevamente a la niña, se agazapó bajo la butaca que ocupaba el hombre y obligó al gato a salir de su escondite. Lo cogió en brazos y lo dejó sobre el regazo de la pequeña, dirigiéndole una mirada llena de ternura. Después, clavó la mirada en el inspector—. Señor Quinn, ¿podemos hablar un momento? En privado.

El tono de Isabel no admitía réplica. Quinn la siguió hasta el jardín exterior, todavía consternado por aquella anécdota escalofriante.

\*\*\*

—¿Es que ha perdido el juicio, señor Quinn? —le espetó ella en cuanto estuvieron a solas.

—Isabel...

—De ningún modo toleraré que vuelva a acercarse a esa niña con el ánimo de torturarla —advirtió ella, retorciéndose las manos mientras paseaba por el mismo palmo de jardín una y otra vez.

Por fin, Isabel se detuvo en seco, se plantó frente a él y lo abofeteó con rabia contenida.

—Jamás creía que diría esto, señor Quinn. En especial, después... después de nuestra reciente amistad. Pero me ha decepcionado profundamente —confesó, un tanto más tranquila y tal vez un poco arrepentida al descubrir la marca que sus dedos habían dejado en el mentón del hombre.

Quinn arqueó una ceja, intrigado por la hostilidad desmedida de ella.

—Comprendo que esté enfadada conmigo —aceptó, tratando de rozar su mano con la suya. Ella lo rechazó con brusquedad, pero su gesto no lo desanimó. Comprendía que Isabel se pusiera de parte de la niña, como no podía ser de otra manera dado su noble carácter—. Pero ha de entender que debo averiguar por qué ella sigue viva.

—¿Acaso no basta con que sea así? ¿La habría preferido muerta... o ultrajada a manos de algún canalla sin conciencia ni remordimientos? —lo aguijoneó, furiosa.

—Bien sabe que no, Isabel —se defendió Quinn, molesto por sus acusaciones.

—¡Oh, por favor! Le ruego que deje de repetir mi nombre como una cantinela —exigió ella—. Si se trata de otro de sus ardidés para obtener mi aprobación, sepa que no conseguirá engañarme.

—No necesito su aprobación —replicó Quinn con dureza, pues comenzaba a impacientarse ante su actitud irreflexiva—. Pero tanto si cuento con ella como si no, me llevaré de aquí las respuestas que busco.

—¿De veras cree que las encontrará hostigando a una niña? —se sorprendió la joven.

—Esa niña... Usted no la conoce. No sabe lo fuerte que es ella en realidad, señorita Tisdale. —Quinn levantó la barrera de la formalidad entre ellos, consciente de que la joven no permitiría otra familiaridad en tanto le durase el enfado.

—¿Y usted sí, señor Quinn? —se burló ella.

—Sin duda.

—Permita que no le crea. Veamos, ¿cómo se llama? Ni siquiera ha sido usted capaz de asignarle una identidad —acusó, torciendo los labios en una mueca que en cualquier otra mujer habría sido una burla, pero en ella tan solo era una sincera declaración de guerra—. ¿Piensa de veras que ella va a considerarle su héroe de cuento, porque la ha llamado Alicia y ha pretendido engatusarla con conejos parlantes y pescadillas bailarinas?

—Sarah Graves.

La escueta respuesta del hombre hizo que Isabel enmudeciera de repente.

—El nombre de la niña. Es Sarah Graves —repitió él, echando una ojeada a través del ventanal solo para cerciorarse de que la pequeña seguía allí, a salvo.

Se alegró al ver que lady Hortensia se había reunido con ella y le ofrecía unas sabrosas galletas de mantquilla recién horneadas. Sarah las devoraba con el ansia normal en alguien cuya dieta más reciente habría sido un mendrugo cubierto de moho y rescatado del fondo de algún cubo de basura ajeno.

Quinn no pudo evitar sonreír y la niña pareció mirarle fugazmente unos segundos.

—¿Y por qué no se lo ha dicho, señor Quinn? ¿Por qué ha fingido que no sabía su nombre? —Isabel deseaba entender sus razones, ya que detestaba pensar que era tan desconsiderado como había parecido hacía unos minutos.

—Porque necesitaba cerciorarme de cuánto podía recordar ella sola —explicó Quinn.

—¿Y lo ha conseguido, señor Quinn? ¿Tiene a su testigo fiable y la interrogará hasta dejarla extenuada? ¿Es eso lo que piensa hacer? —Isabel no quería escuchar la respuesta. Sabía que no iba a gustarle y, en el fondo de su corazón, ansiaba que él buscara otro modo de obtener sus respuestas.

—Por supuesto. Si es necesario, sí.

Isabel suspiró hondamente, desviando también la mirada hacia la niña.

—¿No le parece que ha sufrido ya bastante? —le preguntó, desanimada.

—El sufrimiento es una emoción bastante relativa, señorita Tisdale —apuntó, enigmático—.

Usted cree que ella sufrirá si la hago recordar un episodio dramático del pasado. Sin embargo, yo opino que ella debe despojarse de ese recuerdo, entregármelo para que pueda enterrarlo para siempre y no vuelva a hierirla jamás... Y ser esa niña feliz que abraza a ese gato mientras una abuelita adorable le prepara galletas de mantequilla.

Mientras hablaba, señalaba a Sarah a través del cristal. Isabel miró en la misma dirección, meditando con serenidad sus palabras.

—Señor Quinn...

—Es usted una embustera, señorita Tisdale —dijo, reteniendo la mano de Isabel entre las suyas en un descuido de la joven—. Dijo que nunca me juzgaría. Y aquí está, mirándome con sus ojos llenos de amor hacia esa pequeña desconocida, llenos de reproche hacia mí... Regañándome porque cree que soy un monstruo sin sentimientos que pretende hostigar a una criatura inocente.

—Usted quiere encontrar a ese hombre, lo sé... Pero yo quiero protegerla, señor Quinn.

—¿Y acaso no hablamos de una misma cosa? —objetó él—. ¿Cómo puede estar segura de que no volverá a por ella? ¿Cómo sabe que no regresará para terminar lo que empezó, tal vez para evitar que ella lo delate?

Isabel sintió que un estremecimiento la recorría de pies a cabeza.

—¿Sospecha que podría intentarlo? —preguntó ella, bajando la voz.

—No lo sabemos. —Se llevó las manos de ella a los labios y las besó con adoración—. Perdóname, te lo ruego... Isabel, no me odies por ser lo que soy. Zafio, descortés y un poco canalla... Asumo mis innumerables defectos. Pero te suplico que no los tomes en consideración más allá del hecho de que forman parte de mí mismo. Y te doy mi palabra de que nunca haría nada que pusiera en peligro a esa pobre niña. Ni a ti... Especialmente, a ti.

Isabel no podía articular palabra, conmovida por sus palabras y por la expresión honesta de sus ojos, por el valor que adivinaba en él, capaz de defender con su vida la de la pequeña Sarah si era preciso. La forma en que había pronunciado su nombre, arrastrando suavemente las letras que lo componían, uniéndolas en sus labios para llamarla con voz ronca, como una hermosa canción...

—Haga lo que tenga que hacer, señor Quinn —convino, deslizando sus dedos por la áspera mejilla que había abofeteado en un arrebato de intransigencia.

Quinn los apesó en el aire, presionando suavemente con ellos sobre su piel, dejándolos allí un instante para llevarlos al siguiente hasta su boca y besarlos nuevamente.

—Te prometo que puedes confiar en mí, Isabel.

—En nadie confío más que en ti, *señor Quinn*. Puedes interrogar a tu testigo... Y más te vale ser gentil o tendrás que vértelas conmigo de nuevo.

Quinn rio e inclinó la cabeza. Apoyó la frente en la de la joven y aspiró el suave aroma de sus cabellos que se enredaban en la barba incipiente de su mentón. Isabel olía a esperanza, a promesas... Aquel olor lo turbaba y hacía que la sangre de su corazón bombeara con fuerza... Quería decirle muchas cosas. Quería decirle que soñaba con ella cada noche, que ansiaba estrecharla de nuevo entre sus brazos. Que deseaba amarla a la luz del día y quedarse con ella

hasta el amanecer, cada amanecer de cada día del resto de su vida...

—Isabel... yo... Tenemos que hablar, de nosotros... —Se atrevió a pronunciar el plural que ambos temían, que él temía más que cualquiera.

Isabel nunca había conocido el amor. Pero él sí. Él sabía muy bien lo que era sentir que el mundo se detenía a tu alrededor al escuchar la voz de alguien tan querido. Sabía bien lo que era que ese alguien conociera todos los secretos de tu alma y adivinara tus deseos con solo mirarte a los ojos. Sabía lo que era sentirse morir en un mar de lágrimas y desesperación, despidiendo un féretro en las profundidades cavadas en la tierra, enterrando tu amor y tu corazón y tu propia cordura...

—Lo sé... —susurró ella con ternura—. No te pido nada, Seamus... No tienes que darme nada... lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo sé... Eres un buen hombre. Eso me basta.

Quinn comprendió lo que ella pensaba. Isabel creía que se disculpaba por haberla tomado sin amarla, por estar vacío del amor que le había entregado un día a Charity y cuya pérdida había secado para siempre su corazón.

Se sintió culpable y desleal con ambas mujeres...

«Perdóname, Charity», pensó, mortificado por aquella rara sensación que lo vaciaba y lo llenaba inexplicablemente. Después, la soltó y regresó al salón donde lady Hortensia Wilbough ejercía de magnífica abuela adoptiva.

## Capítulo 15

—Tisdale ha pedido tu cabeza —informó Durrell con naturalidad.

—¿Y se la han proporcionado?

—Por supuesto que no. Le hemos informado que tu cabeza y el resto de tu apuesto pellejo irlandés no están disponibles por el momento. Y ello gracias a que te encuentras al servicio de su Graciosa Majestad.

—Bien. En ese caso, debes recordarme que se lo agradezca a la reina en nuestra próxima cacería —ironizó, provocando un gruñido malhumorado de su amigo.

—Estás jugando con fuego, Quinn —advirtió Durrell, un tanto irritado porque el otro ni siquiera se molestaba en aparentar que la situación le inquietaba—. Tisdale es un cabrón presuntuoso, eso es cierto. Pero tiene contactos muy influyentes entre los aristócratas de Londres. Algunos miembros respetables del Parlamento le consideran un hombre peligroso a quien no conviene enojar. Por lo que sabemos de él, lleva años estrechando lazos de amistad a golpe de préstamos para saldar deudas de juego y prostíbulos. No es de extrañar que alguna de esas amistades le deba algún favor y Tisdale pretenda cobrarlo exigiendo tu cargo.

—Ya sabes lo que opino de tus aristócratas de Londres —comentó Quinn, acariciando con distracción el delicado guante que ocultaba en el bolsillo interior de su chaleco. Se diría que la reprimenda de su superior y amigo causaba un efecto nulo en él, pues sus pensamientos se encontraban en ese instante en la joven cuyo delicado perfume aún impregnaba el guante.

—Conozco tu opinión. Y la comparto en gran medida, Quinn. Pero no olvides la misión que asumiste al aceptar el cargo que te ofrecía —le espetó Durrell, añadiendo—: Y no me tomes por idiota. Sabes perfectamente que para llevar a cabo tu misión, es crucial que domines tu mal carácter, dado que tus preguntas han de hallar con seguridad respuesta en algunos de esos caballeros a quienes tanto desprecias abiertamente.

—La misión que me obligaste a aceptar —le recordó Quinn con absoluta indiferencia.

—Maldito cabezota... ¿Hasta cuando vas a seguir echándome en cara que te rescatara de esa fétida habitación donde te emborrachabas?

—¿Acaso no es verdad? —Quinn lo miró con desgana, y al ver la impaciencia reflejada en el rostro de su amigo, trató de rebajar la tensión entre ambos—. De veras, amigo... No creas que no te agradezco tus buenas intenciones. Pero te seré franco: si esperas que me doblegue ante Tisdale

o ante cualquier otro mamarracho de su misma calaña, es que no me conoces. Más te valdría haberme dejado tirado donde me encontraste. Nunca dije que aceptaría plegarme a las exigencias de un puñado de cerdos con ínfulas de nobleza.

—No seas necio —replicó Durrell—. Nadie pretende que te doblegues ante nada. Solo digo que conviene ser cauto con esa gente. Si queremos seguirles los pasos, tenemos que ser más listos que ellos y adelantarnos a todo cuanto hagan o piensen.

—Pues siento haber sido menos listo esta vez —respondió sarcástico—. Pero me habría gustado ver tu reacción si te hubieras encontrado en mi lugar. Dudo que hubieras permanecido impasible mientras ese cerdo se jactaba de haber golpeado a la mujer que amas...

Durrell frunció el ceño, sorprendido por la vehemencia en las palabras de su amigo. Lo meditó unos segundos antes de contestar.

—Supongo que tienes razón. Habría querido matarle —aceptó, escudriñando la expresión de su amigo—. Pero no se trata de mi esposa, Quinn, sino de la señorita Tisdale. Y te recuerdo que, muy recientemente, no mostrabas tanto entusiasmo al referirte a ella.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es, si es que puede saberse? —inquirió Durrell, intrigado por descubrir cómo saldría Quinn airoso del hecho evidente de que parecía haberse enamorado de la joven.

—La cuestión es que ese miserable la golpeó, Durrell. Yo vi las marcas en su rostro y en su brazo... —Lo miró, pronunciando cada sílaba como si le quemaran los labios—. Me tiene sin cuidado si ese Tisdale tiene amistades en la Corte, en el Reino de los Cielos o si es el maldito Hades reencarnado en humano... He jurado que si volvía a ponerle un dedo encima, le mataría. Y es exactamente lo que haré, así tengas que enviarme a la horca por ello.

Durrell se mantuvo en silencio. Extrajo el tapón de cristal de la botella de vino que había sobre su mesa y sirvió dos copas, ofreciendo una a Quinn.

Quinn la rechazó con un gesto, algo que arrancó una sonrisa al otro hombre.

—Después del estado deplorable en el que te encontré, jamás pensé que viviría para verte rechazar una copa de buen vino —observó Durrell complacido.

—Ni yo. —Quinn estuvo de acuerdo.

—Pero me alegro, amigo mío. —Lo señaló con su copa y bebió un pequeño sorbo antes de depositarla de nuevo en la mesa—. Y dado que no hay más que decir sobre ese asunto, excepto que te deseo la mayor de las suertes con la señorita Tisdale, centremos nuestra atención en otras cuestiones.

—Estoy de acuerdo. Los hombres que enviamos a vigilar los muelles han confirmado nuestras sospechas. Ese Kelly logró burlar la vigilancia hace dos días, pero le han visto rondar uno de los barcos que zarpará en breve hacia la India.

—Debemos atraparlo —sentenció Durrell.

—Así es. Su testimonio sería crucial para incriminar a esa gentuza que se cree por encima de la Ley. —Sacó una cuartilla de su bolsillo y la mostró a su amigo, señalando algunos de los nombres

que aparecían en la lista que había confeccionado durante su investigación.

—¿Lord Beckinsale? —Sus ojos se abrieron desmesuradamente— ¿Estás seguro de que todos los nombres han sido confirmados?

—Lo estoy.

—¿También Perry Spencer, el magistrado Blastown? Un momento... —El rostro de Durrell enrojecía por momentos de ira—. ¿Duncan Stanford? ¿Trabaja para Scotland Yard desde hace más de dos décadas!

—Y parece que también para ellos durante el mismo período —afirmó Quinn.

—¡Hijo de perra! Le mataré con mis propias manos cuando le eche el guante encima.

—Y mira a quién tenemos aquí —dijo Quinn, golpeando con su dedo índice uno de los nombres.

—Carlton Tisdale... —Durrell frunció el ceño, dirigiendo la mirada a su amigo—. ¿Se lo has contado a Isabel?

—Aún no. Pero sospecho que ella no se mostrará sorprendida. Me temo que ese malnacido no haya hecho méritos para ganarse el afecto de su hija. Lo cual me recuerda algo. —Se levantó de su asiento, dispuesto a realizar la visita que tenía prevista para ese día.

—¿Piensas arrestarlos uno a uno, Quinn? ¿Con qué acusaciones? —quiso saber Morgan—. No bastan nuestras meras sospechas para desarticular esa red de influencias.

—Espero obtener algo más que eso en las próximas horas —anunció Quinn.

—¿Y vas a ponerme al corriente sobre ello o tendré que adivinarlo?

—Tranquilo, amigo mío. No mataré a ninguno de ellos, si es lo que te preocupa. ¿Recuerdas a esa Betsy Adams, la alcahueta que visité con ocasión de la pequeña Sarah?

—La recuerdo. Se presentó aquí esta semana contando una extraña historia y soltando toda una retahíla de maldiciones contra tus antepasados. Dijo que habías intentado extorsionarla —se burló Morgan.

—¿Y tú qué opinas? —Quinn también se burlaba y aguardaba la respuesta del otro, que ya intuía.

—Que seguramente lo hiciste.

—Veo que el matrimonio y ese nuevo puesto no te han hecho perder facultades, Durrell. —Quinn sonrió.

En efecto, había visitado a Betsy Adams. Y aunque intentó que le pagara unas libras por el favor de no reclamar de nuevo la propiedad de Sarah, resultó que el negocio se le torció en el último momento. Quinn pensó que era mejor que supiera quién estaba al mando de una vez por todas. La amenazó con pegarse a su trasero y al de sus chicas día y noche, evitando así que ningún cliente pudiera acceder a sus servicios sin ser visto. La idea pareció no agrandar a Betsy, quien había transigido enseguida. Y no solo eso, sino que además había entregado a Quinn la recaudación de aquel día y este la había puesto en las buenas manos del reverendo Martin, para que le diera un uso cristiano alimentando las cien bocas de su hogar de acogida.



Además, Betsy le había contado algo muy interesante sobre cierto lunático que frecuentaba su local, algunas veces en compañía de una extraña joven ataviada con una elegante capa, y a menudo en compañía del propio Stanford. Pero sobre eso, decidió no anticipar nada hasta que hubiera confirmado sus sospechas.

—Eres un verdadero granuja —lo acusó Durrell, en el fondo complacido por aquel resultado—. Sin embargo, mi esposa y su amiga consideran que has venido como llovido del cielo y agradecen de corazón tu contribución a su causa benéfica. Parece que los mocosos del reverendo Martin han sido bien abastecidos de fruta y capones. Y aunque el buen reverendo se resistía a revelar el nombre del benefactor, Celestia supo apretarle las clavijas hasta que, finalmente, escupió el nombre de cierto irlandés.

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí, amigo mío. Puedes fingir cuanto quieras. Pero yo he visto en esa mirada un atisbo de esperanza y sospecho que conozco a la mujer que lo provoca, ¿estoy en lo cierto?

Quinn no contestó. Se despidió con leve movimiento de cabeza y se caló el abrigo hasta las orejas al alcanzar la calle. Aún tenía algunos cabos sueltos que atar y deseaba terminar con aquello cuanto antes.

\*\*\*

Quinn llevaba horas sentado frente a la lumbre, los brazos cruzados sobre el pecho y las largas piernas estiradas sobre la alfombra. Contemplaba aquella botella de whisky en la mesa auxiliar y la copa que permanecía vacía, aguardando tal vez el momento oportuno de debilidad. No podía conciliar el sueño y no era una novedad. Sus noches eran un viaje atormentado al país de las pesadillas y se resistía a menudo a cerrar los ojos por temor a enfrentarse a todos aquellos recuerdos dolorosos.

Cada noche, se sentaba en aquel mismo sofá, en la misma postura, y miraba la botella cerrada y sin estrenar. Medían sus voluntades en silencio. Sabía lo fácil que sería sucumbir a la tentación del sabor amargo en la lengua, al sopor en sus sentidos que podía proporcionarle cierta paz. Ya había experimentado antes aquella pócima de serenidad que le arrebatava la consciencia y lo enviaba a los brazos de Morfeo. Pero desde hacía algún tiempo, la botella permanecía intacta, retándole a tomar de ella cuanto quisiera, incitándole...

Sin embargo, allí seguía. No había probado una sola gota desde que hiciera la promesa a Durrell de regresar a Scotland Yard. Por honor. Pero si era completamente sincero, el deseo de apurar el contenido de la botella no había desaparecido gracias a Durrell. Eso se lo debía a Isabel y solo a ella. Por ella quería ser el hombre que una vez había sido. El hombre digno que hacía lo correcto y ante quien, un buen día, su querida Charity había pronunciado un *sí quiero*, honrándole con el precioso regalo de su amor.

Una noche más, se metería en la cama sin probar una gota. Una noche más, despertaría una

docena de veces con el rostro empapado en sudor a causa de los sueños espantosos. Una noche más, vería cómo Charity estrujaba sus dedos con desesperación y exhalaba el último aliento. Una noche más, la dejaría marchar sin remedio, llevándose en el vientre el fruto de su amor... Se enfrentaría a aquella pérdida de nuevo y gritaría con el alma rota de dolor... y en su desesperación, confundiría los rostros amados y los nombres... y sería a Isabel a quien llamaría, como sucedía desde que había descubierto lo mucho que la amaba y lo mucho que temía perderla.

El sonido seco de unos nudillos en su puerta lo alertó. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Le sorprendió que la señora Doolittle, la dueña del inmueble en Leicester donde había alquilado su comfortable habitación, permitiera la entrada a cualquiera sin anunciarle la visita.

Abandonó el sofá y se dirigió a la puerta, abriéndola con desconfianza. Se quedó petrificado, incapaz de hacer movimiento alguno por si la hermosa visión desaparecía confirmando que no era más que un sueño.

—Isabel. —Juntó las letras que formaban su nombre. Su voz sonaba ronca.

—Seamus... Parece que acabaras de ver a un fantasma. —Isabel le empujó con suavidad, se adentró en la estancia y se despojó de la capa y los guantes. Después, recorrió la habitación con la mirada y sus ojos se detuvieron en la botella y la copa vacía.

Lo miró sin que hubiera en su mirada rastro alguno de reprobación.

—Uno de mis viejos hábitos... —dijo Quinn, frunciendo el ceño.

¿Por qué estaba allí? ¿Acaso intuía que libraba una dura batalla en su interior y que, en gran parte, ella era la responsable? Intencionadamente, había evitado reunirse con Isabel después de sus últimas averiguaciones. La pequeña Sarah había arrojado apenas una pista al facilitarle la descripción de aquel sujeto que coincidía sin lugar a dudas con la de Kelly. Ella le había llevado hasta Betsy Adams y esta, a su vez, le había hablado de las reuniones clandestinas que tenían lugar en su establecimiento y de los extraños individuos que participaban de ellas.

Así era como había tirado de aquel repugnante hilo que lo había conducido hasta Duncan Stanford, el hombre que deshonraba su cargo en Soctland Yard. Stanford era un miserable codicioso adicto al opio a quien no había costado demasiado hacer hablar. Y vaya si había hablado... Aquel maldito no había dudado en delatar a sus cómplices a cambio de cierta inmunidad para sí mismo. Quinn sabía que sus promesas no le servirían de mucho en cuanto diera con sus huesos en la prisión de Fleet. Allí, alguno de los delincuentes habituales a quienes había enviado a la cárcel, ajustaría las cuentas a Stanford. A decir verdad, el futuro de aquel cerdo infame le traía sin cuidado. Pero le inquietaba, y mucho, el futuro de Tisdale. También el de la joven perversa y lunática que permanecía encerrada en Broadmoor. Ambos eran la única familia que Isabel había conocido. Presentía que, pese a que ninguno de ellos merecía su ternura, Isabel deseaba de algún modo protegerlos.

—No he probado una gota desde que Durrell me rescató de los brazos de Baco la última vez — comentó, un tanto molesto porque ella seguía mirándole sin censura. Habría preferido que le sermoneara y le dijera que, tal y como era de esperar, la había decepcionado. Cualquier cosa

menos aquella mirada un tanto comprensiva que expresaba cuánto confiaba en que él haría lo correcto.

—No te lo he preguntado —dijo ella, clavándole los ojos.

Quinn se pasó las manos por el cabello enmarañado.

—No, no lo has hecho —murmuró, acortando la distancia entre ambos.

—¿No quieres saber a qué he venido? —preguntó ella y, sin esperar respuesta, sacó algo de su pequeño bolso y lo extendió hacia él.

Quinn desdobló la cuartilla y la miró un instante, aguardando su aprobación, antes de comenzar a leer. Al terminar, le devolvió la carta. Isabel la dobló con sumo cuidado y la introdujo nuevamente en su bolso.

—¿Crees que me importa? —Quinn apretó los labios, enojado consigo mismo. Era un idiota si no lograba transmitirle a la joven que podía confiar en él, fueran cuales fueran los secretos que la atormentaban.

Isabel sonrió con tristeza.

—Sé que no. Pero necesitaba contárselo a alguien. Celestia es como una hermana para mí... Pero no estoy preparada para el aluvión de preguntas y consejos —confesó—. Pensé que nadie como tú podría comprender cómo me siento.

—¿Por qué yo? —Seamus quería abrazarla, consolarla... Quería decirle que lo era todo para él y que no le importaba lo más mínimo de dónde o de quiénes procedía. Pero continuó manteniendo la distancia entre ambos para no atosigarla con su cariño.

—Porque también lo has perdido todo. —Isabel le tomó la mano, tirando de ella suavemente.

Quinn cerró los ojos, recreándose en aquel contacto, en los dedos pequeños entrelazados con los suyos...

—Ya ve, señor Quinn... Definitivamente, mis oportunidades de pescar un buen partido han quedado reducidas a cero. —bromeó ella con un deje de tristeza—: Como diría mi querida y perturbada hermana: «vulgar, poca cosa, lisiada...» Y ahora, ya podemos añadir a eso *bastarda*.

Quinn se llevó su mano a los labios y abrió los ojos para contemplar su rostro abiertamente.

—¿Tanto te afecta?

—¿Honestamente? —Ella lo pensó unos segundos—. No... A decir verdad, creo... Creo que me he sentido aliviada. Después de tanto tiempo, comprendo por fin la causa de tantos desprecios. Cuando era niña... Creía que había algo malo en mí, algo horrible que provocaba una profunda aversión en mi padre y en Hermione. Ahora, comprendo que yo era un ser extraño para ellos, una intrusa, un error incómodo de mirar... Resulta casi cómico. Toda la vida he querido que me aceptaran, ¿y para qué? Para formar parte de sus vidas en las que no había lugar para mí, para vivir prisionera en esa casa que jamás fue mi hogar... Te juro, Seamus, que apenas podía ya respirar entre aquellas paredes.

—No permitiré que vuelvas nunca... —prometió Seamus, besando una a una la punta de sus dedos.

—No pensaba hacerlo —replicó ella—. Seamus... No he venido a buscar tu consuelo. Ni tu protección. No tienes que proteger a todos... No puedes salvar al mundo tú solo. Seamus...

—Sé que no... Ni siquiera pude salvarla a ella.

Isabel se mordió los labios. Deseaba borrar de la expresión del hombre aquella expresión torturada, cubrirle el rostro de besos y prometerle que todo iría bien.

—Has estado evitándome, Seamus —dijo, sobreponiéndose al impulso inicial de abrazarle—. No soy tonta... Has estado haciéndolo desde que interrogaste a la pequeña Sarah.

—Estuve ocupado —mintió, eludiendo sus ojos.

—Por favor... No hagas eso —pidió ella, aunque no había ruego en su voz, sino una clara exigencia de que fuera sincero—. No me trates como a una damisela en apuros incapaz de afrontar un contrat tiempo.

Quinn soltó su mano con brusquedad. Tal vez si se mostraba esquivo o huraño, Isabel se iría por donde había venido y ambos se ahorrarían un mal trago.

—Seamus...

—Ignoro de qué me hablas —continuó Quinn con la farsa, señalando la puerta con un movimiento de cabeza—. En cualquier caso, no es el lugar ni la ocasión para conversar. La señora Doolittle no autoriza este tipo de comportamientos en su casa y debo respetar sus normas, toda vez que ha sido muy amable en alquilarme esta confortable habitación.

—*¿Este tipo de comportamientos?* —Isabel no daba crédito y aunque sabía muy bien que Seamus solo pretendía deshacerse de ella, no pudo evitar sentir una punzada de rabia—. Supongo que estará bromeando, señor Quinn. Le recuerdo que tuvimos algo más que palabras sobre la alfombra de lady Hortensia... Y entonces, dijo usted algo muy poético sobre *nuestra amistad floreciendo como una amapola*... ¿acaso lo ha olvidado?

Quinn se rindió a la evidencia. No podía fingir que no sentía lo que sentía, ni ofenderla por más que pretendiera hacerlo por el bien de ella. Aquellos ojos brillantes en los que no había un ápice de rencor o malicia derribaron todas sus barreras.

—¿Ahora vuelvo a ser el señor Quinn? —Se acercó a Isabel y apresó sus labios con avidez, saciando su sed y bebiendo de sus labios hasta que ella le golpeó con suavidad el pecho para indicar que precisaba tomar aire. La miró con una mezcla de adoración y reproche—. Perdóname, Isabel... No quería herirte con mis palabras... No quiero herirte nunca, ¿me crees?

—Te creo, te creo... ¿Es que no escuchas cuando te hablo, señor Quinn? Te dije que confiaba en ti y que siempre sería tu amiga...

Quinn la estrechó contra su pecho, besándole los cabellos con adoración.

—Y yo te digo que no quiero ser tu amigo, Isabel... Y si no puedes ofrecerme más que tu amistad, será mejor que te vayas y no vuelva a verte jamás —advirtió, sorprendido consigo mismo por la vehemencia de sus palabras.

Isabel se apartó apenas para alzar la mirada.

—¿De qué hablas, señor Quinn?

—Digo que he de hacer algo que tal vez no va a gustarte. Y necesito saber si podrás perdonarme, si podrás mirarme a la cara después de eso. Necesito saber si podrás amarme cuando no sea el hombre que esperas que sea.

Isabel suspiró, sospechando que la carta que le había mostrado sobre su pasado, sobre su verdadero padre, era una minucia comparada con las revelaciones que él iba a hacerle aquella noche.

—Dije que te confiaría mi vida, Seamus.

—No se trata de ti, Isabel. Creo que en el fondo, ya lo sabes... Se trata de ella. Y de su implicación en esos crímenes horribles de los que todo el mundo habla.

\*\*\*

Isabel lo miraba espantada mientras él le relataba sus averiguaciones sobre Kelly y sobre sus reuniones clandestinas en aquel antro de Limehouse. Sobre los honorarios recibidos por aquel maníaco de manos del enlace de Soctland Yard con la Hermandad presidida por Tisdale. Sobre la llave mágica que el propio Kelly había fabricado y que utilizaba para entrar y salir a su antojo de su celda... Y sobre la mujer de la capa púrpura. El demonio de un solo ojo que había intentado retener a la pequeña Sarah cuando Kelly, en un arrebato de misericordia, la había librado de una muerte segura a manos de ambos.

Toda aquella información hizo que Isabel se tambaleara presa de la náusea. Quinn la sostuvo en los brazos hasta que ella recobró un poco el sentido.

—Por Dios, Seamus... ¿qué intentas decirme? —Isabel se cubrió los labios con el dorso de la mano, estremecida de horror.

—Lo lamento, Isabel... Te juro que haría cualquier cosa por ahorrarte esto. Pero no puedo ocultarte por más tiempo la verdad.

—¿Desde cuándo... desde cuándo lo sabes? —preguntó Isabel con la voz quebrada.

—Empecé a sospechar cuando Morgan me habló de tus visitas a Broadmoor. Te seguí un par de veces, al principio solo porque ansiaba verte de nuevo, lo confieso... Pero después, descubrí a esa mujer, Tammy, jugando al doble juego de ganarse unos chelines con su papel de guardiana mientras que, al tiempo, sacaba su tajada burlando la vigilancia y ayudando a Kelly a sacar objetos y prendas de aquel lugar... Con el tiempo, empecé a preguntarme para qué diablos querría Kelly aquellos bonitos vestidos, los perfumes, las joyas... Hasta que un buen día, Betsy Adams me habló de la mujer de la capa púrpura... Ella creía que ese loco de Kelly había encontrado a su media naranja en aquel asilo para dementes y que ambos planeaban huir juntos...

—¿Y tú... tú lo crees? —Isabel rezaba por que todo tuviera alguna explicación. No aquella que le ofrecía Quinn... Una que no le rompiera el corazón y le arrebatara la poca fe que le quedaba.

Quinn le rodeó la cara con ambas manos, acariciando con los pulgares las pálidas mejillas.

—Yo solo sé una cosa, Isabel. Sé que te amo más que a mi vida... Esa es la única verdad.

Isabel contuvo el aliento ante la magnitud de su confesión. En el fondo de su corazón, había albergado la esperanza de que él correspondiera a sus sentimientos, aquellos que había descubierto en la vorágine de acontecimientos que se sucedían. Pero nunca habría esperado aquella confesión descarnada y sincera. Seamus la amaba... Isabel podía apreciar la sombra de remordimiento en la mirada del hombre. Tal vez, él se sentía atormentado por aquel amor; tal vez preferiría no haberla conocido y enterrar su corazón allí donde su esposa reposaba el sueño eterno. Pero, fuera como fuera, la amaba. Y ahora, ella comprendía cuán equivocados estaban aquellos que abandonaban al destino su suerte. El destino no era responsable de sanar las heridas del alma... no era tan poderoso y no podía aplastar el deseo de sobreponerse al dolor. Seamus y ella habían desafiado al destino que les deparaba una vida de soledad. Ellos habían edificado su suerte, cimentándola en la esperanza, en las segundas oportunidades y en la confianza, y construirían el futuro de ambos... Ellos eran su propio destino y ahora lo comprendía perfectamente.

—Haré lo que me pidas, sea lo que sea... Lo que sea, Isabel —recalcó, mirándola fijamente a los ojos.

Lo amó por su gesto que sabía lo avergonzaba. Y, precisamente, por aquella prueba de amor que no podía ni quería aceptar, lo liberó de su carga.

—Haz lo que debas, Seamus. —Lo tomó de la mano y caminó despacio junto a él. Se detuvo en el borde de la cama y lo miró a los ojos, contemplando su propio reflejo en aquel mar azul que eran los del hombre—. Deja que me quede a tu lado, señor Quinn. Hasta que amanezca...

Quinn asintió. Observó a Isabel mientras se tumbaba de lado y encogía las piernas en el estómago. Se recostó tras ella y la abrazó, rodeándole la cintura con su brazo, juntando sus manos sobre el pecho de ella. Pegó el rostro a su mejilla y cerró los ojos... Y por primera vez desde que podía recordar, lo venció un sueño sereno y profundo.

## Capítulo 16

Hermione no apartaba la mirada del caballero que la visitaba aquella tarde. Una parte de ella seguía siendo una coqueta incorregible y no pudo evitar que sus dedos se movieran involuntariamente hasta su cabello despeinado para ordenar los mechones grasientos que se apelmazaban a ambos lados de su cara.

Le sonrió con malicia, humedeciéndose los labios y mostrando unos dientes amarillentos.

—Vaya, vaya, vaya... —murmuró, caminando despacio a su alrededor, inclinando su barbilla sobre el cuello del hombre para aspirar su olor como una perra en celo—. Así que usted es el famoso inspector Quinn... Hum... Un verdadero ejemplar masculino, rudo y sin modales... No es de extrañar que haya revolucionado el gallinero del Atheneum.

Ella seguramente se refería a aquel club femenino donde sin duda, las fémimas imitaban a los caballeros que criticaban haciendo exactamente lo mismo pero con un aleteo de pestañas. O tal vez no. La verdad es que le traía sin cuidado por qué lo decía. Aquella mujer le parecía un mal bicho, un ser retorcido cargado de una maldad que le salía por cada poro de la piel. Su veneno podía olerse en el aire, mezclándose con el hedor de la celda.

—¿Y qué le trae hasta aquí, inspector? ¿Acaso ha oído hablar de mis múltiples virtudes... mi habilidad con el látigo quizá? —le preguntó la joven, rozándole el antebrazo al pasar con aquellos senos que se aplastaban bajo el vestido rojo completamente fuera de lugar dadas las circunstancias.

—Me temo que no, señorita Tisdale. Más bien, quisiera interrogarla sobre cierto compañero de confianzas en este lugar. Un hombre llamado Kelly. —Se lo soltó de sopetón, esperando la reacción de ella.

La misma no se hizo esperar.

Hermione retrocedió, mirándole con desconfianza a través de aquel único ojo que le confería el aspecto de un ser mitológico, mitad humana, mitad demonio, completamente malvada.

—No conozco a nadie con ese nombre, señor Quinn. —Ella lo dijo sin dejar de sonreír con aquella mueca grotesca que helaba la sangre—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque él sí parece conocerla a usted, señorita Tisdale. Al menos, es lo que afirman los hombres del Cutty Sark, quienes sostienen que el señor Kelly ha estado haciendo preguntas sobre el precio de un pasaje para dos con destino a la India. También dicen que el mencionado ha sido

visto portando un pesado baúl que no parecía ser suyo y que, por su volumen, debía contener al menos el ajuar de media docena de novias.

Dijo lo último con un deje de burla, provocando que el ojo sano de Hermione se encendiera como una lumbre.

—No comprendo qué tiene que ver eso conmigo, señor. Como ha podido comprobar, no tengo aspecto de contraer nupcias en los próximos meses —replicó ella con acritud.

—Eso me parecía. Sin embargo, el otro día, una amiga que tenemos en común, señorita Tisdale, dijo algo que me inquietó —apuntó Quinn, acorralándola poco a poco contra la fría pared de la celda—. Betsy Adams, ¿la recuerda?

—No tengo el placer —negó ella de nuevo.

—¿Seguro que no? Betsy sí que la recuerda bien a usted. Dijo que era una de sus mejores clientas en la época en la que usted y ese cerdo de Douglas Shelley pagaban por abusar de criaturas indefensas. Y se mostró muy sorprendida al volver a verla el otro día por su taberna, en compañía de un patán desequilibrado como Kelly. En sus propias palabras, la creía a usted «muerta o a buen recaudo bajo llave en alguna celda maloliente de Broadmoor».

Quinn repitió literalmente las palabras de Betsy Adams, contemplando cómo la joven palidecía.

—Maldita zorra traidora... —murmuró Hermione como si hablara consigo misma.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Esa mujer no es de fiar, especialmente si uno planea fugarse del país.

—¿Qué le hace suponer que una dama de mi categoría planearía algo así con un asesino como Kelly? —inquirió Hermione, colérica.

—Yo no he mencionado la palabra asesino, señorita Tisdale. Creí que había dicho que no conocía al señor Kelly —le recordó, estudiando los cambios que se producían en la expresión de la joven.

—Y no lo conozco... —se apresuró ella a replicar—. Pero tengo oídos, ¿sabe? En este lugar, todos estamos al tanto de las fechorías de los demás internos. Aunque... Existe un código de honor entre nosotros, inspector. Respetamos las reglas... Las reglas son algo esencial si quieres sobrevivir en un lugar como este.

—Comprendo.

—No, no lo comprende... —Ella se restregaba las palmas de las manos contra el faldón del vestido, inquieta—. ¿Acaso puede imaginar lo que es estar aquí prisionera? ¿Acaso sabe lo que es intentar conciliar el sueño mientras escucha cientos de voces aullando ahí afuera? ¿Cómo puede saberlo!

—Puede que no. Pero sé una cosa, señorita Tisdale. —Le clavó los ojos azules y ella le sostuvo la mirada, hipnotizada por el magnetismo que desprendían—. Sé que está furiosa y resentida, llena de odio, ávida de venganza... Sé que ha estado conspirando con ese loco para Dios sabe qué atrocidades, pero ni siquiera me atrevo a imaginar hasta dónde llega su implicación con él. Sé que pretendía huir con ese miserable y sé que ha estado obligando a Isabel a traer sus pertenencias



mientras preparaba su fuga.

Hermione emitió una risita.

—Así que se trata de eso... —dijo con voz melosa—. Es por mi querida hermana... ¿Qué interés tiene usted en Isabel? Un hombre de su valía... ¿Qué ha podido ver en alguien como ella? No se engañe, señor Quinn. Isabel no es como yo. Es débil, insignificante, tan frágil como un pajarillo con un ala rota, tratando de volar del nido y fracasando en cada intento...

—Me temo que no hablamos de la misma persona, señorita Tisdale —cortó Quinn con rudeza.

—Oh, sí... ya lo creo... —Ella volvió a sonreír con maldad—. Usted cree que ella es pura y virginal, culta y bien instruida, la perfecta compañera. Cree que es un diamante en bruto esperando ser pulido para convertirse en una valiosa alhaja. Pero se equivoca... Ella está vacía por dentro. No hay una pasión arrebatadora que espera ser despertada por sus manos expertas, señor Quinn. Le decepcionará. Y cuando eso suceda, usted buscará en los prostíbulos lo que mi cándida hermana no puede darle. Y la hará desgraciada... Y entonces, el círculo se cerrará y cada uno de nosotros tendremos nuestro justo castigo por habernos atrevido a soñar lo inalcanzable...

—Insisto, señorita, en que no hablamos de la misma joven —manifestó Quinn, tensando el mentón—. Me temo que esa imagen distorsionada que tiene de ella es producto de sus delirios y, puede que también, de la malsana influencia que durante años su padre ejerció sobre usted.

Esa vez, Hermione rio abiertamente. No era un sonido agradable que expresara un estado de felicidad, sino más bien una especie de graznido chirriante y obsceno que insultaba los oídos de Quinn.

—¿Le sorprenden mis palabras, señorita Tisdale? —preguntó, dominando su rabia.

—Me sorprende su ingenuidad, señor Quinn. ¿Qué le hace suponer que mi padre tiene algo que ver con la opinión que me merece Isabel?

—No es una suposición —replicó él—. Es una afirmación, ya que reconozco en cada una de sus palabras las de él mismo. Y aunque no soy la persona más indicada para decirle esto, señorita Tisdale, haría bien en reconsiderar esa opinión. Es muy posible que usted sea la arpía más grande que haya tenido la desgracia de conocer. Pero le aseguro que, aun así, me siento en la obligación de ofrecerle consejo acerca de Isabel. Por una vez en su vida, deje de pensar en sí misma y tenga la bondad de dedicar un pensamiento amable a la única persona del mundo que aún siente algún afecto por usted.

La expresión de Hermione se tornó muy seria de pronto.

—¿Qué insinúa, inspector?

Quinn se alegró de haber captado por fin su atención.

—Escuche bien, señorita Tisdale. Deje de fingir de una maldita vez. A cambio, voy a serle muy franco y espero que se tome muy en serio cuanto voy a decirle. Porque le va la vida en ello, ¿comprende? —Le hizo un gesto para que lo acompañara hasta la puerta de la celda. Una vez allí, se colocó el dedo índice sobre la boca, indicando a Hermione que no repitiera una sola palabra y señaló al otro lado de la celda.

Ella asintió, obediente.

Quinn sacó su pequeña libreta y un carboncillo del bolsillo interior del abrigo y garabateó algo en ella, mostrándoselo enseguida.

*La mujer que la vigila tiene instrucciones de silenciar sus labios para siempre.*

El ojo sano de Hermione se abrió desmesuradamente. Abrió la boca para decir algo, pero Quinn la interrumpió con la mirada y garabateó algo más.

*Esa mujer llamada Tammy se fue de la lengua después de beber más aguardiente del que podía permitirse. Betsy Adams escuchó cómo le decía a uno de sus matones que podía pagar todo el que quisiera, ya que había cobrado bien un trabajo que llevaría a cabo esta misma noche.*

—Miente... —susurró Hermione, apretándose las sienes con las palmas de las manos.

Quinn escribió algo más con rapidez.

*Dijo que un caballero muy importante había engendrado un pequeño monstruo y que su misión era devolverlo al infierno del que había salido.*

—¿Usted cree... cree que él...? —Hermione no se atrevió a articular las palabras que expresaban el peor de sus temores, la más infame de las traiciones—. No le creo... Está inventando esa horrible historia para asustarme... para obligarme a confesar algo que no puedo... Pretende confundirme...

Quinn negó con la cabeza y, viendo que la joven comenzaba a caminar en círculos por la celda, desesperada, la sujetó por los hombros, zarandeándola con brusquedad. Escribió de nuevo, pero chascó la lengua, contrariado cuando la punta de grafito se quebró. Decidió hablarle al oído con cautela.

—Puedo sacarla de aquí, Hermione. Puedo enviarla a un lugar mejor, alejada de todo esto. Un lugar donde cuidarán de usted y la protegerán de cualquiera que pretenda hacerle daño... Estará a salvo de él, le doy mi palabra —murmuró, deseando que la joven entrara en razón.

Ella lo miró, abatida, con una nueva expresión en su rostro desfigurado que pretendía despertar un resquicio de lástima en el hombre.

—¿Por qué... por qué haría usted algo así por mí? —preguntó con un hilo voz.

Quinn podía haber mentido. Podía haber inventado alguna excusa poco convincente, achacar su buena acción al deseo de contar con una confidente... Pero sabía que aquella joven desquiciada y huérfana de amor leería en sus ojos la verdad. Así que decidió que no tenía sentido ocultársela.

—No lo hago por usted, señorita Tisdale. Lo hago por Isabel —confesó muy cerca del rostro de Hermione.

Ella suspiró largamente, al parecer conforme con aquella declaración.

—Usted la ama de veras —sentenció ella en un susurro.

Quinn no dijo nada. Sí, la amaba. Con toda su alma. Con todas las partes de su miserable persona, destruida por la pérdida de Charity y recompuesta después gracias a Isabel. Alguien como Hermione no podía entenderlo, pues ella jamás había experimentado un sentimiento igual.

Aquel pequeño monstruo merecía sufrir los peores tormentos como castigo a los que ella misma había inflingido. Pero no le correspondía a él juzgar sus atrocidades. Como bien había acordado con Isabel, Hermione sería trasladada a un sanatorio mental donde aguardaría la condena que la Justicia determinase. En el fondo de su corazón, Isabel deseaba que Hermione no fuera a la horca por su complicidad en aquellos crímenes. Pero, aunque Quinn no se lo había expresado con palabras y ella tampoco, ambos sabían que aquella criatura perversa era muy capaz de perpetrar todos y cada uno de aquellos crímenes sin la ayuda de Kelly.

—Ahora, debe prestar mucha atención, ¿lo promete?

Hermione asintió con un parpadeo.

—Cuando yo salga de esta celda, uno de mis hombres apostados en el corredor se llevará a esa mujer a Holloway. Tengo una orden de arresto contra ella, por chantaje y extorsión a varios familiares de internos dementes a quienes ha estado robando durante años. Mañana por la mañana, usted será trasladada a una residencia mental para mujeres en Naunton. Allí aguardará el momento en que será juzgada por sus actos, en un proceso justo y con las debidas garantías.

Hermione asimilaba toda aquella información en sepulcral silencio.

—¿Comprende lo que digo, Hermione? Por favor, le ruego que asienta si es así —pidió Quinn, preguntándose si aquella joven que era la caricatura grotesca de sí misma, conservaría aún el raciocinio suficiente para entender la importancia de sus explicaciones—. No le estoy prometiendo la salvación, Hermione. Solo ganaremos tiempo para usted... Y que Dios se apiade de su alma cuando le llegue la hora de rendir cuentas... ¿Lo comprende?

Hermione movió la barbilla hacia abajo, indicando que así era.

—De acuerdo. Ahora debo irme. —Quinn tocó en la puerta con los nudillos y la miró una última vez, asqueado por la imagen decadente que tenía ante sí—: Le prometo que si confía en mí, estará a salvo.

—Señor Quinn... —lo llamó Hermione antes de que la puerta se abriera—. Dígale a Isabel... dígale... dígale que yo...

Quinn aguardaba el mensaje. Pero Hermione había enmudecido, incapaz de pronunciar las palabras que su mente confusa enviaba a sus labios marchitos. Quinn se preguntó si era posible que Hermione Tisdale fuera solo una víctima más de la perniciosa influencia del hombre que las había mantenido prisioneras de su propio odio. Pero aunque lo fuera, aquello no disculpaba ninguno de sus despreciables actos. No la convertía de pronto en un ángel digno de compasión, merecedor de la oportunidad de redimirse. Y estaba seguro de que alguien como ella tampoco lo esperaba.

Hermione era consciente de sí misma y no parecía arrepentida. Más bien, parecía... defraudada. Como si todo aquello en lo que creía, todo aquel veneno que corría por sus venas quedara en segundo plano para dar paso a una profunda decepción. Como si su castillo de cuento de hadas se derrumbase piedra a piedra y cayera a sus pies, dejando a la vista un hondo y negro abismo que no era más que el reflejo de su propia alma podrida.

De cualquier modo, Quinn fingió que aceptaba su aparente remordimiento, solo porque deseaba que Hermione no cometiera ninguna indiscreción hasta la mañana siguiente. Debía ponerla a salvo de su propio padre y dejar que la Justicia hiciera su labor. Aunque Hermione no merecía una segunda oportunidad, puede que los magistrados tuvieran en cuenta su estado mental y decidieran conmutarle la pena por una larga temporada en el manicomio. Lo cierto era que el destino de Hermione le traía sin cuidado. En el mejor de los casos, ella merecía la horca. Sin embargo, le evitaría una muerte horrible a manos de su carcelera. Y solo porque Isabel aún la quería, esa era la verdad. Aunque él no entendiera jamás los motivos de aquel afecto.

—Descuide. Le daré su mensaje.

## Capítulo 17

—Ese traidor pusilánime de Stanford ha hablado.

Lord Beckinsale se paseaba nervioso por la alfombra de cachemir, apuntando al otro caballero con su copa de vino.

—No perdamos la calma. —Carlton Tisdale relleno la copa de aquel aristócrata gordinflón y despreciable por quien no sentía el menor respeto. Sin embargo, se mostró comedido, ya que no convenía en aquel momento que ninguno de los dos perdiera los estribos.

—¿Cómo puede mostrarse tan sereno, Tisdale? Solo un loco estaría tan tranquilo ante la posibilidad de ser enviado a la horca. ¿Acaso la enajenación mental es una cuestión hereditaria en su familia, señor? —lo pinchó sin ninguna delicadeza.

Carlton ignoró el insulto y bebió tranquilamente.

—No sea ridículo, Beckinsale. Ninguno de nosotros irá a la horca, se lo aseguro.

—La pena por el delito de traición es la horca, Tisdale —insistió el otro, obcecado.

—Nadie ha cometido traición —*maldito estúpido*, quiso añadir, pero se contuvo—. Nuestra Hermandad siempre ha servido a los intereses del Imperio, como bien sabe. Desafortunadamente, la percepción de lo que es adecuado para el cumplimiento de tales intereses puede ser distorsionada por la mediocridad y la ignorancia de algunos. Pero esa es otra cuestión.

—No, Tisdale, se equivoca. ¡Esa es precisamente la cuestión! —estalló—. Le digo que Stanford se ha ido de la lengua con ese perro irlandés al servicio de Durrell. Y Blastown ya viaja camino de París. El muy cerdo ni siquiera ha tenido la bondad de despedirse... ¿Piensa quedarse aquí, esperando pacientemente a que ese irlandés toque a su puerta con una orden de arresto?

—No se atreverá —aseguró Tisdale, añadiendo—: No tiene pruebas contra nosotros.

—¿Está seguro? Tiene la declaración de Stanford, obtenida a cambio de algunos privilegios si lo envían a prisión. Lástima que hayan clausurado Marshalsea hace años... ¡el muy bastardo merecía pudrirse allí!

—En eso estoy de acuerdo —asintió Tisdale, guardándose para sí lo que opinaba del propio Beckinsale y de lo mucho que disfrutaría viendo cómo ahorcaban a un puerco grasiento como él.

—¿Y lo dice con esa pasmosa confianza? ¡Tisdale, abra los ojos! Esto ha terminado, por Dios. Pongamos fin a esta locura e inventemos alguna excusa que logre salvar nuestro pellejo. —Beckinsale estrelló su copa vacía contra la pared, mirándolo furioso.

—¿Salvarlo de qué, amigo mío? No hemos cometido delito alguno —respondió Tisdale con absoluta serenidad.

Beckinsale le clavó los ojos, desconcertado.

—¿Habla en serio? —inquirió, balbuceando—. Señor... Hemos financiado la piratería en el Canal en favor de nuestro propio beneficio, hemos robado directamente de las arcas de nuestra Graciosa Majestad, Tisdale. Pueden comprobar nuestras cuentas en esos bancos de Nueva York y Berlín donde residen nuestras ganancias. Y lo que es más grave aún... Hemos conspirado en dos ocasiones contra la Casa Real, primero con un fallido chantaje a la mismísima reina Victoria, y después, intentando incriminar a un miembro de la realeza en esos sórdidos crímenes de Whitechapel... ¿Está sordo, Tisdale? ¿Oye algo de lo que le digo?...

—Todo especulaciones, Beckinsale. Nadie puede demostrar nada de eso.

—¡Maldito loco arrogante! —exclamó el otro—. Ya veo que no entrará en razón por más que intente convencerlo. Haga lo que le plazca, señor. Por mi parte, pienso abandonar Londres en el primer vapor con destino a Nueva York. Y le sugiero que haga lo mismo.

Tisdale no contestó. Lo dejó marchar, ocultando la diversión que en el fondo le producía aquel ataque de pánico en los miembros de la Hermandad. Peor para ellos si eran una pandilla de timoratos sin agallas. Podían huir todos ellos o atarse una piedra al cuello y ahogarse en las profundidades de las fétidas aguas del Támesis. El destino de aquellos imbéciles le traía sin cuidado. Lo único importante era que guardaba a buen recaudo la bolsa con los fondos retirados en el banco de Londres aquella misma semana. Pronto ingresaría una buena suma en libras en aquellas otras cuentas del extranjero que había mencionado Beckinsale.

Sonrió, complacido. Solo le quedaba cerrar un desagradable episodio del pasado, uno que deseaba zanjar cuanto antes para liberarse de su peso para siempre. Por un precio irrisorio, había encargado sendos trabajos y esperaba fueran concluidos con éxito por sus responsables al día siguiente.

«Ya ves, Margaret, querida... Finalmente, tu maldito fantasma quedará atrapado para siempre en esta casa que siempre detestaste... mientras rehago mi vida lejos de aquí, dueño de la mayor fortuna». Tisdale rio abiertamente en esa ocasión. Rio durante un buen rato... Rio hasta que escuchó cómo la puerta de la biblioteca se abría nuevamente. Giró sobre los talones, convencido de que Beckinsale regresaba para insistir en los pormenores de aquel fracaso.

Pero no se trataba de aquel noble estúpido y, al comprobarlo, la risa se heló en sus labios.

—Hola, padre.

\*\*\*

Hermione se descubrió la cabeza, deslizando el capuchón de su capa púrpura sobre los hombros con inquietante lentitud. Contemplaba al hombre que había sido su padre como si lo viera por primera vez.

—¡Tú!

Ella emitió una débil risa y encogió los hombros con siniestra naturalidad.

—Supuse que no querías marcharte de Londres sin despedirte de tu querida hija —dijo ella, observando la reacción del hombre—. He permanecido al otro lado de la puerta, oculta, escuchando la conversación que mantenías con ese cerdo seboso de Beckinsale... Y puede que hayas logrado engañar a ese pobre idiota, padre. Pero te conozco demasiado bien. Estás tramando algo. Piensas huir y dejar que ellos carguen con toda la culpa de tus actos... Muy hábil, padre. No esperaba menos de ti.

—No sé de qué me hablas, Hermione. Y me intriga que estés aquí. ¿Cómo demonios has logrado salir de Broadmoor sin ser vista? —preguntó con mal disimulada sorpresa.

—¿Te refieres a cómo he logrado salir de Broadmoor *con vida*? —puntualizó ella, sirviéndose una copa de licor sin apartar su ojo inquisidor del rostro de su padre. Rio al ver la confusión reflejada en las facciones del hombre—. Ha sido una suerte, padre, que esa mujer a quien pagaste para silenciarme fuera detenida por los hombres del señor Quinn... Imagina que esa apestosa hubiera llevado a cabo la misión que le encomendaste... ¿Cómo habrías vivido el resto de tu vida con ese enorme peso sobre tus hombros? ¿Cómo habrías superado el remordimiento por un acto tan vil, tan retorcido, tan... maravillosamente perfecto?

—Sin duda, deliras, Hermione.

—Oh, no... Sabes muy bien que no. Ese estúpido de Quinn ha arruinado tus planes, padre. Sigo viva, como puedes ver, pese a tus deseos. Y en cuanto a Isabel... Pues ya ves, esa zorra ingrata nos la ha jugado a ambos. —Hermione rio de nuevo, con aquella risita traviesa y perversa—. Retozará feliz con ese irlandés mientras tú, padre, te revuelcas en el Infierno, al que partirás en breve.

—También me acompañarás, Hermione... —escupió él con aspereza—. ¿O acaso crees que esa necia moverá un solo dedo para ayudarte cuando todo se sepa? Maldita idiota... Tenías que meter tus retorcidas narices donde no debías. Tenías que mezclarte con ese Kelly y acompañarle en sus aventuras nocturnas... No habías tenido suficiente con ese degenerado de Shelley, ¿verdad? ¡Monstruo! Hice lo imposible para ocultarlo todo, para que pareciera que eras una pobre víctima de sus maquinaciones... ¡Monstruo!

—¿Te atreves a llamarme monstruo? ¿Tú, precisamente tú, padre?

Hermione estalló en histéricas carcajadas. Después, de pronto, la risa cesó. Su rostro se volvió completamente serio y sus labios se torcieron ligeramente. Bebió de un trago el contenido de su copa y, acto seguido, la estrelló contra el suelo, muy cerca de los pies del hombre.

—Todo... Absolutamente todo lo que soy, es gracias a ti... Te lo dije —advirtió con voz aguda.

—Yo no te convertí en esto... —replicó Tisdale, reparando con extrañeza en la sombra que parecía haber visto cruzar la penumbra a espaldas de Hermione.

—¿Eso crees? —Hermione entrecerró su único párpado, taladrándole con la mirada—. Ahora eso no importa, padre. Te ayudaré a acabar con tu sufrimiento. Y dado que has reunido una

pequeña fortuna y, en parte, ha sido gracias a mí, permite que te aligere el viaje.

La sombra que se ocultaba emergió de repente tras ella, arrastrando el pesado baúl donde horas antes Tisdale había guardado sus pertenencias y el dinero retirado del banco de Londres.

—¿Qué pretendes, Hermione? —preguntó, intentando imprimir a su tono un toque amenazante.

—Solo deseo ajustar cuentas, padre. Isabel me arrebató el cariño de Margaret... Tú le arrebataste a Margaret. Y ahora, yo ajusto cuentas por ella... Resulta casi poético, ¿no te parece?

—Definitivamente... No estás en tu sano juicio —sentenció Tisdale, retrocediendo.

—No, padre. Jamás he estado más cuerda. Todos estos años... ¿Creíste de veras que no lo sabía? ¿Creíste que era tan ingenua como para tragarme esa historia sobre la trágica enfermedad de nuestra madre? —Hermione hablaba sin cesar, abstraída en sus recuerdos, como si los saborease disfrutando de cada instante recordado—. Siempre lo supe, padre... Te descubrí... Te sorprendí una tarde, oculta tras la cortina de aquella estancia que yo detestaba porque era el lugar donde ellas lo compartían todo. Te vi verter unas gotas de aquel pequeño frasco en el té que Fanny había preparado para Margaret. Al principio, pensé que le administrabas en secreto un poco de láudano para paliar su melancolía... Pero te espí en adelante... Todas las veces, el mismo ritual, tu pequeño frasco mágico que le robaba los minutos y la vida. Y, lentamente, ella se fue apagando como la débil llama de una vela, derritiéndose poco a poco... Tú la mataste, un poco cada día... La envenenaste, padre. Esa es la verdad. Y yo lo permití. Porque la odiaba, tanto o más que tú... Odiaba su alegría y su bondad. Odiaba su debilidad... Y con ese odio, me convertí en eso que ahora llamas monstruo... He aquí tu obra, padre.

Tisdale había palidecido, espantado por sus palabras, los músculos atenazados por la certeza de que nada ni nadie podía detener a aquella criatura diabólica ni disuadirla de su propósito.

—No sabes lo que dices...

—Lo sé muy bien. Y tú también.

—Margaret... Ella...

—Ella no podía amarte, padre. Y tú tampoco la amaste jamás. Como yo. Porque las personas como nosotros, padre, no somos capaces de experimentar tal emoción. Las personas como nosotros apreciamos la fortaleza, el placer, el éxito... sin importar lo que cueste o lo que destruyamos en el camino. Es lo que somos.

—No, no es cierto... No fue de ese modo...

—Pero no te culpo, padre. Hiciste lo que debías. Como ahora, yo debo cumplir mi misión. Debo equilibrar la balanza.

—Hermione, te lo advierto, recapacita... Arderás en el Infierno si no lo haces.

Ella soltó otra carcajada.

—¿Arder en el Infierno? Ya he estado ahí, padre. Y he regresado... solo para enviarte a él.

Con un rápido movimiento, la sombra que la seguía se abalanzó sobre Tisdale, derribándolo al suelo. Le rodeó el cuello con sus manos robustas y apretó sin miramientos. Los ojos de Tisdale parecían salir de las cuencas, mientras contemplaba a su hija danzar a su alrededor, canturreando



feliz como una niña traviesa, mientras la vida se le escapaba por momentos... Maldita fuera, maldita mil veces...

En el instante en que exhalaba el último aliento, vio el rostro de Hermione muy cerca del suyo. Ella reía sin cesar y le besaba la frente con aquellos labios fríos, con aquel beso espeluznante...

\*\*\*

—Nuestros hombres lo han confirmado. —Durrell no esperó un segundo e informó a Quinn en cuanto atravesó la puerta de su despacho—. Unos marineros aseguran que zarparon hace tres noches a bordo del Queen Mary, rumbo a Nueva York.

—¿Están seguros?

—No hay duda. Un hombre que respondía a la descripción de Kelly y una mujer cuya identidad no han confirmado. Aunque supongo que eso ya lo sabes.

Quinn tensó el mentón, consciente de que debía algunas explicaciones.

—Quería trasladarla a Naunton, tal y como le prometí a Isabel.

—Y eso te honra, amigo mío. Pero sabías tan bien como yo que cuando tus hombres se presentasen en Broadmoor, ella no estaría allí.

—Bruja embustera —murmuró Quinn, aunque en el fondo, no le sorprendía que Hermione hubiera actuado de aquel modo. Debía haber sospechado que su aviesa naturaleza la obligaría a romper el trato que habían hecho.

—En cualquier caso, ya no es asunto nuestro.

—Podríamos seguirla, tomar otro barco hasta Nueva York y apresarla en cuanto tomase tierra —sugirió Quinn.

—No será necesario. Aberline está satisfecho con tu trabajo. También la reina. —Durrell observó la reacción de su amigo—. Sé que no te importa, pero Su Majestad agradece tus esfuerzos por limpiar el buen nombre del duque. Desea que seas condecorado y premiado con un ascenso si así lo estimas.

Quinn chascó la lengua, contrariado.

—No lo deseo, ya lo sabes.

—Me temía esa respuesta. Así que me tomé la libertad de rechazar la oferta en tu nombre —concluyó Durrell, ofreciéndole un cigarrillo.

Quinn aceptó y echó una ojeada a su reloj, como si le apremiase dar por terminada aquella reunión.

—¿Has visitado a Isabel después del funeral de Tisdale? —inquirió Durrell, observando de reojo la reacción de Quinn—. Me sorprendió su entereza. También la rapidez con la que se deshizo de todo cuanto había en Westwall Place. Celestia me ha contado que ha invertido hasta la última libra en esa nueva escuela de niñas.

—No he vuelto a verla. He estado ocupado con el papeleo —se excusó con tono poco

convinciente.

—¿De veras? Pues de eso hace ya casi una semana. Si yo fuera Isabel, me plantearía seriamente si deseo pasar el resto de mi vida con un hombre que antepone el papeleo a su compañía — aguijoneó Durrell.

—No me hostigues, Durrell.

—No lo hago. Solo digo que esa joven lo ha perdido todo. Merece al menos un poco de consideración por tu parte, si es que realmente la quieres.

Quinn aplastó el cigarrillo con rabia, enfrentando la mirada de su amigo.

—¿Si la quiero, dices? Pero ¿qué demonios te pasa, Durrell? ¿Acaso no ves que estoy intentando mostrarme paciente? ¿No ves que lo único que deseo es estar con ella, cada día, cada minuto de mi vida?

—Y entonces, ¿qué esperas?

—Espero... espero... —Quinn no lograba articular las palabras.

—Esperas ser lo bastante bueno para ella —concluyó Durrell por él—. ¿Lo dudas acaso?

Quinn tomó aire y lo soltó lentamente.

—Morgan... Sé que no soy lo mejor para ella. Pero te aseguro que ella... es lo mejor para mí. La cuestión es, ¿tengo derecho siquiera a soñar con eso?

Durrell sacudió la cabeza, confuso.

—Maldito irlandés idiota... Que me ahorquen si te entiendo. Lárgate de mi vista antes de que mi mujer vuelva a pedirme que te de una paliza... y yo acceda.

Quinn asintió, girando sobre los talones antes de alcanzar la puerta. Se volvió hacia su amigo con el ceño fruncido.

—¿Celestia te ha pedido que me des una paliza?

—Eso he dicho.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque, en sus propias palabras, «si no eres capaz de valorar la suerte que tienes al contar con el amor de Isabel, mereces que te atice un buen puñetazo».

Quinn esbozó una sonrisa. Sin duda, merecía ese puñetazo. Y puede que Isabel opinara lo mismo. Pero, aun así, debía ausentarse una temporada, poner en orden sus sentimientos y regresar cuando fuera capaz de enfrentar el futuro sin sentirse culpable por el pasado.

No se lo dijo a Durrell. Sabía que intentaría detenerle y convencerle de que era un estúpido. Y probablemente, tuviera razón. Lo era. Pero no sabía hacer las cosas de otro modo. Y amaba a Isabel lo suficiente para ser el hombre que ella merecía.

## Capítulo 18

Isabel leyó por segunda vez la carta que acababa de entregarle lady Hortensia.

Mi querida Isabel:

Espero que sepas perdonar mi indiscreción al dirigirme a ti en estos términos. Con el tiempo, esperaba que pudiéramos reunirnos y tratar este asunto con la mayor discreción. Pero mi impaciencia y el afecto que te profeso guiaron mis dedos sobre el papel y fui incapaz de contener mi emoción durante más tiempo. A estas alturas, ya habrás adivinado los motivos que me acercaron a ti a través de nuestra amiga común, lady Hortensia Wilbourn. No quiero que me malinterpretes, te lo ruego. Es cierto que me ilusionó vuestro proyecto y que nada me hace más feliz que formar parte de él. Estoy segura de que Gentiles y Felices será todo un éxito y deseo de corazón reunirme pronto con mis grandes amigas para hacer cuanto esté en mi mano para que así sea.

Sin embargo, debo admitir que, desde el principio, no he sido del todo sincera en lo que a ti respecta. Por favor, perdóname por no decirte entonces la verdad. Durante aquella única velada en la que coincidimos, en Londres, comprendí que realmente te había encontrado. Por fin, podía regresar a casa y prometer sobre la tumba de nuestro padre que cuidaría de ti y tú de mí, como siempre debió ser si el destino no nos hubiera separado...

Por favor, no me culpes por ocultártelo entonces. No me juzgues duramente por ocultar mis intenciones, pues tales artimañas no respondieron nunca a un plan morboso o malintencionado. Tan solo quería reunir el valor para contarte la verdad, sobre mí, sobre ti, sobre nuestro padre...

Una vez más, Isabel, deseo pedirte perdón por este pequeño engaño. Y si tienes a bien que seamos amiga, estaré encantada de tomar el primer vapor que zarpe a Inglaterra para reunirme contigo y, si es posible, ponernos al día con nuestros afectos.

Tuya, siempre,  
tu hermana

Isabel releyó el trazo elegante que firmaba aquella misiva. *La señorita Cressida James...*

Suspiró largamente, apretando la carta contra su pecho. Después, desvió la mirada hacia la botella de whisky sin estrenar que reposaba sobre la repisa de la chimenea.

Dos largos meses habían pasado desde que un pequeño granuja había tocado a la puerta de su nueva residencia, para entregarle aquel obsequio «tan extraño *pa* una dama», como había dicho el chico aquel día. El crío dijo que un caballero le había hecho el encargo de correr hasta la nueva escuela de niñeras ubicada en Belgravia, Gentiles y Felices, y entregar el obsequio, perfectamente envuelto con un enorme lazo rojo, a la señorita Isabel Tisdale, y solo a ella.

«Ha dicho mi jefe *q'usté l'ontendería*», Isabel recordó el marcado acento cockney del chico y sonrió, echando una última ojeada a la botella. Con la carta sobre el pecho y la sonrisa en los labios, se recostó cómodamente en el diván y estiró las piernas cuan largo era aquel sofá, cruzando un pie sobre otro. Por suerte, todo estaba dispuesto para que las clases a las nuevas niñeras comenzaran en un par de meses. Pese a la inactividad de la casa, le gustaba madrugar para ver cada nuevo amanecer. Aún tenía tiempo para disfrutar del silencio de aquel salón, que solo se llenaba con los gritos de Sarah cuando perseguía a la gata malcriada de lady Hortensia.

Poco a poco, el sueño se apoderó de ella. Al menos, eso creyó al sentir unos labios suaves que depositaban un delicado beso sobre su frente. Estiró los brazos sobre la cabeza y palpó con enorme placer al dueño de aquellos labios. Primero los cabellos, que desordenó enredando los dedos entre los mechones rebeldes demasiado largos. Después, las cejas pobladas y los párpados, la nariz de forma un tanto irregular, la boca gruesa con aquel pequeño corte muy cerca de la comisura...

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, somnolienta, tirando del rostro del hombre hacia su boca—. Te he esperado cada amanecer... Irlandés cabezota.

Quinn la besó intensamente. Desde su postura tras el diván, la boca de ella encajaba a la perfección en la suya. Le permitía abandonarla y tomarla a placer, sujetando ahora sus manos a ambos lados de la tapicería. Quinn permanecía inclinado sobre ella y se deleitaba contemplando el hermoso cuadro que era la joven, vestida con su recatado camisón bañado por la luz del día, radiante como una vestal lista para ser ofrecida en sacrificio.

Solo que él no deseaba que se desvaneciera como una deidad. Deseaba retenerla allí, resplandeciente, llena de vida... Lista para recibirle, sin reproches.

—Debía irme... Para unir los pedazos rotos de mi corazón y entregártelo de una pieza. Para regresar a ti, completo. Para despertar a tu lado cada amanecer —lo dijo contra su boca y ella abrió los ojos lentamente, mirándole con una mezcla de amor y recelo.

—Irlandés cabezota —repitió Isabel, apresando sin embargo su boca de nuevo. Lo soltó después con brusquedad y se incorporó de un salto, perdiendo el equilibrio y cayendo en brazos del hombre, quien aguardaba alerta el menor descuido para estrecharla entre sus brazos—. ¿Sabes cuántas veces he estado a punto de beberme esa botella de whisky como venganza?

Quinn rio quedamente.

—Veo que sigue intacta —observó, elevándola en sus brazos como una pluma y sentándola sobre sus rodillas—. Pero habrías tenido mi aprobación si hubieras dado buena cuenta de ese matarratas.

Isabel forcejeó ligeramente con él para liberar sus manos. Le golpeó apenas el hombro, enfadada y al mismo tiempo feliz por su regreso.

—¿Puedo saber dónde demonios te habías metido? Ni una sola carta... ¡dos meses, señor Quinn! ¿Cómo te atreves a presentarte aquí después de eso? Debería echarte a patadas ahora mismo.

—No puedes, querida —se jactó él, reteniendo sus dedos en el aire—. Lady Hortensia me debe un favor y ha prometido devolvérmelo del modo que yo mismo escoja.

—¿Qué favor es ese, si puede saberse? —lo interrogó Isabel, aunque conocía perfectamente la naturaleza de aquella deuda.

—Tiene que ver con cierta médium que se esfumó de Londres, llevándose consigo una buena suma ganada con la ingenuidad de unas buenas personas incautas —informó Quinn, un tanto distraído, pues en aquel instante, le traía sin cuidado cualquier asunto que no fueran las formas que se dibujaban bajo el camisón de Isabel.

—Estoy al tanto de ese asunto, señor Quinn. Lady Hortensia y yo le agradecemos los servicios prestados.

—Fue un placer interceptar a la señora Palladino cuando tomaba el ferrocarril en aquella concurrida estación de París. Jamás vi mujer más escurridiza portando tal cantidad de equipaje —bromeó Quinn, añadiendo—: Resulta increíble la cantidad de artilugios que transportaba esa farsante y su cómplice, la mujer que se hacía pasar por su sirvienta. Mis hombres no daban crédito a tanto artefacto extraño digno de esos locos inventores franceses llamados Lumière.

De pronto, la expresión de Isabel se volvió seria. Quinn sabía que no podía evitar eternamente la pregunta que leía en los ojos de la joven.

—Lo lamento, Isabel... La noticia que publicó el New York Herald ha sido confirmada por las autoridades portuarias de Nueva York. —La abrazó con fuerza, percibiendo el estremecimiento en el cuerpo de ella—. El Queen Mary se hundió en algún lugar de la costa norte atlántica... Y parece que no han encontrado a ningún superviviente.

Isabel no contestó. Tenía la vista fija en algún punto invisible al otro lado del ventanal. La luz del día bañaba ahora cada rincón de la estancia, evidenciando aún más su desnudez.

Quinn la levantó en sus brazos, ignorando las débiles protestas de la joven.

—Lady Hortensia...

—Te dije que lady Hortensia me debía un favor —atajó él, acortando la distancia hasta la escalera que conducía a los dormitorios en el piso superior—. Te ruego que me indiques cuál es tu cuarto. No quisiera escandalizar a nuestra buena amiga común, presentándome en su cuarto antes del desayuno.

—No puedes hacer eso, señor Quinn —replicó Isabel, dejándose llevar pese a todo.

—Puedo, ¿ves qué fácil? —Empujó con el hombro la puerta que Isabel había señalado y la dejó caer suavemente sobre la cama.

—¿Qué te propones, Seamus Quinn? —Isabel se deslizó hacia el lado opuesto de la cama, observando cómo el hombre cerraba la puerta a su espalda y se despojaba del abrigo y la camisa con rapidez.

—Me propongo amarte durante horas, hasta quedar exhausto, hasta que caiga la noche, hasta que uno de los dos no pueda más... Y tal vez, amarte de nuevo cuando amanezca. ¿Consientes, amor mío? Por lo que más quieras, di que sí antes de que me vuelva loco...

Isabel rio entre dientes. Sin importarle el decoro, ni su pierna cubierta de cicatrices, ni nada que no fuera aquel irlandés maravilloso que regresaba a su lado, lo derribó de un salto y montó sobre él a horcajadas, cubriéndole de besos el áspero mentón.

—¿Que si consiento? Oh, Dios, más te vale, irlandés...

Y Quinn la amó, tal y como había prometido, todos los amaneceres después de aquel...

FIN

## Nota de la autora

Lo mucho o lo poco que los derechos de autor de este libro puedan generar, lo necesitan mucho más los niños con cáncer a los que lleva diez años regalando sonrisas la Fundación Aladina, y también los niños en situación de pobreza que se benefician del Programa de Becas de Comedor de la ONG EDUCO.ORG. Por lo que la cantidad que la Editorial me liquide cuando corresponda, será íntegramente donada a dichas ONG. Porque hay muchas clases de amor y muchas formas de demostrarlo, esa será la humilde aportación, para los niños, de parte de los protagonistas de esta historia... ¡¡Gracias!!

## Agradecimientos 1

Gracias al equipo de Selecta por su magnífica labor en las correcciones, por la infinita paciencia y por la preciosa portada diseñada para la ocasión. Gracias, Lola, Laura y Almudena, Bárbara...

Gracias también a mi hermana, Laura Carvias, por su tiempo y su ilusión y por fijarse en los detalles en los que yo no reparé mientras escribía. Eres una fuera de serie, hermana.

Gracias, como siempre, a quienes confiaron en mí durante los inicios y a quienes siguen confiando a pesar de mis errores: José de la Rosa, Lucía de Vicente, Raquel Barco «Jezz Burning», Mercedes Pérez de Vestales, las chicas del Rincón Romántico y Autoras en la Sombra. Estoy aquí porque tuve la suerte de que se cruzaran en mi camino o cruzarme yo en el suyo... Nunca lo olvido. Gracias siempre.

Gracias también a mis queridas y buenas amigas, siempre dispuestas a escuchar y dar buenos consejos. Soy muy afortunada, chicas.

Y un gracias muy especial a mi ángel y a mi niña linda... Perdón por las horas robadas. Os quiero.



## Agradecimientos 2

Gracias a los que ya se fueron y a los que aún están... De todos llevo algo en el corazón.

Si te ha gustado

*Cuando amanezca*

te recomendamos comenzar a leer

*Las noches de Gael*

de *Sandra Bree*



Prólogo

## *Londres 1869*

Una niebla espesa cubría los suelos empedrados y giraba en remolinos al son de un viento helador que tan pronto despejaba las calles de la ciudad como las volvía a dejar opacas. Era noche de luna ausente y cielos cubiertos de grotescas nubes que se deslizaban con velocidad hacia ninguna parte. Estaba oscuro y hacía frío, pero la figura femenina que alcanzó el patio trasero del edificio no podía sentir las gélidas piedras bajo sus pies, ni la humedad del ambiente sobre su cuerpo. De hecho, no podía sentir nada. Era un alma sin cuerpo. Una proyección de sí misma dentro de lo que parecía un sueño.

La casa en la que estaba no era de las más bellas y grandes de Londres, sin embargo, poseía un encanto especial al estar engalanada por una pulida fachada de mármol gris ceniza y, sobre todo, por encontrarse situada enfrente de una de las poderosas propiedades de un famoso y notable conde, en ese momento el soltero más codiciado de la ciudad, y también uno de los hombres más arrogantes y engreídos que muchos tenían el doloroso placer de conocer. «El mentecato», le llamaba ella mentalmente. A veces llegaba a pronunciarlo en voz alta, pero solo delante de su prima. Impensable hacerlo delante de cualquier otra persona, incluyendo al personal del servicio.

Conocía al conde. Al menos sabía de él lo suficiente. Sin duda era ese el motivo por el que, como una vigía, transitaba en silencio con la vista y los oídos agudizados. Le gustaba verlo cuando estaba solo. Cuando no tenía a ninguna dama pululando a su alrededor. El conde era de los que entraban en una habitación donde había mujeres y todas ellas se apresuraban a retocarse los peinados y a suspirar. Causaba impresión.

Ella no temía ser descubierta. Era del todo improbable. Nadie podía percibir su presencia de no ser que tuviesen algún don tan antinatural como el suyo. Y si no hubiese escuchado ruidos hacía unos minutos por allí, ni siquiera hubiese abandonado la calidez de su dormitorio.

No terminaba de acostumbrarse a esos paseos nocturnos a pesar de haberlos iniciado desde el mismo momento que tuvo uso de razón. Sabía que hacía frío, pero no lo sentía, no podía tener dolor y sin embargo era consciente de todas las emociones que la rodeaban: de la negra oscuridad de la noche, del silencio de la madrugada, de las campanadas de un reloj en la lejanía, o de la música que entonaban las aguas del Támesis bajo el puente. Notaba la soledad y la tibieza, la excitación y la adrenalina navegando por las venas de su cuerpo, la angustia de sentirse desamparada y la dicha de poder ver y disfrutar lo que nadie más podía.

Sus pies descalzos apenas rozaban el piso al tiempo que su blanco e inmaculado camisón flotaba tras de sí dejando una fina estela blanquecina. Un espectro hermoso y liviano, envuelto en una aureola plateada semejante a un fantasma en el caso de que existiesen. Ella no creía en fantasmas, aunque en su situación hubiese sido de tontos no ser consciente de todas las cosas sobrenaturales que rodeaban la tierra y, en consecuencia, el universo.

En el silencio de la noche escuchó el caminar de caballos. Los cascos repiqueteaban perezosos produciendo un suave eco en las fachadas de las mansiones que presidían la calle y fueron

bajando la velocidad hasta que pudo apreciar el elegante faetón negro que iba hacia ella directamente.

Se ocultó entre las sombras. Solía olvidar que no podía verla nadie, aunque su prima y algún otro miembro de la familia eran capaces de notar su presencia. Al menos eso decían ellos.

Empezó a ponerse nerviosa. El faetón pertenecía al conde. Su proximidad acentuaba el ansia de verlo. Siempre era así cuando estaba a su lado: el pulso se le disparaba, el corazón galopaba en su pecho, las palabras se perdían en el fondo de su garganta...

El vehículo se detuvo ante el portón de Silverstone y repentinamente los caballos comenzaron a piafar, moviendo nerviosos sus patas traseras con brío.

Con un impulso suave ella llegó hasta la parte delantera del coche para tranquilizarlos. Sabía que era culpable de que los animales reaccionasen así.

—¡Estaos quietos! —ordenó el cochero, descendiendo del pescante para agarrar con sus manos enguantadas, de dedos recortados, el tiro del carruaje.

Las bestias se fueron calmando solo cuando ella comenzó a acariciarles las crines.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre bajando del interior.

Ella contuvo la respiración a escasos centímetros de Darren Wentfield O'Rourke, conde de Silverstone.

Era un tipo alto y muy guapo, de hombros anchos. El cabello castaño le cubría la nuca con suaves ondas. Pero algo que llamaba mucho la atención de él, aparte de lo elegante que vestía siempre, eran sus ojos verdes y las arruguillas que se formaban en torno a ellos; eran tan penetrantes y fríos algunas veces...

Sin duda habría que estar muy ciego para no admitir que el atractivo de Darren era impresionante. Toda una tentación para las damas de sociedad, ya fuesen casadas o solteras. Empero toda aquella belleza que tanto atraía también lograba intimidar con su apostura soberbia e implacable. Era un hombre tan acostumbrado a que todos a su alrededor hiciesen lo que él mandaba, que apartaba de sí a todos los que no estuviesen de acuerdo o no bailaran al son que marcaba. Era una lástima que la mayoría de las personas que encumbraban la sociedad, excepto unos pocos que valoraban otras características por encima de las frivolidades, fuesen capaces de dar cualquier cosa por estar cerca de él y de su influencia.

Ella aborrecía todo eso. Una persona debía valorarse por su generosidad y no por el peso de su bolsillo. No era partidaria de buscar amistades para conseguir prestigio o favores, y él pertenecía al tipo de hombres propenso a fingir que las muchachitas como ella no existían. Era uno de esos tipos que apartaban su mirada cuando ella pasaba a su lado.

—Ha debido de ser una rata o algún gato que se cruzaron por medio —respondió el cochero observando el suelo de su alrededor sin ver nada. Echó un vistazo a los animales—. Ya parece que se han calmado, los llevaré a las caballerizas y les daré de comer. —Se volvió hacia el conde con actitud servicial y pose erguida—. ¿Deseáis algo más, milord?

—Nada más —respondió el conde. Con ojos entrecerrados alzó la cabeza al cielo—. Hoy las

nubes no dejan ver las estrellas, mañana no hará muy bueno para salir. Descansa, y si me urge algo, haré que te avisen tras el almuerzo.

—Estaré pendiente milord. —Le hizo una escueta reverencia—. Que paséis buena noche.

—Lo mismo para ti, John —respondió Darren acortando el camino hasta la entrada principal.

Ella dio unos pasos tras el conde olisqueando el ambiente en busca del aroma varonil y dulzón que sabía que desprendía. Empero en ese estado no alcanzaba a oler su fragancia.

El conde cerró la puerta y ella, con la misma sensación de pérdida que la embargaba siempre que se alejaba, se quedó observando cómo se iban encendiendo las luces de la casa a medida que él subía las escaleras.

Casi podía sentir la enérgica desaprobación de su prima si se enteraba de que estaba vigilándole como una curiosa. Y era verdad. No debía estar allí. No podía dejar que su mente imaginase que el conde era el amor de su vida y que en algún momento vivirían un apasionado romance hasta que él se diese cuenta de lo mucho que la amaba, y le pidiese matrimonio. Más de una vez había fantaseado con estar entre sus brazos acariciándole los hombros y los músculos de sus brazos. Porque sabía que debía tener los músculos como los hombres de las estatuas griegas. Sus ropas no podían disimularlo.

¡Qué estúpida era por pensar así! En la última reunión a la que habían acudido, él ni siquiera la había mirado. Era verdad que estaba muy delgada, pero sus caderas tenían curvas y su busto no necesitaba ser levantado con corsés. Ese día debió contenerse para no romperle la crisma con saña. Lo que habría sido muy fácil si hubiese dejado caer el florero sobre su cabeza desde lo alto de la escalera. ¿Cómo podía ser alguien tan guapo, tan distinguido y a un tiempo tan mentecato? Eso era lo que más la llenaba de rabia. Estaba enamorada de un tipo que se creía un dios y resultaba ser tan ruin y cruel como el propio diablo.

Todas las mañanas cuando se despertaba se empeñaba en recordar lo peor de él. Le pintaba con una mirada desdeñosa, un rictus amargo y un gesto de todo poderoso que iba diciendo: «Venid, mujeres, a mí que yo os guiaré hacia la perdición». Y ella era tan tonta que probablemente fuese la primera en correr tras él. No podía evitar pensar en su sonrisa sin que se le acelerara el pulso.

Volvió a suspirar.

Un ruido a su espalda la sobresaltó y de repente un cubo de basura rodó por la acera. Un gato maulló. Entornó los ojos buscando al causante de aquel estropicio y descubrió a un grupillo de hombres que hablaban entre murmullos. Una corriente de aire le trajo sus voces.

—El conde está en la casa, acaba de llegar. Vamos a esperar un poco y después entramos.

—No estará dormido tan pronto —advirtió otro.

—No tardará. Este es de los que trasnochan mucho y duermen hasta tarde. Luke, tú ve por la parte de atrás.

—De acuerdo, jefe —dijo el nombrado. Se caló la gorra todavía más profunda y desapareció por la esquina de la calle.

—¿Y yo qué hago? —preguntó el otro.

—Harry, tú espera mi señal. Iremos por delante. Por aquí es fácil saltar la verja.

—Por fin el conde morirá esta noche y se nos pagará lo que nos deben —dijo Harry satisfecho.

Ella se estremeció y levantó la mirada hacia el único dormitorio que se hallaba con las luces encendidas. En ese momento la recámara estaba apenas iluminada por una luz muy tenue. Pero sin ninguna clase de dudas era la habitación del conde, porque su fuerte y alta silueta se desdibujaba tras el fino visillo. Todo el primer piso estaba compuesto por amplias galerías y delgadas columnas de piedra.

Con curiosidad se acercó al grupo de malandrines que espiaban la fachada de la mansión de Silverstone y los observó atentamente. Iban abrigados desde los pies hasta la cabeza con prendas gruesas. Llevaban los rostros cubiertos con sombreros grandes y bufandas, lo que la hizo incapaz de reconocer a nadie.

—Baja la voz, Harry, el cochero aún deambula por las cocinas —advirtió el jefe con un susurro ronco y apagado—. Mira —señaló una parte del jardín—. Luke ya está dentro.

Ella miró en el momento que Luke saltaba un seto rectangular y se dirigía a la parte trasera de la casa. Todo estaba envuelto en sombras y las siluetas de los árboles se desfiguraban en las fachadas como esqueletos humanos de dedos alargados, danzando al son de una silenciosa melodía que componía el viento.

Durante unos segundos ella fue incapaz de reaccionar. Estaba asustada y su corazón latía desbocado. No sabía si quedarse allí o si seguir a Luke, o... ¿Qué demonios hacía?

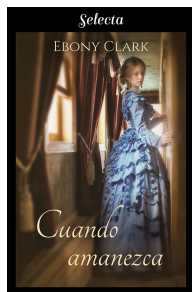
Mientras se decidía se dijo que era una solemne tontería preguntarse quién querría matar al conde. Sin ir más lejos, ella lo había deseado. Tal vez no matarlo, pero sí darle un buen porrazo.

No podía quedarse de brazos cruzados como si nada. ¿A quién iba a amar y con quién iba a soñar si él moría?

¡No, claro que no iba a dejar las cosas así! No iba a cargar con ninguna muerte bajo su conciencia. Su mayor virtud era la conciencia y la tenía en muy alta estima. Sus tíos la habían educado con los valores de la honradez y la humildad.

Intentó tranquilizarse para poder pensar. En ese momento no se sentía con fuerzas de mover ningún objeto. Lo intentó, pero fue imposible. Tragándose el miedo que crecía en su interior se obligó a despertar.

**Isabel Tisdale conocerá a Conor Brennan, un irlandés escéptico y poco cortés. Isabel desconfía del mundo por naturaleza, especialmente de aquel hombre a quien parece no importarle nada, ni siquiera su propia vida. Sin embargo, pronto comprenderá que las cosas, no son siempre lo que aparentan.**



Isabel Tisdale se asfixia en Westwall Place. Nunca ha sentido aquel lugar como un verdadero hogar. La temprana muerte de su madre, el accidente que la dejó lisiada de por vida, la indiferencia de su padre y una vida sometida al carácter retorcido y cruel de su hermana, la han convertido en una mujer reservada y silenciosa. Ahora, tras los acontecimientos de la calle Cleveland y el internamiento de Hermione en el sanatorio mental de Broadmoor, una rara atmósfera se apodera de cada rincón de Westwall Place. Al otro lado de las puertas que siempre permanecieron cerradas, algunos secretos terribles desean salir a la luz. Un siniestro presagio se cierne sobre aquella casa. Isabel tendrá que reunir todo el valor posible y enfrentarse a las sombras que acechan entre las paredes de Westwall Place.

Conor Brennan estaba acabado. Al menos, eso era lo que creía. Pensaba que era cuestión de días que el alcohol y el opio se pusieran de acuerdo y fijaran fecha para sus funerales. Cuando su viejo amigo, Morgan Durrell, le ofrece un puesto como servidor de la ley, Conor acepta a regañadientes. Secretamente, anhela que suceda algo que ponga fin a sus días de agonía. No le importa nada ni nadie. Y en esa tesitura, la oferta de Durrell le toma por sorpresa. ¿Qué servicio podía ofrecer alguien como él? Aunque, por otro lado, ¿qué podía perder un hombre que ya lo ha perdido todo?

**Ebony Clark** es la identidad bajo la que se oculta Cristina, una mujer de treinta y cinco años, natural de las Islas Canarias, que escribe desde los diecisiete sobre el amor. Soñadora incorregible deja que los sueños la lleven por las calles que conducen a Covent Garden en el bullicioso Londres o por el árido territorio de un rancho de Arizona o hasta el encanto abrumador del mítico puente de Brooklyn. En su mente, todos esos lugares se convierten en escenarios idóneos para sus historias de amor.



Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Ebony Clark

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-38-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Cuando amanezca

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Nota de la autora

Agradecimientos 1

Agradecimientos 2

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ebony Clarck

Créditos